



**EL COLEGIO DE  
MICHOACÁN, A. C.**

**Centro de Estudios Históricos  
Doctorado en Historia**

**Los historiadores: una *comunidad del saber*.  
La conformación del campo historiográfico mexicano  
(1884-1955)**

**Tesis que para obtener el título de Doctor en Historia presenta  
Jesús Iván Mora Muro  
Generación 2011-2016**

**Director de Tesis  
Dr. Martín Sánchez Rodríguez**

**Zamora, Michoacán, septiembre de 2016**

## Índice

<u>Agradecimientos</u> .....	6
<u>Introducción</u> .....	7
-Balance historiográfico: institucionalización y profesionalización de la disciplina.....	11
-El proceso de academización.....	17
-Historia intelectual y de los intelectuales.....	23
<u>Capítulo I. Los primeros maestros del oficio</u> .....	31
-Comunidades de letrados.....	31
-El Centenario de la Independencia.....	51
-El surgimiento del <i>intelectual de transición</i> .....	60
-Institucionalización y academización regional.....	86
<u>Capítulo II. La comunidad hispanista y el Centenario de 1921</u> .....	101
-El tradicionalismo historiográfico.....	101
-El Centenario de 1921.....	120
-Hispanismos.....	140
<u>Capítulo III. Academización e interdisciplinaridad</u> .....	153
-¿Quiénes eran los historiadores?.....	154
-La polarización ideológica y los Congresos de Historia Patria.....	170
-Instituciones y saber historiográfico.....	183
<u>Capítulo IV. La transición hacia el profesional de la historia</u> .....	202
-Comunidades en polémica: positivistas contra historicistas.....	203
-Nuevos horizontes historiográficos.....	224
-Los historiadores: una comunidad de especialistas.....	238
- <u>Consideraciones finales</u> .....	249
- <u>Anexo</u> .....	255
- <u>Siglas y Bibliografía general</u> .....	256

## Agradecimientos

Primeramente le agradezco al CONACyT por haberme otorgado una beca para cursar el Doctorado en Historia en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, institución que también destinó durante el último año del programa los recursos económicos necesarios para finalizar la redacción de la tesis.

De igual manera agradezco al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México y al Fideicomiso “Felipe Teixidor” por haberme beneficiado con la “Beca Teixidor” para la consulta de archivos y bibliotecas ubicados en la ciudad de México durante el periodo de septiembre a noviembre del 2014 bajo la asesoría de la Dra. Gisela von Wobeser.

A mi director de tesis el Dr. Martín Sánchez Rodríguez quien desde un principio se interesó por el proyecto y tuvo la sabiduría y la paciencia para guiarme en momentos difíciles.

A mis lectores, los doctores Rafael Diego-Fernández, Aimer Granados y Álvaro Matute por sus puntuales y fundamentales recomendaciones que sin lugar a dudas han enriquecido esta investigación y transformado mi visión de la disciplina.

Al amable y eficiente personal del Archivo Histórico de la Academia Mexicana de la Historia; del Archivo Histórico “Genaro Estrada”; del Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología; de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (primordialmente del “Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala”); de las Bibliotecas “Luis González y González” de El Colegio de Michoacán, “Rafael García Granados” del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y “Daniel Cosío Villegas” de El Colegio de México, quienes me facilitaron el material necesario para la elaboración de la tesis.

A mis profesores y compañeros de generación quienes han sido los interlocutores ideales en este proceso de aprendizaje.

Por último, pero no por ello menos importante, a Abril, la compañera de mi vida, quien me alentó en todo momento y ha sido un soporte emocional invaluable.

## Introducción

En un principio la indagación para la tesis doctoral se centró en la Academia Mexicana de la Historia fundada en 1919 y en la recopilación de información sobre los fundadores y posteriores miembros de la institución. Este primer interés historiográfico e intelectual tenía como objetivo básico acercarnos a estos historiadores de tendencia hispanista y católica para ampliar nuestro conocimiento de la intelectualidad “conservadora” de la primera mitad del siglo XX.<sup>1</sup>

En esta primera etapa de la investigación revisamos el Archivo Histórico de la Academia Mexicana de la Historia, el Archivo Histórico de la Academia Mexicana de la Lengua, el Archivo “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala y las Colecciones “Manuel Toussaint” y “Ezequiel A. Chávez” que se encuentran en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, el Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología, y varias fuentes secundarias en diversas bibliotecas.

Con este primer acercamiento a la Academia nos percatamos que las investigaciones especializadas sobre los historiadores en México durante la primera mitad del siglo XX eran escasas. Sobre todo, se habían privilegiado los estudios ubicados en el siglo XIX que se centraban en personajes como Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, José María Iglesias, Francisco Bulnes, Justo Sierra, entre otros primeros exponentes de la historiografía

---

<sup>1</sup> En investigaciones anteriores estudié algunos aspectos sobre la intelectualidad cristiana, católica e hispanista en México: “El catolicismo frente a la modernidad. Gabriel Méndez Plancarte y la revista *Abside*, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, volumen XXXII, número 126, primavera 2011, pp. 139-170; “Entre el humanismo y el nacionalismo. Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte: mediadores culturales”, en Laura Alarcón Menchaca y Estrellita García Fernández (coord.), *Cambios sociales y construcción de imaginarios en México durante el siglo XX*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2013, pp. 85-103, y “Antonio Caso: un cristiano sin Iglesia”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número 87, septiembre-diciembre de 2013, pp. 155-173

nacional,<sup>2</sup> y los trabajos interpretativos que privilegiaban la década de los cuarenta con la llegada de los exiliados españoles y la creación de centros de enseñanza y de investigación como El Colegio de México. Salvo algunas excepciones que en su momento se comentarán, las primeras décadas del siglo habían pasado casi desapercibidas para los estudiosos de la disciplina en el país: se habían olvidado de estudiar con profundidad a los historiadores no profesionales o autodidactos que dominaban el gremio. Así, intentar subsanar este vacío historiográfico se convirtió en nuestro nuevo objetivo de investigación.

Al mismo tiempo, con los comentarios y las sugerencias de nuestros lectores, fuimos incorporando teorías y metodologías propias de la historia intelectual y de la sociología de los intelectuales que nos permitieron ampliar y diversificar nuestros enfoques para abordar nuestro principal tema de interés: los historiadores mexicanos durante la primera mitad del siglo XX.

Nos preguntamos ¿Qué corrientes y grupos conformaron el campo historiográfico mexicano desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX? ¿Quiénes fueron los maestros, los alumnos destacados, los ortodoxos y los heterodoxos del oficio? ¿Cuándo surgieron las primeras agrupaciones formadas por historiadores? En suma, ¿cómo nació y se desarrolló la disciplina?

La cronología de nuestro estudio inicia con el año de la creación de la obra colectiva *México a través de los siglos*, que abre, en nuestra opinión, los trabajos colectivos de historiadores autodidactos. Estamos ante escritores que escribían historia en comunidad, pero que todavía no se asumen totalmente como historiadores: son políticos, militares y se

---

<sup>2</sup> Una buena opción para acercarse a estos temas son los volúmenes coordinados por Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, UNAM, 1997, volumen III, y Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 2011 (1996), volumen IV

dedican a las letras, las ciencias y las artes por igual. Es decir, no se consagran por completo a la docencia, difusión y escritura de la historia. Finalizamos en 1955 año en que inició la obra colectiva *Historia moderna de México* bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas y con la apoyo de un destacado grupo de profesionales formados en la UNAM y El Colegio de México. Un momento coyuntural que cierra el proceso disciplinar de la historia en el medio mexicano.

En otras palabras, nos preguntamos ¿en qué momento podemos hablar de comunidades académicas entre los historiadores mexicanos? y ¿en qué circunstancias encontramos grupos cohesionados por una misma identidad disciplinar?

En general, la teoría del campo intelectual propuesta por Pierre Bourdieu y la lectura de los trabajos de Randall Collins sobre los “rituales de interacción” nos permitieron acercarnos a los historiadores y entenderlos como una comunidad disciplinaria (no como individuos aislados). Al estudiar el campo historiográfico mexicano durante la primera mitad del siglo XX nos acercamos con mayor profundidad a los historiadores como grupo social, desde sus interacciones intelectuales (con sus acuerdos y desacuerdos) y el contexto de enunciación de sus obras. Logramos comprender los lazos personales que se tejen entre maestros, alumnos y colegas y la conformación de una comunidad intelectual y disciplinaria.

Además de otras repercusiones, el seguimiento de esta línea interpretativa nos ha permitido complementar la teoría de las generaciones que ha permeado el estudio de los intelectuales en México. Karl Mannheim establece, desde la sociología del conocimiento, que la categoría de generación es un medio idóneo para estudiar el desarrollo y la transmisión del conocimiento intelectual a través del tiempo. Mannheim propone que para pertenecer a una misma generación los individuos deben compartir una misma

contemporaneidad: la vivencia de las mismas experiencias (circunstancias), y tener similares influencias intelectuales, sociales y políticas.<sup>3</sup>

La unidad generacional se constituye esencialmente por individuos posicionados (localizados) socialmente. Esta “posición generacional” está sustentada en la existencia biológica del propio individuo: en los factores propios de la vida y la muerte, de compartir un mismo año de nacimiento con los contemporáneos y por participar en una misma experiencia (dimensión) histórico/social. Así, los miembros de una generación experimentan los mismos eventos históricos que determinan su pensamiento y actuar. Estamos ante la constante sustitución de una generación por otra: de la emergencia de nuevos líderes en el proceso cultural que, no obstante, reciben la herencia acumulada (la tradición) de sus maestros. Pero, y esto es determinante, no solamente el maestro educa al alumno, sino que el alumno también le enseña al maestro: las generaciones están en constante interacción.<sup>4</sup>

En el caso de los historiadores que analizamos, es evidente que encontraremos individuos de diferentes generaciones que convivieron e intercambiaron sus saberes historiográficos con sus coetáneos. Sin embargo, sin olvidarnos de la constante sustitución de generaciones como motor de cambio y la adquisición de conocimiento, pensamos que los historiadores se agrupan en “constelaciones”: en conjuntos de individualidades de diferentes edades pero que son parecidas en “clima y temple”.<sup>5</sup> Es decir, en la presente investigación hacemos hincapié en los vínculos entre maestros, alumnos y colegas (en la

---

<sup>3</sup> Karl Mannheim, *Essays on the Sociology of Knowledge*, London, Routledge and Kegan Paul, 1964 (1952), p. 282

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 289-301

<sup>5</sup> Fernando Curiel, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, 1999, p. 38. Al respecto también consúltese Belem Clark de Lara, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (editoras), *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, Volumen I, pp. 11-46

mayoría de los casos pertenecientes a diferentes generaciones) cuyo eje de unión era su interés por la historia. De esta manera, buscamos desentrañar las instituciones, las estructuras y las sociabilidades que construyeron el andamiaje académico de la disciplina desde finales del siglo XIX.

Los estudiosos del tema han utilizado dos categorías básicas para acercarse a la historiografía mexicana de finales del siglo XIX y principios del XX: las de institucionalización y profesionalización, que a continuación desarrollaremos.

### Balance historiográfico: institucionalización y profesionalización de la disciplina

Como los mismos términos lo anuncian, por *institucionalización* entendemos el proceso en el cual se edifican las asociaciones y agrupaciones necesarias para la adecuada práctica de una profesión o disciplina. En este mismo sentido, la *profesionalización* es el proceso en el cual los especialistas o expertos de un saber son reconocidos socialmente por sus capacidades y conocimientos que por lo regular son validados por instituciones oficiales que otorgan un título universitario.<sup>6</sup>

Con respecto a la disciplina de la historia, son múltiples los estudios analíticos que abordan la historiografía mexicana de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, sin embargo, en las siguientes páginas únicamente realizaremos un rápido recorrido por los más influyentes y que se apegan a nuestros objetivos dentro de la investigación.

---

<sup>6</sup> Desde la llamada sociología de las profesiones diversos autores como E. Durkheim, Max Weber, y los más recientes A. Abbott, C. Dubar y P. Tripier se han centrado en el papel que han jugado las sociabilidades modernas en el paulatino proceso de profesionalización de las prácticas disciplinares. Una buena introducción al tema son los textos de Eguzki Urteaga, “Sociología de las profesiones: una teoría de la complejidad”, en *Lan Harremanak. Revista de Relaciones Laborales*, Universidad del País Vasco, número 18, 2008, pp. 169-198, y el de Nuria Rodríguez Ávila, *Manual de Sociología de las profesiones*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2008



Para seguir un orden cronológico, el primer ensayo especializado sobre la materia es el artículo de Edmundo O’Gorman, “Cinco años de Historia en México” (1945). El estudio está dividido en tres secciones: “Instituciones”; “Publicaciones”: revistas, libros de fuentes, libros de aportación personal e interpretación, y “Otras actividades” en la que se incluyen referencias sobre los cursos y seminarios en los que se impartían clases de historia –como en la Facultad de Filosofía y Letras y El Colegio de México– y las reuniones académicas como los Congresos de Historia realizados en el país desde 1933. En general, para O’Gorman pese a los importantes avances que se habían dado dentro de la disciplina –con la aparición de revistas y publicaciones de renombre y el afianzamiento de la educación superior– era necesario que se instaurase un Instituto de Investigaciones de la Cultura Mexicana con carácter interdisciplinar para diversificar las propuestas y evitar de esta manera la especialización extrema.<sup>7</sup>

Siete años después Wigberto Jiménez Moreno en su texto “50 años de historia mexicana” (1952) propuso tres periodos temporales para estudiar la producción historiográfica en México: el primero inicia con el siglo; el segundo en 1917 (o 1921) que se caracterizó por la exaltación del “espíritu nacionalista” y la revaloración del indígena, y el tercero y último en 1933 con la celebración del primer Congreso de Historia Patria. El texto es una buena fuente para conocer las obras más significativas de los historiadores representativos del periodo: desde Justo Sierra y su *Evolución política del pueblo mexicano*, pasando por Genaro García y su *Don Juan de Palafox* (1918), la “magna empresa colectiva” dirigida por Manuel Gamio *La población del Valle de Teotihuacán* (1922), *La historia de la América española* (1922-1926) de Carlos Pereyra, hasta llegar a

---

<sup>7</sup> Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, en *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, tomo IX, número 17, México, UNAM, 1945, pp. 147-183

las obras de Silvio Zavala, Edmundo O’Gorman y otros destacados investigadores de la década de los cuarenta.<sup>8</sup>

Después, en 1961, el historiador estadounidense Robert A. Potash publicó su influyente artículo sobre la “Historiografía del México independiente” en el que realizó un balance de las obras más significativas sobre el movimiento emancipador de 1810. Iniciando desde el siglo XIX, Potash menciona las investigaciones de Lucas Alamán, Francisco de Paula Arrangoiz, Emilio del Castillo Negrete, José María Roa Bárcena, Justo Sierra, Genaro García, Carlos Pereyra, Francisco Bulnes, Ricardo García Granados, Alfonso Toro y otros historiadores que dieron a conocer su producción después de los años veinte. Es importante recalcar que el texto también hace énfasis en la institucionalización de la historia en México –antes de su posterior profesionalización a partir de 1940– con las clases del Museo Nacional y la Escuela de Altos Estudios (después Facultad de Filosofía y Letras), la fundación de la Academia Mexicana de la Historia en 1919 y el primer Congreso Mexicano de Historia de 1933 cuya importancia, en su opinión, radicó en que “con anterioridad no había existido una asociación general de historiadores en México” en la cual se discutiesen los problemas y puntos de vista con respecto a la disciplina.<sup>9</sup>

De igual manera, Luis González y González efectuó un recorrido historiográfico e institucional en su “Historia de la historia” (1966). En su análisis, el historiador michoacano destacó la importante labor institucional que se había realizado desde los años treinta con la fundación de publicaciones, asociaciones culturales y educativas para la difusión de las humanidades: el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1930), el

---

<sup>8</sup> Wigberto Jiménez Moreno, “Cincuenta años de historia mexicana”, en *Historia Mexicana*, volumen 1, número 3, enero-marzo de 1952, pp. 449-455. Reeditado en Evelia Trejo, *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, México, UNAM, 2010, pp. 29-34

<sup>9</sup> Robert A. Postash, “Historiografía del México independiente”, en *Historia Mexicana*, volumen 10, número 3, enero-marzo de 1961, pp. 361-412

Fondo de Cultura Económica (1934), la revista *Ábside* (1937), la editorial Jus (1938), el INAH (1939), El Colegio de México (1940), la revista *Cuadernos Americanos* (1941), El Colegio Nacional (1945), entre otras. A partir de la década de los cuarenta en instituciones como El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México –bajo la guía de profesores como Ramón Iglesia, Silvio Zavala, José Miranda y José Gaos– para González y González se inicia la multiplicación de estudios especializados y la ya mencionada profesionalización de la historia.<sup>10</sup>

Otras propuestas interesantes sobre la historiografía mexicana son las de Enrique Florescano y Miguel León Portilla. El primero, aunque inicia su narración en el siglo XIX, se concentra en las temáticas que surgieron después de la revolución de 1910 –la historia política-nacionalista y el indigenismo– y en la institucionalización y profesionalización de la disciplina después de 1940.<sup>11</sup> Mientras que León Portilla consideró que la historiografía mexicana se había caracterizado durante el siglo XX (hasta 1978, año de su escrito) por las continuas disputas ideológicas entre bandos encontrados, esto a pesar de la paulatina profesionalización que había vivido el oficio durante las últimas décadas con la llegada de los exiliados españoles.<sup>12</sup>

Además de los ya mencionados, particularmente nos hemos guiado por tres autores cuyas propuestas metodológicas y teóricas han renovado los estudios sobre los historiadores y la historiografía en México y en los Estados Unidos: Álvaro Matute, Guillermo Zermeño y Peter Novick.

---

<sup>10</sup> Luis González, “Historia de la historia”, en *Historia Mexicana*, volumen 15, números 2 y 3, octubre 1965-marzo 1966, pp. 196-228

<sup>11</sup> Enrique Florescano, “Notas sobre la producción histórica en México”, en *La Palabra y el Hombre*, Universidad Veracruzana, segunda época, número 43, julio-septiembre de 1967, pp. 525-547. Reeditado en Evelia Trejo, *La historiografía del siglo XX en México*, *op.cit.*, pp. 35-59

<sup>12</sup> Miguel León-Portilla, “Tendencias en las investigaciones históricas de México”, en *Las humanidades en México 1950-1975*, México, UNAM, 1978, pp. 43-92. Reeditado en Evelia Trejo, *La historiografía del siglo XX en México*, *op.cit.*, pp. 61-122

En opinión de Peter Novick es claro que hacia finales del siglo XIX el paradigma de objetividad, de origen científicista, había alcanzado a una pluralidad de disciplinas como el periodismo, la literatura y, por supuesto, la historia cuyo fin primordial era evitar el engaño, el disimulo y la fantasía.<sup>13</sup> En el caso de la historiografía norteamericana, su profesionalización se dio de manera mucho más temprana que en el caso mexicano, desde finales del siglo XIX ya podemos encontrar historiadores que tenían formación universitaria y laboraban en instituciones educativas. En este sentido, Novick plantea que los criterios para determinar cuándo estamos hablando de una profesión como tal son los siguientes: debe contarse con un aparato institucional sólido que conste de una asociación y de una publicación periódica docta y con una formación académica estandarizada por habilidades “esotéricas” que deben tener como fin último la obtención de un título universitario. Por ejemplo, en el caso de Estados Unidos a partir de 1928 casi todos los miembros de la *American Historical Association* eran profesionales “tanto por formación como por ocupación”.<sup>14</sup>

Para el caso de México, Álvaro Matute desde su obra *La teoría de la historia en México* (1974) se ha dedicado a explicar los procesos historiográficos por los que ha pasado la disciplina. En 1999 publicó un artículo titulado “La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX” que resume en gran medida sus inquietudes al respecto y que para los fines de nuestra investigación es muy ilustrativo. Ahí sostiene que el rango principal de la historiografía contemporánea en México había sido el proceso de profesionalización desarrollado a largo del siglo XX.

---

<sup>13</sup> Peter Novick, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997, tomo I, pp. 55-60

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 64-66. Una discusión teórica sobre algunos de los elementos utilizados por Novick para construir su definición de profesión la podemos encontrar en Andrew Abbott, *The System of Professions. An Essay on the Division of Expert Labor*, Chicago, University of Chicago Press, 1988, pp. 1-31

Es interesante que Matute apunta que desde el siglo XIX existieron algunos intentos de establecer una historiografía profesional con las actividades de eruditos como José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta quienes a pesar que su formación era autodidacta se reunían en “espacios” propicios para comunicarse entre sí y compartir los logros alcanzados: como los liceos, academias, ateneos y sociedades “que les permitieron dar a conocer los resultados de sus trabajos y recibir opiniones”. Instituciones como el Archivo General de la Nación, el Museo Nacional y desde 1910 la Universidad Nacional fueron los recintos en los que historiadores como Francisco del Paso y Troncoso, Genaro García, Jesús Galindo y Villa y Luis González Obregón desempeñaron su oficio.<sup>15</sup>

Por otro lado, en opinión de Guillermo Zermeño la institucionalización de la historia como disciplina académica se inició en México hacia finales del siglo XIX bajo las premisas de la modernidad científicista (imparcialidad y objetividad) establecidas por historiadores como Leopold von Ranke (1795-1886). Pese a que en México no se leyeron directamente las obras de Ranke hasta los años treinta y cuarenta con la creación del Fondo de Cultura Económica y la llegada de los exiliados españoles que tradujeron varias obras del alemán, es posible rastrear en los autores decimonónicos mexicanos “una nueva manera de hablar y relacionarse con el pasado” muy cercana al paradigma historiográfico rankeano. A principios del siglo XX los historiadores españoles y franceses fueron para los mexicanos un vínculo directo con esta nueva manera de hacer historia. El caso de Rafael Altamira y

---

<sup>15</sup> Álvaro Matute, “La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX”, en *México en el siglo XX*, México, Archivo General de la Nación, 1999, pp. 415-440

Crevea (1866-1951), quien era muy leído por los historiadores mexicanos después de 1910, es un buen ejemplo de la mediación ibérica.<sup>16</sup>

Con las clases del Museo Nacional desde 1903 y posteriormente con la creación de centros de investigación como la Escuela de Altos Estudios, la Facultad de Filosofía y el Instituto de Estudios Estéticos de la UNAM, el INAH, El Colegio de México y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM se consolidaría la llamada *institucionalización* de la historia. Después, bajo el cobijo de estos centros educativos se iniciaría la paulatina *profesionalización* de la disciplina, con el “disciplinamiento y formación de futuros profesionales” con la obtención de un título.<sup>17</sup>

Pese a que en general estamos de acuerdo con los planteamientos de estos autores, en nuestra investigación hemos incluido nuevos elementos de análisis para el estudio de los historiadores en comunidad.

### El proceso de academización

Aunque en la presente investigación seguimos utilizando las dos categorías de análisis mencionadas anteriormente (institucionalización y profesionalización) para analizar el proceso historiográfico mexicano que se gestó durante el periodo de 1884 a 1955, hemos incorporado un elemento más: el del *proceso academización* que nos permitirá explicar el nacimiento de sociabilidades y comunidades historiográficas de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX antes del nacimiento del historiador propiamente profesional.

---

<sup>16</sup> Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2004, pp. 147-168

<sup>17</sup> Guillermo Zermeño, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, en *Historia Mexicana*, volumen LXII, número 4, abril-junio de 2013, p. 1696

Por *academización* entendemos el proceso en el cual los historiadores construyeron alianzas entre iguales, formando grupos e instituciones de apoyo, laboratorios historiográficos en los que se discutieron y elaboraron las primeras obras importantes sobre el pasado y las revistas especializadas.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, una Academia se define como:

- 1) Una sociedad científica, literaria o artística establecida con autoridad pública.
- 2) Junta o reunión de los académicos.
- 3) Junta o certamen a que concurren algunos aficionados a las letras, artes o ciencias.
- 4) Establecimiento docente, público o privado, de carácter profesional, artístico, técnico, o simplemente práctico.

En el caso concreto de México, las tres primeras definiciones de Academia podemos utilizarlas para explicar el carácter académico de algunas asociaciones científicas y literarias que surgieron durante el siglo XIX. Sólo por mencionar dos casos, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y la Sociedad Científica “Antonio Alzate” son dos buenos ejemplos que ilustran el funcionamiento de este tipo de comunidades compuestas por aficionados o autodidactos. La cuarta definición, por el contrario, tendríamos que utilizarla hasta el siglo XX con el surgimiento de cuerpos de académicos/profesores en instituciones como la UNAM y El Colegio de México.

Ahora bien, por “academización” se entiende la acción y efecto de academizar. Mientras que “academizar” es proporcionar o atribuir carácter académico a una obra o actuación.<sup>18</sup>

Es importante aclarar que durante las últimas décadas del siglo XIX el término “académico” se utilizaba para designar a los miembros de Academias de artes y ciencias que habían proliferado como parte del proceso de institucionalización disciplinar. En

---

<sup>18</sup> <http://dle.rae.es/?w=diccionario>, consultada el 24 de abril del 2016

instituciones y sociedades como la de Geografía y Estadística se relacionaban individuos que practicaban tanto las ciencias naturales como las llamadas humanas. Los historiadores, que también se dedicaban a otros quehaceres ajenos al estudio del pasado, convivían en estos recintos con médicos, biólogos, geógrafos y literatos en igualdad de condiciones. Sin embargo, más allá de que los historiadores se nombraran o no a sí mismos como “académicos”, nosotros utilizamos el término “academización” como una categoría de análisis (formulada *ex post*) para explicar a estos grupos que se reunían para discutir los lineamientos y pormenores de la disciplina histórica.<sup>19</sup>

Para entenderse como tal, una comunidad académica, en nuestro caso la historiográfica, debía compartir los mismos principios y paradigmas científicos; crear medios de difusión (revistas y publicaciones) para dar a conocer sus postulados; compartir espacios públicos para la discusión de las ideas: cafés, librerías, asociaciones e instituciones, y, por último, estar conformada por miembros de generaciones distintas.<sup>20</sup>

Para explicar este proceso de academización hemos decidido destacar en una primera etapa de la investigación los momentos celebratorios y las publicaciones colectivas en los que los historiadores se agruparon para defender los íconos, tradiciones, héroes y fundamentos de los estados nación. En México, publicaciones como *México a través de los siglos* fungieron como los primeros laboratorios historiográficos en los que se compartieron

---

<sup>19</sup> Como lo ha explicado Reinhart Koselleck, el historiador se mueve siempre en dos planos: “O investiga situaciones que ya han sido articuladas lingüísticamente con anterioridad, o reconstruye circunstancias que anteriormente no han sido articuladas lingüísticamente, pero que extrae de los vestigios con ayuda de hipótesis y métodos. En el primer caso los conceptos tradicionales de la lengua de las fuentes le sirven como acceso heurístico para comprender la realidad pasada. En el segundo caso, el historiador se sirve de conceptos formados y definidos *ex post*, es decir, categorías científicas que se emplean sin que se puedan mostrar en los hallazgos de las fuentes”. Reinhart Koselleck, “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Dos categorías históricas”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-334

<sup>20</sup> Entre otros autores, estos puntos los desarrolla ampliamente Leticia Mayer Celis, *Entre el infierno de una realidad y el ciclo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999



las técnicas y conocimientos del oficio. De igual manera, los centenarios del descubrimiento de América en 1892, de la Independencia en 1910 y 1921 fueron algunos de los eventos a los que acudieron puntualmente los historiadores como una comunidad en proceso de formación. En aquellas ocasiones, los bandos encontrados y las camarillas definieron, desde su propia trinchera ideológica, a los hechos del pasado como elementos de identidad. Por lo regular se ha pensado que el historiador académico es aquel que vive únicamente de su profesión.<sup>21</sup> Sin embargo, proponemos que en realidad la academización fue el proceso disciplinario que se fue construyendo paralelamente a la institucionalización en México. Este fue un fenómeno anterior al que se gestó desde 1940 con la profesionalización de la Historia.

La profesionalización de la disciplina aparecería hasta el inicio de la década de los cuarenta con el funcionamiento de instituciones educativas como la ENAH, El Colegio de México, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM de 1945 y con el surgimiento de revistas especializadas como *Historia Mexicana* creada en 1951. El historiador profesional es aquel cuyo sustento económico primordialmente proviene de la disciplina, que ha obtenido un grado universitario y es profesor en una institución educativa, que publica para ser leído por los miembros del gremio, etc.

Pensamos que estudiar a la historiografía desde la transformación académica nos permitirá complementar la clásica dicotomía institucionalización/profesionalización que ha permeado los estudios sobre el tema. Como vimos, se han privilegiado las investigaciones que argumentan que la profesionalización del historiador en México se inició hasta la llegada de los llamados “transterrados” españoles y la fundación de instituciones universitarias. Sin embargo, nuestra hipótesis es que la trasmutación del historiador en

---

<sup>21</sup> Guillermo Zermeño, “La historiografía en México: un balance...”, *op.cit.*, pp. 1695-1742

académico se dio desde el momento en que de manera gremial creó instituciones y sociabilidades adecuadas para la trasmisión de los cánones del oficio, cuando se desarrolló como profesor, aunque no necesariamente universitario, para transmitir sus conocimientos disciplinares a sus alumnos y, por consiguiente, a las nuevas generaciones. Es decir, como formador de nuevos historiadores y no únicamente como repetidor de los hechos del pasado.

El académico, como *agente especializado y especializante*, es aquel historiador que se asume como tal, que no permanece aislado, que es parte de una comunidad de expertos, de una *comunidad del saber*. Michel Foucault explicó que un “saber” es una práctica discursiva en la que el sujeto que habla se posiciona desde un lugar social y muestra el dominio de los objetos de los que trata su discurso.<sup>22</sup> Así, podríamos decir que el especialista es aquel que se apropia de un saber que comparte con otros miembros del gremio. Como lo apuntó Michel de Certeau, el nacimiento de las disciplinas está siempre ligado a la creación de grupos formados por individuos que escriben para sus pares.<sup>23</sup>

Al respecto, es muy ilustrativo el trabajo de Jo Tollebeek quien estudió el caso del historiador belga Paul Fredercq (1850-1920) como líder de una comunidad académica historiográfica de finales del siglo XIX. Es interesante que Tollebeek no sólo se interesó por los profesores de historia sino que tomó en cuenta a los archivistas, copistas y demás

---

<sup>22</sup> Michel Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 2007, pp. 306-307. En opinión de Foucault desde el siglo XVIII en Europa aparece la *disciplinización* de los saberes: su selección, normalización, jerarquización y centralización. Paulatinamente, se dio la desaparición del “sabio aficionado” y se constituyó “una especie de comunidad científica con *status* reconocido”. Michel Foucault, *Defender la sociedad*, México, FCE, 2006, pp. 157-174

<sup>23</sup> Michel de Certeau, “La operación historiográfica”, en *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana/ITESO, 2006 (1978), pp. 67-118. De igual manera, no debemos olvidar la propuesta de Thomas S. Kuhn quien hizo hincapié en que el conocimiento científico (el paradigma que lo rige) está fundamentado y determinado por las prácticas y los lineamientos establecidos por una comunidad de especialistas. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 2007 (1962)

ayudantes del oficio que en conjunto constituyeron un verdadero laboratorio de especialistas del pasado.<sup>24</sup>

Así, además de los discursos y textos de los historiadores, nos interesan sus prácticas académicas: la educación informal y formal dentro y fuera del aula, los festejos centenarios y los congresos, las asociaciones y las publicaciones periódicas que demuestran el cambio disciplinar que se gestó en México. En suma, sabemos que el historiador de principios del siglo XX no era profesional ya que su sustento económico dependía de otras actividades ajenas a su disciplina, pero, sin embargo, sus prácticas conjuntas transformaron al oficio.

Consideramos que durante las primeras décadas del siglo XX se construyeron las bases estructurales, las redes y los grupos que permitirían el desenvolvimiento de la disciplina después de los años cuarenta. Primordialmente, nos interesa investigar a las comunidades de historiadores que mediante la docencia, la fundación de revistas y la realización de encuentros celebratorios y congresos académicos constituyeron los cimientos que posteriormente permitirían el surgimiento del profesional en México.

La transformación del historiador en académico a principios del siglo XX implicó una concientización de su propia actividad, de quiénes eran sus iguales y de cómo debía verlos la sociedad en la que se insertaban.

A diferencia del historiador del siglo XIX, que trabajaba por lo regular de manera individual, que combinaba la política, la literatura, el periodismo y las armas, con actividades propias de la medicina, las ciencias naturales y físicas, el historiador del siglo XX, después del surgimiento de la figura del intelectual en el mundo occidental, se

---

<sup>24</sup> Jo Tollebeek, "A Stormy family. Paul Fredericq and the formation of an academic historical community in the nineteenth century", en *Storia della Storiografia*, número 53, 2008, pp. 59-73

caracterizó por la paulatina especialización de su quehacer y por la construcción de instituciones y sociabilidades propias de las llamadas ciencias sociales: antropología, arqueología, sociología, entre otras. El historiador se especializó en saberes cercanos a su disciplina. En este proceso, el estudioso del pasado se asumió como tal y sus iguales también lo reconocieron de esa manera. En suma, nos interesa dilucidar ¿cómo se transformó la historiografía en México con el surgimiento del intelectual de transición y sus prácticas académicas? Y ¿qué redes historiográficas conformaron el campo disciplinar durante la primera mitad del siglo XX?

### Historia intelectual y de los intelectuales

Durante las últimas décadas los grandes exponentes de la historia intelectual y de los intelectuales han privilegiado los estudios sobre los literatos (novelistas y poetas), los filósofos y los artistas plásticos, dejando de lado a los historiadores como si éstos fuesen harina de otro costal.<sup>25</sup> Sin embargo, consideramos que las metodologías utilizadas por los historiadores de la intelectualidad nos permitirán acercarnos a los estudiosos del pasado para verlos como una comunidad del saber y preguntarnos sobre sus prácticas y formas de transmisión de conocimientos en la transición del siglo XIX al XX, periodo que consideramos coyuntural para entender la transformación del historiador en académico en México.

---

<sup>25</sup> Particularmente para el caso francés véase François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de Valencia, 2007 (2003). Entre otros aspectos, Dosse explica el impacto del estructuralismo en la historia intelectual y de los intelectuales (Martial Guérault, Michel Foucault), del estudio de las generaciones (Jean François Sirinelli, Michel Winock) y de las sociabilidades (Maurice Agulhon, Rémy Rieffel). En suma, para él, la función primordial de la historia intelectual es elucidar las obras de los pensadores en su propia historicidad.

Con la fundación de *Journal of the History of ideas* en 1940 Arthur Lovejoy dio a conocer algunas de las directrices que a la postre definirían a la *History of ideas* en el contexto estadounidense. Como lo ha explicado Elías José Palti, desde una postura esencialista Lovejoy y sus seguidores pensaban que las ideas eran unidades atemporales, sustancias que sólo cambiaban de época pero que en el fondo, cuando aparecían en la *mente* de los actores sociales, permanecían inalteradas. Desde finales de los años sesenta autores como Quintin Skinner cuestionaron fuertemente estos fundamentos. Skinner denunció el error en el que había caído la historia de las ideas aislando los textos de su momento histórico para hacer hincapié únicamente en su supuesta “validez universal”.<sup>26</sup> Después Clifford Geertz, desde la antropología, daría el golpe de gracia a estos estudios tradicionales de las ideas. Propuso un concepto semiótico de cultura en el que el análisis consistiría en desentrañar las “estructuras de significación” y determinar su “campo social y su alcance”.<sup>27</sup> Es decir, como lo afirmó Palti, Geertz produjo un impacto decisivo en la historia intelectual al señalar el desplazamiento del estudio de las “ideas-unidades” hacia el escrutinio de las conductas sociales y sus redes simbólicas en la que dichas ideas aparecen.<sup>28</sup>

Por otro lado, desde la perspectiva francesa, Roger Chartier hizo hincapié en que la primera generación de los *Annales* también tuvo gran peso en la evolución de la historia intelectual: en la contextualización de las ideas con el afán de realizar una “historia de las representaciones colectivas, de los utillajes y categorías intelectuales disponibles y

---

<sup>26</sup> Elías José Palti, “*Giro lingüístico*” e historia intelectual, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 25-29

<sup>27</sup> Clifford Geertz, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 19-24

<sup>28</sup> Elías José Palti, “*Giro...*”, *op.cit.*, p. 65

compartidos en una época concreta”.<sup>29</sup> Es claro que en este proceso paulatino de situar socialmente a las ideas, otros autores, desde diferentes frentes y posturas teóricas, han contribuido a la conformación de la historia intelectual actual. Sólo por mencionar a los más representativos, Hayden White, Dominique LaCapra, Reinhart Koselleck, Robert Darnton y muchos otros historiadores y filósofos han polemizado sobre estos y otros tópicos de trascendencia indudable para la disciplina.<sup>30</sup>

Además de estas contribuciones, la sociología de Pierre Bourdieu rompió con las “vagas” referencias al mundo social en donde se utilizaban términos ambiguos como contexto, medio y trasfondo social, para utilizar en su lugar la noción de *campo*.

El campo intelectual o cultural, que es el que aquí nos interesa, se caracteriza por la obtención y mantenimiento del poder. Por ejemplo, el poder de publicar o rechazar una publicación, o de realizar una reseña elogiosa o, por el contrario, negativa del trabajo de un escritor que se inicia en la profesión. Se observan allí, como en otras partes, relaciones de fuerza, estrategias e intereses.<sup>31</sup> El campo literario es un espacio en el que los participantes (agentes) utilizan su capital cultural estratégicamente para conservar o transformar las relaciones intelectuales previamente establecidas.<sup>32</sup>

En el caso de los campos de producción cultural éstos ocupan una “posición dominada” en el campo de poder. Podría decirse, nos advierte Bourdieu:

---

<sup>29</sup> Roger Chartier, *El mundo como representación, historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 22

<sup>30</sup> Elías José Palti, “Giro lingüístico”, *op.cit.* Para Elías José Palti la diferencia entre la historia de las ideas clásica –la de Arthur Lovejoy y en la que podríamos incluir también la que se practicó en México por José Gaos y sus herederos intelectuales– y la historia de los conceptos practicada por Koselleck radica en que en la primera la idea se “contextualizaba” de manera que “aparecía” en un espacio temporal o en una circunstancia histórica enteramente externa a ella; mientras que en la segunda, por el contrario, un concepto condensa en una sola palabra el significado y la experiencia social, política y cultural de una época determinada. Elías José Palti, “From ideas to concepts to metaphors: the german tradition of intellectual history and the complex fabric of language”, en *History and Theory*, volume 49, number 2, mayo 2010, pp. 196-197

<sup>31</sup> Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988, pp. 143-144

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 145

Que los artistas y los escritores, y con mayor generalidad los intelectuales, son un sector dominado de la clase dominante. Dominantes, en tanto que poseedores del poder y de los privilegios que confiere la posesión del capital cultural [...] dominados en sus relaciones con los que tienen poder político y económico.<sup>33</sup>

La teoría del campo permite rechazar la relación directa de la biografía individual con la obra. En otras palabras, para leer “adecuadamente” una obra es necesario leerla en su intertextualidad: “a través del sistema de distancias por el cual ella se sitúa en el espacio de las obras contemporáneas”. Pero esta lectura “diacrítica” se complementa con “una aprehensión estructural del autor correspondiente”, de sus posicionamientos ideológicos “que determinan las relaciones de competencia que mantiene con otros autores”.<sup>34</sup>

Así, para estudiar la obra no debemos perder de vista el “campo literario”, historiográfico o intelectual, la estructura social de la que es fruto. En este campo, que por supuesto no se encuentra aislado de otros “campos” o actores sociales, existen diferentes posiciones o niveles de “subordinación”. Además debemos tomar en cuenta los “lugares” en donde interactúan los diferentes actores del campo que “luchan por asegurarse un control mediato de las distintas prebendas materiales o simbólicas repartidas por el Estado”.<sup>35</sup> Las revistas, los editores, las academias y demás sociabilidades son campos literarios. En la propuesta teórica de Bourdieu, el *prestigio* es determinante para entender el posicionamiento de los actores, de los intelectuales o, en nuestro caso, de los historiadores.

Debemos tener en cuenta que los historiadores en su carácter de profesores universitarios, en el caso de México desde principios del siglo XX en instituciones como el Museo Nacional y la Escuela de Altos Estudios (después en la Facultad de Filosofía y Letras), en tanto que poseedores de “una forma institucionalizada de capital cultural” que

---

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 147

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 149-150

<sup>35</sup> Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 85

les asegura una carrera burocrática e ingresos constantes se oponen a los escritores y artistas que se caracterizan por su autonomía o por su status de *free lance*. En este sentido los historiadores/profesores ocupan una posición temporalmente dominante en el campo intelectual por su cercanía con el poder establecido.<sup>36</sup>

Otra de las propuestas de Bourdieu estipula que “el campo” no es un universo anárquico sino un lugar regulado en el que “los individuos y los grupos van evolucionando, ora oponiéndose unos a otros, ora marcando el mismo paso”.<sup>37</sup> Es por esto que la “reacción” intelectual, conformada por los opositores, debe estudiarse con la lógica de su propio campo: “no puede entenderse como un efecto directo de una transformación de las mentalidades que a su vez fuera el reflejo de cambios económicos o políticos, es decir, haciendo abstracción de la lógica y de la historia específicas del campo”.<sup>38</sup>

En efecto, en el caso concreto de los historiadores y sus obras debemos estar conscientes de que sus acciones están determinadas por otras acciones de grupos antagónicos que pertenecen al mismo campo intelectual/historiográfico. “No hay acción de un agente que no sea una reacción a todos los demás, o a uno u otro de ellos”.<sup>39</sup>

Otro sociólogo que durante los últimos años ha renovado los estudios sobre las redes intelectuales y sus “rituales de interacción” es Randall Collins.<sup>40</sup> Sus investigaciones se han concentrado en los vínculos “cara a cara” que mantienen los actores sociales, las relaciones personales estudiadas desde una “sociología de la situación” en donde los

---

<sup>36</sup> Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, México, Siglo XXI, 2008 (1984), p. 53

<sup>37</sup> Pierre Bourdieu, *Las reglas...*, *op.cit.*, p. 175

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 180-181

<sup>39</sup> *Ibid.* p. 192

<sup>40</sup> En nuestro medio, autores como Alejandro Estrella y Aimer Granados han implementado las teorías sociológicas de Collins para el estudio de los filósofos e intelectuales mexicanos. Alejandro Estrella González, “Antonio Caso y las redes filosóficas mexicanas: sociología de la creatividad intelectual”, en *Revista Mexicana de Sociología*, volumen 72, número 2 (abril-junio del 2010), pp. 311-342, y Aimer Granados, “La emergencia del intelectual en América Latina y el espacio público: el caso de Alfonso Reyes, 1927-1939”, en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, número 41 (enero-junio de 2015), pp. 173-199



encuentros “modelan individualidades únicas”.<sup>41</sup> De esta forma podemos estudiar la influencia que ejerce sobre un grupo de personas un solo maestro o líder intelectual pero, al mismo tiempo, cómo sus alumnos le dan un prestigio *a posteriori*: “tener discípulos que consigan ser autores de una obra notoria contribuye a que su maestro llegue a lograr una reputación histórica”.<sup>42</sup>

Es importante recalcar que el prestigio que los individuos adquieren a lo largo de su carrera intelectual está validado por un grupo o por las instituciones que los respaldan. Collins entiende el contacto personal, de maestro a discípulo, como una “cadena vertical” en dónde la presencia física del intelectual, la influencia de sus obras (citarlas y difundirlas) y el intercambio epistolar, son los ejes primordiales del análisis. Mientras que la “cadena horizontal” define las relaciones entre colegas que crean “identidades colectivas” y proyectos comunes que rivalizan con otros grupos del campo.

El pensamiento creativo es un proceso que urde coaliciones mentales, positivas y negativas: las ideas son símbolos de membresía al mismo tiempo que de exclusión: indican quién está adentro y quién no del colectivo de pensamiento.<sup>43</sup>

Como lo ha explicado Alejandro Estrella, tanto en la solidaridad como en la oposición son las interacciones que actualizan los nexos entre los agentes las que “generan el circuito de capital y la energía emocional necesaria para producir la creatividad intelectual”, es decir, “cuando las condiciones estructurales así lo permiten”.<sup>44</sup>

En resumen, tanto la Historia intelectual, que sustituyó a la tradicional historia de las ideas, como la Historia de los intelectuales (o sociología de los intelectuales) son dos líneas teórico-metodológicas que nos permiten acercarnos a los conceptos, a las

---

<sup>41</sup> Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos/UAM/UNAM/Universidad Nacional de Colombia, 2009 (2005), p. 19

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 256-257

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 259-262

<sup>44</sup> Alejandro Estrella González, “Antonio Caso...”, *op.cit.*, p. 315

comunidades y sociabilidades intelectuales, a las publicaciones y revistas, cuando éstas están funcionando y actuando en un marco espacial y temporal específico.

Es por estas razones que abordaremos la conformación del campo historiográfico mexicano desde las últimas décadas del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX mediante el estudio de algunos de los grandes maestros del oficio y los discípulos que continuaron su labor. Nos centraremos en el surgimiento del “intelectual de transición” – categoría de análisis que utiliza Aimer Granados para definir a los escritores que todavía permanecían ligados a las labores burocráticas muy características del letrado del siglo XIX– como representante de un nuevo tipo de *sabio* quien promovió la academización y posterior profesionalización del escritor en México.<sup>45</sup> Pensamos que con el surgimiento de esta nueva figura en el mundo de las letras el oficio historiográfico también sufrió importantes cambios. Nos interesa destacar el nacimiento del historiador académico quien se caracterizó por sus conocimientos disciplinares, por ser un especialista dedicado a educar e instruir a los nuevos representantes del oficio. Historiadores que se reunieron en celebraciones como las acontecidas en las “conmemoraciones centenarias” de 1892, 1910 y 1921, eventos con objetivos netamente nacionalistas y políticos en donde se construyeron alianzas historiográficas, pero también desencuentros ideológicos que fueron permeando el desarrollo de la disciplina. Investigadores que también se agruparon en sociedades de estudio, en gremios y en revistas que transmitieron de manera más efectiva los saberes.

Estamos ante facciones encontradas, en continua pugna por definir la mexicanidad y lo mexicano, pero también de comunidades académicas que elaboraron estrategias de trabajo y posteriormente sociabilidades e instituciones. Es decir, ante el fortalecimiento del

---

<sup>45</sup> Aimer Granados, “Alfonso Reyes en Sur América: Diplomacia y campo intelectual en América Latina, 1927-1939”, en *Historia y espacio*, Universidad del Valle, número 38, 2012, pp. 6-22

gremio. También postulamos que además de la multiplicación de los espacios de sociabilidad como los congresos académicos, las revistas y las instituciones editoriales y educativas, apareció (hacia finales de la década de los veinte) la interdisciplinaridad que para la Historia significó una apertura hacia enfoques culturalistas (relativistas) propios de la antropología y las ciencias sociales.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> A lo largo de la investigación utilizaremos el término Historia (con mayúscula) cuando nos refiramos a la disciplina y la historia (con minúscula) cuando hablemos del pasado como tal.

## **Capítulo I**

### **Los primeros maestros del oficio**

En este primer capítulo nos centraremos en las comunidades de letrados decimonónicos que se dedicaron al estudio del pasado y la aparición del *intelectual de transición* en México cuyas prácticas académicas impactaron a la disciplina histórica hacia principios del siglo XX. Entre otras cuestiones nos preguntamos ¿quiénes fueron los primeros maestros del oficio historiográfico en la transición del siglo XIX al XX? ¿Cuáles sociabilidades fueron las que marcaron la pauta disciplinar y establecieron los fundamentos de la práctica? ¿En qué momento podemos hablar de comunidades de historiadores, que se asumieron como tales y que transmitieron los lineamientos de la profesión? ¿Cuándo podemos encontrar historiadores con plena conciencia de su quehacer, de la parcialidad de su trabajo y de la relatividad de sus opiniones? ¿Qué influencia tuvieron las ciencias sociales y la historiografía extranjera en este proceso? Y ¿en qué momento estamos ante la plena asimilación de los fundamentos críticos de la disciplina, frente al reconocimiento de las autoridades historiográficas desde las que el propio historiador fundamenta su investigación?

#### Comunidades de letrados

Para el caso de Francia, Christophe Charle ha establecido que el ancestro directo del intelectual sería el filósofo o el genéricamente llamado “hombre de letras” de los siglos XVII y XVIII. El hombre de letras además de ser escritor o literato, era filósofo y científico como Descartes y Voltaire. Por lo regular los filósofos permanecían excluidos de las instituciones culturales dominantes de la época como las universidades y las academias. Se

puede decir que se encontraban al margen de la sociedad en donde la práctica de la bohemia les otorgaba cierta autonomía de opinión.<sup>47</sup>

Después vendría el poeta o artista que se caracterizaría por pertenecer “a una especie de secta esotérica” por escribir sólo para sus iguales, para una elite que defendía la belleza estética y espiritual como en los casos de Flaubert, Víctor Hugo o Baudelaire. Desde la segunda mitad del siglo XIX, conforme a los postulados positivistas, el científico –como figura social de culto– fue el primer esbozo de lo que posteriormente sería el intelectual. Por mencionar a los más representativos de la época, Claude Bernard, Louis Pasteur, Ernest Renan e Hippolyte Taine encarnaban la búsqueda de la verdad, la razón y el desinterés político, atributos que ante la sociedad los convertiría en autoridades morales indiscutibles.<sup>48</sup>

En México y en el sur del continente, podemos encontrar en el siglo XVII y XVIII a la llamada “gente de saber” constituida por aquellos hombres –y algunas mujeres como sor Juana Inés de la Cruz– que veían en la educación y en la enseñanza una práctica medular de las élites. Los soberanos y los grupos dirigentes de los reinos y territorios bajo el dominio de la corona española favorecieron por igual el conocimiento de la gramática, la filosofía, las matemáticas, la astrología, la música y la indispensable teología. En la aplicación y desarrollo de estos saberes, las relaciones con instituciones como la Iglesia, la Universidad y con individuos de prestigio que se desenvolvían por lo regular en la corte fueron la vía de acceso a cargos y distinciones que facilitaban el trabajo de los “hombres doctos”. En otras

---

<sup>47</sup> Christophe Charle, *El nacimiento de los intelectuales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009, pp. 18-21. Hans Ulrich Gumbrecht además de considerar que el “filósofo” desde finales del siglo XVII permaneció alejado de los centros de poder, explica su transformación (desde 1730) de un sujeto misántropo y apolítico hacia uno comprometido con la acción e ilustración de las masas. Hans Ulrich Gumbrecht, “¿Quiénes fueron los philosophes?”, en Valentina Torres Septién, *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, México, UIA, 2002, pp. 229-351

<sup>48</sup> Christophe Charle, *El nacimiento...*, *op.cit*, pp. 21-31

palabras, las relaciones clientelares y el mecenazgo fueron determinantes en el desarrollo de las artes y las ciencias.<sup>49</sup>

Posteriormente, tras las independencias nacionales, los llamados “hombres de letras” o “letrados patriotas” ocuparon puestos importantes en las recién creadas instituciones gubernamentales. Los letrados –sacerdotes, políticos y militares– se identificaron con el proyecto nacional y con la modernización política y económica del nuevo Estado. Más allá de sus discrepancias ideológicas, mediante sus escritos y discursos legitimaron al nuevo régimen y se dedicaron al proceso fundacional de la nación. Así, como producto de la coyuntura política, surgió la nueva figura del escritor público que se convirtió en el vocero y artífice de su patria natal.<sup>50</sup>

En esta transformación del hombre docto colonial al hombre de letras patriótico, la escritura de la historia jugaría un papel primordial. Por ejemplo, el sacerdote jesuita Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), desde su exilio en Italia, en su *Historia Antigua de México* declaró que el objetivo de su obra era “servir del mejor modo posible” a su patria y restituir “a su esplendor la verdad ofuscada” por algunos escritores “modernos” que en su opinión habían falseado los hechos del pasado de las culturas originarias.<sup>51</sup>

Este protonacionalismo o patriotismo criollo se convertiría a partir de 1821 en un exaltado nacionalismo por parte de los historiadores mexicanos.<sup>52</sup> El letrado, durante gran

---

<sup>49</sup> Oscar Mazín, “Gente de saber en los virreinos de Hispanoamérica (siglos XVI a XVIII)”, en Jorge Myers (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Madrid, Katz, 2013 (2008), tomo I, pp. 53-55

<sup>50</sup> Jorge Myers, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en *Ibid.*, pp. 121-122; Friedhelm Schmidt-Welle, “Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas”, en Friedhelm Schmidt-Welle, *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México/Cátedra Guillermo y Alejandro von Humboldt, 2014, pp. 16-22

<sup>51</sup> Francisco Javier Clavijero, “Prólogo del autor”, en *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1991, p. XXI

<sup>52</sup> Como sabemos el protonacionalismo como categoría de análisis fue utilizado por David Brading para estudiar el pensamiento patriótico de los criollos desde el siglo XVII. Durante los últimos años autores como

parte del siglo XIX, se caracterizó por combinar el cultivo de las letras con la acción política y en algunos casos también con la militar. Carlos María de Bustamante (1774-1848) y Lorenzo de Zavala (1788-1836) son dos importantes exponentes de la historia nacionalista propia de las primeras décadas del México independiente.<sup>53</sup> Zavala con su obra liminar *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México, 1808-1830* (1831-1832) dio a conocer una de las primeras interpretaciones historiográficas sobre los sucesos y acontecimientos fundacionales de México. El trabajo de Zavala, como es característico en los escritores de la época, es una mezcla entre memoria e historia. Su narración se basa tanto en los eventos que él mismo presencié como en las fuentes orales y escritas que respaldan sus aseveraciones y juicios.<sup>54</sup>

Gracias a los trabajos individuales de estos y otros historiadores/funcionarios –como los ha llamado Guillermo Zermeño– como José María Luis Mora (1794-1850) y Lucas Alamán (1792-1853) el conocimiento histórico fue fortaleciéndose y con ello los fundamentos de la nueva nación.<sup>55</sup> En esta misma línea, es muy ilustrativa la división que hace Rafael Gutiérrez Girardot entre los funcionarios/escritores y los escritores/funcionarios. Apunta que los primeros se convirtieron en escritores gracias a sus nexos con el poder político, mientras que los segundos ejercieron el servicio público como

---

Tomás Pérez Vejo han cuestionado esta postura que, en su opinión, sigue exaltando el sentimiento nacionalista fomentado por los gobiernos desde el siglo XIX con fines homogeneizadores. Sin embargo, para los objetivos de nuestra investigación, nos es útil la distinción entre el patriotismo y el nacionalismo del siglo XIX. Véase David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP, 1973; *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1998 (1991); Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México/ENAH/INAH, 2008

<sup>53</sup> Véase Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, UNAM, 1997

<sup>54</sup> Evelia Trejo, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión en México*, México, UNAM/FCE/INAH, 2001, pp. 192-193

<sup>55</sup> Guillermo Zermeño, "Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la Nación en México", en Guillermo Palacios (coord.), *La Nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la Nación: América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 85-86

consecuencia de la fama que ya habían obtenido como intelectuales.<sup>56</sup> Podemos decir que el funcionario/historiador, que hacia finales del siglo XIX se convertiría en académico por su labor institucional, fue la figura dominante todavía durante las primeras décadas del siglo XX. Es hasta finales de la década de los treinta, con intelectuales como Silvio Zavala y la lenta consolidación del profesional de Clío, cuando aparece el historiador/funcionario como tal, el que estaba dedicado íntegramente a la profesión.

Pero más allá de interesarnos por las labores individuales de estos y otros historiadores del periodo, nos preguntamos ¿en qué momento podemos hablar de comunidades de historiadores en México, del nacimiento de la disciplina como tal?

Como parte del plan ideado por el Estado para transformar a la sociedad mexicana, desde los años treinta del siglo XIX se dieron los primeros pasos en la construcción de instituciones cuyo fin primordial fue la práctica científica y el progreso material. En 1833 se fundó el *Instituto de Geografía y Estadística*, antecedente de la *Sociedad de Geografía y Estadística*, con el objetivo de conformar la estadística nacional y elaborar las cartas particulares de cada estado y territorio del país.<sup>57</sup> Como lo ha destacado Benedict Anderson, el censo, el mapa y el museo fueron tres de las instituciones que permitieron que los estados nacionales “imaginaran” la naturaleza de los seres humanos a los que gobernaban, la geografía de sus dominios y la legitimidad de su linaje.<sup>58</sup>

En 1839 surgió el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. En dicha publicación, además de la estadística y la geografía, se incluyeron textos sobre astronomía, química, ciencias naturales, medicina, arqueología, lingüística, literatura e

---

<sup>56</sup> Rafael Gutiérrez Girardot, “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”, en *El intelectual y la historia*, Caracas, La Nave va, 2001, pp. 57-106

<sup>57</sup> *Ibid.*, pp. 29-89

<sup>58</sup> Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2007 (1983), pp. 228-229



historia. Posteriormente surgiría la *Sociedad Científica “Antonio Alzate”* fundada en el año 1884 por un grupo de jóvenes con un marcado interés por las disciplinas establecidas por el programa educativo positivista.<sup>59</sup>

Aunque en estas instituciones se congregaban algunos de los más importantes historiadores del periodo, lo cierto es que compartieron el espacio con una variedad de investigadores de corte científico: naturalistas, geógrafos, médicos, que escasamente tenían relación con la historia. Además es muy significativo que la enseñanza de la historia como asignatura no se consolidó en todos los niveles educativos del país hasta después de 1867 con la Restauración de la República. Desde este periodo entre los grandes autores de los libros de texto se encontraban José María Lacunza, José María Roa Bárcena, Antonio García Cubas, Manuel Payno, Luis Pérez Verdía, Guillermo Prieto, Justo Sierra, entre otros.<sup>60</sup> En concreto, sería hasta principios del siglo XX cuando podemos encontrar las primeras agrupaciones dedicadas a transmitir los secretos del oficio, para formar historiadores.

En 1875 se fundó la Academia Mexicana de la Lengua, recinto en el que convivían escritores amantes de las letras y de la historia. Fue nombrado como su Presidente el español José María de Bassoco y como Secretario Joaquín García Icazbalceta y se estipuló

---

<sup>59</sup> Luz Fernanda Azuela Bernal, *Tres Sociedades Científicas en el Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre la ciencia y el poder*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología/ Universidad Tecnológica Nezahualcóyotl/UNAM, 1996, pp. 29-89

<sup>60</sup> Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975 (1970); Eugenia Roldán Vera, *Conciencia histórica y enseñanza. Un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional, 1852-1894*, Tesis de Licenciatura en Historia, México, UNAM, 1995, y “Los libros de texto de historia de México”, en Antonia P-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 2011 (1996), pp. 491-524. Una investigación reciente sobre estas temáticas es la de Alejandra Pita González y José Manuel de la Mora Cuevas, “De la historia de México a la historia patria. Representaciones en los manuales de enseñanza”, en Alexandra Pita González (coord.), *Historia y representaciones sociales*, Colima, Universidad de Colima, 2015, pp. 87-115

que de manera inicial la institución contara con doce integrantes: además de Bassoco y García Icazbalceta, los miembros de número fueron Sebastián Lerdo de Tejada; Juan Bautista Ormaechea, obispo de Tulancingo; Joaquín Cardoso; Francisco Pimentel, José María Roa Bárcena; Rafael Ángel de la Peña; Manuel Peredo, Alejandro Arango y Escandón, Casimiro del Collado y Manuel Orozco y Berra.<sup>61</sup> Las *Memorias de la Academia Mexicana* comenzaron a circular en 1876. En la publicación se incluyeron, desde sus primeros números, artículos que además de hacer referencia a las reglas gramaticales del lenguaje se ocuparon de la historia de la literatura en México. Joaquín García Icazbalceta (1825-1894),<sup>62</sup> uno de los escritores más activos, en el primer número aclaró que la recién fundada revista tenía como uno de sus objetivos primordiales dar a conocer por escrito las investigaciones que los propios miembros de la Academia discutían oralmente en sus reuniones y juntas.<sup>63</sup>

Es importante también destacar la labor emprendida por García Icazbalceta como impresor y editor de documentos históricos que con el tiempo le otorgarían el reconocimiento nacional e internacional.<sup>64</sup> Su hijo Luis García Pimentel (1855-1930) desde

---

<sup>61</sup> Alberto María Carreño, *La Academia Mexicana*, México, SEP, 1945, pp. 17-23

<sup>62</sup> Nació en la ciudad de México. Desde muy joven se dedicó al oficio de impresor y al estudio de la historia. Se consagró a coleccionar crónicas, documentos originales y obras dedicadas a la época colonial que editaba e imprimía en su propio taller. Tradujo la *Historia de la conquista del Perú* de William Prescott (1848 y 1850). Colaboró en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1853-1856) compuesto por datos y noticias referentes a la Nueva España. Escribió entre otras obras la biografía *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México* (1881) y publicó la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886). Se especializó en la literatura e historia del siglo XVI. Fue el tercer director de la Academia Mexicana de la Lengua (1883-1894). Murió en la ciudad de México. Alberto María Carreño y Antonio Castro Leal, "Joaquín García Icazbalceta", en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*, México, FCE, 2004, pp. 203-213

<sup>63</sup> Joaquín García Icazbalceta, "Reseña histórica. Academia Mexicana", en *Memorias de la Academia Mexicana*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, Tomo I, 1876, pp. 11-20

<sup>64</sup> En la actualidad tenemos al alcance una variedad de obras que muestran las relaciones epistolares y las redes intelectuales que García Icazbalceta propició con editores, historiadores y escritores nacionales y extranjeros. Véase Ignacio Bernal, (ed.), *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta (1883-1894)*, México, UNAM, 1982; Ignacio Bernal (ed.), *Correspondencia entre los historiadores William H. Prescott y Joaquín García Icazbalceta*, México, Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, 1984; Emma Rivas Mata (ed.), *Entretenimientos literarios. Epistolario entre los bibliógrafos*

muy joven también se consagró a las actividades bibliográficas que su padre desempeñó con devoción a lo largo de su vida. Un claro ejemplo de esto fue su colaboración conjunta en la elaboración de la *Bibliografía mexicana del Siglo XVI* (1886). Heredó la selecta y copiosa colección de documentos que formó su padre y con ella publicó *Información del Arzobispado de Méjico en 1570* (1897) y cinco volúmenes de *Documentos Históricos* (1903-1907). También escribió el texto titulado *Monumento elevado en la Ciudad de México a Cristóbal Colón. Descripción e Historia* (1879). Participó en política como diputado por el Partido Católico Nacional. Fue miembro de la Real Academia de la Historia de Madrid y fundador de la Academia Mexicana de la Historia en 1919.<sup>65</sup>

Para las últimas décadas del siglo, Luz Fernanda Azuela Bernal argumenta que el acelerado proceso de institucionalización de la ciencia que se presentó durante el porfiriato fue “análogo al que se venía efectuando en numerosos países occidentales”. En este proceso universalista el proyecto modernizador de Díaz logró cooptar a los hombres de ciencia convirtiéndolos en “gestores ante el Estado”. Mediante el estudio de las “publicaciones corporativas”, la autora buscó comprobar “el proceso de consolidación de la comunidad científica dentro de las élites en el poder”, es decir “el ascenso social” de un grupo. Además la lectura de estas publicaciones le permitieron observar “la relación entre los productos científicos y las prioridades del Estado modernizador” y las relaciones de México con el exterior. Mediante el análisis de los artículos publicados en los boletines y periódicos de las instituciones de estudio demostró que la investigación histórica, la antropológica y la

---

*Joaquín García Icazbalceta y Manuel Remón Zarco del Valle, 1868-1886*, México, INAH, 2003, y de la misma autora “Estrategias bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta”, en *Istor*, año VIII, número 31, invierno del 2007, pp. 118-148

<sup>65</sup> Miguel León Portilla (dir.), *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Porrúa, 1995 (sexta edición), p. 1405; Enrique Krauze, “Luis García Pimentel”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Academia Mexicana de la Historia, 1994, pp. 97-98; Ricardo Candia P., “Sociedad y Política en México según Luis García Pimentel”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid*, Tomo LII, 2011, pp. 75-115

lingüística, tenían el mismo status que la astronómica, la botánica y la meteorológica. Esto, sin lugar a dudas, nos demuestra que las llamadas ciencias sociales y las humanidades habían obtenido, hacia finales del siglo XIX, cierto prestigio dentro de la intelectualidad nacional con respecto a las ciencias duras.<sup>66</sup> Después, durante el siglo XX, se consolidarían las “sociedades de sabios”: instituciones corporativas constituidas originalmente como instancias alternativas de las Universidades en donde se procuró la difusión de las novedades científicas y el fomento a la investigación. En este sentido estamos ante la gestión por parte del poder para la creación de espacios institucionales que albergaran a los estudiosos y el reconocimiento del “valor social” del quehacer científico.<sup>67</sup>

Otras empresas colectivas que reunieron a los historiadores mexicanos con el afán de crear una conciencia nacional fueron publicaciones como *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1853), *México y sus alrededores* (1855-56) y el *Diccionario universal de historia y de geografía* (1853-56), todas ellas antecedentes de *México a través de los siglos* (1884-1889) dirigida por Vicente Riva Palacio (1832-1896)<sup>68</sup> y que es considerada la primera obra de historia general desde la visión liberal triunfante.

Esta “primera fábrica” de la historia, como la llamó José Ortiz Monasterio, reunió a un nutrido número de historiadores que se dedicaron en cuerpo y alma a la recolección de información en archivos públicos y privados, copiar documentos, localizar libros, realizar índices y reseñas de la documentación original, y finalmente a la redacción de los volúmenes. Además de los reconocidos autores de la magna obra –Juan de Dios Arias

---

<sup>66</sup> Luz Fernanda Azuela Bernal, *Tres Sociedades Científicas... op. cit.*

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 13

<sup>68</sup> Nació en la ciudad de México. Ingresó al Colegio de San Gregorio en 1845. Obtuvo el título de abogado en 1854. Fue regidor del Ayuntamiento de México (1855) y diputado (1856 y 1861). Junto a Ignacio Zaragoza combatió a la intervención francesa. Gobernador del Estado de México (1863) y de Michoacán (1865). Además de militar, fue periodista, historiador, escritor de novelas y poeta. En 1886 fue designado ministro de México en España. Murió en Madrid. Andrés Henestrosa, “Vicente Riva Palacio”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas de académicos, op.cit.*, pp. 480-482

(sustituido en 1886 por Enrique Olavarría y Ferrari), Alfredo Chavero, José María Vigil y Julio Zárate— el general Riva Palacio contó con el apoyo de otros colaboradores como Francisco Sosa, Francisco Garay, Antonio García Cubas, Manuel Orozco y Berra, Luis García Pimentel, Mariano Bárcena, entre muchos otros que contribuyeron con información o con labores de tipo artesanal para transcribir o catalogar los documentos.<sup>69</sup> Así la empresa editorial se caracterizó por ser una labor colectiva, reconciliadora y concluyente del pasado nacional.<sup>70</sup>

Santiago Balleescá, editor de *México a través de los Siglos*, estaba ligado por “vínculos de sincera y cordial amistad” con Francisco Sosa (1848-1925),<sup>71</sup> quien por entonces era Secretario Particular y “hombre de todas las confianzas” del Gral. Carlos Pacheco, ministro de la Secretaría de Fomento. Después de la publicación de *México a través de los Siglos*, Balleescá le encargó a Sosa que escribiese una serie de artículos que dieran a conocer la obra. Sosa aceptó, pero inmediatamente pensó en Luis González Obregón (1865-1938)<sup>72</sup> —quien ya había escrito su primer libro: una biografía de Fernández

---

<sup>69</sup> José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/FCE, 2004, pp. 204-215

<sup>70</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998, p. 109

<sup>71</sup> Nació en Campeche, entonces perteneciente al estado de Yucatán. Realizó sus primeros estudios en Mérida. En esa misma ciudad se dedicó a la política y el periodismo. Escribió varias obras poéticas y narrativas y destacó como escritor de biografías históricas. Desde 1866 se trasladó a la ciudad de México en donde muy pronto también participó en política y colaboró en diversos diarios. Trabajó amistad con Juan de Dios Peza, Agustín Cuenca, Manuel Acuña y con sus los hermanos Justo y Santiago Sierra. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (desde 1892), director de la Biblioteca Nacional y fundador de la Academia Mexicana de la Historia. Alberto María Carreño y José Rojas Garcidueñas, “Francisco Sosa”, en José Luis Martínez (edición), *Semblanzas de académicos, op.cit.*, pp. 536-549

<sup>72</sup> Nació en la ciudad de Guanajuato pero desde la edad de dos años sus padres lo trasladaron a la ciudad de México. En la capital ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en donde cursó la clase de historia con Justo Sierra. Con algunos condiscípulos suyos fundó el Liceo Mexicano Científico y Literario (1885-1894). Durante la misma época también frecuentaba el Liceo Hidalgo en el que escritores como Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Pimentel y Vicente Riva Palacio discutían los problemas de la literatura nacional. Se dio a conocer más ampliamente con sus artículos semanarios en *El Nacional*, que era dirigido por Gonzalo A. Esteva, sobre el pasado anecdótico de la ciudad de México reunidos posteriormente en su libro *México viejo* (1900) y después en su *México viejo y anecdótico* (1909). Trabajó en el Museo Nacional bajo la dirección de José María de Agreda y Sánchez y después fue director del Archivo General de la Nación. *Diccionario*

de Lizardi publicada por el propio Gral. Pacheco–, como el idóneo para dicha labor. Así, el artículo en cuestión se publicó en el periódico *El Siglo XIX* bajo el seudónimo de Luis Rey.<sup>73</sup> Es claro que con estos primeros textos González Obregón –uno de los historiadores más sobresalientes de las primeras décadas del siglo XX– recibiría de sus mecenas el capital cultural necesario para construir las conexiones óptimas (horizontales y verticales) para adquirir el reconocimiento de algunas de las personalidades más influyentes del periodismo mexicano, de las letras y posteriormente de la historia.

Como era de esperarse entre los primeros lectores de la obra también se encontraba el propio Ballescá quien en una carta dirigida a Riva Palacio recalcó que el interés por el tomo II (1886) iba en aumento cada día, tanto que ya se pensaba distribuirlo en América del Sur.<sup>74</sup> Mientras que Justo Sierra también destacó la importancia del mismo tomo a cargo del propio Riva y dedicado a la época colonial:

La parte encomendada al señor Riva Palacio era quizás la más importante de todas, aunque la menos dramática y pintoresca. Los tres siglos del gobierno colonial, exceptuadas sus dos extremidades: la que se desprende de la conquista y la que se pierde en las convulsiones de la gran insurrección de 1810, son monótonos y áridos; la historia tiende a retrogradar hacia la crónica y la crónica a pulverizarse en efemérides; sólo un esfuerzo superior podía extraer del hacinamiento de materiales referentes a la vida superficial de la sociedad y al movimiento uniforme del mecanismo administrativo armado aquí por España, una buena narración explicada de los sucesos, una regular historia pragmática, en suma.<sup>75</sup>

Como lo ha afirmado Antonia Pi-Suñer, aunque a estos y otros estudiosos del pasado se les ha etiquetado como historiadores, en realidad, a pesar de sus extensas obras

---

*Porrúa, op. cit.*, p. 1535; José Luis Martínez, “Luis González Obregón”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años...*, *op.cit.*, y Alberto María Carreño, *El cronista...*, *op.cit.*

<sup>73</sup> Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón (viejos cuadros)*, México, Botas, 1938, pp. 52-54

<sup>74</sup> José Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, *op.cit.*, p. 333

<sup>75</sup> Justo Sierra, “México a través de los siglos”, en *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, 1889, citado en *Ibid.*, pp. 334-335

escritas y de recopilación de documentos, a muy pocos se les reconocía como tales.<sup>76</sup> La mayoría de ellos combinaban su afición por la historia con otras actividades de orden político o militar. Sin embargo, más allá de su formación autodidacta, debemos tomar en cuenta su labor como grupo especializado cuyo objetivo primordial era la elaboración de estudios históricos en comunidad.

Además de las obras colectivas, los encuentros mundiales como las Exposiciones Universales eran eventos propicios para la reunión de historiadores desde una visión nacionalista y civilizatoria en donde el progreso material confirmaba la grandeza del presente y la fe en un futuro luminoso. Pero las exposiciones también dieron ocasión para reconsiderar el pasado de Occidente, para reevaluar y conquistar lo exótico, lo no moderno. Los mexicanos practicaron una “autoetnografía” exponiendo comida, bebidas, vestidos populares indígenas y otros objetos representativos del pasado autóctono. De esta manera el nacionalismo cultural y racial contradecía la añoranza mexicana de formar parte de un cosmopolitismo progresista. Una paradoja propia de la modernidad.<sup>77</sup>

Un momento que consideramos clave para la conformación de este tipo de comunidades historiográficas en México fueron los festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892) que reunió a una cantidad importante de intelectuales americanos y españoles con la consigna de reconocer el pasado y la tradición española. En este tipo de eventos los “rituales de interacción” y el intercambio personal de ideas se dieron de forma natural para construir alianzas pero también para propiciar los enfrentamientos futuros entre facciones.

---

<sup>76</sup> Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la Nación*, México, UNAM, 1996, tomo IV, pp. 10-13

<sup>77</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio*, *op.cit.* pp. 13-24

En el órgano oficial del evento, *El Centenario. Revista Ilustrada* –bajo la dirección de Juan Valera y editada en Madrid– se insistió sobre los fuertes vínculos que debían unir a los países latinoamericanos con España:

El centenario puede y debe dar ocasión a que se reanuden o se afirmen los lazos fraternales entre España y las Repúblicas que fueron sus colonias [...] Nuestras miras en la celebración del Centenario deben dirigirse a que esta gran fiesta lo sea de suprema concordia [...] poniendo, por cima de la discrepancia política de los diversos Estados, un sentimiento de familia y una común aspiración que en esfera más amplia nos identifique.<sup>78</sup>

En esta exaltación de la herencia hispana participaron escritores como el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, poeta católico e historiador, y Rubén Darío, como joven representante de Nicaragua. Los festejos incluyeron la exposición arqueológica de piezas precolombinas, objetos de arte, armas y joyas europeas de los siglos XV y XVI. En aquella ocasión la Real Academia de la Historia publicó bibliografías y documentos colombinos. Los actos y ceremonias no sólo se llevaron a cabo en Madrid, Huelva y Sevilla, sino que se realizaron eventos en Granada, Córdoba y otras ciudades españolas.<sup>79</sup> Como dato significativo, sabemos que en el año de 1892 también se celebró por segunda ocasión en el país europeo el *Congreso Internacional de Americanistas*, que también convocó a un número importante de historiadores con el objetivo de tender puentes entre las diferentes naciones del continente.<sup>80</sup> Como lo ha apuntado Aimer Granados, en dicho *Congreso* las conferencias y ponencias de temas históricos tuvieron una importante función académica y fueron pieza clave del discurso hispanoamericanista. Por ejemplo, Antonio Sánchez

---

<sup>78</sup> Citado por Aimer Granados, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa, 2010, p. 107

<sup>79</sup> Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México, FCE, 1982, pp. 184-188

<sup>80</sup> Con respecto al estudio de la identidad política continental que se fomentó desde las primeras décadas del siglo XIX en los congresos de unión hispanoamericana véase Aimer Granados, “Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860”, en Aimer Granados y Carlos Marichal (comp.), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2009 (2004), pp. 39-69



Moguel impulsó un ciclo de conferencias en el Ateneo de Madrid con diversos temas historiográficos.<sup>81</sup>

La Junta que representaría a México en los festejos fue nombrada por el propio Porfirio Díaz. Los miembros fueron Joaquín García Icazbalceta (1824-1894) como presidente, Alfredo Chavero (1841-1906), Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916), José María Vigil (1829-1909), José María de Agreda (1838-1916) y Francisco Sosa (1848-1925) como secretario. Con el equipo organizador reunido se acordó formar “una importante colección de antigüedades” a fin de presentarla en Madrid. En este muestrario de piezas arqueológicas debía procurarse que estuvieran representadas “las principales razas y nacionalidades antiguas” de México. Para lograr tal objetivo se compró “la valiosa colección del Sr. Doremberg, rica en más de tres mil objetos”, entre los que se encontraban algunos de oro y obsidiana. Con el objetivo de complementar esta colección se le agregaron más de mil piezas del Museo Nacional de las civilizaciones zapoteca, mixteca y maya. Los gobiernos de Veracruz, Oaxaca y Campeche también colaboraron con la causa y el enriquecimiento de la muestra que representaría al país en el extranjero. De la región de Michoacán “vino en auxilio de la Junta” el padre Francisco Plancarte y Navarrete (1856-1920)<sup>82</sup> quien contaba con una “notable colección tarasca de más de tres mil objetos”

---

<sup>81</sup> Aimer Granados, *Debates sobre España, op.cit.*, pp. 143-150

<sup>82</sup> Su tío el también sacerdote Antonio Plancarte y Labastida lo envió a Europa para que ingresara como alumno del Colegio Pío Latinoamericano y se doctorara en filosofía, teología y derecho canónico en la Universidad Gregoriana. Se ordenó sacerdote en 1880 y su formación, como la mayoría de los que eran educados en Roma, se complementó con un amplio conocimiento del latín, griego, hebreo, inglés, francés y de la cultura humanística propia del pensamiento occidental clásico. Fue profesor y director del Colegio de San Luis en Jacona, Michoacán, y del San Joaquín en Tacuba. A partir de 1891, se desempeñó como profesor del Seminario de México. Fue primer obispo de Campeche (1896-98), segundo de Cuernavaca (1899-1911) y después arzobispo de Linares (1912-1920). Fue miembro fundador de la Academia Mexicana de la Historia, e integrante de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”. Israel Cavazos Garza, “Francisco Plancarte y Navarrete”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años, op.cit.*, pp. 179-181; Miguel Salinas, *Bosquejo biográfico del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, geógrafo, historiador y arqueólogo*, México, Imprenta del Asilo “Patricio Sanz”, 1923

complementada por el gobierno de Michoacán quien proporcionó otras mil piezas provenientes del Museo estatal bajo la dirección de Nicolás León (1859-1929).<sup>83</sup>

En fin, la colección que fue enviada a Madrid contaba con más de diez mil piezas, “la más numerosa conocida” hasta entonces. Se montaron réplicas de grandes esculturas como la “Piedra del Sol” o “Calendario Azteca”, la “Cruz de Palemke” (sic), la “Coatlicue”, y algunas reducciones de monumentos hechas en madera como la “Pirámide de Xochicalco”, la “Pirámide de Papantla”, entre otras.<sup>84</sup> Además, con el objeto de “dejar un recuerdo permanente” en aquella “fiesta de la civilización moderna”, acordó la Junta imprimir un tomo de códices jeroglíficos inéditos, dos de ellos pintados antes de la Conquista bautizados como “Colombino” y “Porfirio Díaz”, este último en honor al Presidente de la República que tanto empeño había tenido “en el concurso de México en la Exposición”.<sup>85</sup> En México también el gobierno del presidente Díaz no escatimó en gastos para celebrar a Cristóbal Colón y el Descubrimiento: se cerraron las oficinas públicas, las calles se adornaron, se realizaron fiestas y sesiones literarias.<sup>86</sup>

Quizá podemos ver en este espíritu hispanista, en conjunción con el reconocimiento de las civilizaciones indígenas, un remanente más del nacionalismo decimonónico que caracterizó a las naciones latinoamericanas. Pensamos que con la participación activa de los historiadores en los festejos del Centenario y congresos como el de Americanistas estamos ante el nacimiento de una comunidad cuyo objetivo era la “celebración centenaria” con

---

<sup>83</sup> *Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades Mexicanas. Publicada por la Junta Colombina de México en el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América*, México, Secretaría de Fomento, 1892, pp. III-IV

<sup>84</sup> *Ibid.*, pp. VII-VIII

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. X

<sup>86</sup> José María Muriá, “El IV centenario del descubrimiento de América”, *Secuencia*, número 3, septiembre-diciembre de 1985, pp. 123-130

fines netamente políticos y nacionalistas propios del siglo XIX. Estudiosos del pasado que privilegiaban los nexos con la “Madre Patria” desde una visión hispanoamericanista.<sup>87</sup>

Muy pronto se construyeron grupos antagónicos que regularmente se enfrentaron para defender sus posturas ideológicas. Por ejemplo en 1901 se publicó el libro de Genaro García (1867-1920),<sup>88</sup> *Carácter de la conquista española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos* que levantó una profunda polémica en torno a las visiones de la historia de la conquista y el periodo colonial en México.<sup>89</sup> Desde el prólogo de su obra Genaro García mostró el rumbo que seguiría su trabajo crítico:

Desde muy atrás pensóse [sic] en España que no había cosa más meritoria ante el pueblo y ante Dios que la matanza de infieles [...] Estas ideas no pudieron ser extirpadas por la guadaña de la civilización, y antes bien echaron hondas raíces con el transcurso de los tiempos; el mismo clero desvirtuó desde temprano su misión de concordia y caridad, y llegó hasta usurpar la palabra de Dios para predicar en púlpitos y plazas el exterminio de los infieles [...] Dado tales antecedentes, sin entrar en otras consideraciones, se pudo predecir, llegada la hora del descubrimiento de América, que la conducta de los conquistadores españoles sería despiadada, toda vez que iban a encontrarse frente a frente de una población idólatra.<sup>90</sup>

Después declaró que:

A pesar de que entre los historiadores que desde un principio escribieron acerca de la Conquista, hubo quienes tuvieran a la vista los más fehacientes documentos, sólo los aprovecharon en cuanto podían favorecer a los intereses de España [...] De tal suerte, la historia de la Conquista, groseramente falseada, continuó siendo una serie de panegíricos encomiásticos para los conquistadores, y de acerbas diatribas para los indígenas.<sup>91</sup>

<sup>87</sup> Para el caso de Europa véase Eric, Hobsbawm, “La revolución centenaria”, en *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2007 y para México Aimer Granados, *Debates...*, *op.cit.*

<sup>88</sup> Nació en Fresnillo, Zacatecas. Desde 1877 se trasladó junto con su familia a la ciudad de México en donde radicaría hasta su muerte. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia obteniendo el título de abogado en 1891. En 1899 ingresó al Conservatorio Nacional de Música en donde fue profesor de literatura española y de indumentaria. Fue profesor de la Escuela de Leyes, director de la Escuela Nacional Preparatoria y del Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología. Carmen Ramos Escandón, “Genaro García, historiador feminista de fin de siglo”, en *Signos históricos*, número 5, enero-junio del 2001, pp. 87-107

<sup>89</sup> Aimer Granados, *Debates...*, *op.cit.*, p. 320

<sup>90</sup> Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901, pp. 1-2

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 3-4

Luis González Obregón (1865-1938) apoyó esta visión hispanófoba de Genaro García, quien en aquel momento pensaba –aunque posteriormente defendería en sus trabajos la herencia española– que los castellanos habían cometido una “serie de iniquidades” a los vencidos:

Rapiñas las más groseras, crueldades las más salvajes; incendios los más injustos, violaciones las más repugnantes, son los rasgos generales y continuos, que acompañados del más grosero fanatismo, caracterizan la Conquista española en América.<sup>92</sup>

Ante estos comentarios, el ya mencionado Francisco Sosa respondió que Genaro García no había apuntado “un solo hecho digno de loor en los conquistadores”. Pero en lugar de realizar una defensa a ultranza de España, argumentó que existían otros enemigos más temibles que los europeos: los Estados Unidos. De este “conquistador moderno” era del que en realidad México debía cuidarse.<sup>93</sup>

Desde España otros como Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) –quien mantuvo estrechos vínculos con los escritores hispanoamericanos–<sup>94</sup> defendió esta opinión hispanista en una carta dirigida a Sosa y fechada el 3 de enero de 1902:

Nuestro común amigo el Marqués de Bendaña habrá a Ud. informado de la buena impresión que me produjo la lectura de su noble y elocuente vindicación del honor de España contra el malévolo y apasionado libro del señor [Genaro] García. La Academia de la Historia recibió también con sumo aprecio el folleto, y supongo que el Secretario Perpetuo Sr. Fernández Duro, que leyó un brillante informe sobre la materia, habrá comunicado a Ud. la unánime opinión de nuestro Cuerpo.<sup>95</sup>

<sup>92</sup> Francisco Sosa, *Conquistadores antiguos y modernos. Disertación a propósito de la obra de D Genaro García: “Carácter de la conquista española en América y en México, según los escritores primitivos”*, México, Tipografía y Litografía La Europea, 1901, citado por Aimer Granados, *Debates, op.cit.*, p. 324

<sup>93</sup> *Ibid.*, pp. 325-331

<sup>94</sup> Para ahondar en los vínculos que Marcelino Menéndez y Pelayo mantuvo con la intelectualidad hispanoamericana, primordialmente con escritores colombianos como Miguel Antonio Caro, véase Aimer Granados, “Imaginarios culturales sobre España en la celebración del centenario de la independencia de Colombia”, en Tomás Pérez Vejo (coord.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana 1810-1910*, México, El Colegio de México, pp. 245-272

<sup>95</sup> Marcelino Menéndez y Pelayo, “Cartas Inéditas a Francisco Sosa”, en *Ábside*, volumen XXIII, número 3, julio-septiembre de 1959, p. 351. Esta y otras cartas habían permanecido inéditas bajo la custodia de Alberto María Carreño quien en 1959 permitió su publicación en la revista *Ábside* –fundada por el padre Gabriel Méndez Plancarte en 1937– y cuyo director era en aquel momento el poeta regiomontano Alfonso Junco.

Como sabemos la polarización ideológica entre hispanófilos e hispanófobos continuaría ininterrumpidamente durante prácticamente toda la primera mitad del siglo XX. Sin embargo esta identificación en grupos y camarillas también nos habla de la gradual concientización del papel del historiador como representante importante de la intelectualidad de principios de siglo XX.

Para regresar a las obras colectivas con temas historiográficos, Justo Sierra (1848-1912) publicó entre 1900 y 1902 *México: su evolución social* compuesta de tres gruesos volúmenes y elaborada por un nutrido grupo de escritores mexicanos. Entre los colaboradores –que en su mayoría se dedicaban a la literatura, la historia y a la política– se encontraban Manuel Sánchez Mármol (1839-1912), Julio Zárate (1844-1917), Bernardo Reyes (1849-1913), los hermanos Miguel (1856-1929) y Pablo Macedo (1851-1918), Gilberto Crespo y Martínez (1852-1916), Porfirio Parra (1854-1912), Carlos Díaz Dufo (1861-1941), Ezequiel A. Chávez (1868-1946), Agustín Aragón (1870-1954), Genaro Raigosa (1847-1906) y Jorge Vera Estañol (1873-1958). En general, como su título lo indica, la obra mostraba el azaroso camino que había tenido que recorrer la nación mexicana para formar parte de la civilización occidental.<sup>96</sup>

Es importante recalcar que de los mencionados únicamente Justo Sierra y Julio Zárate habían incursionado con anterioridad en la escritura de la historia y, por consiguiente, pese a sus múltiples actividades, se habían especializado en las técnicas disciplinares.

---

<sup>96</sup> Álvaro Matute, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 58-59 y Laura A. Moya López, “México: su evolución social. 1900-1902. Aspectos teóricos fundamentales”, en *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, año 14, número 41, septiembre-diciembre de 1999, pp. 127-156

Como lo expresó Mauricio Tenorio Trillo, hacia finales del siglo XIX, primordialmente desde 1889 durante la Exposición Universal efectuada en París, el grupo político conocido como los “científicos” se erigió como el representante idóneo de la élite tecnócrata impulsora de la ciencia en el país. Economistas como Joaquín Casasús, José Yves Limantour y Emilio Busto; ingenieros como Gilberto Crespo, Antonio de Anza y Luis Salazar, y médicos como Domingo Orvañanos, Eduardo Liceaga y José Ramírez son algunos de estos reconocidos especialistas.<sup>97</sup>

En este contexto los historiadores como Justo Sierra y Julio Zárate también se convirtieron en especialistas del pasado nacional, como miembros de una comunidad historiográfica. El primero publicó *Compendio de historia de la Antigüedad* (1878-1879) – desde un positivismo de línea spenceriana–, *Elementos de historia general* (1888, 1905 y 1909), *Elementos de historia patria* (1893, 1894 y 1902), *Catecismo de historia patria* (1894), libros escritos para la educación primaria y secundaria, y su *Historia General* (1891-1904). Como es bien conocido en estos trabajos el evolucionismo fue la guía interpretativa del autor para narrar los hechos históricos.<sup>98</sup> Mientras que Zárate había escrito el tomo III de *México a través de los siglos* (sobre la Guerra de Independencia) y *Elementos de historia general* (1891).<sup>99</sup>

Para los historiadores mexicanos el nuevo siglo había iniciado con la promesa de interesantes proyectos a futuro. El campo historiográfico mexicano que se había

---

<sup>97</sup> Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio*, *op.cit.*, p. 43. Con respecto al liberalismo durante la segunda mitad del siglo XIX y su relación (o distanciamiento) con el positivismo mexicano véase Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002

<sup>98</sup> Andrés Lira, “Justo Sierra: la historia como entendimiento responsable”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comp.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE/CONACULTA, 1995, pp. 26-30

<sup>99</sup> Laura A. Moya López, “México...”, *op.cit.*, p. 129

caracterizado por sustentar las obras y los trabajos individuales, poco a poco había sentado las bases estructurales para el surgimiento de comunidades especializadas.

Con el Centenario de Benito Juárez en puerta (1906), el polémico Francisco Bulnes publicó *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio* (1904) y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905), obras que propiciaron una avalancha de textos críticos de historiadores como Genaro García, Carlos Pereyra, Ignacio Mariscal, Hilario Frías, Justo Sierra y Victoriano Salado Álvarez.<sup>100</sup>

El año de 1906 fue emblemático. La celebración del Centenario del nacimiento de Benito Juárez significó para el gobierno del general Porfirio Díaz la ocasión idónea para exaltar a uno de los héroes patrios más representativos. Desde 1903 se empezó a organizar la Comisión Nacional del Centenario que finalmente estuvo integrada por Félix Romero (presidente), Pablo Macedo (vicepresidente), y los secretarios José Casarín, Adalberto A. Esteva, Victoriano Salado Álvarez y Ramón Prida. Avenidas e instituciones fueron bautizadas con el nombre del Benemérito, se develaron retratos, se organizaron certámenes literarios, conciertos y desfiles con carros alegóricos.<sup>101</sup>

A finales de 1909 el español Rafael Altamira y Crevea (1866-1951),<sup>102</sup> destacado historiador y jurista de la Universidad de Oviedo, visitó México después de haber recorrido

---

<sup>100</sup> Rogelio Jiménez Marce, *La Pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003; Erika Pani, "Derribando ídolos: el Juárez de Francisco Bulnes", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Juárez: historia y mito*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 43-58; Alberto Carabarrín Gracia, "Bulnes, Pereyra, Salado, Sierra. La historiografía porfirista ante el enigma de Juárez", en Alberto Carabarrín Gracia (editor), *Siluetas y generaciones en la historiografía mexicana de Bulnes a Chávez Orozco*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego"/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011, pp. 15-57

<sup>101</sup> Clementina Díaz de Ovando, "El Primer Centenario: 1906", en *Revista de la Universidad de México*, número 32, octubre de 2006, pp. 62-68; Josefina Zoraida Vázquez, "Juárez: nacionalismo e historia oficial", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Juárez: historia y mito*, *Ibid.*, pp. 33-42

<sup>102</sup> Nació en la ciudad de Alicante, España. Estudió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia y se tituló de abogado en 1886. Obtuvo el doctorado en derecho en la Universidad Central de Madrid (1887). Fue catedrático de Historia del Derecho Español en la Universidad de Oviedo (desde 1897) y de Instituciones

algunos países de América del sur: Chile, Perú, Argentina y Uruguay. El objetivo de Altamira fue desde un principio tender un puente cultural e intelectual entre América y España desde una postura liberal, no imperialista. Llama la atención que las conferencias que el historiador dictó en diversos recintos de la capital mexicana tuvieron una excelente acogida entre la población y particularmente entre algunos representantes del gobierno y de la *inteligencia* nacional como Justo Sierra y Pablo Macedo, director de la Escuela de Jurisprudencia.<sup>103</sup> Como veremos posteriormente en la presente investigación, este primer contacto con un historiador con el prestigio de Altamira y Crevea abriría para los investigadores mexicanos una gama de nuevas perspectivas teóricas y metodológicas y, primordialmente, despertaría el espíritu académico que desde finales del siglo XIX en Europa y en Estados Unidos ya transformaba a la disciplina.

### El Centenario de la Independencia

En México eventos como la celebración del centenario de la Independencia en 1910 y la publicación de dos obras monumentales: *Documentos históricos mexicanos de la Guerra de Independencia*<sup>104</sup> y *Antología del Centenario* (dos tomos, 1910-1911). Esta última fue una historia de la literatura mexicana bajo la dirección de Justo Sierra y realizada por Luis

---

Políticas y Civiles de América en la Universidad Central de Madrid (1914-1936). Se exilió en La Haya (1936-1940), en Bayona (1940-1944) y México (1944-1951). En este último país fue profesor de Historia en la UNAM y en El Colegio de México. Colaboró en *Revista de Historia de América*, *Cuadernos Americanos* y *Revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia*. Eva Elizabeth Martínez Chávez, “Rafael Altamira y Crevea”, en *Diccionario de catedráticos españoles de derecho (1847-1943)*, Universidad Carlos III de Madrid, Instituto Figuerola de Historia y Ciencias Sociales, 2011

<http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>, consultada el 28 de marzo de 2016

<sup>103</sup> Gustavo H. Prado, *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 37-49

<sup>104</sup> Blanca Estela Suárez Cortes, “Las interpretaciones positivas del pasado y el presente (1880-1910)”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH, 1987, tomo II, p. 52



G. Urbina, Pedro Enríquez Ureña y Nicolás Rangel, coadyuvaría al reconocimiento del historiador por parte de sus iguales y por la sociedad en su conjunto. Con respecto a la *cultura historiográfica*<sup>105</sup> que se caracteriza por el reconocimiento de los métodos y las prácticas propias del oficio que iban adquiriendo los escritores de principios del siglo XX, en el tomo I de la *Antología* podemos leer lo siguiente:

En cuanto a la compilación de datos históricos, no reclamamos otro mérito que el de haber sido los primeros en acometerla en su totalidad, siquiera compendiosamente. Nuestra obra aspira a presentar, en síntesis, los principales datos que interesan al historiador literato: la sucesión de hechos sociales y políticos que, al influir en la vida del pueblo, determinaron manifestaciones literarias; los hechos de carácter más directamente literario, como certámenes y asociaciones; la biografía, la bibliografía y la iconografía de escritores; la historia de la imprenta; las transformaciones del periodismo y tales otros signos que sirvan de orientaciones en la pluralidad de causas que concurren a producir la obra de letras.<sup>106</sup>

Como lo ha destacado Virginia Guedea, la celebración de los cien años de la Independencia nacional fue un momento propicio para la exaltación de la “historia oficial” con la publicación de obras, el pronunciamiento de múltiples piezas oratorias y mediante los distintos rituales cívicos en los que el Estado mexicano no escatimó en gastos. Entre las investigaciones que se dieron a conocer destacan las del concurso convocado por la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia como la de Laureana Wright de Kleinhans, *Biografías de mujeres notables mexicanas de la época prehispánica, la Colonia y el siglo XIX* (1910); Pedro González, *El desarrollo de las ideas científicas y su influencia*

---

<sup>105</sup> Guillermo Zermeño prefiere sustituir el término “conciencia”, que nos remite de inmediato a un pensamiento metafísico propio de la historia de las ideas, por el de “cultura” más cercano a la historia de los conceptos y a la teoría de sistemas de Niklas Luhmann: “El problema central que enfrenta una epistemología centrada en la conciencia es su incapacidad para dar cuenta fehaciente del mundo social e histórico a partir exclusivamente de percepciones individuales. No considera suficientemente que esos datos de conciencia sólo adquieren significado hasta que son comunicados”. Guillermo Zermeño, *La cultura moderna, op.cit.*, p. 27. Sobre las categorías “conciencia histórica” y “conciencia historiográfica” véase respectivamente Hans-Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos, 1993 y John Luckacs, *El futuro de la historia*, Madrid, Turner, 2011, pp. 10-33

<sup>106</sup> Citado por Francisco Curiel Defossé, “Letrados centenarios: 1910, 1921”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910-1921)*, México, UNAM/FCE, 2009, p. 327

*social y política durante una centuria de vida independiente* (1911); Ramón Mena, *La ciencia arqueológica en México desde la proclamación de la independencia hasta nuestros días* (1911); Francisco Barrera Lavalle, *Apuntes para la historia de la estadística en México, 1821-1910* (1911), entre otras cuyo fin primordial fue dar a conocer “el adelanto intelectual del país”.<sup>107</sup>

Primordialmente nos interesa destacar a los historiadores que figuraron durante el festejo y que serían pieza clave para la conformación del gremio. El ya mencionado Genaro García desde la dirección del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, organizó un concurso cuyo objetivo era que se presentaran trabajos historiográficos que hicieran referencia al movimiento independentista y coordinó la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México* (1911). La obra estuvo compuesta por tres secciones: un análisis sobre el “progreso” de México de 1810 a 1910; la descripción de las fiestas patrias celebradas en la capital con un apartado sobre las publicaciones que hubieran surgido hasta ese momento y, por último, el recuento de lo que aconteció en los estados de la República. Con respecto a las publicaciones, García encomendó la elaboración de las respectivas reseñas a un selecto grupo de trabajo formado por Nemesio García Naranjo (1883-1962),<sup>108</sup> Alfonso Teja Zabre (1888-1962)<sup>109</sup>

---

<sup>107</sup> Virginia Guedea, “La historia en los centenarios de la Independencia: 1910-1921”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios*, *Ibid.*, p. 23

<sup>108</sup> Nació en Lampazos, Nuevo León. En la ciudad de México estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de donde se graduó en 1909. Fue periodista y desempeñó diversos cargos políticos. Miembro del Ateneo de la Juventud y de la Academia Mexicana de la Lengua (1938). Durante el gobierno de Victoriano Huerta ocupó el puesto de Secretario de Instrucción Pública y tras la caída del régimen se exilió en Estados Unidos. Colaboró en numerosos periódicos y revistas. Alberto María Carreño y Salvador Azuela, “Nemesio García Naranjo”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas...*, *op.cit.*, pp. 214-216

<sup>109</sup> Nació en San Luis de la Paz, Guanajuato. En la ciudad de México estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Se formó como historiador en las clases impartidas en el Museo Nacional por Genaro García. Muy pronto practicaría la docencia impartiendo clases de Historia de México en el Colegio Militar y en la Escuela de Aspirantes. Desde 1921 inició sus colaboraciones en *El Heraldo de México*, en 1923 en *El Demócrata* y en *El Universal* a partir de 1925. Sin embargo su creación historiográfica se inició, en su forma más fecunda, a partir de 1930. Escribió *Biografía de México* (1931); *Historia de México. Una moderna*

–ambos alumnos suyos en las cátedras que impartía en el Museo desde 1906–, Rubén Valenti (1879-1915), Manuel H. San Juan (1864-1917) e Ignacio B. del Castillo (1886-1966).<sup>110</sup>

El grupo empezó a trabajar el 1 de septiembre de 1910 a pesar de los tropiezos y de las “serias dificultades imprevistas”. Con la ayuda de sus colaboradores que se dedicaron a la labor con “entusiasmo verdaderamente patriótico”, Genaro García logró culminar la obra. La tarea fue ardua pero rendiría frutos. Constituiría un laboratorio de investigación que formaría a futuros investigadores de la historia:

Concluidas las reseñas, resultaron, como era natural, desproporcionadas y divergentes, pues mientras unas llenaban ochenta páginas, otras cabían dentro de una sola [...] Imponíase consiguientemente un trabajo de condensación o, mejor dicho, de unificación general, que llevé a cabo auxiliado por los señores Licenciados don Francisco M. de Olaguibel [1874-1924] y don Alfonso Teja Zabre. Al propio tiempo el Licenciado don Nemesio García Naranjo escribía el estudio sobre el progreso de México y lo ilustraba con laboriosos esquemas; el señor don Ignacio B. del Castillo coleccionaba los brindis y discursos oficiales pronunciados en las fiestas.<sup>111</sup>

Bajo la guía del maestro, estos y otros primeros agentes especializados generarían los espacios de sociabilidad necesarios para el desarrollo de la disciplina. Así, Genaro García transmitiría a las nuevas generaciones el capital cultural acumulado durante su trayectoria intelectual e institucional.

Como era de esperarse, los historiadores tuvieron amplia participación en la organización de las múltiples actividades y ceremonias que se realizaron con motivo del Centenario. Por ejemplo, para el Desfile Histórico del 15 de septiembre, “uno de los

---

*interpretación* (1935); *Guía de la Historia de México* (1944), y *Breve Historia de México* (1947). Andrea Sánchez Quintanar, “El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre”, en *Anuario de Historia*, México, UNAM, número VI-VII, 1966-1967, pp. 65-90, y “Tres socialistas en la historiografía mexicana contemporánea”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, Universidad Michoacana, número 2, Morelia, 1977, pp. 37-52

<sup>110</sup> Virginia Guedea, *op.cit.*, pp. 24-25

<sup>111</sup> Genaro García (director), *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911, p. VIII

festejos más concurridos”, José Casarín –secretario de la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia– apuntó que para representar de “manera fidedigna” las escenas de las que se compuso el desfile consultó “todo lo escrito” sobre la historia del país y confirmó los datos con destacados historiadores.<sup>112</sup>

En ese mismo año de 1910 se celebró en la ciudad de México el XVII Congreso Internacional de Americanistas. Dos años antes en Viena, durante el mes de septiembre de 1908, se había acordado que la primera sesión del siguiente Congreso se celebraría en la ciudad de Buenos Aires y la segunda en la capital mexicana.<sup>113</sup> La Comisión Organizadora del evento estuvo a cargo de Justo Sierra (presidente), Ezequiel A. Chávez (vicepresidente), Genaro García (secretario general), José Romero (secretario) y Joaquín de Casasús (tesorero). Es evidente que el grupo organizador estuvo formado mayoritariamente por funcionarios del estado mexicano que incursionaban esporádicamente en las letras y en el oficio de la historia, y en menor medida por especialistas en arqueología, antropología y otras ciencias humanas y sociales. Sin embargo entre los conferencistas o miembros de la mesa directiva encontramos a investigadores nacionales y extranjeros que se especializaban en las culturas indígenas como Nicolás León, en ese momento miembro del Instituto Bibliográfico Mexicano; Andrés Molina Enríquez (1868-1940), profesor de etnología en el Museo Nacional; los alemanes Eduard Seler (1849-1922) y Franz Boas (1858-1942); la estadounidense Zelia Nuttall (1857-1933), profesora del Museo Nacional, y el checo Aleš Hrdlička (1869-1943).

---

<sup>112</sup> Virginia Guedea, “La historia en los centenarios...”, *op.cit.*, pp. 53-55

<sup>113</sup> *Reseña de la Segunda Sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas efectuada en la ciudad de México durante el mes de septiembre de 1910 (Congreso del Centenario)*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1912, p. 1

La mayoría de las intervenciones de los participantes tuvieron como tema principal el lenguaje, la cultura y la arquitectura de las sociedades prehispánicas. Es notorio que para el gobierno mexicano la exaltación del pasado indígena era su carta de presentación hacia el mundo. En el discurso inaugural de Justo Sierra, pronunciado el 8 de septiembre de 1910, podemos apreciar estas perspectivas y objetivos del evento:

Sed bienvenidos vosotros los devotos del estudio del pasado, en un país que aunque poseído de la fiebre del porvenir (una fiebre de crecimiento), del anhelo de llegar, del hondo afán de realizar, no ha perdido un átomo del apego religioso a su historia. Por eso ha encerrado piadosamente en ella las memorias de las grandes tribus constructoras [...] Todo ese mundo precortesiano, cuyos archivos monumentales venís a estudiar aquí, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimienta y explica nuestra verdadera historia nacional, la que data de la unión de conquistados y conquistadores para fundar un pueblo mestizo que (permitidme esta muestra de patriótico orgullo), está adquiriendo el derecho a ser grande. Por eso, no sólo vemos con interés, sino con agradecimiento, todo esfuerzo por estudiar, por analizar y clasificar los restos de estas civilizaciones y traerlos no sólo a la luz del día, sino a la luz de la ciencia.<sup>114</sup>

Además hizo hincapié en el esfuerzo del gobierno mexicano por salvaguardar las “reliquias arqueológicas”, reteniéndolas en el país.

Hemos comprendido bien que no basta para las crecientes exigencias de los sabios que se creen justamente con derecho a disponer de todos los medios de llegar a la verdad, que es el patrimonio humano por excelencia, no basta, decimos, proclamarnos custodios celosos de un material científico de primer orden, si revelamos, por parte, que no lo sabemos presentar en todo su valor, mostrándolo bien, ordenándolo bien y preservándolo bien.<sup>115</sup>

Sierra pensaba que tomando las medidas adecuadas de conservación de sus colecciones arqueológicas, México daría prueba fehaciente de la importancia de conocer sus orígenes y reconocer el pleno valor de su historia que era “precisamente la característica de las aristocracias”.<sup>116</sup>

---

<sup>114</sup> *Ibid.*, pp. 17-18

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 19

<sup>116</sup> *Ídem.*

Como sabemos, esta necesidad por preservar las reliquias del pasado indígena no siempre fue una prioridad para el gobierno mexicano. Por ejemplo Miruna Achim estudia el caso de Isidro Icaza, primer director del Museo Nacional, quien canjeó 145 dibujos realizados por Luciano Castañeda durante sus expediciones llevadas a cabo a principios del siglo XIX a Palenque y otras ruinas prehispánicas en compañía de Guillermo Dupaix por setenta pájaros disecados provenientes de África pertenecientes al viajero francés Henri Baradère. Achim analiza las razones por las que Icaza realizó esa transacción que para Justo Sierra, muy posiblemente, hubiese parecido desventajosa.<sup>117</sup>

Sierra, después de defender el patrimonio nacional, reconoció que las propuestas hechas por los participantes del Congreso abordaban “algunos de los más altos problemas del americanismo”. En su opinión, pese a que era improbable llegar a un conocimiento axiomático de los orígenes, “el puente de la hipótesis” conduciría al investigador “cerca del borde de la verdad”. En este sentido, lo importante no era “resolver a medias los problemas”, sino reunir los datos necesarios para fundamentar científicamente las investigaciones arqueológicas.<sup>118</sup>

Durante las sesiones realizadas en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología se exaltó este sentimiento científicista o empírico:

Varios de los señores congresistas dieron lectura a importantes trabajos relacionados con los puntos del programa, de los que muchos fueron acompañados por proyecciones luminosas. Otros trabajos, que por causas de diferente índole no pudieron ser leídos en el Congreso, fueron mandados

---

<sup>117</sup> Miruna Achim, “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas. O, cómo construir un museo nacional, México, 1828”, en Miruna Achim y Aimer Granados (comp.), *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, CONACULTA/UAM-Cuajimalpa, 2011, pp. 31-60. Con respecto a la defensa del patrimonio arqueológico mexicano durante la segunda mitad del siglo XIX y el XX véase Clementina Díaz de Ovando, *Memoria de un debate (1800). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, UNAM, 1990, y Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, México, CONACULTA, 2011, tomo II

<sup>118</sup> *Reseña de la Segunda Sesión, op.cit.*, p. 24

imprimir y en forma de folletos circularon entre los señores americanistas; todos esos trabajos suscitaron debates científicos de la mayor importancia.<sup>119</sup>

Además de los temas relacionados con la culturas originarias de América, se presentaron investigaciones con intereses hispanistas como la del historiador español Antonio Sánchez Moguel (1838-1913), miembro de la Real Academia de la Historia, quien presentó el texto titulado “Colón y la lengua castellana y las Americanas”, y la del mexicano Francisco Fernández del Castillo (1864-1936),<sup>120</sup> quien llegaría a ser miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1920, titulada “El testamento de Cortés”.<sup>121</sup>

En 1912 se celebró el Primer Congreso Científico Mexicano organizado por la Sociedad Científica “Antonio Alzate”. Ahí se dejó en claro que una de las iniciativas más apremiantes para el país era construir vínculos entre los científicos y edificar instituciones adecuadas para el desarrollo del conocimiento. Los portavoces de la Sociedad consideraron de “indiscutible utilidad” que periódicamente se celebrasen dichos eventos ya que en “varias ocasiones” se había comprobado que existían “suficientes elementos para llevar a cabo [...] esta clase de reuniones” como los Congresos Nacionales de Educación, de Medicina, y los internacionales de Americanistas.

La acción benéfica de estas reuniones es incontestable: contribuyen de una manera muy importante a despertar el amor a la ciencia, siempre en lucha con el mercantilismo; a poner en movimiento a todos los centros de investigación y enseñanza; a sacudir el marasmo de los menos activos y entusiastas.<sup>122</sup>

---

<sup>119</sup> Genaro García (director), *Crónica oficial de las fiestas...*, *op.cit.*, p. 229

<sup>120</sup> Nació en la ciudad de México. Investigador oficial del Archivo General de la Nación y Director de Monumentos Coloniales. Fue reconocido por su erudición y por esclarecer la autenticidad de documentos relacionados con reclamaciones de tierras por parte de litigantes indígenas. Entre sus obras destacan sus *Apuntes para la historia de San Ángel, San Jacinto Tenanilla y sus alrededores; tradiciones históricas* (1913) y *Libros y Libreros del siglo XVI* (1914). Andrés Lira, “Francisco Fernández del Castillo”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia Mexicana de la Historia. Discursos de ingreso y bienvenida, 1919-2009*, CD ROM, México, 2009

<sup>121</sup> *Reseña de la Segunda Sesión...*, *op.cit.*, pp. 38-39

<sup>122</sup> *Actas y Memorias del Primer Congreso Científico Mexicano organizado por la Sociedad Científica “Antonio Alzate” y celebrado en la ciudad de México, del 9 al 14 de diciembre de 1912*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, p. 6

Entre los miembros del Congreso que destacan por haber sido reconocidos historiadores figuran Alberto María Carreño (1875-1962), profesor de la Escuela Superior de Comercio y Administración y Presidente de la Sociedad de Estudios Económicos; Francisco Fernández del Castillo, investigador del Archivo General de la Nación; Jesús Galindo y Villa (1867-1937),<sup>123</sup> Director de la Academia Nacional de Bellas Artes y profesor del Museo Nacional, y Francisco Sosa, Director de la Biblioteca Nacional.

Otro Centenario que se celebró ese mismo año de 1912 fue el de la Constitución de Cádiz que dio lugar a la publicación de la obra dirigida por Luis González Obregón y editada por Rafael de Alba y Manuel Puga y Acal, *La Constitución de 1812 en la Nueva España* (1912-1913). En la obra se reproducen decretos, expedientes, bandos y declaraciones de la Constitución gaditana.<sup>124</sup>

En suma, con estas reuniones se propició el intercambio de capitales culturales y emocionales entre los participantes que contaban con trayectorias similares, se construyeron las alianzas que rendirían frutos con la construcción y consolidación de instituciones y la fundación de revistas y sociabilidades durante la primera mitad del siglo XX.

---

<sup>123</sup> Nació en la ciudad de México. Estudió ingeniería pero desde muy joven se consagró al periodismo y a la historia. Desde 1887 inició sus colaboraciones literarias e historiográficas en *El Tiempo*, de Victoriano Agüeros, y *La Voz de México* dirigido por el michoacano Rafael Gómez. En ese mismo año ingresó al *Museo Nacional* bajo la recomendación de su padrino el naturalista Manuel María Villada y en 1889 daría a conocer su primer libro que estuvo dedicado a Joaquín García Icazbalceta. En 1899, junto a Rafael Aguilar y Santillán, creó el *Instituto Bibliográfico Mexicano* como un organismo incorporado a la *Biblioteca Nacional*. En 1914 fue nombrado director del *Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*. “Noticia Bibliográfica de la Labor Literaria de Jesús Galindo y Villa de 1887 a 1937”, en *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, tomo 45, números 11 y 12, 1937

<sup>124</sup> Aurora Gómez Galvarriato Freer, “Prólogo”, en *La Constitución de 1812 en la Nueva España*, obra dirigida por Luis González Obregón, Edición Facsimilar, México, UNAM/AGN, 2012, pp. XI-XIV



El surgimiento del *intelectual de transición*

La aparición del intelectual como nueva categoría sociopolítica en el mundo occidental suele datarse hacia finales del siglo XIX con el caso Dreyfus, el famoso “Yo acuso” escrito por Émile Zola (1898) y la lista de protesta firmada por otros importantes escritores franceses en defensa del militar judío Alfred Dreyfus, acusado de espionaje y por consiguiente de traición a la patria. Con el nacimiento del intelectual podemos hablar de una transformación de la forma en que los escritores se veían a sí mismos: como especialistas de un campo cada vez más reducido del saber. Los intelectuales defendieron su papel destacado como actores sociales –gracias a sus cualidades o méritos profesionales– y su derecho como librepensadores ante el Estado y la opinión pública. Así surgiría el intelectual comprometido con la sociedad, como el portador de un nuevo ideal crítico diferente del custodiado por el hombre de letras decimonónico cuyo objetivo principal era defender a la nación con la pluma y la espada.<sup>125</sup>

Para el caso de México, y de Hispanoamérica en general, Guillermo Zermeño ha planteado que el “antiguo régimen preindustrial” generó las condiciones idóneas para la aparición y el desarrollo “de un nuevo tipo de *sabio*” que se caracterizó por crear un “espacio comunitario propio”, un nuevo “saber crítico” y por propiciar “una nueva esfera de opinión pública enfocada a convertirse en la conciencia moral de la sociedad”.<sup>126</sup>

Claudio Lomnitz, por su parte, ha estudiado cómo durante el mismo periodo en el que se desataban en Francia las polémicas públicas ante el enjuiciamiento del general

---

<sup>125</sup> Véase los trabajos de Christophe Charle, *El nacimiento de los “intelectuales”*, *op.cit.*, del mismo autor *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000, y el de Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010 (1997)

<sup>126</sup> Guillermo Zermeño, “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”, en *Historia Contemporánea*, número 27, 2003, p. 780

Dreyfus –“un acontecimiento mediático mundial”– algunos escritores mexicanos también tomaron partido en la discusión bajo sus propios intereses nacionalistas. En general, primordialmente los católicos identificaron al grupo de “los científicos” con el de los intelectuales franceses (del bando dreyfusiano) liderados por Zola. En opinión de los colaboradores de periódicos como *El Tiempo*, *La voz de México* y *El Correo Español*, desde un posicionamiento antisemita, los “científicos” eran petulantes y enemigos de la patria. En todo caso, más allá de la importancia del artículo de Lomnitz para adentrarnos en la representación social de este grupo muy cercano a Porfirio Díaz y que repercutiría durante el desarrollo de la Revolución de 1910, queremos destacar que hacia finales del siglo XIX, al igual que ocurría en Francia, en México la figura del escritor crítico (o el intelectual) también hizo su aparición ante las discusiones y polémicas que interesaban al público.<sup>127</sup>

Sin embargo pensamos que algunos años después los miembros del Ateneo de la Juventud, desde una posición humanista, serían los primeros representantes idóneos de este nuevo *sabio* que gozaba de cierta autonomía frente al Estado para manifestar sus ideas. En realidad, como lo ha propuesto Aimer Granados, estamos ante el surgimiento de un “intelectual de transición”. La multiplicación de medios impresos, de una opinión pública ampliada, le permitió a éste tipo de “intelectual” de principios del siglo XX, todavía con algunos rasgos del letrado decimonónico como su carácter de servidor público, al menos en

---

<sup>127</sup> Claudio Lomnitz, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los *científicos* en México del porfiriato a la revolución”, en Jorge Myers (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Madrid, Katz, 2013 (2008), tomo I, pp. 441-464

algunos temas centrales, tomar la batuta de los destinos de México y asumirse con el pasar del tiempo como escritor profesional.<sup>128</sup>

Como lo ha advertido Susana Quintanilla, esta generación conformada entre otros por Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán y Luis Castillo Ledón, introdujo nuevas prácticas para la producción y la difusión de las humanidades desde una rigurosidad académica:

En las conferencias, la indispensable relación entre la palabra oral y la escrita se invirtió: la lectura en voz alta era precedida por la escritura del texto y su revisión. En los manuscritos abundaban las citas textuales y las referencias bibliográficas, lo cual hacía necesarios movimientos corporales ajenos a las gesticulaciones dramáticas propias de los discursos. Además, el público tenía que inhibir su tendencia “compulsiva” al aplauso o a la rechifla e intentar concentrar su atención para “entender”. No se buscaba conmoverlo, sino educarlo en las nuevas formas de la academia.<sup>129</sup>

Podemos afirmar que estas nuevas prácticas académicas lograron transformar la imagen pública del intelectual: se convirtió en educador y en un experto de su oficio. En este proceso, el historiador como agente especializado en un saber, además de incursionar en la docencia institucionalizada en recintos como el Museo Nacional y desde 1910 en la Escuela Nacional de Altos Estudios, aprendió a dirigirse como conferencista, con textos más críticos, a un público que paulatinamente iría adquiriendo la experiencia necesaria para captar los mensajes complejos de los expositores.

Desde el siglo XIX, conforme a los postulados científicistas y después positivistas, el historiador mexicano se identificó con la ciencia y sus certidumbres. Historiadores como Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Justo

---

<sup>128</sup> Para el caso concreto de Alfonso Reyes como representante o prototipo del “intelectual de transición” latinoamericano en el siglo XX consúltese Aimer Granados, “Alfonso Reyes en Sur América...”, *op.cit.*, y “La emergencia del intelectual en América Latina...”, *op.cit.*

<sup>129</sup> Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets/Fundación Azteca/Círculo Editorial Azteca/Proyecto 40, 2008, pp. 200-201

Sierra y Genaro García fueron algunos de los más destacados investigadores del pasado que se apegaron al llamado método científico.

A la par que en Europa destacaban las investigaciones de Leopold von Ranke (1795-1886), Theodor Mommsen (1817-1903) y Fustel de Coulanges (1830-1889), quienes se caracterizaron por practicar una rígida crítica de fuentes originales para desentrañar la verdad en las sociedades pretéritas, también en México surgió una “nueva manera de hablar y relacionarse con el pasado” que buscó ser imparcial, objetiva y nacionalista.<sup>130</sup> Esta historia, entendida erróneamente como “positivista”, dejó su marca en los historiadores mexicanos durante prácticamente todo el siglo XX. En realidad se practicó una historia “empirista”, rigurosa en la crítica de fuentes pero ajena al establecimiento de leyes deterministas.<sup>131</sup>

Aunque en gran medida el aprendizaje de estos conocimientos se realizaba de forma autodidacta, estos grandes maestros del oficio supieron transmitir a las nuevas generaciones las técnicas empíricas de la profesión. Gracias a los empeños de estos y otros estudiosos, la Historia dio los primeros pasos hacia la paulatina academización (a la par que se gestaba la institucionalización) y posterior profesionalización.

Además de que el historiador –muy cercano a la figura de autoridad ética y moral del científico– también se convertiría a principios del siglo XX en un líder del pensamiento cuya carta de presentación sería el pensamiento objetivo y por ser el poseedor de un saber especializado.<sup>132</sup>

---

<sup>130</sup> Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. op.cit.*, pp. 147-150

<sup>131</sup> Álvaro Matute, “Estudio introductorio”, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX: la desintegración del positivismo 1911-1935*, México, UNAM/FCE, 1999, p. 13-48

<sup>132</sup> Christophe Charle, *El nacimiento...*, *op.cit.*, pp. 25-28

En 1903 el Museo Nacional se convirtió en la primera institución que se encargaría formalmente de la instrucción de futuros historiadores quienes tendrían también el privilegio de contar con becas para su manutención. Fue con Justo Sierra como subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1901) y como secretario (1905), cuando se impulsó el desarrollo de la institución al aumentar considerablemente su acervo e iniciar su labor docente: se impartían clases de antropología y etnología, historia e “idioma mexicano”.<sup>133</sup> En 1907 Genaro García, subdirector del Museo, propuso un nuevo reglamento para sustituir el anterior que databa de 1834. Entre las reformas propuestas tuvo un lugar primordial la recolección, conservación y exhibición de los objetos relativos a la historia, arqueología, etnología y a la enseñanza de estas disciplinas. El 28 de enero de 1909, llevando a cabo la propuesta de Alfredo Chavero, se dividió el Museo en dos instituciones independientes: el *Museo Nacional de Historia Natural* y el *Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología* (organizado en los departamentos de arqueología, historia, etnografía y arte industrial retrospectivo).<sup>134</sup> Hacia 1910, por orden de Justo Sierra, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología y la Inspección de Monumentos Arqueológicos –bajo la dirección de Leopoldo Batres– se incorporaron a la sección de ciencias sociales, políticas y jurídicas de la Escuela Nacional de Altos Estudios.<sup>135</sup>

En los cursos de historia que Genaro García impartía en el Museo entre los más destacados alumnos encontramos a Nemesio García Naranjo, Juan B. Iguíniz (1881-1972),<sup>136</sup> Manuel Romero de Terreros (1880-1968),<sup>137</sup> Julio Jiménez Rueda (1896-1960)<sup>138</sup>

---

<sup>133</sup> Blanca Estela Suárez Cortes, “Las interpretaciones positivas...”, *op.cit.*, pp. 25-26

<sup>134</sup> *Ibid.*, pp. 26-27

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 29

<sup>136</sup> Nació en Guadalajara, Jalisco. Desde muy pequeño, bajo la tutela de su padre, aprendió el oficio de encuadernador e impresor de libros. Estudió humanidades y filosofía en el Seminario Conciliar de su ciudad natal. En 1910 se trasladó a la ciudad de México y se incorporó como alumno a las clases de historia que se impartían en el Museo Nacional. Fue profesor en la Escuela de Altos Estudios (1922-1923), en la Escuela

y Alfonso Teja Zabre quienes en su momento se dedicarían a la investigación histórica y en algunos casos también a la enseñanza.

En esta conformación del campo historiográfico mexicano durante las primeras décadas del siglo XX, Genaro García sería uno de los baluartes más destacados del oficio.

Teja Zabre, tras la muerte de su maestro, dejó testimonio de su importante labor educativa:

No fue don Genaro poeta y orador como don Justo, ni manejó la crítica con furia como Bulnes, ni tuvo la curiosidad paciente y exquisita del narrador, como Luis González Obregón. Fue un constructor, un minero, un explorador, y buscó lo que más necesita nuestra historiografía: material de primera mano, orden y claridad.<sup>139</sup>

En sus memorias Nemesio García Naranjo declaró que don Genaro, además de enseñarle la historia de México y la correcta manera de realizar una ficha bibliográfica,

---

Nacional de Bibliotecarios y Archiveros –fundada en 1916 y de la que sería su director en 1919–, de El Colegio de México (1942-43) y en 1953 funda en la UNAM la carrera de Bibliotecología. También fue uno de los fundadores de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos (1925) y colaborador de su *Boletín*. Joel Estudillo García, *Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno: su contribución a la formación de bibliotecarios en México (1915-1964)*, tesis de Maestría en Historia de México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2008; Aurora Cano Andaluz y Joel Estudillo García, “Juan Bautista Iguíniz y la historia de la profesión bibliotecaria en México (1915-1971)”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, volumen XII, números 1-2, 2007, pp. 153-197

<sup>137</sup> Nació en la ciudad de México. Descendía de una ilustre familia mexicana. Gracias a que sus padres contaban con una desahogada situación económica tuvo la oportunidad de estudiar en el colegio de Stonyhurst, Inglaterra, y presentó algunos exámenes en Oxford y Cambridge. Entre sus primeros trabajos tenemos su libro *Los condes de Regla. Apuntes biográficos* (1909). En 1912 inició sus colaboraciones en *Cosmos Magazine* y en el suplemento ilustrado del *El País. Diario Católico* dirigido por Trinidad Sánchez Santos. Fue fundador de la Academia Mexicana de la Historia en 1919 y profesor desde 1936 del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Jorge Alberto Manrique, “Manuel Romero de Terreros y Vinent”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años de la Academia Mexicana...*, *op.cit.*, pp. 195-197; Clementina Díaz de Ovando, “Sobre algunos textos de Manuel Romero de Terreros”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, volumen X, número 38, 1969, pp. 27-30; Justino Fernández, “Manuel Romero de Terreros y Vinent (1880-1968) y su obra”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, volumen X, número 38, 1969, pp. 9-11

<sup>138</sup> Nació en la ciudad de México. En la misma ciudad ingresó a la Escuela de Jurisprudencia en donde obtuvo en 1919 el título de abogado. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM –en donde se doctoró en 1935– y en diversas universidades del extranjero. Dirigió el Archivo General de la Nación. Miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1935 y de número en 1950. Alberto María Carreño y Francisco Monterde, “Julio Jiménez Rueda”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas...*, *op.cit.*, pp. 283-286

<sup>139</sup> Alfonso Teja Zabre, “Discurso pronunciado en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo III, 1925, p. 114. Para conocer la figura de Teja Zabre como historiador desde sus primeras influencias y obras véase Álvaro Matute, “La aventura intelectual de Alfonso Teja Zabre y la Revolución Mexicana”, en Alberto Carabarrín Gracia (editor), *Siluetas y generaciones...*, *op.cit.*, pp. 97-126

supo transmitirle las maneras de cómo trabajar con disciplina: “él me enseñó a trabajar con método [...] al lado de don Genaro aprendí a investigar, aprendí a darle valor a los documentos, dejé de construir castillos en el aire”.<sup>140</sup> Sin duda con esta metodología se edificaron los cimientos para el posterior desarrollo de la profesión. En otro momento García Naranjo explicó con mayor detalle las enseñanzas de su maestro:

Cuando don Genaro García era Profesor del Museo Nacional pensó en que sus discípulos escribiesen la historia de la Conquista, en forma colectiva, y sin dejar en el relato el menor trasunto de sus individualidades. Como los dos únicos testigos de aquella gesta singular que escribieron sus impresiones, fueron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, don Genaro nos recomendó que nos atuviéramos exclusivamente a sus relatos, desdeñando las demás informaciones de segunda mano. Yo me permití observarle que, aunque Gómara no había presenciado la epopeya [...] podía haber recogido, en su calidad de confesor de Cortés, muchos detalles interesantes [...] Una vez escogidos los tres autores, los discípulos fueron divididos en tres grupos, que deberían procurar, cada uno por su lado, revivir la personalidad de uno de los cronistas [...] El objeto del maestro, con este procedimiento, era el de provocar discusiones entre los alumnos [...] Los discípulos debían prescindir de sus personalidades, para representar mejor las de los cronistas del siglo XVI.<sup>141</sup>

La anécdota nos muestra el proceder didáctico de uno de los primeros maestros del oficio y su apego a los métodos científicistas de la disciplina. Poco tiempo después Jesús Galindo y Villa –quien al igual que Genaro García sería uno de los primeros prototipos del historiador/docente–<sup>142</sup> también se desenvolvería de manera destacada en instituciones como la Biblioteca Nacional y el propio Museo Nacional del que sería nombrado director en 1914 superando a otros candidatos como el padre Mariano Cuevas S.J., Luis González Obregón, Carlos González Peña y Francisco Bulnes.<sup>143</sup>

---

<sup>140</sup> Nemesio García Naranjo, *Memorias*, Monterrey, El Porvenir, s/a, tomo IV, p. 431

<sup>141</sup> Nemesio García Naranjo, “Don Luis González Obregón”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XIII, 1955, p. 54

<sup>142</sup> Álvaro Matute Aguirre, “Galindo y Villa y los inicios de la profesionalización de la historia en México”, en Alberto Carabarin Gracia (editor), *Temas de la cultura historiográfica de México*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, 2008, pp. 25-26

<sup>143</sup> “Noticia Bibliográfica...”, *op.cit.*, pp. 537-539

En el Museo Nacional Galindo y Villa dictó la clase de Historia y Arqueología, curso que iniciaba en la conquista y finalizaba en el “triumfo del Plan de Tuxtepec” y hacía énfasis en que el estudiante se especializara en las principales ramas auxiliares como la paleografía y la heráldica.<sup>144</sup> También fue catedrático de historia, metodología y crítica histórica, geografía, bibliografía y de otras materias en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Altos Estudios (ENAE) de la Universidad Nacional fundada en 1910.<sup>145</sup>

Es importante recalcar que desde su creación la ENAE fue el nuevo semillero de las llamadas ciencias sociales y de las humanidades que tuvieron un importante espacio en la nueva institución educativa. La Escuela estaba configurada por tres secciones: *Humanidades*: lenguas clásicas y lenguas vivas, literatura, filología, pedagogía, lógica, psicología, ética, estética, filosofía e historia de las doctrinas filosóficas; *Ciencias exactas* y *Ciencias sociales*. Entre sus primeros profesores, durante el periodo de 1910-1912, encontramos a James Mark Baldwin (psicosociología e historia de la psicología); Franz Boas (antropología); Carlos Reiche (curso de Botánica), y Antonio Caso (Introducción a los estudios filosóficos).<sup>146</sup>

En 1913, bajo la dirección de Ezequiel A. Chávez, se concretó este giro humanístico en el que, en opinión de Javier Garciadiego, fue clara la influencia de los miembros del

---

<sup>144</sup> Jesús Galindo y Villa, “Apertura de las clases de Historia y Arqueología”, en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo I, número 2, agosto de 1911, pp. 22-26

<sup>145</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Jesús Galindo y Villa”, en *75 años, op.cit.* p. 90

<sup>146</sup> Libertad Menéndez Menéndez, “La formación de los humanistas en la Escuela Nacional de Altos Estudios”, en David Piñera Ramírez (coord.), *La educación superior en el proceso histórico de México. Siglo XIX y XX*, Tijuana, SEP/Universidad Autónoma de Baja California/ANUIES, tomo II, 2001, p. 33, y de la misma autora *Escuela Nacional de Altos Estudios y Facultad de Filosofía y Letras. Planes de Estudios, títulos y grados. 1910-1994*, tesis de Doctorado en Pedagogía, UNAM/ Facultad de Filosofía y Letras/ División de Estudios de Posgrado/ Departamento de Pedagogía, 1996, pp. 82-84



Ateneo de la Juventud.<sup>147</sup> Se creó un centro de enseñanza de las humanidades: la Subsección de Estudios Literarios que estaría encargada de formar profesores de lengua nacional y de literatura para las escuelas secundarias, preparatorias y normales en México. Además al finalizar los estudios el alumno obtendría “un certificado de aptitud docente”.<sup>148</sup>

En mayo de 1915 Galindo y Villa, director del Museo Nacional, le envió al director de la ENAE, Jesús Díaz de León, una solicitud para que su institución se hiciera cargo de las asignaturas ofrecidas por el Museo:

Desde que se fundaron las clases en el Museo, no han vuelto a publicarse los catálogos y las guías de los distintos salones, y aun cuando los profesores cuentan con sus Ayudantes conservadores, es precisa la intervención directa de aquellos en la formación de tales guías y catálogos, puesto que son los responsables del contenido de éstos. Además, con las clases, el Museo se ha ido apartando de sus fines exclusivos: la recolección y exhibición científica de todos los restos del pasado de México, como fuente de la Historia, y su conservación y clasificación. Si la Escuela de Altos Estudios, dependiente de la Universidad Nacional, se fundó para crear especialistas en diversos ramos de los conocimientos humanos, es evidente que ahí está el lugar de las clases que ahora se dan en este Museo, y de ahí también emanarán los especialistas que habrán después de substituir los Profesores y Ayudantes técnicos del Museo.<sup>149</sup>

Finalmente informaría que a partir del 1° de julio dejarían de impartirse en el Museo Nacional las clases de arqueología, metodología crítica y construcción histórica, etnología, antropología y de lingüística, que deberían impartirse en la Escuela de Altos Estudios. También anunció que los alumnos “pensionados” que se encontraban cursando esas materias pasarían “con el mismo carácter” a la mencionada institución universitaria. Otorgar becas a los estudiantes de humanidades se convirtió desde principios del siglo XX en una de las prioridades del Estado mexicano para propiciar la especialización del historiador y de otras ramas del saber social.

---

<sup>147</sup> Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, pp. 247-248

<sup>148</sup> Libertad Menéndez Menéndez, *Escuela Nacional de Altos Estudios*, op.cit., pp. 82-84

<sup>149</sup> Solicitud de incorporación de los cursos que ofrece el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología a la ENAE, 1915, citada por *Ibid.*, p. 104

El curso de historia estaba elaborado por el propio Jesús Galindo y Villa, el de etnología por Andrés Molina Enríquez y el de antropología física por Nicolás León. Algunos años después de estos primeros esfuerzos en la formación de humanistas y especialistas en las ciencias sociales, se crearía la Facultad de Filosofía y Letras, el 13 de octubre de 1924, cuyo primer Director sería Balbino Dávalos.<sup>150</sup>

Sin embargo los pormenores metodológicos y prácticos del oficio de historiador no sólo se enseñaban en las aulas. Otro gran maestro de las minucias historiográficas fue el ya referido Luis González Obregón, quien pese a que no transmitió sus conocimientos en un salón de clases, en el trato cotidiano y como especialista en el estudio de las fuentes y documentos antiguos –principalmente como director del Archivo General de la Nación (AGN) entre 1911 y 1917– legó a las nuevas generaciones su pericia como historiador. Además con libros como *México Viejo*, publicado por primera vez en 1895, dejó constancia de su habilidad innata para el estudio de los “viejos cronistas e historiadores” y para desentrañar el pasado colonial: la de los edificios más notables de la ciudad, sus tradiciones, leyendas y costumbres, todo ello desde la tan añorada imparcialidad.<sup>151</sup> Poco tiempo después de su muerte, Nemesio García Naranjo rememoró sus virtudes historiográficas:

Poseía todas las cualidades que se requieren para ser un historiógrafo completo: cultura de libros, de documentos y tradiciones, estilo fácil y donoso que da un sabor singular a cualquier relato; imaginación cálida que permite, con unos cuantos datos fríos, reconstruir las situaciones desaparecidas y ponerlas en movimiento; y el don insuperable de escoger los episodios que, al parecer triviales, resultan sintéticos de la vida social.<sup>152</sup>

El equipo de trabajo que formó y que se encargó de organizar los millares de documentos con los que contaba el AGN estuvo constituido por Francisco Fernández del

---

<sup>150</sup> *Ídem.*

<sup>151</sup> Luis González Obregón, *México Viejo. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, París/México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1900, pp. VII-XIII

<sup>152</sup> Nemesio García Naranjo, “Don Luis González Obregón”, *op.cit.*, p. 54

Castillo, Rafael Alba, Manuel Puga y Acal (1860-1922), José Juan Tablada (1871-1945), Enrique Santibáñez (1869-1931), Enrique Fernández Granados (1867-1920) y Nicolás Rangel (1864-1935), quienes continuarían la labor institucional de sus maestros y también incursionaron en la difusión y escritura de la historia.<sup>153</sup>

A pesar de las interrupciones propias del contexto revolucionario, el paulatino orden que se iba logrando en el cúmulo de papeles que se encontraban en el Archivo permitió que diversos investigadores, experimentados y nóveles, fueran construyendo trabajos originales enriquecidos con los recientes hallazgos. Genaro García publicó algunos documentos relacionados con la guerra de Independencia; el ateneísta Luis Castillo Ledón (1880-1944)<sup>154</sup> escribió su estudio sobre el cura Miguel Hidalgo y José María Coellar dio a conocer en 1918 sus *Autógrafos de Morelos*, fuentes inéditas sobre el líder independentista. En general salieron a la luz algunos juicios inquisitoriales, la vida política y cultural del periodo virreinal, es decir, procesos históricos desconocidos o poco estudiados hasta ese momento con documentos originales.<sup>155</sup>

Por otro lado, durante el mismo periodo, otros historiadores dieron a conocer algunos trabajos cuyo objetivo primordial fue poner en discusión los postulados positivistas. En 1910 Ricardo García Granados (1851-1930)<sup>156</sup> realizó un análisis crítico de las posturas de Karl Lamprecht expuestas en su libro *La ciencia moderna de la historia*

---

<sup>153</sup> José Luis Martínez, “Luis González Obregón”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años..., op.cit.*, p. 108, y *Conmemoración del bicentenario del Congreso de Anáhuac. Autógrafos de Morelos y otros documentos*, México, Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, 2013, Tomo I, p. 10

<sup>154</sup> Con respecto a la trayectoria intelectual de Castillo Ledón consúltese Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1879-1944). De savio a historiógrafo ateneísta*, Tesis de Maestro en Historia, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 2010

<sup>155</sup> Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón..., op.cit.*, pp. 136-145

<sup>156</sup> Nació en la ciudad de Durango. Estudió ingeniería civil en Bonn, Alemania y economía y ciencias políticas en la ciudad de Leipzig. Su pensamiento, cercano a la filosofía kantiana, se caracterizó por su crítica a la historiografía positivista y por ser uno de los precursores de la sociología en México. Laura A. Moya López, “Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados”, en *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, número 24, enero-abril de 1994, consultado en línea <http://www.revistasociologica.com.mx/>

(1905) y además cuestionó que las teorías de la selección natural de Lamarck y Darwin fuesen las adecuadas para comprender los comportamientos psicológicos de las sociedades humanas.<sup>157</sup>

Pese al gradual derrumbamiento del positivismo, el empirismo propio del historiador continuaría siendo uno de sus baluartes disciplinares. En un artículo titulado “La historia maestra de la humanidad” (1912) Pedro Maldonado Olea,<sup>158</sup> además de defender la utilidad del estudio de la historia para el sano desenvolvimiento de las sociedades, nombró a algunos de los que a su parecer eran los grandes exponentes de la disciplina: los ingleses Edward Gibbon (1737-1794), Thomas Macaulay (1800-1859), y James Bryce (1838-1922); los franceses François Guizot (1787-1874), Louis Adolphe Thiers (1797-1877), Jules Michelet (1798-1874) e Hippolyte Taine (1828-1893); los alemanes Leopold von Ranke (1795-1886), Theodor Mommsen (1817-1903) y Eduard Meyer (1855-1930), y por último los “anglo-americanos” William H. Prescott (1796-1859) y George Bancroft (1800-1891).<sup>159</sup> Aunque desde diferentes intereses y posturas, todos fueron dignos representantes del empirismo científicista que caracterizaría a la disciplina en el siglo XIX.

Por otro lado, Jesús Galindo y Villa en un artículo publicado originalmente en 1916, aunque seguía utilizando para sus argumentaciones a autores de origen positivista como Langlois y Seignobos, también recurrió a los españoles Rafael Altamira y Crevea, Zacarías

---

<sup>157</sup> Ricardo García Granados, “El concepto científico de la historia”, en Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970, pp. 311-370

<sup>158</sup> Lo único que sabemos del autor es que escribió la obra *Resumen histórico del telégrafo en México* (sin fecha) citado por Leopoldo Noyola, “Las comunicaciones en la Reforma”, en *Elementos*, número 99, 2015, pp. 23-30, y el artículo “Oaxaca ante la última guerra extranjera” (1911) citado por Francisco José Ruíz Cervantes, “La resistencia oaxaqueña ante la intervención francesa”, en Patricia Galiana (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Siglo XXI/Senado de la República/Gobierno del Estado de Puebla, 2012, pp. 563-585

<sup>159</sup> Pedro Maldonado Olea, “La historia maestra de la humanidad”, *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, tomo V, número 5, julio de 1912, pp. 260-268

García Villada S.J. (1879-1936), y al sociólogo francés Émile Durkheim para explicar su posición científicista y sociológica.<sup>160</sup>

Muy pronto con las enseñanzas de estos y otros maestros las nuevas generaciones de estudiosos del pasado iniciarían su propio camino por sendas renovadoras. Por ejemplo, en 1913, Alfonso Toro (1873-1952),<sup>161</sup> también con una posición crítica hacia el positivismo, disertó sobre la importancia de “la ciencia histórica” y sus métodos. En aquella ocasión afirmó que la historia no estaba desligada de las demás disciplinas ya que se apoyaba en la geología, la geografía, la antropología, la filología, la etnografía, la arqueología y la sociología para explicar el pasado. Con esta visión interdisciplinaria la historia tenía como fin primordial el conocer a fondo el medio natural, geográfico y humano; determinar correctamente la cronología de los hechos pretéritos y, primordialmente, buscar la verdad.<sup>162</sup>

En el mes de noviembre de 1915 la Biblioteca Nacional, a iniciativa de Agustín Loera y Chávez, subdirector de la Institución, propuso a la Dirección General de las Bellas Artes la celebración de un Concurso de Bibliografía Nacional con el fin de “fomentar e impulsar los estudios e investigaciones bibliográficos, tan necesarios y hasta indispensables

---

<sup>160</sup> Jesús Galindo y Villa, “Las nuevas directrices de los estudios históricos (fragmentos de introducción a unos apuntes de metodología y crítica históricas)”, en Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico...*, op.cit., pp. 77-94

<sup>161</sup> Nació en la ciudad Zacatecas. Se graduó como abogado en 1898 del Instituto de Ciencias de su estado natal. Colaboró en periódicos como *El Excelsior* y en publicaciones como *Revista de Revistas*. En 1925 ocupó la dirección del Museo Nacional. Entre sus obras historiográficas destacan *El gran cardenal Francisco Jiménez de Cisneros y la cultura española* (1906), *El Dr. Dn. Agustín Rivera y San Román* (1917), *Un crimen de Hernán Cortés; la muerte de doña Catalina Xuárez Marcaida (estudio histórico y médico legal)* (1922), *La civilización en México; compendio de historia patria precedido por breves nociones sobre historia general* (1925) y *Compendio de historia de México* (1926). Diana Birrichaga Gardida, “La *Historia Patria* de Alfonso Toro: análisis de un libro de enseñanza de la historia de México”, en *Cuicuilco*, volumen 7, número 18, enero-abril del 2000, pp. 1-13

<sup>162</sup> Alfonso Toro, “Importancia del estudio de la historia y Métodos de investigación histórica”, en Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico*, op.cit., pp. 51-75

para el desarrollo de las ciencias y de las letras”.<sup>163</sup> Los trabajos ganadores fueron los siguientes:

- 1) Ignacio B. del Castillo, *Bibliografía de la Revolución Mexicana de 1910-1916. Historia, Legislación, Literatura, Cuestiones Sociales, Políticas y Económicas Documentos, etc.*
- 2) Ignacio B. del Castillo, *Bibliografía de la Imprenta de la Cámara de Diputados. Para servir a los historiadores de la época de Madero, Huerta y la Convención. 1912-1915*
- 3) Juan B. Iguíniz, *Los Historiadores de Jalisco. Epítome bibliográfico*
- 4) Manuel Romero de Terreros, *Los grabadores en México durante la época colonial*

Todos ellos autores cercanos a líderes dentro del campo historiográfico como Genaro García y Jesús Galindo y Villa y, por consiguiente, a instituciones como el Museo Nacional y la Biblioteca Nacional.

En la introducción del texto a cargo de Juan B. Iguíniz tenemos nuevos elementos para mostrar el cambio disciplinar que estaba sufriendo la Historia. Mediante una reveladora cita del “distinguido metodologista español Zacarías García Villada, S. J.”, Iguíniz dejó en claro su posición:

El historiador moderno tiene, desde luego, que conocer toda la literatura sobre el punto de que va a tratar, no para citarla toda, como alguno erróneamente pudiera creer, sino para discernir la que tiene un valor real, de la que no lo tiene más que aparente, y sobre todo, para darse cuenta del estado en que están las investigaciones sobre dicho punto y no repetir lo ya escrito. Le es pues necesaria la bibliografía. [Cita tomada por Iguíniz de la obra *Lecciones de Metodología y Crítica Históricas*, Barcelona, 1911, p. 12]<sup>164</sup>

Estamos ante la práctica de una escritura académica que reconoce la tradición historiográfica que le precede (del estado de la cuestión) y que ha dado como resultado la relativización de los juicios sobre el pasado. Guillermo Zermeño ha hecho hincapié en que con las obras de Altamira y Crevea y las de García Villada, este último educado en Innsbruck y Viena, la tradición historiográfica alemana –con sus metodologías

---

<sup>163</sup> *Concurso de Bibliografía y Biblioteconomía convocado por la Biblioteca Nacional*, estudios premiados dados a conocer bajo la dirección de Juan B. Iguíniz, subdirector de la expresada institución, México, Departamento de aprovisionamientos generales, Dirección de talleres gráficos, 1918, p. V

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 11

cientificistas– se transmitió a la lengua española desde finales del siglo XIX.<sup>165</sup> Así, podríamos pensar que el contacto (presencial en el caso de Altamira) con estos dos maestros españoles dio como resultado una temprana asimilación de enfoques teóricos novedosos para la época entre los investigadores del pasado en México.

Sin embargo, para Iguíniz, pese a los esfuerzos de muchas generaciones, el oficio de la historia había tropezado constantemente con numerosos obstáculos que habían obstruido su desarrollo: como “la falta de protección por parte de los gobiernos y los particulares, la carencia de bibliotecas suficientes dotadas de obras de consulta y la falta de agrupaciones científicas” para colaborar con colegas y “disponer de las páginas de una revista oficial para dar a conocer los resultados de sus estudios e investigaciones”. Por estas razones, los historiadores, debido a que únicamente contaban con sus propios recursos, se habían “visto obligados a pasar sobre mil dificultades con el fin de lograr dar a la estampa sus producciones, algunas de las cuales debido a sus cortísimas tiradas son hoy tan raras, que sólo por referencia tienen los bibliófilos noticia de su existencia”.<sup>166</sup>

Pocos años después con Genaro Estrada (1887-1937),<sup>167</sup> quien desde sus primeras reseñas mostró finos análisis historiográficos y quien durante los años veinte se incorporaría como profesor de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, tenemos otro

---

<sup>165</sup> Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, op.cit., p. 168

<sup>166</sup> *Concurso de Bibliografía y Biblioteconomía*, op.cit., p. 11

<sup>167</sup> En 1899 recibió sus primeros premios en los juegos florales de su estado natal, Sinaloa. Se inició en el periodismo y en las labores tipográficas en la imprenta de su tío Faustino Díaz, para posteriormente iniciar su carrera en *El Monitor de Sinaloa*. En 1911 se hizo cargo en Mazatlán del *Diario del Pacífico* por un corto tiempo, ya que ese mismo año se trasladó a la ciudad de México para trabajar como redactor de *El Diario*. En 1912 fundó con Enrique González Martínez la revista *Argos*. Durante el mismo periodo es nombrado Secretario de la Escuela Nacional Preparatoria en donde también impartió clases. Entre 1913 y 1917 se dedicó al estudio documental de la Biblioteca “Genaro García”. En 1923 en su carácter de oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores promovió la publicación del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. José Miguel Quintana, “Genaro Estrada al rescate de la bibliografía y de la historia de México”, en *Homenaje a Genaro Estrada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1986, pp. 31-36

ejemplo de la aparición de este nuevo historiador académico y de la coyuntura teórico-metodológica que la disciplina estaba sufriendo durante esos años hacia la especialización.

Juan B. Iguíniz nos dejó un interesante testimonio en donde refiere que conoció a Estrada en el Museo Nacional hacia el año de 1913 y que se trataron más ampliamente en la casa de “nuestro ilustre maestro Genaro García”. Esto nos muestra que provenían de la misma *escuela* historiográfica, del grupo que se empezaba a destacar en el oficio.<sup>168</sup>

Como lo ha comprobado Javier Garciadiego, la Universidad de México durante estas primeras décadas de vida se caracterizó por la pugna entre dos bandos: los últimos porfiristas por un lado y las nuevas generaciones del Ateneo de la Juventud y la de 1915 por el otro. Estamos ante la paulatina sustitución de los hombres del “antiguo régimen” por los que poco a poco irían fundando y constituyendo las instituciones de corte postrevolucionario.<sup>169</sup>

El caso de Estrada es *sui generis*, ya que desde los años veinte destacó en la Secretaría de Relaciones Exteriores y sería un elemento importante del gobierno cardenista. Cuando ingresó a la Academia Mexicana de la Historia en 1920 todavía se le vinculaba con el grupo huertista, esto sería clave para que obtuviese desde muy joven la aceptación de los historiadores comúnmente llamados conservadores: los defensores de las antiguas estructuras de privilegio y de las herencias mexicanas de origen español. Dentro del movimiento “antimaderista” destacaban Salvador Díaz Mirón, José Juan Tablada (primo de Estrada), Luis G. Urbina, Amado Nervo, y la revista *Argos* bajo la presidencia de Enrique

---

<sup>168</sup> Juan B. Iguíniz, “Don Genaro Estrada, elogio leído en la sesión que consagrada a su memoria celebró la Academia el 4 de enero de 1938”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, volumen I, 1942, pp. 336-346

<sup>169</sup> Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos...*, *op.cit.*



González Martínez y la gerencia de Genaro Estrada, quien durante el gobierno de Victoriano Huerta en 1914 sería Secretario de la Escuela Nacional Preparatoria.<sup>170</sup>

Muchos años después de la muerte del sinaloense, Antonio Castro Leal declararía que en aquel año de 1914 éste todavía no figuraba en el ámbito literario:

Genaro Estrada entró tarde a la literatura. Todavía en 1914, cuando era secretario de la Escuela Nacional Preparatoria, no figuraba entre los escritores. Dábamos clase en esa escuela Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, Carlos Díaz Dufoó (hijo), Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Toussaint y yo [...] Recuerdo que Genaro Estrada no estaba todavía en nuestro grupo y que sólo dos o tres años más tarde se incorporó a él [...] La preparación literaria de Estrada había sido escasa. Vino a completarla en la ciudad de México, en casa de Enrique González Martínez, donde, durante los años de la Revolución, comía y cenaba, por lo menos, cuatro o cinco veces a la semana. Ahí disponía de una biblioteca importante, sobre todo en literatura francesa e hispanoamericana.<sup>171</sup>

Lo cierto es que con este primer impulso brindado por González Martínez, Estrada lograría muy pronto figurar dentro del ámbito literario debido a su cercanía con algunos miembros del *Ateneo de la Juventud* y el grupo de los *Contemporáneos*. Además estas redes intelectuales también le permitirían figurar como político durante los gobiernos postrevolucionarios.

Para Álvaro Matute, Estrada fue uno de los grandes precursores de la profesionalización historiográfica en México. Gracias a su cargo como Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores durante el gobierno del general Obregón inició la organización del archivo que hoy lleva su nombre. Surgió la colección Archivo Histórico Diplomático Mexicano en 1923 y posteriormente las bibliografías de algunos estados de la República y de personajes sobresalientes de las letras nacionales. Además, Estrada también

---

<sup>170</sup> *Ibid.*, pp. 149-150, 221-222. Con respecto al numeroso grupo de intelectuales que apoyaron a Huerta consúltese la obra de Mario Ramírez Rancaño quien, basado en Nemesio García Naranjo, incluye entre otros a Francisco A. de Icaza, Victoriano Salado Álvarez, Francisco Elguero, Luis González Obregón, Jesús Galindo y Villa, y Carlos Pereyra, todos futuros miembros de la Academia Mexicana de la Historia. Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2002, pp. 259-260

<sup>171</sup> Antonio Castro Leal, "Una Prosa de Genaro Estrada", en *Ábside*, volumen XXIII, número 4, 1959, p. 468

intentó establecer en México un Instituto de Investigaciones Históricas inspirado en el que dirigía Ramón Menéndez Pidal en Madrid.<sup>172</sup> El Centro de Estudios Históricos de Madrid se fundó en 1910 bajo la batuta del propio Menéndez Pidal y con la colaboración de Rafael Altamira y Crevea, Elías Torno y Monzo, Manuel Gómez Moreno, Julián Ribera, Marcelino Menéndez y Pelayo, Pedro Longás Bartibás, Manuel Gómez Moreno, Francisco Giner de los Ríos, Miguel Asín y Eduardo Hinojosa. Después, durante los años veinte, se incorporarían al proyecto Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Amado Alonso y Dámaso Alonso, quienes renovarían la historiografía española de la primera mitad del siglo XX.<sup>173</sup>

Además de esta importante labor institucional, desde sus primeras reseñas el sinaloense demostró su capacidad de análisis y el reconocimiento del gremio al que pertenecía. En su crítica del libro de G. Desdevises du Dezert, *Le 'Église Espagnole des Indes a la fin du XVIII siècle* (1917) publicada en la revista *Pegaso* el 5 de abril de 1917, Estrada destacó que Desdevises presentó en su estudio “observaciones perceptiblemente personales” que enriquecían el texto de manera determinante.<sup>174</sup> Al respecto debemos tomar en cuenta que durante esta época era sumamente extraño encontrar en los textos historiográficos opiniones personales conscientes –o expresadas intencionalmente– por parte de los historiadores mexicanos, se pensaba, conforme a los criterios cientificistas, que los documentos debían hablar por sí mismos sin la intervención del investigador. Por supuesto que el historiador, aunque no hubiese reflexionado en ello, vertía en sus escritos puntos de vista que demostraban un posicionamiento ideológico frente a las fuentes.

---

<sup>172</sup> Álvaro Matute, “La profesionalización del trabajo...”, *op.cit.*, p. 421

<sup>173</sup> José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2006

<sup>174</sup> Genaro Estrada, “La Iglesia española en las indias occidentales”, en Genaro Estrada, *Obras completas*, compilación, notas y bibliografía de Mario Schneider, México, Siglo XXI, 1988, tomo II, pp. 3-4

En otra reseña titulada “México y los historiadores extranjeros”, publicada originalmente en *Revista de Revistas* (1918), presentó el libro de Herbert Ingram Priestley, *José de Gálvez, visitor-general of New Spain (1765-1771)* de 1916. Opinó que el norteamericano renovaba “la agradable impresión” que provocaban los historiadores extranjeros que “desinteresadamente” gastaban tiempo y recursos “en favor de la historia mexicana”, como eran los casos de lord Kingsbourought y su *Mexican Antiquities*; el abate Brasseur de Bourbourg quien estudió la arqueología mexicana; Joseph Florimond duque de Loubat que donó grandes sumas de dinero para el estudio de códices mexicanos; Henri Ternaux-Compans que dio a conocer valiosos documentos del siglo XVI, y José Toribio Medina con su *Imprenta en México*.

En cuanto a historiadores estadounidenses, además de Prescott y Bancroft, mencionó a George Parker Winship, quien abordó la expedición de Vázquez Coronado en el siglo XVI; Justin Smith y sus aportes al estudio de la guerra de 1947; Herbert E. Bolton sobre los archivos mexicanos; Donald Eugene Smith que escribió de los virreyes de la Nueva España; Irvin y Berdine Richman que analizaron el dominio español en las Californias; y los expertos en arquitectura y arte colonial Silvestre Baxter, Robert H. Samborn, Herbert R. Bishop y Edwin Atlee Barber.<sup>175</sup> Después hizo hincapié en la riqueza de los archivos con los que contaba México para la realización de temas semejantes pero que lamentablemente aún no eran aprovechados críticamente por los investigadores locales.<sup>176</sup>

Sin embargo, más allá de estas declaraciones, lo que sorprende es su profundo conocimiento histórico e historiográfico. Al parecer se movía con soltura en los amplios

---

<sup>175</sup> Genaro Estrada, “México y los historiadores extranjeros”, en Genaro Estrada, *Obras completas*, compilación, notas y bibliografía de Mario Schneider, México, Siglo XXI, 1988, tomo II, pp. 5-6

<sup>176</sup> *Ídem*.

terrenos de la literatura especializada que se producía particularmente en Francia y Estados Unidos. Este no es un dato menor ya que no era común que los historiadores mexicanos realizaran balances profundos o “estados de la cuestión” de sus temas de investigación. Por lo regular desconocían los avances teóricos de la disciplina y el *lugar* desde donde hablaba el propio historiador, las líneas investigativas que lo precedían. Genaro Estrada es una excepción, primer eslabón hacia el establecimiento de una *cultura historiográfica* que caracterizaría algunas décadas después al profesional de Clío en México.<sup>177</sup> Sus extensas lecturas y su espíritu internacionalista le habían permitido afianzarse una amplia cultura de vanguardia y, quizá lo más importante, que se reconociese como miembro de la comunidad de historiadores.

Otro ejemplo es su análisis del libro de Justin H. Smith, *The War with Mexico* (1919) dado a conocer en la revista *México Moderno* en 1921. Primeramente lamentó el profundo desconocimiento de la historiografía estadounidense en México:

Hace más de diez años visitó México Justin H. Smith. Su presencia pasó inadvertida, menos para unas tres o cuatro personas que sabían que Smith es uno de los principales historiadores norteamericanos. Algo semejante puede decirse de [Charles Henry] Cunningham, excelente historiador que estuvo en México hace apenas medio año y que ahora se encuentra en España documentándose para su obra sobre el Consejo de Indias.<sup>178</sup>

Después, ante el carácter polémico de la obra de Smith, manifestó un ánimo sosegado al respecto:

Si para nosotros los mexicanos el libro de Justin Smith *no es el desiderátum, ni la última palabra*, en un asunto que tan profundamente hirió nuestra dignidad nacional, sí revela el trabajo más serio y trascendental que hasta ahora se haya intentado para explicar la guerra del 47; y debemos acogerlo como el mejor esfuerzo acerca de una época que fue tan fecunda en desastres para México.<sup>179</sup>

---

<sup>177</sup> Con respecto a la categoría “cultura historiográfica” véase la nota 105

<sup>178</sup> Genaro Estrada, “La Guerra con México”, en Genaro Estrada, *Obras completas*, compilación, notas y bibliografía de Mario Schneider, México, Siglo XXI, 1988, tomo II, p. 18

<sup>179</sup> *Ibid.*, p. 19 Cursivas mías.

Actualmente los historiadores sabemos que nuestros trabajos históricos no son “la última palabra” sobre el pasado, pero en el momento en que Estrada escribió este comentario se pensaba que la “Verdad” absoluta se encontraba en los archivos, siempre y cuando el investigador siguiese el método científico cuyo baluarte principal era la crítica de fuentes y comprobar su autenticidad para evitar el error. Él, por el contrario, entendía que el trabajo de Smith sólo era una pieza más del rompecabezas, un paso no definitivo en la comprensión de las sociedades pretéritas.

Gracias a su lugar de privilegio en la Secretaría de Relaciones Exteriores, durante los años veinte afianzaría su influencia sobre el gremio. Además de que desde 1926 impartía la clase de Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras,<sup>180</sup> investigadores como Federico Gómez de Orozco (1891-1962)<sup>181</sup> le enviaban continuos reportes informándole de sus pesquisas historiográficas y archivísticas en México y el extranjero, lo mantuvo al tanto sobre la obra realizada por Francisco del Paso y Troncoso en el Archivo de Indias en Sevilla a principios del siglo XX.<sup>182</sup>

---

<sup>180</sup> *Memorandum* relativo a grupos de enseñanzas indispensables en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional y a profesores que las desempeñen, 1924, citado por Libertad Menéndez Menéndez, *Escuela Nacional de Altos Estudios...*, *op.cit.*, p. 157

<sup>181</sup> Nació en Tlalpan. Historiador y bibliófilo. Hizo sus primeros estudios en Coyoacán, y los superiores con maestros como Nicolás León y José María de Agreda y Sánchez. Para 1921 ocupó el cargo de Jefe de Publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Etnología e Historia, bajo la dirección de Luis Castillo Ledón. Después se integró como investigador en el Departamento de Historia y dedicó parte de su labor al estudio, paleografía e interpretación de códices del periodo colonial. En 1934 ingresó como profesor de Historia Colonial en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM hasta 1956. En 1935 en el Laboratorio de Arte, que en 1936 pasaría a ser el Instituto de Investigaciones Estéticas, fue designado para el estudio de arte colonial. Virginia Guzmán Monroy, *Trabajos inéditos del profesor Federico Gómez de Orozco en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*, México, BNAH/ENAH, 1978

<sup>182</sup> Carta de Federico Gómez de Orozco a Genaro Estrada, México, 20 de octubre de 1927, en Biblioteca Nacional de Antropología e Historia (BNAH), Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 1, fs. 80-82

Otro historiador que sabemos que tenía contacto epistolar con Estrada fue Vito Alessio Robles (1879-1957)<sup>183</sup> quien en una carta fechada el 26 de julio de 1926, en Estocolmo, le comunicó que estaba enterado de las gestiones del gobierno español para trasladar los restos de Hernán Cortés y rendirle los honores correspondientes, hecho que para Alessio Robles era necesario porque España le debía mucho al conquistador:

A España le dio Cortés la más preciada colonia de su vasto imperio, le dio tributos, le dio riquezas, le dio oro, le dio gloria militar y en su opinión constituiría una enorme ingratitud dejar que permaneciesen en un rincón de la iglesia de Jesús.<sup>184</sup>

Sin embargo también declaró que, aunque “las dotes militares de Cortés fueron indudablemente grandes”, los mexicanos no debían olvidar nunca “las crueldades, la avaricia y los crímenes del conquistador”. Por esta razón los mexicanos no debían “destruir la estatua del último glorioso emperador azteca, para glorificar” en su lugar “la de su verdugo”. Pensaba que los mexicanos no podían olvidar el “sistema funesto de encomiendas” cuyas consecuencias “perniciosas” eran palpables “con los millones de indios analfabetos”, “verdadero lastre para la civilización y el porvenir de México”.<sup>185</sup>

Aunque el comentario de Alessio puede entenderse como políticamente correcto, es claro que Genaro Estrada mantenía buenas relaciones con bandos encontrados: con los de tendencias católicas e hispanistas de la Academia Mexicana de Historia y con los de una

---

<sup>183</sup> Nació en Saltillo, Coahuila. Estudió en el Ateneo Fuente de su ciudad natal. Se trasladó a la capital para estudiar en el Colegio Militar ubicado en Chapultepec en donde se tituló como ingeniero militar. Durante la Revolución mexicana se incorporó a las fuerzas militares de Francisco I. Madero y de la División del Norte bajo el mando de Felipe Ángeles. Dirigió el *Heraldo de México* y *El Demócrata*. Se dedicó al estudio de diversos documentos ubicados en el Archivo General de la Nación. Fue ministro de México en Suecia y aprovechó esta estancia en Europa para visitar bibliotecas y archivos en España. Entre sus obras destacan *Bibliografía de Coahuila* (1927), de la colección de Bibliografía dirigida por Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y *Francisco de Urdiñola y el Norte de la Nueva España*. Mauricio Beuchot, “Vito Alessio Robles”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia.*, *op.cit.*

<sup>184</sup> Carta de Vito Alessio Robles a Genaro Estrada, Estocolmo, 17 de julio de 1926, en *Correspondencia de Genaro Estrada*, Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE), Libro 1, fs. 6-7

<sup>185</sup> *Ídem.*

posición más liberal o postrevolucionaria.<sup>186</sup> Su posición de privilegio, cercana al gobierno mexicano, le permitirá ser uno de los impulsores y difusores más notables de la historiografía mexicana. En 1934, mientras fungía como embajador en España, Luis González Obregón le escribió una carta en donde le reconocía dicha labor:

Como dije a usted en una de mis anteriores cartas, no es usted uno de tantos diplomáticos que van a representar sólo a sus países, dándose la gran vida en comidas, bailes y otras fiestas cortesanas: usted es de los que recuerdan a la patria y procuran ayudar en sus estudios a los artistas e historiadores, publicando libros tan útiles como los que usted me ha enviado sobre las Ruinas de Monte Albán, las Tablas sobre la Conquista de México, y los Manuscritos sobre México, en la Biblioteca Nacional de Madrid.<sup>187</sup>

Es claro el cambio generacional dentro de la disciplina. Por supuesto que no existió un rompimiento radical entre maestros y discípulos, sino una renovación en la forma en que se concebía la historia. En realidad las generaciones comúnmente conocidas como las del *Ateneo* y la de 1915 fueron las que heredaron el conocimiento empírico decimonónico y las conexiones institucionales que les permitirían posicionarse exitosamente en el campo historiográfico mexicano de los años veinte y treinta.

Lo mismo ocurría con el historiador duranguense Atanasio G. Saravia (1890-1969)<sup>188</sup> quien defendía una idea más tradicionalista de la Historia que la manifestada por Genaro Estrada. En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia pronunciado el 28 de junio de 1920, además de defender las técnicas científicas de tintes decimonónicos y abogar por el sano desapasionamiento ideológico en el historiador,

---

<sup>186</sup> Para conocer el inicio de la amistad entre Alessio Robles y Genaro Estrada véase Vito Alessio Robles, *Memorias y diario*, México, Gobierno del Estado de Coahuila/Centro Cultural Vito Alessio Robles/Miguel Ángel Porrúa, 2013, pp. 47-54

<sup>187</sup> Carta de Luis González Obregón a Genaro Estrada, México, 29 de enero de 1934, en *Correspondencia de Genaro Estrada* (AHGE), Libro I, fs. 130-131

<sup>188</sup> Nació en la ciudad de Durango. Miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1920 y su director desde 1941 hasta 1959. Publicó diversos estudios sobre el norte de México durante la época colonial como *Los misioneros muertos en el norte de la Nueva España* (1920) y *Apuntes para el estudio de la Nueva Vizcaya* (1940-1956). Miguel León Portilla, "Atanasio G. Saravia", Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*

pensaba que debido al imparable progreso historiográfico llegaría el momento en que las investigaciones mostrarían la verdad absoluta del pasado.

La formación de la historia de un país es un trabajo nunca interrumpido, pues que el ensanche diario de los conocimientos adquiridos va descubriendo siempre nuevos puntos de vista. Cada generación aporta algo a esa obra constante, y poco a poco v[er]se [sic] eliminando los falsos razonamientos para que vayan subsistiendo solamente aquéllos bien fundados en principios de lógica y en hechos verdaderos. Los que vivieron antes que nosotros legáronnos [sic] en sus escritos y en sus juicios muchos de sus resentimientos personales contra hombres que juzgaron enemigos y contra causas que contrariaban sus ideas; pero el tiempo ha pasado, y ya podemos ver con serenidad aquellos hechos que en un tiempo exacerbaron las pasiones. Nos encontramos, pues, colocados en circunstancias mejores para poder formar un juicio histórico de aquella época de que tenemos datos amplios en qué basar un criterio sereno que, extendiendo poco a poco la luz de su verdad, llegue a normar, de manera más justa, las ideas que se abriguen respecto a lo que en realidad significaron, en nuestra historia patria, las tres grandes etapas en que se halla ligada con España, o sean la conquista, la dominación, que resultó como inmediata consecuencia de ella y, por último, la guerra de Independencia, que puso fin al gobierno virreinal.<sup>189</sup>

Algunos años después José López Portillo y Weber (1889-1974), también en su discurso de ingreso a la Academia el 18 de abril de 1934, definió a la historia como “la ciencia suprema” porque abarcaba a todas las demás y apuntó que en el estudio de las causas el historiador podía ser tan preciso como un químico en su laboratorio. Muy cercano a los postulados positivistas decimonónicos, pensaba que descubrir las leyes de la historia era uno de los objetivos primordiales del estudioso del pasado.<sup>190</sup>

Conforme al tradicional método científico, López Portillo y Weber sostenía que el trabajo del historiador se dividía en tres partes: la observación atenta, la meditación intensa y la redacción “sincera y veraz”. Sin embargo la verdad presentaba tantas facetas variables

---

<sup>189</sup> Atanasio G. Saravia, “La dominación española”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.* Discurso tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, número 3, julio-septiembre de 1942, pp. 225-231

<sup>190</sup> José López Portillo y Weber, “Los cronistas de la conquista de la Nueva Galicia” en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.* Discurso tomado originalmente de las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo II, número 3, mayo-junio de 1943, pp. 209-230



que cada individuo sólo debía aspirar “a decir la que perciba” teniendo la seguridad de que su opinión no “será menos cierta que alguna otra que quizá le sea opuesta”, ya que “sólo de la integración nacerá la verdad absoluta”.<sup>191</sup> Es evidente que las ideas relativistas propias de la época ya se mostraban, aunque débilmente, en el historiador jalisciense.

En esta paulatina profesionalización del escritor el historiador también manifestó síntomas de cambio. Dentro del proceso de academización que se venía manifestando desde finales del siglo XIX, con las obras colectivas, reuniones centenarias y congresos académicos, las clases del Museo y el surgimiento de la Escuela Nacional de Altos Estudios, se sumó la proliferación de publicaciones periódicas en donde intelectuales de diversas posturas fueron dando a conocer sus trabajos de crítica literaria, pero también estudios especializados de historia, arqueología, antropología, sociología y filosofía, es decir, investigaciones propias de las ciencias sociales y las humanidades.

Además de las publicaciones de origen decimonónico como los *Anales* y *Boletines*, surgieron espacios editoriales como la *Revista de Revistas. Semanario Nacional* (1911) bajo la dirección de Luis Manuel Rojas y que para 1916 estaría a cargo del historiador José de Jesús Núñez y Domínguez (1887-1959).<sup>192</sup> El Semanario se componía de noticias nacionales e internacionales y de artículos varios en los que se privilegiaban los de corte histórico y literario. Entre 1915 y 1919 encontramos entre sus filas a historiadores consagrados como Luis González Obregón y nóveles como Alfonso Toro, Genaro Estrada,

---

<sup>191</sup> *Ídem*

<sup>192</sup> Nació en Papantla, Veracruz. En la capital estudió en la Escuela Nacional Preparatoria para después dedicarse al periodismo. Ingresó a la redacción de *El Imparcial* y dirigió *Revista de Revistas* por dos décadas. Fue secretario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Arqueología. Su primer libro de historia fue *El rebozo* (1917), dedicado a Eugenio Zubieta, a Nicolás Rangel y a Alberto María Carreño. Después escribió *Don Antonio de Benavides, el incógnito “Tapado”*, (1925), *Un virrey limeño en México: don Juan Acuña* (1927), *Gestas del solar nativo* (1931) –con un prólogo de Luis González Obregón–, *Al margen de la historia* (1934), entre otras investigaciones. Ingresó a la Academia Mexicana de la Historia en 1932 y la Academia Mexicana de la Lengua en 1945. Alberto María Carreño y Salvador Azuela, “Jesús Núñez y Domínguez”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas de académicos.*, *op.cit.*, pp. 371-374

Atanasio G. Saravia, Manuel Romero de Terreros, Juan B. Iguíniz, Alberto María Carreño, Manuel Toussaint, Jesús García Gutiérrez, Federico Gómez de Orozco y Alfonso Teja Zabre.<sup>193</sup>

Al respecto, como lo ha afirmado Aimer Granados, las revistas en su función de soportes materiales de las ideas son un medio idóneo que nos permite acceder a las redes intelectuales, a los “lazos de cultura” pero también a las rupturas ideológicas, a las prácticas y las luchas de poder que se presentan para conservar o transformar el *statu quo* impuesto por el Estado y otras instituciones. Así al acercarnos a las publicaciones periódicas accedemos a comunidades académicas en dónde se relacionan e interactúan intelectuales (autores posicionados ideológicamente), editores, empresarios culturales, lectores y críticos. En suma, son un medio para observar la constitución del campo intelectual e historiográfico de la primera mitad del siglo XX.<sup>194</sup>

Debemos tomar en cuenta que esta transformación que paulatinamente iría cambiando el panorama de la Historia y sus prácticas no sólo se dio en la capital, ya que en otras regiones del país, aunque fue un proceso menos acelerado, tenemos ejemplos de la creación de instituciones y publicaciones con intereses académicos.

Luis González encontró que entre 1910 y 1940 se publicaron 250 libros de historia local, cincuenta más que durante el periodo de 1878-1910. Esto nos indica el auge que

---

<sup>193</sup> Socorro Méndez Hernández y Rosario Franco Guadarrama, *Propuesta de catalogación del semanario Revista de Revistas: publicaciones comprendidas de 1910 a 1940*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005

<sup>194</sup> Aimer Granados, “Introducción”, en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Cuajimalpa/Juan Pablos Editor, 2012, pp. 9-20. Al respecto también consúltese François Dosse quien considera que las revistas son estructuras elementales de sociabilidad: “espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas”. François Dosse, *La marcha*, op.cit., p. 51

presentó este género historiográfico durante el periodo revolucionario.<sup>195</sup> Bajo esta misma lógica, nos preguntamos si lo mismo ocurrió con las comunidades de historiadores que se desarrollaron en las diferentes zonas y regiones del país. ¿Estamos ante la multiplicación de sociabilidades y asociaciones historiográficas, frente a la proliferación de la academización y la especialización en los estados de la República?

### Institucionalización y academización regional

El proceso de institucionalización y academización bajo el liderazgo de destacadas figuras de la historiografía que se venía fraguando en el centro del país también se dio, aunque lentamente, en algunos estados del interior la República. Consideramos que destacan tres entidades por la importancia de sus historiadores y su liderazgo para edificar una estructura disciplinar y en la construcción de sociabilidades académicas: *Michoacán, Jalisco y Yucatán*.

En Michoacán, Nicolás León (1859-1929)<sup>196</sup> desde 1886 hasta 1892 fungiría como primer director del Museo estatal, cuyo fin primordial sería resguardar las antigüedades e historia de los “tarascos” o purépechas. Dos años después iniciaría la circulación de los *Anales*, publicación que daría a conocer las investigaciones de orden arqueológico,

---

<sup>195</sup> Luis González, “Un siglo de aportaciones mexicanas a la historia patria”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002, tomo I (Segunda parte), pp. 57-75

<sup>196</sup> Nació en Quiroga, Michoacán. Aunque estudió medicina en la ciudad de Morelia, sus actividades abarcaron múltiples disciplinas como la arqueología, la antropología, la etnología, la historia natural y humana, entre otras. Además de ser director del Museo Michoacano, se desempeñó como profesor de ciencia natural en la Escuela Normal de Oaxaca, en la ciudad de México desde 1899 se incorpora al Instituto Bibliográfico Mexicano y posteriormente al Museo Nacional, a partir de 1900 se desempeñaría como “Ayudante Naturista” y después como profesor de etnología. Fue miembro de la Academia Nacional de Medicina y su presidente en 1921 y profesor en varias instituciones educativas de México. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 1979-1980; Ezequiel A. Chávez, “El Dr. Nicolás León. Su vida y su obra”, en *Revista de la Universidad*, junio 1937, pp. 7-13

etnológico e histórico de la región.<sup>197</sup> A pesar del corto tiempo que el Dr. León prestó sus servicios en la institución michoacana, su legado fue determinante para que en 1939 se restructurara de nueva cuenta el Museo bajo la dirección de Antonio Arriaga y para que volviesen a circular los *Anales*. Otras asociaciones con presencia en el estado desde principios del siglo XX fueron la Sociedad Michoacana de Geografía y Estadística (1905-1912) y su *Boletín* como medio de difusión de trabajos historiográficos.<sup>198</sup>

Otros importantes historiadores michoacanos fueron los sacerdotes Francisco Plancarte y Navarrete y José Bravo Ugarte S. J. (1898-1968),<sup>199</sup> el primero destacando como arqueólogo y el segundo como estudioso de la historia de México y de la Iglesia.

El padre Plancarte y Navarrete, además de participar con sus colecciones arqueológicas en los festejos del Centenario de 1892, fue miembro de la Academia Mexicana de la Historia, de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”. Entre sus obras de temas arqueológicos e históricos sobresalen *Los Anales del Museo* (1897), una relación de sus investigaciones realizadas hasta ese momento; *Apuntes para la geografía del estado de México* (1909); *Tamoanchán. El estado de Morelos y el principio de la civilización en México* (1911), y *Prehistoria y*

---

<sup>197</sup> Nicolás León, “Prólogo”, en *Anales del Museo Michoacano*, Morelia, año I, 30 de enero de 1886, pp. 1-2, y “Origen, progresos y estado actual del Museo Michoacano”, en *Anales del Museo Michoacano*, año III, 1890, pp. 1-5

<sup>198</sup> Joaquín Fernández de Córdova, “Michoacán: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 2, número 1, julio-septiembre de 1952, pp. 135-154

<sup>199</sup> Sacerdote jesuita e historiador. Nació en Morelia, Michoacán. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1913 y siendo aún novicio salió para el destierro. Al regresar a México enseñó historia e inglés en los colegios de Puebla y Guadalajara. Al abrirse en 1937 el Seminario de Moctezuma pasó a él y estuvo dos años como catedrático de teodicea, ética e historia de la Iglesia en México. De regreso al país se consagró por completo a la enseñanza de la historia en el Colegio de Guadalajara (1939), en el Instituto Patria de la ciudad de México (1943) y luego en la Universidad Iberoamericana. Perteneció a la Academia Mexicana de la Historia. Murió en la ciudad de México. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 483-484

*Protohistoria de México* (1923) que fue escrita durante su estancia en Chicago, Illinois, 1915-1919.<sup>200</sup>

Bravo Ugarte, además de escribir importantes obras como su *Historia de México* (1941), fue profesor de historia en el Colegio de Guadalajara entre 1930 y 1935 y de nueva cuenta a partir de 1939. Es importante destacar que entre sus discípulos uno de los más destacados en el oficio sería Luis González y González, alumno suyo entre 1939 y 1942.<sup>201</sup>

Por otro lado, el michoacano Francisco Elguero Iturbide (1856-1932),<sup>202</sup> abogado de profesión y miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1921, aunque nunca ejerció la docencia como historiador inició la publicación *América Española* (1921-1922), revista que agrupó a varios de los historiadores más sobresalientes de tendencia católica del periodo: Perfecto Méndez Padilla, Alfonso Junco, José López Portillo y Rojas, Jesús García Gutiérrez, Juan B. Iguíniz, Alfredo Méndez Medina, Luis González Obregón, Luis García Pimentel, Jesús Galindo y Villa, Francisco Banegas Galván, Alberto María Carreño, Miguel Palomar y Vizcarra, Rodolfo Reyes, Nicolás León, Manuel Herrera y Lasso, Federico Gamboa, Querido Moheno, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Manuel Romero de Terreros, entre otros.<sup>203</sup>

Jalisco fue otra de las entidades del país que desde finales del siglo XIX se caracterizó por el fomento de la historia. Juan B. Iguíniz aseveró que se habían hecho

---

<sup>200</sup> *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 2749; Israel Cavazos Garza, “Francisco Plancarte y Navarrete”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años..., op.cit.*, pp. 179-181

<sup>201</sup> Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia, op.cit.*, pp. 186-194

<sup>202</sup> Nació en Morelia. Estudió en el Seminario Conciliar de su ciudad natal y se recibió de abogado en 1880. Fue juez en Zamora y en Morelia. En la ciudad de México fue profesor en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Tras la caída del régimen de Victoriano Huerta se exilió –en compañía de su hijo José Elguero– en los Estados Unidos y después en la Habana. Escribió poesía y ensayos históricos y jurídicos –principalmente desde un enfoque católico– filosóficos y morales. Alberto María Carreño y Alfonso Junco, “Francisco Elguero”, en José Luis Martínez, *Semblanzas..., op.cit.*, pp. 157-162

<sup>203</sup> Para mayores referencias sobre la historiografía michoacana del siglo XX véase Verónica Oikión Solano, “El nuevo pasado michoacano. Una centuria historiográfica”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, volumen XVI, número 60, otoño de 1994, pp. 41-74

diversos intentos para fundar agrupaciones científicas en el estado, sin embargo, debido quizás a defectos en su organización y “principalmente a la idiosincrasia” de los “hombres de letras, cuyo temperamento, naturalmente egoísta, es más bien inclinado al aislamiento”, se caracterizaron por su vida irregular y efímera. Para él entre las agrupaciones que más habían cultivado las ciencias históricas sobresalían la *Falange de Estudio* (1850), la *Sociedad de Ingenieros de Jalisco* (1868), la *Academia de Literatura e Historia de San Francisco de Borja* (1911) y la *Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* que en 1915 se reinstaló por tercera vez.<sup>204</sup>

Con respecto a las publicaciones periódicas que habían contribuido al trabajo historiográfico en Jalisco encontró que las más representativas eran *El Ensayo Literario*, órgano de la *Falange de Estudio* (1850), *El País* (1863), *El Estado de Jalisco*, *La República Literaria* (1886), el *Diario de Jalisco* (1887), *México Independiente* (1899), el *Boletín Eclesiástico y Científico del Arzobispado de Guadalajara* (1904) y la *Biblioteca Histórica Jalisciense*, revista mensual que el propio Iguíniz fundó en 1909 con la colaboración del Pbro. Francisco G. Alemán en 1909 “con el objetivo, no únicamente de propagar los estudios históricos, sino preferentemente, de compilar y poner en manos de los eruditos siquiera una mínima parte del gran acervo de documentos que yacen diseminados en los archivos y bibliotecas”.<sup>205</sup>

Algunas de las individualidades que destacaron en el oficio fueron Luis Pérez Verdía con su libro *Historia Particular del Estado de Jalisco* (1910-1911), José López Portillo y Weber con su *Conquista de Nueva Galicia* (1937), Juan B. Iguíniz con su *Antigua Universidad de Guadalajara* (1959) e Ignacio Dávila Garibi con sus *Apuntes para*

---

<sup>204</sup> *Concurso de Bibliografía y Biblioteconomía...*, *op.cit.*, p. 12

<sup>205</sup> *Ibid.*, pp. 12-13

*la Historia de la Iglesia en Guadalajara* (1957-1967). Otro de los historiadores que brillaron individualmente con sus obras fue José Cornejo Franco quien además de producir algunas investigaciones de importancia para el estudio del pasado jalisciense fue trascendente en la entidad por su labor institucional en la dirección de la Biblioteca Pública de Jalisco en donde resguardó con celo los documentos y los tesoros bibliográficos que a hasta la fecha son en gran medida el sustento de la investigación historiográfica que se realiza en el estado.<sup>206</sup>

En 1951 Moisés González Navarro y Miguel de la Mora L. realizaron un estudio que publicaron en la revista *Historia Mexicana* en el que informaron sobre los recursos materiales y humanos con los que contaba Jalisco para la difusión y el desarrollo de la investigación histórica en la región. Entre los archivos destacaron el de la Biblioteca Pública en donde historiadores como Luis Páez Brotchie trabajó sus acervos documentales y bibliográficos para sus obras *Guadalajara de Indias* (1932) y *Jalisco, historia mínima* (1940), y José Ignacio Dávila Garibi consultó los acervos eclesiásticos y parroquiales para su historia de la Iglesia en Guadalajara. También hicieron hincapié en las publicaciones que iniciaron su producción durante la década de los cuarenta como la *Revista Jalisciense de Educación*, patrocinada por el Departamento Cultural del Estado; la *Gaceta Municipal*, órgano del Ayuntamiento de Guadalajara, y la *Revista de Estudios Históricos*, del Centro de Estudios Históricos de Guadalajara, dirigida por el padre Luis Medina Ascensio S.J. desde su fundación en 1943. En cuanto a las instituciones, la más sobresaliente era, pese a

---

<sup>206</sup> José María Muriá, “Notas sobre la historiografía regional jalisciense en el siglo XX”, en *Relaciones*, volumen III, número 10, primavera de 1982, pp. 69-85

sus constantes problemas financieros y de organización, la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (fundada en 1864).<sup>207</sup>

Al respecto es importante destacar la labor de José Ignacio Dávila Garibi (1888-1981), de José Conejo Franco (1900-1977) y del padre Luis Medina Ascensio S.J., los tres importantes impulsores de la historia en el estado de Jalisco desde una visión institucional.

Dávila Garibi después de obtener el título de abogado en 1916 ingresó a la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en donde se desempeñó como secretario. Su pasión desde ese momento fue el trabajo de archivo y la recopilación de documentos en México y en el extranjero. En 1921, por encargo del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, viajó a Europa (principalmente a Roma y a Sevilla) para recolectar información sobre la arquidiócesis de Guadalajara, investigación que resultaría en su *Colección de documentos históricos inéditos o muy raros, referentes al arzobispado de Guadalajara* (1922-1927). Los temas a los que se dedicó con más ahínco fueron la Iglesia jalisciense, las biografías sobre religiosos y los pueblos indígenas como lo muestra su obra *Breves apuntes sobre los chimalhuacanos: civilización y costumbres de los mismos* (1927) y los *Últimos representantes de la raza otomí en Jalisco* (1932). A inicios de la década de los treinta se trasladó con su familia a la ciudad de México en donde se desempeñaría como profesor en diversas instituciones como la Escuela Nacional Preparatoria y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, labor que le sería ampliamente reconocida por colegas y alumnos.<sup>208</sup>

---

<sup>207</sup> Miguel de la Mora L. y Moisés González Navarro, "Jalisco. La historia y sus instrumentos", en *Historia Mexicana*, volumen I, número 1, julio-septiembre de 1951, 143-163

<sup>208</sup> Josefina Zoraida Vázquez, "José Ignacio Dávila Garibi, 1888-1981", en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*; José Luis Martínez, "Ignacio Dávila Garibi", en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas de académicos., op.cit.*, pp. 142-143; Julio Jiménez Rueda, "Respuesta al discurso de recepción de Jorge Ignacio Dávila Garibi", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XV, 1956, pp. 120-124



Por otra parte, como ya se apuntó, Cornejo Franco fue uno de los primeros encargados de organizar la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Aunque fue efímeramente su director entre 1930 y 1931, esta primera experiencia le permitiría vislumbrar los problemas y algunas soluciones para mejorar a la institución durante el periodo de 1949 a 1977 en el que de nueva cuenta la dirigió hasta su muerte. Fue considerado un pionero en las artes de la bibliotecología:

Constantemente estuvo al día de las innovaciones en la materia. Sabía de la existencia de los últimos manuales de clasificación y tratamiento del libro, y mantuvo relación perseverante con instituciones y personas especializadas [...] Hombre de vasta cultura general tuvo siempre la respuesta y la orientación adecuadas a las consultas de numerosos investigadores nacionales y extranjeros.<sup>209</sup>

Fue profesor de historia universal, de México y de Jalisco, de arte y de literatura en la Escuela Preparatoria, en la Normal de Jalisco y en la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara. Fuera de las aulas sus enseñanzas también dieron fruto como conferencista y como asesor de múltiples historiadores que se acercaban a él por consejo.<sup>210</sup>

Finalmente, el padre Medina Ascencio S.J. pasó su infancia y juventud en Guadalajara pero nació en Cocula el 10 de junio de 1912. Las raíces de su posterior carrera historiográfica las encontró en los trabajos que su padre (Francisco Medina de la Torre) hizo sobre la historia del pueblo de San Miguel el Alto.<sup>211</sup> Su carrera eclesiástica lo llevó a las Escuelas de Archivistas y Bibliotecarios del Vaticano donde trabajó su tesis doctoral *La Santa Sede y la Emancipación Mexicana*, impresa en Guadalajara en 1946 y en México por

---

<sup>209</sup> Israel Cavazos Garza, “El Maestro José Cornejo Franco (1900-1977). Discurso de recepción leído el 12 de julio de 1979”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XXXI, 1977-1980, pp. 7-27

<sup>210</sup> *Ídem.*

<sup>211</sup> Francisco Medina de la Torre, *San Miguel El Alto, Jalisco, Biografía de un municipio*, tercera edición corregida y adicionada por Luis Medina Ascencio, México, Jus, 1967 (1909)

la editorial Jus en 1965.<sup>212</sup> Sin embargo una de sus más importantes labores fue la fundación de su revista *Estudios Históricos* que marcó un precedente en las publicaciones especializadas en Jalisco.<sup>213</sup>

La península de Yucatán se caracterizó por ser desde el siglo XIX un semillero de historiadores de renombre nacional: Lorenzo de Zavala, Justo Sierra O'Reilly, Serapio Baqueiro, Eligio Ancona y Juan Francisco Molina Solís son algunos de ellos.<sup>214</sup> Es importante mencionar que estos hombres destacaron como políticos y gracias este carácter de funcionarios/escritores tuvieron los recursos para embarcarse en amplias empresas historiográficas. Además fueron importantes impulsores de instituciones científicas y literarias en las que la Historia tendría un espacio como actividad gremial.

Entre las primeras asociaciones con ese carácter destaca la Academia de Ciencias y Literatura fundada en 1849, dirigida por Gerónimo del Castillo y cuyo órgano de difusión era *El Mosaico*, periódico editado en Mérida y dirigido por Vicente Calero.<sup>215</sup> Posteriormente futuros historiadores como Molina Solís se formarían en el Seminario de San Ildefonso, en la Escuela de Jurisprudencia del Instituto Literario de Yucatán (fundado en 1867) y en 1874 crearía y dirigiría *El Mensajero* periódico de marcadas tendencias católicas.<sup>216</sup> Esta herencia historiográfica sería recogida por Jorge Ignacio Rubio Mañé, uno

---

<sup>212</sup> Carmen Castañeda, "La difusión de la historia: el padre Luis Medina Ascensio y la revista Estudios Históricos", en *Estudios Históricos*, cuarta época, número 71, junio de 1998, pp. 1942-1946

<sup>213</sup> La publicación tuvo una vida llena de altibajos: primera época (1943-1946); segunda época (1955-1960) con la dirección de Salvador Reynoso y Ernesto Meza; tercera etapa (1977-1998) en la que el padre Medina Ascensio retomó la dirección con el apoyo del padre J. Jesús Jiménez. *Ídem*.

<sup>214</sup> Véase Othón Baños Ramírez, "Algunas reinterpretaciones recientes. Breve revisión de la historiografía sobre el Yucatán de los siglos XIX y XX", *Secuencia*, número 41, mayo-agosto de 1998, pp. 149-160

<sup>215</sup> Melchor Campos García, "300 años de pensar y escribir la historia en Yucatán", en Melchor Campos García, *Teorías y litigios sobre la historia y su escritura en Yucatán*, México, Senado de la República/Instituto de Cultura de Yucatán, 2011, pp. 65-66

<sup>216</sup> *Ibid.*, pp. 89-90 y 106. Además de la de Jurisprudencia, a finales del siglo XIX el Instituto Literario de Yucatán contaba con Escuelas de enseñanza en Medicina y Cirugía, Farmacia y Matemáticas.

de sus alumnos más destacados en el oficio historiográfico y uno de los animadores del Segundo Congreso de Historia Patria celebrado en Mérida en 1935.

Como parte de este proceso institucional, en 1922 fue creada por el gobernador Felipe Carrillo Puerto la Universidad Nacional del Sureste con las Facultades de Medicina, Jurisprudencia, de Ingeniería, el Instituto Literario o Preparatoria, las Escuelas Normal, de Música y la de Bellas Artes. En 1938 cambiaría su nombre a Universidad de Yucatán.<sup>217</sup> En general, aunque la historia fue poco atendida desde el gobierno estatal como disciplina, los esfuerzos individuales de destacados estudiosos del pasado fueron importantes para que se sentaran las bases estructurales de la profesión.

También tenemos algunos casos en los que la academización como tendencia disciplinar y la institucionalización de la Historia tardaron mucho más tiempo en aparecer. Algunos ejemplos son los de *Puebla*, *Oaxaca*, *Querétaro* y *Veracruz*, en donde sobresalen los trabajos individuales sin el apoyo de una comunidad académica consolidada.

A partir de 1910, en Puebla aparecieron las obras de fray Francisco R. de los Ríos Arce, Enrique Juan Palacios y Mendoza, Hugo Leicht, Enrique A. Cervantes y Francisco Pérez Salazar (miembro posteriormente de la Academia Mexicana de la Historia), quienes aprovecharon los documentos resguardados en el Archivo Municipal de Puebla, el Archivo de Notarías (fundado en 1918), el Registro Público de la Propiedad de donde Leicht obtuvo gran parte de la información para su obra *Las calles de Puebla* (1934), entre otros acervos.<sup>218</sup>

---

<sup>217</sup> <http://www.uady.mx/universidad/historia.html>, consultada el 11 de junio de 2016

<sup>218</sup> José Miguel Quintana, "Historiadores de la Puebla de los Ángeles", en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia*, op.cit., tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XXIX, número 2, abril-junio de 1970, pp. 121-144, y Jan Bazant, "Puebla: la historia y sus instrumentos", en *Historia Mexicana*, volumen 19, número 3, junio-marzo de 1970, pp. 432-437

Para el caso de Oaxaca Jorge Fernando Iturrigaría declaró hacia 1953 que gran parte de sus archivos habían desaparecido a causa de “la incuria, del abandono, de la polilla y de las revueltas”. El último caso de destrucción de un archivo completo fue en 1916 durante la revolución con el incendio del Tribunal de Justicia del Estado. Sin embargo, siguiendo un estudio de Woodrow Borah, a pesar de estas adversas circunstancias destacó que el Archivo General del Gobierno del Estado, el propio Tribunal Superior de Justicia, a pesar de su destrucción, y el Archivo de Notarías constituían valiosos recintos para la investigación histórica.<sup>219</sup>

De igual manera para Querétaro, Bernardo García Martínez y Andrés Lira hicieron un balance que presentaba las opciones materiales para el desenvolvimiento de la disciplina. En su estudio declararon que si bien los archivos eran magníficos eran desgraciadamente poco accesibles, “sea a causa del abandono y deterioro en que se encuentran, sea debido a la mala administración que los agobia”. Entre las instituciones destacaron a la Sociedad de Geografía y Estadística de Querétaro (filial de la de México), el Museo Regional y la Universidad que contaba con una de las bibliotecas más antiguas e importantes. Fue hasta los años cuarenta que se registran algunas publicaciones periódicas de importancia para la Historia: *Querétaro*, publicada de 1944 a 1958, y *Vértice*, que apareció entre 1946 y 1950.<sup>220</sup>

En Veracruz, primordialmente en Xalapa, desde finales del siglo XIX surgieron obras de temática local como el de Manuel Rivera Cambas, *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz* (1871). Con respecto a las

---

<sup>219</sup> Jorge Fernando Iturrigaría, “Oaxaca: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 2, número 3, junio-marzo de 1953, pp. 459-476

<sup>220</sup> Bernardo García Martínez y Andrés Lira, “Querétaro: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 18, número 2, octubre-diciembre de 1968, pp. 286-292

instituciones, fue hasta 1957 que se creó la primera escuela de enseñanza superior de historia en el interior del país, adscrita a la Facultad de Filosofía y Letras de Universidad Veracruzana.<sup>221</sup>

Si en las entidades que hasta ahora hemos mencionado la infraestructura para el estudio de la historia durante las primeras décadas del siglo XX era muy escasa, en el caso del norte del país la situación era mucho más precaria. Como lo apuntó Atanasio G. Saravia en 1938, aunque existían los materiales para hacer dicha historia del septentrión se encontraban dispersos en archivos del centro del país o en el extranjero como en el Archivo de Indias en Sevilla, España.<sup>222</sup> Llama la atención que en una fecha tan tardía como 1961, José Ignacio Gallegos C. se lamentó por la pobreza y desorganización en la que se encontraban los archivos y bibliotecas del estado de Durango. Por ejemplo la Biblioteca Pública del Estado fundada en 1853, estuvo en total abandono hasta que en 1946 el gobierno le fijó un subsidio y años después le otorgó un edificio propio.<sup>223</sup>

Sin embargo en estados como San Luis Potosí desde el siglo XIX surgieron importantes representantes de la historia local. Fue después de la Independencia nacional, nos advierte el padre Rafael Montejano y Aguiñaga, que se creó un ambiente propicio para la “microhistoria”. En 1813 se abrió la primera imprenta potosina que permitió la difusión de las primeras obras de historia regional que sustituyeron a las crónicas de los tiempos coloniales. Fue hasta la segunda mitad del siglo cuando este tipo de historiografía tomó impulso: Ciriaco de Iturribarria escribió una *Memoria geográfica y estadística del*

---

<sup>221</sup> Takako Sudo y Aureliano de los Reyes, “Xalapa: la historia y sus instrumentos”, *Historia Mexicana*, volumen 24, número 4, abril-junio de 1975, pp. 607-621

<sup>222</sup> Atanasio G. Saravia, “Discurso de bienvenida a Vito Alessio Robles”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo IV, 1945, pp. 158-166.

<sup>223</sup> José Ignacio Gallegos C., “Durango: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 11, número 2, octubre-diciembre de 1961, pp. 314-320

*departamento de San Luis Potosí* (1853); Manuel del Conde, aficionado a la arqueología, se dedicó a la recolección de piezas prehispánicas provenientes de la Huasteca y que después donó al Museo Científico y Literario de San Luis Potosí; Florencio Cabrera publicó *Bosquejo sobre la historia antigua de San Luis Potosí* (1871); Francisco Macías Valadez escribió *Apuntes geográficos y estadísticos sobre el estado de San Luis Potosí* (1878); Primo Feliciano Velázquez dio a conocer su *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí* (1898) y ya en el siglo XX sus cuatro tomos de la *Historia de San Luis Potosí* (1946-1948), entre otros autores y obras.

Las instituciones como el ya mencionado Museo Científico, la Biblioteca del Instituto Científico y Literario, la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (fundada en 1851, en 1869 y 1914), la Sociedad Orozco y Berra (establecida en 1880), la Sociedad Potosina de Historia y Geografía (de 1895), la Junta Local de Bibliografía (de 1899) fueron algunas de las más importantes en donde los historiadores formaron sus primeros grupos de trabajo disciplinar. Fue hasta la década de los cuarenta cuando historiadores como Joaquín Meade, Antonio de la Maza, Joaquín Antonio Peñalosa y el propio Montejano y Aguiñaga contribuyeron con sus investigaciones para que la historiografía potosina tomara nuevos vuelos.<sup>224</sup>

En Nuevo León el Congreso Estudiantil celebrado en Monterrey (1930) fue uno de los primeros eventos en el que los historiadores se congregaron para discutir sobre la

---

<sup>224</sup> Rafael Montejano y Aguiñaga, “Sobre la historiografía potosina”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XXX, 1971-1976, pp. 138-168. Para el estudio de la historiografía potosina durante la segunda mitad del siglo XX véase Alexander Betancourt Mendieta, “La escritura de la historia en San Luis Potosí”, en Renzo Ramírez Bacca y Alexander Betancourt Mendieta (eds.), *Ensayos sobre historia y cultura en América Latina*, Medellín, La Carreta Editores/Universidad Nacional de Colombia/Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2008, pp. 9-27, y “Un relato nacional en un espacio local: la revolución mexicana en San Luis Potosí, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, número 87, septiembre-diciembre 2013, pp. 129-152

disciplina. Entre los investigadores destacados que se dedicaron al estudio del pasado tenemos a José Eleuterio González, David Alberto Cossío, Vito Alessio Robles, Santiago Roel, y los miembros del “Grupo Alfonso Reyes” como Raúl Rangel Frías y Helio Flores. En 1937 se celebró el Congreso de Historia en la capital del estado con la participación de algunos de los ya mencionados y de Héctor González (1882-1948), primer rector de la Universidad de Nuevo León (1933-1934) y uno de los más importantes estudiosos de la cultura nuevoleonesa. Durante la década de los cuarenta se establecieron varios recintos que, de la misma manera como se estaba dando en la capital y en otras ciudades del país, permitiría la futura profesionalización del historiador como la Academia Nacional de Historia y Geografía (1940), la Sociedad Nuevoleonesa de Historia y Geografía y Estadística (1942) y la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey (1947).<sup>225</sup>

Con respecto a los archivos oficiales y eclesiásticos, Israel Cavazos Garza aseveró en 1952 que constituían “patrimonio documental único en el norte del país” de importancia también para entidades como Coahuila, Tamaulipas y el estado estadounidense de Texas. Bien organizados desde principios del siglo XX, el Archivo General del Estado, el Archivo Municipal de Monterrey, el Archivo del Congreso del Estado y los Archivos municipales y eclesiásticos ubicados en la propia capital del estado y en otros municipios como Cadereyta y Linares, son algunos ejemplos de la infraestructura con la que contaba hacia mediados del siglo XX el estado de Nuevo León. Entre las organizaciones más antiguas sobresalen la Junta Auxiliar Nuevoleonesa de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fundada poco después de 1867 y que disminuyó notablemente sus actividades tras la muerte de su

---

<sup>225</sup> Manuel Ceballos, “Monterrey: realidades y posibilidades historiográficas”, en Manuel Ceballos (coord.), *Monterrey 400. Estudios históricos y sociales*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1998, pp. 76-77, y Ricardo Covarrubias, *Datos biográficos. Héctor González, Celedonio Junco de la Vega*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2002

gran animador el médico José Eleuterio Gómez (1813-1888), y la Junta Arqueófila de Monterrey, fundada en 1906 por Amado Fernández y cuya finalidad era promover la creación de un Museo Histórico Regional, sin embargo la Junta desapareció en 1910. Como vimos, en realidad sería hasta la década de los treinta cuando la disciplina tomaría un nuevo impulso.<sup>226</sup>

Además de los ejemplos ya mencionados, en Chihuahua a fines de 1909 se estableció el Ateneo Chihuahuense y hasta 1938 se fundó la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos.<sup>227</sup> Es importante destacar que desde finales de la década de los cuarenta, Francisco R. Almada y José Fuentes Mares fueron dos de los investigadores más activos y que defendieron la identidad norteña desde la historia.<sup>228</sup>

En resumen, pese a los esfuerzos individuales de estos importantes historiadores del interior del país el proceso académico y la construcción de instituciones fundamentales para llevar a cabo la profesión histórica se dio de manera intermitente y raquítica, sin el apoyo y sustento económico de los gobiernos estatales. En realidad fue hasta la década de los cuarenta, y sólo en pocas entidades, en donde surgieron los primeros grupos disciplinares y se edificaron algunas instituciones duraderas.

En la capital del país, como lo abordamos en este primer capítulo, desde poco antes de 1884 nacieron las primeras comunidades y sociabilidades. Los historiadores se reunieron en recintos como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y convivieron con otros estudiosos del pasado en los festejos de los centenarios de 1892 y 1910. Estos primeros

---

<sup>226</sup> Israel Cavazos Garza, “Nuevo León: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 1, número 3, junio-marzo de 1952, pp. 494-515, y Hermenegildo Dávila González, *Biografía del doctor José Eleuterio González*, Monterrey, Ediciones “Al voleo”, 1975 (1888)

<sup>227</sup> León Berri, Jr., “Chihuahua y su cultura a través de los siglos”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 3, enero-marzo de 1954, pp. 432-438

<sup>228</sup> Véase Luis Aboites Aguilar, “José Fuentes Mares y la historiografía del norte de México. Una aproximación desde Chihuahua (1950-1957)”, en *Historia Mexicana*, volumen XLIX, número 3, 2000, pp. 477-448



maestros del oficio tuvieron en el Museo Nacional y en la recién fundada Universidad Nacional los recintos institucionales para desarrollar la docencia y transmitir los secretos y métodos básicos de la profesión. Con el paso del hombre de letras al intelectual de transición aparecieron las prácticas académicas que se convertirían en las idóneas para transmitir de forma efectiva el conocimiento a un público, aunque todavía reducido, interesado en el conocimiento humanístico e histórico. Las conferencias y algunos espacios editoriales fueron los medios de difusión de estos saberes. Pese a que el historiador mexicano continuó defendiendo la objetividad como uno de los más grandes baluartes de la disciplina, también aparecieron investigadores como Genaro Estrada, primer eslabón hacia la historiografía crítica.

## Capítulo II

### *La comunidad hispanista y el Centenario de 1921*

En el presente capítulo abordaremos la labor cohesionadora de algunos de los historiadores mexicanos más representativos en México que iniciaron sus investigaciones a principios del siglo XX y que fundaron instituciones y revistas como medios de difusión de sus propuestas. Es decir, destacamos su papel como ejes de atracción de otros historiadores, como líderes de opinión y como formadores de comunidades historiográficas.

Particularmente nos centraremos en los miembros de la Academia Mexicana de la Historia, fundada en 1919, en sus proyectos historiográficos desde una postura hispanista y católica. Siguiendo esta misma línea también estudiaremos a la revista *América Española* de Francisco Elguero –miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1921– publicación que agrupó a un importante contingente de historiadores cuyos temas principales fueron la exaltación de figuras como Agustín de Iturbide en el contexto de la celebración del Centenario de la consumación de la Independencia en 1921. Lo que aquí nos interesa recalcar es su labor grupal o gremial y preguntarnos ¿qué estrategias historiográficas con fines nacionalistas utilizaron los llamados “conservadores” mexicanos como miembros de estas instituciones primordialmente católicas e hispanistas?

#### El tradicionalismo historiográfico

Desde que México alcanzó su Independencia uno de los objetivos primordiales de los gobiernos liberales fue lograr la ansiada homogeneidad nacional que, esperaban, evitaría los continuos levantamientos separatistas y las luchas intestinas entre las diferentes

regiones del país. Se buscó fomentar una historia patria que dejara de lado a las historias locales y que permitiera la unificación de los mexicanos bajo una misma idiosincrasia.<sup>229</sup>

Durante el porfiriato, en los Congresos Nacionales de Instrucción de 1889-1890 y 1890-1891, la preocupación primordial fue trabajar para lograr la uniformidad de la enseñanza en toda la República con el fin de formar ciudadanos que respondieran a los mismos ideales. Entre los objetivos de la enseñanza de la historia uno de los más importantes fue ilustrar a los niños sobre la vida de los grandes personajes que habían hecho de México una nación independiente. En la Escuela Nacional Preparatoria se aumentaron a seis horas semanales de clases de historia patria a la par que se fortalecía el positivismo.<sup>230</sup>

Además, en el plan ideado por Enrique C. Rébsamen en su *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*, el último grado de la escuela elemental estaría dedicado a la historia general o universal “para despertar el amor a la familia humana” en los mexicanos. Rébsamen también se oponía a que se enseñase la historia local para después abordar la historia nacional como proponían algunos educadores.<sup>231</sup>

En apariencia con el estallido de la Revolución estos postulados nacionalistas no sufrieron grandes cambios: continuaron los esfuerzos por fortalecer a la historia patria, de controlar un pasado homogéneo en detrimento de la local.<sup>232</sup> Desde 1909 Andrés Molina Enríquez, en *Los Grandes Problemas Nacionales*, había hecho hincapié en los grandes problemas no resueltos por el gobierno de Porfirio Díaz: la cuestión agraria, el mestizaje y

---

<sup>229</sup> Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, *op.cit.*

<sup>230</sup> Josefina Vázquez de Knauth, *Nacionalismo y educación*, *op.cit.*, pp. 93-96

<sup>231</sup> *Ibid.*, pp. 111-116

<sup>232</sup> Paula López Caballero, “De cómo el pasado prehispánico se volvió el pasado de todos los mexicanos”, en Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, *op.cit.*, pp. 137-151; Rodrigo Martínez Baracs, “Recuperación del pensamiento indígena e idea de la antigua sabiduría”, en Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio...*, pp. 166-181

la defensa de un poder político fuerte.<sup>233</sup> En general estos problemas implicaban no haber podido solventar la heterogeneidad de objetivos, la falta de unidad y la injusta repartición de la riqueza. Ante esta añeja añoranza por la unidad nacional surgieron diversas propuestas educativas como las de Guillermo Sherwell, *La enseñanza pública en México, estudio sobre sus deficiencias y la mejor forma de corregirlas* (1914); David A. Berlanga, *Pro-Patria* (1914); Félix F. Palavicini, *La Patria por la escuela*; Martín Luis Guzmán, *La Querrela de México* (1915); Paulino Machorro Narváez, *La enseñanza en México* (1916); Julio Hernández, *Sociología Mexicana y la Educación Nacional* (1916); C. Trejo Lerdo de Tejada, *La Revolución y el Nacionalismo. Todo para todos* (1916) y Manuel Gamio, *Forjando Patria* (1916).<sup>234</sup>

El proyecto educativo emprendido por José Vasconcelos como Rector de la Universidad Nacional de México y después como responsable de la Secretaría de Educación Pública, además de tomar en cuenta estas ideas homogeneizadoras, estuvo cimentado sobre ideales sociales para lograr una educación eminentemente popular. Entre los miembros más destacados de su grupo de trabajo se encontraban antiguos porfiristas como Ezequiel A. Chávez y Enrique O. Aragón y jóvenes como Alfonso Caso, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Gómez Morín, Genaro Estrada y Mariano Silva.<sup>235</sup>

Al mismo tiempo que se establecía desde el siglo XIX esta historia patria financiada por el Estado mexicano, otros historiadores se interesaban en las diferentes regiones del

---

<sup>233</sup> María José Rhi Sausi G., “Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (1909)”, en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coord.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, México, UAM/Siglo XXI, 2012, pp. 102-125

<sup>234</sup> Josefina Vázquez, *Nacionalismo*, *op.cit.*, pp. 143-144

<sup>235</sup> Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del Águila*, México, UNAM, 1989, pp. 18-55

país: en sus respectivas “matrias”, para utilizar la famosa expresión de Luis González y González, que se caracterizó por privilegiar los temas virreinales y cercanos a la Iglesia.

Una de las primeras instituciones que incluyeron entre sus filas a los grandes representantes del “tradicionalismo historiográfico” fue la Academia Mexicana de la Historia fundada en 1919. Aquí sigo a Álvaro Matute quien considera que hacia finales del siglo XIX el cientificismo en México siguió dos vertientes básicas: el empirismo y el positivismo. Entre los empiristas destacaban Manuel Orozco y Berra (1816-1881) y Joaquín García Icazbalceta (1824-1894), quienes mediante el estudio riguroso de las fuentes buscaban encontrar en los hechos lo que realmente había sucedido. Los positivistas, por su parte, aunque coincidían con los empiristas en su afán de encontrar la verdad en los acontecimientos, postulaban que era posible conocer las leyes inmutables del devenir histórico. Francisco de Asís Flores, Francisco Bulnes, Justo Sierra, Porfirio Parra, Ricardo García Granados y Andrés Molina Enríquez, fueron algunos de los defensores del positivismo historiográfico. Posteriormente en el siglo XX, después de 1910, surgieron dos tipos de historiografías: la “pragmático-política” y la “empirista tradicionalista”. En la primera se relataron los eventos inmediatos producidos por la Revolución Mexicana, mientras que en la segunda, conformada por historiadores como Luis González Obregón y Artemio del Valle Arizpe, se defendieron las tradiciones de raíz hispánica y católica.<sup>236</sup>

Con respecto a la cultura conservadora se han hecho algunas llamadas de atención en el mundo académico a que dejemos de ver en el conservadurismo mexicano un bloque sólido en donde entrarían desde Lucas Alamán hasta el PAN de los últimos años.<sup>237</sup>

---

<sup>236</sup> Álvaro Matute, “Estudio introductorio”, *op.cit.*

<sup>237</sup> Todavía en años recientes estas ideas se han manifestado en algunos círculos periodísticos. En marzo de 2005 en el diario *Reforma* se afirmó: “Es la vieja historia de los conservadores mexicanos y su tradición golpista, que antepone su interés material y su ceguera ideológica a cualquier otra consideración. Los

Soledad Loaeza ya desde 1983 escribía que existía un paradigma universalmente aceptado de que la “reacción” ha permanecido idéntica a sí misma a través de la historia: contrarrevolucionaria y aristocratizante.<sup>238</sup> Es claro que podemos encontrar estas características a lo largo de la historia, pero es importante estar atento a las diferencias por pequeñas que estas sean.<sup>239</sup> Por la misma línea se encuentra el libro coordinado por Erika Pani, *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, en donde se postula que las etiquetas “conservador”, “liberal”, o “izquierda”, imponen una definición *a priori* de las ideas, discursos y prácticas políticas.<sup>240</sup> Coincidimos con Pani en que en la historiografía actual es más importante analizar las visiones y políticas de los actores, sus mutaciones y sus estrategias discursivas de resistencia, que determinar si los hombres del pasado fueron conservadores o liberales. Es decir, dejar de lado las visiones “esencialistas” y estudiar a los actores desde su propia visión.<sup>241</sup>

Por estas razones pensamos que es más adecuado catalogar a estos historiadores como “tradicionalistas” –evitando el término “conservador” que nos remite de inmediato a un pensamiento estático, atemporal– en oposición a los intelectuales “progresistas” o

---

panistas, por si alguien lo había olvidado, son los herederos de quienes defendieron el coloniaje hasta que, por conveniencia de clase, les resultó mejor unirse a la causa independentista [...] son los nietos de quienes una y otra vez promovieron el golpe de Estado como imprescindible medicina para el partido popular [...] Sin consultar a los mexicanos, los abuelos de Acción Nacional anduvieron tocando puertas en las casas de la realeza europea en busca de un monarca [...] Tampoco puede olvidarse que la pseudoaristocracia conservadora se convirtió en el principal apoyo social del Porfiriato. Fue ese mismo sector el que desde su prensa promovió una feroz campaña de desprestigio contra el gobierno de Francisco I. Madero [...] y que luego, caído éste, corrió a respaldar la dictadura de Victoriano Huerta [...] En el año 2000, la vieja derecha ideológica [...] volvió al Palacio Nacional después de 133 años de ausencia”. Humberto Musacchio, “El PAN y su tradición golpista”, *Reforma*, 29 de marzo de 2005, citado por Erika Pani, “Las fuerzas oscuras: El problema del conservadurismo en la historia de México”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CONACULTA, p. 19

<sup>238</sup> Soledad Loaeza, “Conservar es hacer patria (La derecha y el conservadurismo mexicano en el siglo XX)”, en *Nexos*, 64, abril de 1983, p. 33

<sup>239</sup> Eric Lobjeois está de acuerdo con Soledad Loaeza en el sentido de que concibe la derecha como un grupo de diferentes corrientes. Eric Lobjeois, “Los intelectuales de la derecha mexicana y la España de Franco, 1939-1950”, en Clara E. Lida (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 163-192

<sup>240</sup> Erika Pani, “Las fuerzas...”, *op.cit.*, p. 15

<sup>241</sup> *Ibid.*, pp. 21-23

revolucionarios que surgieron de la coyuntura armada y que abogaban por la secularización del Estado y la edificación de instituciones educativas y culturales de corte moderno.

Para Eric Hobsbawm la tradición implica un grupo de prácticas, por lo regular gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente (de naturaleza simbólica o ritual) que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de la repetición que involucra una continuidad con el pasado.<sup>242</sup> Mientras que Frank Ankersmit, basado en Karl Mannheim, apuntó que el tradicionalismo consiste “en la dependencia de tradiciones establecidas para la orientación en la vida de todo individuo”, en este sentido incluso el revolucionario puede ser considerado como tradicionalista.<sup>243</sup> En este apartado nos interesa particularmente el tradicionalismo hispanista y católico de los miembros de la Academia Mexicana de la Historia y otros historiadores que compartieron la misma línea ideológica.

Las tendencias hispanistas y católicas de esta asociación, más allá de las limitantes teóricas y metodológicas que esto acarrearía, coadyuvaron a que en México se fomentaran los estudios de los diferentes estados de la República y sus manifestaciones culturales. ¿Podemos pensar que ante el proyecto nacionalista homogeneizador, propio de los regímenes liberales consolidados desde 1867, los llamados “conservadores” derrotados defendieron a ultranza las tradiciones locales y regionales que se reflejarían en la Academia Mexicana de la Historia?

Pensamos que durante la primera mitad del siglo XX estos investigadores del pasado, pese a que defendían las tradiciones coloniales y al catolicismo, quizá en su afán de oponerse a una historia patria unificadora que venía desarrollándose desde finales del siglo

---

<sup>242</sup> Eric Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, en Eric Hobsbawm y Terrence Ranger (comp.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2015 (2002), p. 8

<sup>243</sup> Frank Ankersmit, *La experiencia histórica sublime*, México, UIA, 2010, p. 345

XIX y de las ideas sociales postrevolucionarias, incluyeron en su seno a importantes representantes de la historia regional, es decir la que se enseñaba y se escribía desde los diferentes rincones del país. Las tradiciones locales, cercanas al sentir católico, fueron uno de sus principales ejes discursivos.

Ante la historia nacional homogénea, financiada por el Estado mexicano, los miembros de la Academia y de otras asociaciones regionales fomentaron una historia que defendía las tradiciones católicas e hispanistas provenientes de sus propios territorios. Se privilegió a la historia colonial: la de sus misioneros y grupos aristocráticos, la de sus conquistadores y sacerdotes.

El primer intento de fundar la Academia Mexicana de la Historia se dio en el año de 1836, durante la época en la que Antonio López de Santa Anna gobernaba el país. Sin embargo debido a la constante inestabilidad social y política que vivía México el proyecto no fructificó. Posteriormente, con el triunfo republicano en 1867, regresó el interés por establecer una institución que albergara al conocimiento histórico y sus mayores exponentes. Como ya se explicó en 1875 nace la Academia Mexicana de la Lengua, cuyo propósito era lograr la corresponsalía española. Es importante recalcar que desde un principio se buscó que estos recintos académicos tuvieran el reconocimiento de la “madre patria”. Para Josefina Zoraida Vázquez “resulta curioso que el nacionalismo desbordante que se expresó durante los años de la restauración de la República, no inclinara a los intelectuales mexicanos a fundar academias independientes”.<sup>244</sup> En efecto estamos ante un grupo netamente hispanista que, durante la segunda mitad del siglo XIX, buscó instaurar academias que resguardaran la tradición española que era considerada el verdadero

---

<sup>244</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Cincuenta y tres años de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*”, en *Historia Mexicana*, volumen L, número 4, abril-junio, 2001, pp. 709-710



fundamento de la nacionalidad mexicana, como medio de presión ante el gobierno mexicano que poco a poco se iba transformando en un Estado de marcadas tendencias indigenistas y mestizas.

Durante el año de 1888 España aceptó que se fundaran academias filiales en América, y se establecieron únicamente la de Buenos Aires, Bogotá y Caracas; la de México tendría que esperar hasta el siglo XX.<sup>245</sup> Nemesio García Naranjo, durante su gestión como secretario de Instrucción Pública (1914), bajo el régimen huertista creó, aunque sin mucho éxito, una nueva Academia en la que sobresalían Luis González Obregón, Genaro García, José de Jesús Núñez y Domínguez, Nicolás Rangel, Juan B. Iguíniz, Genaro Estrada, Manuel Romero de Terreros, Atanasio G. Saravia, Francisco Fernández del Castillo, Manuel Gamio y Alberto María Carreño.<sup>246</sup>

Posteriormente, durante el año de 1916, algunos de estos primeros integrantes, redactores y colaboradores de la *Revista de Revistas*,<sup>247</sup> decidieron fundar sin patrocinio externo una Academia de la Historia que aspiraba a ser reconocida por la Real Academia de Madrid. Manuel Romero de Terreros y el padre Mariano Cuevas S. J. fueron los encargados de promover que se otorgara a la Academia la corresponsalía española.<sup>248</sup>

Así el 27 de junio de 1919 a propuesta de los académicos de número Duque de Alba, Marqués de San Juan de Piedras Alba, Ramón Menéndez Pidal, Julio Pujol, Ricardo Beltrán y Juan Pérez de Guzmán, se aprobó la fundación de la Academia Mexicana. Varios

---

<sup>245</sup> *Ibid.*, p. 711

<sup>246</sup> Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón, op.cit.*, pp. 204-205

<sup>247</sup> *Revista de Revistas. Semanario Nacional* surgió en 1911 bajo la dirección de Luis Manuel Rojas. Para 1916 la publicación estaba a cargo de José de Jesús Núñez y Domínguez. El Semanario se componía de noticias nacionales e internacionales y de artículos varios en los que se privilegiaban los de corte histórico y literario.

<sup>248</sup> Josefina Z. Vázquez, *75 años, op.cit.*, p. 8

de los fundadores eran católicos fervientes e hispanistas comprometidos o, como lo ha manifestado Josefina Zoraida Vázquez, de tendencias “conservadoras”.<sup>249</sup>

Entre los miembros fundadores tenemos a ocho firmantes y tres que llamaremos *simbólicos* porque pese a que no asistieron a las reuniones se les incluyó como parte del grupo precursor. En conjunto, la personalidad y trayectoria de los once son un indicador de las aspiraciones ideológicas del proyecto institucional.<sup>250</sup>

Los que firmaron el acta de fundación fueron Luis García Pimentel (1855-1930), hijo de Joaquín García Icazbalceta; Luis González Obregón (1865-1938), director del Archivo General de la Nación y primer presidente de la Academia; Francisco Asís de Icaza y Breña (1865-1925), poeta y ensayista que radicó gran parte de su vida en España; Jesús Galindo y Villa (1867-1937), director del Museo Nacional y presidente de diversas asociaciones literarias y científicas; los sacerdotes Jesús García Gutiérrez (1875-1958) y Mariano Cuevas, S. J. (1879-1949); el crítico del arte Manuel Romero de Terreros (1880-1968), y el bibliófilo jalisciense Juan B. Iguíniz (1881-1972).<sup>251</sup>

En cuanto a los tres restantes primeramente tenemos al sacerdote guanajuatense Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), personaje aristocrático que en su momento se le vincularía con el Imperio de Maximiliano de Habsburgo.<sup>252</sup>

---

<sup>249</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Cincuenta y tres años”, *op.cit.*, pp. 711-712.

<sup>250</sup> Aunque aquí seguiremos la propuesta de Álvaro Matute quien privilegia a los ocho firmantes como los auténticos fundadores de la Academia, consideramos que es importante mencionar a los tres restantes por su carga simbólica en el proyecto. Álvaro Matute, “Los fundadores de la Academia Mexicana de la Historia y sus correspondientes de la Real de Madrid (1919-1936)”, texto inédito proporcionado por el autor. Por otra parte, Josefina Zoraida Vázquez incluye a Genaro Estrada como fundador sumando de esta manera 12 historiadores. A nuestro parecer, erróneamente en la página web de la Academia se ratifica esta propuesta. En realidad Genaro Estrada ingresaría hasta el año de 1920 como académico al mismo tiempo que Francisco Fernández del Castillo, Juan Francisco Molina Solís, Manuel Mestre Ghigliazza y Primo Feliciano Velázquez. Véase Josefina Zoraida Vázquez, “Cincuenta y tres años...”, *op.cit.*, pp. 709-718

<sup>251</sup> “Acta de Instalación, 12 de septiembre de 1919”, en el *Libro de Actas* (del 12 de septiembre de 1919 al 27 de diciembre de 1921) de la Academia Mexicana de la Historia, fs. 1-1v

<sup>252</sup> Estudió en Inglaterra en el St. Mary’s College de Oscott (1852). Después de una corta estancia en México, se dirigió a Roma para estudiar en el Colegio Pío Latinoamericano –en donde sería uno de los alumnos

En segundo lugar al ya mencionado Francisco Plancarte y Navarrete (1856-1920), arqueólogo michoacano y miembro de una de las familias zamoranas más influyentes dentro de la clerecía mexicana. Gracias a la existencia de una carta dirigida a Manuel Romero de Terreros que se encuentra resguardada en el Archivo de la Academia Mexicana de la Historia sabemos que poco antes de morir el padre Plancarte y Navarrete se enteró de su designación como miembro de la asociación:

Por su comunicación del 16 de octubre, que por una ausencia prolongada se me entregó pocos días ha, me llegó la noticia que como miembro corresponsal de la Academia de Historia de Madrid, formaba parte de la correspondiente en México, lo que altamente me honra. Agradecido por el anuncio y dispuesto como siempre a poner mis débiles fuerzas al servicio de nuestra Historia Patria, me es grato ponerme a las órdenes de esa honorable Corporación.<sup>253</sup>

Por último, Francisco Sosa (1848-1925), liberal porfirista y como vimos en el primer capítulo hispanista ferviente. Federico Gamboa relató en su *Diario*, con fecha del 13 de febrero de 1921, la difícil situación física y económica por la que pasaba el historiador yucateco durante esos días y que seguramente le impedirían frecuentar las reuniones que realizaba la Academia.

En unión de Eugenio Zubieta, a Coyoacán al atardecer, [fuimos] a saludar a Pancho Sosa, al que hace más de un año que no visito. Agravado el cuadro negrísimo dentro del cual va acabándose su vida; ya apenas si puede caminar dentro de su casa; acaba de perder en Yucatán a la última de sus hermanas; está a punto de perder los cien pesos mensuales, único recurso de que disponía para sus reducidísimos gastos; en abril ajustará 73 años; ya no acierta a escribir ni una carta, sólo lee y fuma, tumbado en un viejo sillón de

---

fundadores– y en la Universidad Gregoriana en la que se doctoró en teología hacia el año 1862. El 28 de febrero de 1863 se ordenó sacerdote e ingresó a la Academia de Nobles Eclesiásticos para obtener el doctorado en ambos derechos en 1865. Perteneció a la Arcadia Romana en la que fue conocido con el nombre de Ipanthro Acaico. Al volver a México en 1865, fue capellán de honor de Maximiliano. Fue obispo de Tamaulipas, de Linares y de San Luis Potosí. Cuando regresaba a su diócesis, procedente de Europa, murió en la ciudad de Nueva York el 12 de agosto de 1921. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 2341-2342; Israel Cavazos Garza, “Ignacio Montes de Oca y Obregón”, en Josefina Z. Vázquez, *75 años de la Academia Mexicana...*, *op.cit.*, pp. 152-154; José Franco Ponce, *Ipanthro Acaico o Monseñor Montes de Oca y Obregón, Arzobispo de Cesarea del Ponto, Obispo de San Luis Potosí. Homenaje a su memoria*, México, Agencia Eclesiástica Mexicana, 1921

<sup>253</sup> “Carta de Francisco Plancarte y Navarrete a Manuel Romero de Terreros, Monterrey, 7 de enero de 1920”, en *Expedientes de académicos* (Francisco Plancarte y Navarrete).

cuero [...] Salgo con el alma en un puño ¡Qué crepúsculo más dramático el de este benemérito de las letras nacionales!<sup>254</sup>

Consideramos que es importante el reconocimiento de estos tres historiadores ya que, aunque no pudieron participar activamente como académicos, son representantes del hispanismo y del tradicionalismo historiográfico que defendió el grupo fundador. No por casualidad la Real Academia de Madrid aceptó su ingreso a la correspondiente mexicana.<sup>255</sup>

Durante los dos primeros años de existencia de la Academia, a falta de un edificio propio, los miembros fundadores se reunían por lo regular en la casa de Luis González Obregón. En estas tertulias se leían trabajos originales, se comentaban lecturas y hallazgos de documentos inéditos que se habían encontrado en bibliotecas y archivos de México o del extranjero, se designaban representantes que asistirían a eventos culturales y sociales en el país o fuera de él, entre otras actividades de orden administrativo y la recaudación de recursos para solventar la precaria situación económica de la asociación. En otras palabras, las actividades de orden académico se realizaron cotidianamente y se establecieron como una de las características primordiales de la nueva agrupación.

También desde las primeras sesiones se propuso el ingreso de otros historiadores radicados en la ciudad de México y del interior del país. Entre 1920 y 1921 se incorporaron Genaro Estrada, Francisco Fernández del Castillo, Juan Francisco Molina Solís, Manuel

---

<sup>254</sup> *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, selección y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977, p. 241

<sup>255</sup> En las Actas de la Academia Mexicana de la Historia encontramos constantes referencias al visto bueno que la matriz española otorgaba a los historiadores mexicanos que eran propuestos para ingresar en la institución. Por ejemplo todavía en 1938, en la sesión del 9 de noviembre, se dio lectura a una comunicación del director de la Academia Española, Duque de Alba, informando su conocimiento y aceptación de los últimos académicos mexicanos elegidos.

Mestre Ghigliazza (1870-1954),<sup>256</sup> Primo Feliciano Velázquez (1860-1953),<sup>257</sup> Atanasio G. Saravia, Ignacio de Villar Villamil (1856-1946)<sup>258</sup> y Francisco Elguero.

Seguramente por la difícil situación económica que vivía la institución los miembros iniciales suspendieron sus reuniones durante toda la década de los veinte. Sería hasta 1930, bajo la presidencia de Genaro Estrada, que la Academia volvería a funcionar y se designarían nuevos integrantes.<sup>259</sup> Aunque durante las primeras décadas de vida la Academia no contó con una publicación propia, la obtendría hasta 1942, los discursos de recepción de los propios académicos son una fuente primordial para conocer las ideas y filiaciones gremiales de la institución. Mediante estas y otras fuentes es posible rastrear los

---

<sup>256</sup> Nació en Villahermosa, Tabasco. Aprendió las primeras letras en la capital de su estado natal y en Campeche estudió la preparatoria. En 1889 se trasladó a la ciudad de México para ingresar en la Escuela Nacional de Medicina en donde se graduó en 1898. En política se caracterizó por su pensamiento liberal anticatólico. Fue opositor al gobierno de Porfirio Díaz y defendió la obra de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez*, en pro de la libertad de expresión. Sin embargo también apoyó el gobierno de Victoriano Huerta. Fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, cargo que desempeñó de 1920 a 1926. Destacan sus obras historiográficas sobre Tabasco. Jorge Gurría Lacroix, “La obra del Dr. Manuel Mestre Ghigliazza”, en *Trabajos sobre historia mexicana*, México, INAH, 1964, pp. 67-83, y Manuel González Calzada, “La figura de Manuel Mestre Ghigliazza en la historia política de Tabasco”, en *De la historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, UNAM, 1985, pp. 385-394

<sup>257</sup> Nació en la ciudad de Santa María del Río, San Luis Potosí. Estudió en el Seminario Conciliar de su estado natal y después en la Escuela de Derecho en donde se tituló de abogado en 1890. Fundó el periódico político *El Estudiante* (1885) y ese mismo año se incorporó como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Perteneció desde 1898 a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y desde 1918 a la “Antonio Alzate”. Fue miembro de la Orden Tercera Franciscana. Entre sus obras destacan *Colección de documentos para la historia de San Luis Potosí* (1897-1899), *La aparición de Santa María de Guadalupe* (1931) y su *Historia de San Luis Potosí* (1946-1948). Alberto María Carreño y Miguel León Portilla, “Primo Feliciano Velázquez”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas...*, *op.cit.*, pp. 584-586, Rafael Montejano y Aguiñaga, *Elogio in memoriam del Sr. Lic. D. Primo Feliciano Velázquez*, San Luis Potosí, Talle Litográfico “Evolución”, 1966

<sup>258</sup> Nació en la ciudad de México. Como era costumbre entre las familias prominentes del país fue enviado a estudiar a Europa (Oxford y París). En 1910 publicó su primera obra, *Las casas de Villar y de Omaña en Asturias y el mayorazgo de Villar-Villamil* y en 1933 uno de sus libros más conocidos *Cedulario heráldico de conquistadores de Nueva España*. Escribió algunos artículos en revistas como *Divulgación Histórica* de Alberto María Carreño y en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. Desde 1943 fue consejero de heráldica general en la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica y en 1946 presidente honorario de la misma institución. Gisela von Wobeser, “Ignacio J. de Villar Villamil”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia...*, *op.cit.*

<sup>259</sup> Genaro Estrada sería presidente de la Academia de 1930 a 1932, año en el que lo sustituyó Ignacio de Villar Villamil. Véase AHAMH, *Libro de Actas*, sesiones 17 de noviembre de 1930 y 23 de noviembre de 1932

vínculos regionales y familiares que los miembros mantenían, es decir, sus redes intelectuales.

Como bien lo han expresado François-Xavier Guerra y Annick Lempérière, el surgimiento de la opinión y de las sociabilidades modernas propició el advenimiento de una “nueva jerarquía” que no se edificaba “ya en el nacimiento o la pertenencia a cuerpos o estamentos privilegiados sino en el capital cultural” de los individuos. Es decir, con el derrumbe del Antiguo Régimen, lejos de que se unificase al público en torno a los valores liberal-democráticos se exaltaron los méritos intelectuales y económicos de una élite. Así “el acceso a los impresos, a la lectura individual, a la opinión de los sabios” produjo una profunda división entre la opinión legítima (la de los “sabios”) y la vulgar (la de la “plebe ignorante”).<sup>260</sup>

Además debemos tener en cuenta que algunas instituciones y prácticas propias de las llamadas sociedades “tradicionales”, como las corporaciones eclesiásticas –tales como las órdenes religiosas o los cabildos catedrales–, los gremios profesionales, y “el universo de los vínculos personales, de las relaciones *d’homme à homme*, desde el parentesco, las alianzas familiares y el compadrazgo, hasta las clientelas y los vínculos de amistad y de lealtad personal, sustentados por el intercambio de favores y servicios” han permanecido, con sus mutaciones, en las sociedades modernas.<sup>261</sup> Es por esta razón que es común encontrar, durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, en las tertulias literarias, en

---

<sup>260</sup> François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, “Introducción”, en François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, *et al*, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998, p. 17. También con respecto a las sociabilidades consúltese Maurice Agulhon, *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848*, París, Librairie Armand Colin, 1977, y para el caso particular de Argentina véase Paula Bruno, “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, en Paula Bruno (directora), *Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2014, pp. 9-26

<sup>261</sup> Annick Lempérière, “La opinión pública en una sociedad corporativa. México, primera mitad del siglo XIX”, en Elisa Cárdenas y Annick Lempérière (coord.), *Una ausencia que convoca. Homenaje a François-Xavier Guerra*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, p. 338

los Liceos y Academias con aspiraciones científicas, estas manifestaciones de tintes tradicionalistas en coexistencia con las ideas individualistas modernas.<sup>262</sup>

En el caso concreto de los miembros de la Academia los unía un catolicismo de diferentes tonalidades y una pertenencia y admiración a la cultura hispánica. Aunque estos dos ejes no se encuentran en todos sus fundadores con la misma intensidad, consideramos que la relación pudo consolidarse por compartir por lo menos alguno de estos intereses. De cualquier manera el papel de la organización como receptora de historiadores de prestigio, aunque todavía no formados profesionalmente, fue la de difundir una idea de la historia de México desde una visión hispanista y católica que tuvo un impacto considerable en el desenvolvimiento del gremio. El vínculo con España fue determinante pero también el gusto por la cultura occidental, la literatura y el humanismo, intereses propios del anticuario y del historiador de transición que se desempeñaba a principios del siglo XX.

Además es importante no olvidar los vínculos de parentesco y de amistad que son pieza angular en la formación de cualquier institución cultural. François-Xavier Guerra establece que las sociabilidades de tipo tradicional se constituyen por individuos que mantienen entre sí estrechos vínculos de parentesco, de compadrazgo, de pertenencia a una comunidad o terruño, de amistad y relaciones clientelares que se caracterizan, por lo regular, por estar “desprovistas de afecto” y subsistir bajo el binomio “lealtad-favor”. Así, lo que se hereda son los lazos familiares del padre o de la familia en su conjunto; el “parentesco espiritual” del compadre; la pertenencia a una comunidad, y los vínculos

---

<sup>262</sup> Para ver la transición entre las sociabilidades tradicionales en donde la palabra hablada era preponderante – como en las tertulias, los cafés– y las sociabilidades modernas cuyo medio de expresión es la palabra escrita véase Aimer Granados, “Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes. Campo literario y red intelectual en América Latina”, en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina*, *op.cit.*, pp. 85-100

adquiridos que buscan un beneficio monetario o político.<sup>263</sup> Las “sociabilidades modernas”, por el contrario, se componen por sujetos que de manera voluntaria establecen lazos con sus semejantes. En opinión del historiador hispano-francés, la sociedad moderna tiene como finalidad primordial pensar y elaborar la opinión libremente.<sup>264</sup>

En la Academia podemos encontrar tanto las relaciones maestro/alumno como las de parentesco. Como lo apuntamos con Randall Collins, con la presencia física del maestro, en el contacto personal, con la influencia de sus obras (citarlas y difundirlas) y el intercambio epistolar, se van construyendo las alianzas disciplinares de una profesión. Mientras que al mismo tiempo surgen las relaciones entre colegas que crean “identidades colectivas” y proyectos comunes que rivalizan con otros grupos del campo historiográfico.

Por ejemplo Jesús Galindo y Villa fue uno de los grandes maestros del oficio. Uno de sus alumnos más aventajados fue el bibliófilo tapatío Juan B. Iguíniz quien desde muy joven se vio beneficiado por la cercanía intelectual con su mentor. Entre 1909 y 1910, proveniente de su natal Guadalajara, se trasladó a la ciudad de México en donde muy pronto trabajó como ayudante de bibliotecario en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología y en 1915 se incorporaría a la Biblioteca Nacional de la que llegaría a ser subdirector (1917-1926).<sup>265</sup> Iguíniz contó desde muy joven con el apoyo de Galindo y Villa para insertarse de inmediato en las instituciones que le darían cobijo a lo largo de su vida. En 1938, como muestra de afecto tras su muerte, publicó en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* lo siguiente sobre él:

Desde muy joven se consagró el señor Galindo y Villa a la honrosa, cuanto trascendental y difícil tarea de la enseñanza. Tanto en planteles particulares como oficiales, tanto en institutos de carácter preparatorio como superior,

---

<sup>263</sup> François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 2000 (1985), pp. 128-155

<sup>264</sup> *Ibid.*, pp. 157-158

<sup>265</sup> Josefina Zoraida Vázquez, “Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno”, en *75 años, op.cit.*, p. 114



impartió la enseñanza de diversidad de materias a millares de alumnos [...] Nosotros que frecuentamos algunas de sus clases pudimos apreciar sus grandes dotes de educador [...] No era un improvisado [...] sino el mentor entusiasta y diligente que se preocupa por transmitir sus conocimientos.<sup>266</sup>

Años después, Julio Jiménez Rueda recordaría a estos dos maestros del oficio y a otros colegas:

A don Juan B. Iguíniz le debo la enseñanza y consejos cuando juntos laborábamos bajo la dirección de ese espejo de caballeros que se llamó don Jesús Galindo y Villa, en el Departamento de Historia de nuestro Museo Nacional. Ahí conocí y traté, casi cotidianamente al padre [Jesús] García Gutiérrez, a don Manuel Romero de Terreros y a Federico Gómez de Orozco.<sup>267</sup>

En esta paulatina construcción del gremio, los lazos de parentesco también jugaron un papel importante. Solo por mencionar algunos casos, Luis García Pimentel estaba casado con una prima del abogado michoacano Francisco Elguero<sup>268</sup> y Manuel Romero de Terreros era sobrino del también capitalino Ignacio de Villar Villamil.<sup>269</sup>

Como era de esperarse, la pertenencia al terruño era otro de los ejes de unión entre estos historiadores. Por ejemplo, para nuestro periodo de estudio, destacan los yucatecos Juan Francisco Molina Solís (1850-1932)<sup>270</sup> y Jorge Ignacio Rubio Mañé (1904-1988)<sup>271</sup> quienes mantuvieron una estrecha relación profesional. Rubio Mañé, en su discurso de

<sup>266</sup> Juan B. Iguíniz, “D. Jesús Galindo y Villa. Elogio leído en la sesión que consagrada a su memoria celebró la Academia el 28 de enero de 1938”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, 1942, pp. 237-238

<sup>267</sup> Julio Jiménez Rueda, “El habla de los conquistadores”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XIV, 1955, pp. 181-197

<sup>268</sup> José Elguero, *Ayer, Hoy y Mañana*, México, Polis, 1941

<sup>269</sup> Ignacio de Villar Villamil, “Don Luis de Castilla”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, número 2, abril-junio de 1942, pp. 105-111

<sup>270</sup> Nació en Hecelchakan, Yucatán. Abogado de profesión. Impartió cursos de derecho en la Facultad universitaria del Colegio de San Ildefonso. Estudió en el antiguo Seminario Conciliar de Mérida. Fundó el Seminario Yucateco en 1876. Escribió obras historiográficas como *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán*. Juan Fidel Zorrilla, “Juan Francisco Molina Solís”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*

<sup>271</sup> Estudió en Nueva Orleans y en Mérida. Hacia 1933 formó parte de la Carnegie Institution. En 1937 fue alumno en la Universidad de Harvard. Durante los años cuarenta fue profesor de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Perteneció al Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Trabajó en el Archivo General de la Nación y entre 1960 y 1977 fue su director. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 3027; y Luis González, “J. Ignacio Rubio Mañé, 1904-1974”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*

ingreso a la Academia pronunciado originalmente en 1933 o 1934 y ampliado en 1944,<sup>272</sup> además de aprovechar la ocasión para homenajear a la ciudad de Mérida, dio una semblanza de su maestro Molina Solís a quien comparó con los también yucatecos Justo Sierra O'Reilly, Eligio Ancona, Serapio Baqueiro Preve y Crescencio Carrillo y Ancona. En resumen, para Rubio Mañé la obra de Molina Solís era la más íntegra y documentada para “conquistar la verdad”.<sup>273</sup>

Antonio Mediz Bolio (1884-1957), también importante escritor yucateco de la primera mitad del siglo XX, nos dejó una interesante semblanza de su maestro:

Don Juan Francisco Molina Solís fue en su conciencia y en su conducta, un varón justo y un espíritu profundamente cristiano. Recuerdo con emoción la frase con que un día quiso expresarme la profesión de fe que era la suya y que él recomendaba a un joven que, como yo, comenzaba a sentir las inquietudes y las rebeldías del pensamiento. Hay que ser –me dijo– católico apostólico romano y liberal republicano federalista. Así concretaba lo que él sentía lealmente que debiera ser el credo religioso y la norma política de un yucateco.<sup>274</sup>

La defensa de la región fue una de las características predominantes en los estudiosos de la Academia. Otro caso es el del ya mencionado Genaro Estrada, quien además de interesarse por la historia y literatura colonial de la ciudad de México, se dedicó a la

---

<sup>272</sup> Tras el fallecimiento de Juan Francisco Molina Solís, Rubio Mañé fue elegido para ingresar a la Academia en el año de 1932, pero según las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* su discurso de ingreso fue pronunciado once años después en 1943. Véase Sesión del 23 de noviembre de 1932 en el *Libro de Actas de la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid, 1931-1940*. En realidad pensamos que el texto fue pronunciado originalmente en 1933 –o quizá 1934– y que después sería modificado y ampliado en 1944, ya que en una nota aclaratoria el propio Rubio Mañé expresa que había publicado en el año de 1945 –probablemente 1935– “este trabajo en un folleto de 57 páginas, incluyendo la Respuesta dada a dicho discurso por el académico señor don Federico Gómez e Orozco” (académico desde 1932). Después agregó que “en los años que han transcurrido desde entonces he tenido la oportunidad de hallar y conocer numerosos documentos relativos a Yucatán en el Archivo General de la Nación, en esta ciudad de México, cuyos informes modifican en muchos casos las noticias que, con los pocos elementos documentales con que había contado en Yucatán, que es pobre en archivos coloniales, proporcioné acerca de los primeros vecinos de su capital. Una nueva publicación de mi trabajo no debía repetir esas inexactitudes y errores”. J. Ignacio Rubio Mañé, “Los primeros vecinos de la ciudad de Mérida de Yucatán”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo III, número 1, 1944, pp. 5-34

<sup>273</sup> *Ídem*.

<sup>274</sup> Antonio Mediz Bolio, “Prólogo a la segunda edición”, en Juan Francisco Molina Solís, *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán*, México, Ediciones Mensaje, 1943 (1896), Tomo I, pp. VII-XVIII

investigación de su lugar de origen y desde la Secretaría de Relaciones Exteriores apoyó la indagación histórica de las diversas regiones del país. A partir de 1926 lanzaría la serie de bibliografías de los estados de la República: José G. Heredia la de Sinaloa; Vito Alessio Robles la de Coahuila; Jesús Romero Flores la de Michoacán; Luis Chávez Orozco la de Zacatecas y Felipe Teixidor la de Yucatán.<sup>275</sup>

Estrada puede considerarse un *mediador cultural* ya que además de incentivar el conocimiento cultural desde una mirada plural convivía por igual con bandos en conflicto: con los intelectuales cercanos al régimen y con los tradicionalistas/católicos que se mantenían al margen del poder político.<sup>276</sup>

En su introducción a la obra inédita de Eustaquio Buelna, *Apuntes para la historia de Sinaloa*, escrita en 1924, abogó por una historia regional ampliada:

La publicidad ha dado sus preferencias en México a la historia cuyo teatro tiene el vasto escenario comprendido entre el Atlántico, por Veracruz y el Valle de México, llegando frecuentemente hasta Zacatecas por el norte y hasta Oaxaca por el sur. Aisladamente, Yucatán también ha sido objeto de vastos estudios y minuciosas investigaciones, y de la región occidental la de Jalisco es la más conocida por los historiadores. Permanecen todavía poco estudiadas las partes situadas al norte y al noroeste de la República [...] Para el curioso que quiere enterarse de la historia de México han sido suficientes, hasta ahora, los compendiados textos escolares; y el que pretende ahondar más [en] el conocimiento por medio de las obras generales al uso, recurre decididamente a esos enormes volúmenes tan conocidos y que, aunque representan un esfuerzo del todo respetable, no sirven ni para precisar, ni para divulgar lo que de todos debiera ser ya harto conocido.<sup>277</sup>

---

<sup>275</sup> Luis González y González, *De maestros...*, *op.cit.*, p. 66

<sup>276</sup> En otro lugar he utilizado la categoría de *mediador cultural* para estudiar la influencia de los sacerdotes zamoranos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte quienes, a pesar de su defensa a ultranza del catolicismo, gracias a su humanismo lograron relacionarse con intelectuales ajenos a sus ideas religiosas como Alfonso Reyes y el grupo formado por el *Seminario de Cultura Mexicana*. Véase Jesús Iván Mora Muro, “Entre el humanismo y el nacionalismo. Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte: mediadores culturales”, en Laura Alarcón Menchaca y Estrellita García Fernández (coord.), *Cambios sociales y construcción de imaginarios en México durante el siglo XX*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2013, pp. 85-103

<sup>277</sup> Genaro Estrada, “Apuntes para la historia de Sinaloa”, en *Obras completas*, México, Siglo XXI/Difocur, 1988, tomo II, pp. 30-31

Después, fiel a su estilo reflexivo, Estrada realizó un minucioso examen de las obras que habían sido dedicadas a la historia del occidente mexicano haciendo especial énfasis en Sinaloa: como la del padre Andrés Pérez de Ribas, *Triunfos de nuestra santa fe* (1645); la de fray Antonio Tello, *Crónica miscelánea* (1653); la de Matías de la Mota Padilla, *Historia de la conquista de la provincia de la Nueva Galicia* (1742); las del propio Eustaquio Buelna, *Compendio histórico, geográfico y estadístico de Sinaloa* (1877) y *Apuntes para la historia de la guerra de intervención francesa en Sinaloa* (1884).<sup>278</sup>

Otros importantes impulsores del estudio histórico de los estados y regiones del país fueron los jaliscienses José López Portillo y Weber (1889-1974)<sup>279</sup> y José Ignacio Dávila Garibi (1888-1981),<sup>280</sup> quienes en sus discursos de ingreso a la Academia abordaron a los cronistas de la conquista de la Nueva Galicia<sup>281</sup> y al también ya mencionado Vito Alessio Robles que se dedicó durante gran parte de su vida a la historia del norte de México y en su discurso de recepción explicó las condiciones sociales en el septentrión novohispano.<sup>282</sup>

---

<sup>278</sup> *Ibid.*, pp. 31-36

<sup>279</sup> Nació en Guadalajara, Jalisco. Desde el año de 1902 se trasladó a la ciudad de México. Estudió en el Colegio Militar (1907-1913) en donde obtuvo el título de ingeniero geógrafo. Entre otras obras, escribió *La Conquista de Nueva Galicia* (1935) y *La Rebelión de la Nueva Galicia* (1937). José María Muriá, "Semblanza del autor", en José López Portillo y Weber, *Guadalajara, el Hospicio Cabañas y su fundador*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1982, pp. 15-39, y "José López Portillo y Weber", en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia*, *op.cit.*

<sup>280</sup> Nació en Guadalajara, Jalisco. Sus primeros estudios los realizó con maestros particulares y en instituciones católicas como el Colegio Marista de su ciudad natal. Continuó sus estudios en el Liceo de Varones, en el Instituto San José de los jesuitas y la Escuela Libre de Jurisprudencia en donde obtendría su título de abogado en 1916. Por ese tiempo ingresó a la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, asociación de la que sería secretario. En 1921 el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez le encomendaría la recolección de noticias históricas sobre la arquidiócesis de Guadalajara en Europa, primordialmente en los archivos del Vaticano y de Indias, que resultó en su *Colección de documentos históricos inéditos o muy raros, referentes al arzobispado de Guadalajara* (1922-1927). Josefina Zoraida Vázquez, "José Ignacio Dávila Garibi", en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia*, *op.cit.*

<sup>281</sup> José López Portillo y Weber, "Los cronistas de la conquista de la Nueva Galicia" en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia*, *op.cit.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo II, número 3, mayo-junio de 1943, pp. 209-230; y José Ignacio Dávila Garibi, "El alférez mayor Hernán Flores, conquistador de Nueva Galicia", en Gisela von Wobeser (coord.), *Ibid.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo III, número 4, 1944, pp. 425-463

<sup>282</sup> Vito Alessio Robles, "Las condiciones sociales en el norte de la Nueva España", en Gisela von Wobeser (coord.), *Ibid.*, tomado originalmente de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo IV, 1945, pp. 139-157

Como lo vaticinaría Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985)<sup>283</sup> en 1952, esta tendencia regionalista en la historiografía mexicana sería muy fructífera a lo largo del siglo XX:

Si se me pregunta ahora cuáles serán las tendencias que seguirán en lo futuro los estudios antropológicos e históricos, esquivaré, tanto como pueda, el disfraz de zahorí. Más, suponiendo que en el porvenir habrá de realizarse al menos una parte de lo que debiera hacerse, espero que se dará mayor énfasis a la historia regional como corresponde a la visión de un México múltiple.<sup>284</sup>

Solo por mencionar a algunos de los maestros del género más representativos, tenemos a investigadores como Atanasio G. Saravia, José Bravo Ugarte, José Fuentes Mares, Francisco R. Almada, Israel Cavazos Garza, Rafael Montejano y Aguiñaga, Luis González y González.<sup>285</sup>

### El Centenario de 1921

El año de 1921 es un año coyuntural para estudiar las polémicas que se suscitaron con relación a la historia desde sus diferentes trincheras. Como lo ha apuntado Annick Lempérière, aunque las celebraciones de 1921 tomaron como modelo las de 1910, los organizadores le imprimieron un espíritu completamente nuevo. En la conmemoración bajo el régimen porfirista las referencias al pasado se dieron en función de los “imperativos del poder” desde una visión evolucionista, mientras que después de la Revolución –durante el gobierno de Álvaro Obregón– esta “memoria autoritaria” cedió su lugar a una determinada

---

<sup>283</sup> Nació en León, Guanajuato. Historiador, etnólogo y lingüista. Fue profesor en el Museo Nacional (1934-1938) y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde 1936. En 1945 obtuvo el grado de maestro en etnología por la ENAH. Fue director del Museo Nacional (1953-1956). Miembro de la Academia Mexicana de la Historia, del Seminario de Cultura Mexicana, entre otras instituciones. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 1902

<sup>284</sup> Wigberto Jiménez Moreno, “50 años de historia mexicana”, *op.cit.*, p. 455

<sup>285</sup> Luis González, “Un siglo de aportaciones...”, *op.cit.*

por la antropología culturalista y la arqueología. Se abandonó la creencia absolutista en el progreso para adoptar el relativismo como nueva sensibilidad histórica y se subrayó el carácter nacional y popular de los festejos de 1921 en oposición a los acontecidos en 1910 que, se pensaba, se habían organizado bajo lineamientos aristocráticos.<sup>286</sup>

Aunque en la Comisión Organizadora de las Fiestas del Centenario no se incluyó a ningún historiador, desde los márgenes del poder los estudiosos del pasado no perdieron la oportunidad de participar en dicho evento patriótico. Una de las primeras propuestas fue la de José de Jesús Núñez y Domínguez quien en 1920 desde el periódico *Excelsior* reconoció la importancia de celebrar la consumación del movimiento independentista.<sup>287</sup>

Durante el evento, al igual que en las celebraciones de 1910, el pasado prehispánico tuvo un lugar destacado en las festividades. Teotihuacán, de nueva cuenta, fue el escenario idóneo para las reuniones de diplomáticos, funcionarios y periodistas, nacionales y extranjeros. Además, con motivo de la ocasión, se dieron a conocer varias obras publicadas ese mismo año de las que destacan las de Manuel Gamio, *Guía para visitar la ciudad arqueológica de Teotihuacán*; Hermann Beyer, *El llamado Calendario Azteca. Descripción e interpretación del Cuauhxicalli de la "Casa de las Águilas"*; Franz Boas, *Álbum de colecciones arqueológicas*; Enrique Juan Palacios Mendoza, *Quetzalcóatl y la irrigación de su cultura en el antiguo territorio mexicano. Revelaciones del magno Monumento de Teotihuacán*, y Ramón Mena y Nicolás Rangel, *Churubusco-Hutzilopochco*.<sup>288</sup>

En cuanto al reconocimiento de la herencia hispana, no faltaron los discursos políticos de las autoridades nacionales, la inauguración de monumentos y recintos, y los

---

<sup>286</sup> Annick Lempérière, "Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural", en *Historia Mexicana*, volumen 45, número 2, octubre-diciembre de 1995, pp. 317-352

<sup>287</sup> Virginia Guedea, *op.cit.*, pp. 74-75

<sup>288</sup> *Ibid.*, pp. 80-81

obligados homenajes a las grandes figuras de la hispanidad. Con el mismo propósito el Archivo Municipal de la ciudad de México, a cargo de Francisco Gamoneda, organizó una serie de conferencias sobre las artes coloniales que se llevó a cabo en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Entre los participantes estuvieron importantes historiadores como Manuel Romero de Terreros quien abordó “Las artes en la época de la Colonia”.<sup>289</sup>

Además del reconocimiento de los principales dirigentes y héroes de la insurgencia, aunque fue rescatada la figura de Iturbide también fue objeto de críticas por parte de algunos sectores de la intelectualidad nacional. Por ejemplo Antonio Ramos Pedrueza, en una conferencia sobre el Plan de Iguala dictada en la Escuela Nacional Preparatoria el 13 de agosto de 1921, reconoció la habilidad de Iturbide como militar y su capacidad como mediador. Lamentablemente para él estos elogios hacia “el libertador de México” ocasionaron que el rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos, ordenara su destitución como profesor de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Para el ateneísta Iturbide debía ser recordado como el “autor del primer cuartelazo” en la historia mexicana y esto, en su opinión, le convertía en un personaje de valores cívicos dudosos.

Por otra parte, los jerarcas de la Iglesia también se pronunciaron al respecto. En la carta pastoral emitida por el Episcopado mexicano –después de lamentarse por la exclusión de Dios en los festejos y recordar que en aquel año también se debía celebrar el cuarto centenario de la toma de México-Tenochtitlán por Hernán Cortés– alabaron a Iturbide como el libertador de la Nación.<sup>290</sup>

Entre las obras presentadas por historiadores destacan las de Manuel Romero de Terreros, *La Corte de Agustín I. Emperador de México* (1921) y Rafael Heliodoro Valle,

---

<sup>289</sup> *Ibid.*, pp. 82-85

<sup>290</sup> *Ibid.*, pp. 90-93

*Cómo era Iturbide* (1922).<sup>291</sup> Sin embargo fue en la revista *América Española*, dirigida por el abogado michoacano Francisco Elguero (1856-1932), en donde se dieron cita algunos de los más importantes estudiosos del pasado mexicano desde una visión hispanista y católica.

Indudablemente, como ya lo apuntamos, las publicaciones periódicas son otro medio de rastrear la conformación de comunidades de historiadores que durante la primera mitad del siglo XX se fueron consolidando.

En México, y quizá en gran parte de Latinoamérica, desde los primeros años como nación independiente podemos encontrar la clásica dicotomía entre hispanófilos e hispanófobos. Los comúnmente llamados conservadores y los liberales desde un principio se disputaron el derecho a definir la identidad nacional, los primeros defendiendo lo español como herencia y los segundos destacando el papel del indígena como raíz de la mexicanidad.<sup>292</sup>

Desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX España sería la cabeza de dos tendencias ideológicas que tendrían un profundo impacto en las naciones hispanoamericanas: el “panhispanismo” –posición defensiva que abogaba por la recuperación ideológica, religiosa, científica, racial e histórica de la continuidad hispánica en América– y el hispanismo “progresista” o “liberal culturalista” cuyos fundamentos ideológicos se respaldaban en el krausismo y el positivismo: José Ortega y Gasset, Rafael Altamira y Crevea, Vicente Blasco Ibáñez, Francisco Giner de los Ríos y Américo Castro

---

<sup>291</sup> *Ibid.*, p. 96

<sup>292</sup> Al respecto véase Aimer Granados, *Debates sobre España...*, *op.cit.*; Tomás Pérez Vejo, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México/ENAH, 2008 y del mismo autor “Hispanófobos vs. Hispanófilos. La historia como arma de lucha política en México, 1821-1867”, en Agustín Sánchez Andrés, Juan Carlos Pereira Castañares (coord.), *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810-2010*, Morelia, UMSNH/Instituto de Investigaciones Históricas/ Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, 2010, pp. 125-165



son algunos de los exponentes de este grupo heterogéneo.<sup>293</sup> La revista de Elguero perteneció a la primera tendencia, la que defendía el “imperio espiritual” español.

Francisco Elguero formó parte de una generación de católicos mexicanos que habían nacido en la segunda mitad del siglo XIX y que se forjaron en las ideas antimodernistas y sociales emanadas respectivamente durante los papados de Pío IX y de León XIII. Entre los más destacados miembros de este grupo podemos mencionar a José Trinidad Sánchez Santos, Victoriano Agüeros, Eustaquio O’Gorman, Longinos García, Othón Núñez y Zárate, Atenógenes Silva, Francisco Orozco y Jiménez, José Mora y del Río y Emeterio Valverde Téllez.<sup>294</sup>

Estos “nuevos” católicos, miembros de una generación diferente a los conservadores de antaño, se agruparon alrededor del periódico *El Tiempo* que inició su recorrido en 1883 bajo la dirección de Victoriano Agüeros quien, en el primer número, manifestó los intereses que animaban a la publicación:

No pertenecemos a ninguna bandera, ni a ninguna escuela filosófica: somos pura y simplemente mexicanos en política, y católico-apostólico-romanos en religión. La grande idea de la Patria y la grande idea de la Religión de tal modo llenan nuestro espíritu, que nada en él existe fuera de ellas; y de tal forma se funden en él en un solo ideal, que, cual no concebimos la Patria sin Religión, no aceptamos a ver la Religión sino íntimamente relacionada con la Patria. A la Patria, pues, y a la Religión consagraremos todos nuestros desvelos de periodistas.<sup>295</sup>

No hay que olvidar que muchos de estos jóvenes intelectuales católicos serían los posteriores promotores del catolicismo social y miembros del Partido Católico Nacional.<sup>296</sup>

---

<sup>293</sup> Isidro Sepúlveda, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina/Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/ Marcial Pons, 2005, pp. 102-125

<sup>294</sup> Martín Sánchez Rodríguez, Gabriela Díaz Patiño, “Francisco Elguero Iturbide, un historiador católico frente al positivismo”, en *Iztapalapa*, número 51, julio-diciembre de 2001, p. 154

<sup>295</sup> Victoriano Agüeros (dir.), *El Tiempo*, México, jueves 24 de mayo de 1883, p. 1

<sup>296</sup> Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, México, UNAM, 1981, pp. 128-132, y Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, “la cuestión social” y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991

Una muestra de esta arraigada militancia católica en Elguero fue su participación en la llamada Dieta de Zamora (1913) que reunió a un importante contingente de sacerdotes y seculares interesados en la situación laboral de obreros y campesinos. Es claro que la “Dieta” cierra una época importantísima para el catolicismo social que se vio coartada tras los eventos revolucionarios: el asesinato de Francisco I. Madero y el posterior gobierno huertista en el que el catolicismo tuvo importante participación. A grandes rasgos, los puntos más relevantes que se discutieron en aquel año de 1913 fueron la protección y beneficencia de los trabajadores; la reforma “fundamental” del régimen económico, es decir la superación tanto del liberalismo como del socialismo y la acción privada y democrática de las clases directoras para lograr la “elevación del pueblo” ante la pobreza y la marginación.<sup>297</sup>

Con la caída de Victoriano Huerta en 1914 este proyecto social católico –que se había estado gestando en México desde finales del siglo XIX– sufrió un fuerte revés. Elguero partió como exiliado político para Estados Unidos y posteriormente hacia Cuba en donde residiría hasta 1919. Durante este periodo continuó su labor ensayística en algunos periódicos y suplementos culturales como *El Diario de la Marina* de la Habana en donde publicaría más de 300 artículos que posteriormente agruparía en su libro *Efemérides históricas y apologéticas* (1920). Además fundaría la revista *América Española* con la colaboración del escritor cubano Mariano Aramburo y de los mexicanos opositores al maderismo y simpatizantes del gobierno huertista Querido Moheno, José María Lozano,

---

<sup>297</sup> Jesús Tapia Santamaría, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986, pp. 155-157

Francisco M. de Olaguibel, Antonio de la Peña, entre otros.<sup>298</sup> Posteriormente, desde 1921, la publicación iniciaría una nueva etapa ahora teniendo como sede a la ciudad de México.

Como ya se comentó, en ese mismo año Elguero ingresaría a la Academia Mexicana de la Historia, siendo de los primeros en ser elegido para ocupar uno de los veinticuatro sillones. La postura historiográfica que defendía Elguero era antipositivista (en el sentido comtiano) y providencialista. Así se expresaba de Augusto Comte:

El pobre Augusto Comte era un gran matemático, un cerebro perfectamente organizado; pero prescindió del cristianismo, quiso hacer por su cuenta filosofía propia, y en su orgullo de sabio le cortó las alas a la razón que, según él, no puede salir de la esfera de los sentimientos, y su locura científica no era más que locura patológica que lo llevó al manicomio, en donde no se curó enteramente porque fundó la ridícula Religión de la Humanidad, que no ha podido salir de un pequeño club de pocas gentes.<sup>299</sup>

Sin embargo, como otros historiadores católicos de su época, era respetuoso del método científico que guiaba a la disciplina. Elguero era un empirista férreo y, paradójicamente, un católico ferviente. En su discurso de recepción podemos encontrar su idea de la historia de marcadas tendencias providencialistas: “El principal agente de la historia, [afirmaría] es la Providencia; sin la Providencia no se explica la historia”. Sin embargo también reconocía la importancia del método científicista:

Las tendencias positivistas de los tiempos (no censurables en este punto) inclinan al historiador a estudios muy circunspectos, prudentes y minuciosos, dándole a los documentos y a otros datos positivos importancia suma, procurando no dar entrada a la fantasía en sus especulaciones y desconfiando de la misma conjetura, aunque parezca verosímil, cuando no tenga la cualidad de la presunción probatoria en derecho: *un nexo lógico que ligue infaliblemente el hecho conocido con el que se trata de conocer*.<sup>300</sup>

Pensaba que la divinidad elaboraba y eslabonaba los hechos “sin quitar del todo la intervención a la humana libertad, sino antes aliándose con ella muchas veces”. Es por esta

---

<sup>298</sup> Martín Sánchez Rodríguez, Gabriela Díaz Patiño, *op.cit.*, p. 156

<sup>299</sup> Francisco Elguero, *Ejemplares históricas y apologeticas*, Buenos Aires, Virtus, 1920, tomo I, p. 171, citado por *Ibid.*, p. 157

<sup>300</sup> Francisco Elguero, “La Casualidad en los Acontecimientos Humanos”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo II, número 1, enero-marzo de 1943, p. 5. Cursivas en el original.

razón que “nuestros destinos no nos pertenecen y apenas somos un pobre obrero en una inmensa labor cuyo organismo no podemos descubrir, ni cuyos fines alcanzamos a precisar”.<sup>301</sup> Las “casualidades” eran producto de la divinidad y sus designios:

El estado nervioso, las fuerzas psíquicas aún no estudiadas, un huracán inesperado, una lluvia repentina [...] cualquier accidente natural e imprevisto, puede dar al traste con las más sabias combinaciones militares.<sup>302</sup>

Llamó casual a todo evento que “la razón no había previsto”, ni la “voluntad dispuesto”. ¿Estamos ante el respeto por la ciencia pero a un mismo tiempo frente a la desconfianza de sus certezas?

Parecía que la ciencia moderna, perfeccionando muchos inventos, vigorizando la disciplina, estudiando la historia militar con aplicación de monje, iba a reducir en gran parte la jurisdicción de la casualidad misteriosa; pero nada menos cierto.<sup>303</sup>

En Francisco Elguero, como en tantos otros creyentes, convivían sin conflicto aparente en igualdad de condiciones la ciencia y la fe. Dios era la causa primera, lo demás, las acciones humanas, eran producto de ésta:

No hay casualidades dicen los incrédulos cuando no se resuelven a la negación brutal y absoluta, porque todo lo que sucede viene desde el principio con el encadenamiento de los eslabones de una cadena férrea inquebrantable. Muy bien, contesto; pero ¿esto significa que ese encadenamiento no ha tenido una causa?<sup>304</sup>

Sus textos siempre tuvieron como objetivo primordial el combate y la defensa de las tradiciones católicas e hispanistas. La *América Española*, como su título lo expresa, se conformaba por textos que tuviesen como fin primordial la exaltación de la llamada “Madre Patria”. Para los hispanistas mexicanos –y de otras regiones del continente americano– la nacionalidad tenía hondos raíces españolas. Para este grupo el idioma, la religión católica y las costumbres eran los baluartes peninsulares que –desde la conquista– habían constituido

---

<sup>301</sup> *Ibid.*, pp. 5-6

<sup>302</sup> *Ibid.*, p. 9

<sup>303</sup> *Ibid.*, p. 11

<sup>304</sup> *Ibid.*, p. 14

el sustento identitario de México. Otros tópicos recurrentes en la publicación fueron la defensa de la figura de Hernán Cortés como padre fundador de la nacionalidad, la revaloración de Agustín de Iturbide como el libertador y real artífice de la Independencia, entre otros que reflejaban una clara tendencia tradicionalista.<sup>305</sup>

De la etapa cubana únicamente contamos con un volumen titulado *Reliquias de “América Española”* que contiene algunos escritos que no lograron aparecer en la revista debido a su corta duración. De este libro sobresalen los trabajos que hacen referencia a Agustín de Iturbide. Por ejemplo el historiador y obispo de Querétaro Francisco Banegas Galván lo calificó como “el fundador de nuestra nacionalidad” y al plan de Iguala como “la constitución natural de la nueva sociedad”.<sup>306</sup> Por su parte, Francisco Elguero pensaba que “el ilustre nombre de Iturbide se trató de echar en [el] olvido por causa de una conspiración formal de las logias de Méjico”. Como consecuencia “de tan pérfidas y antipatrióticas maquinaciones” se abandonaron en los archivos “cuantos documentos podían servir para reconstruir la vida del primero de nuestros capitanes y del político que llevó a cabo la mayor de las empresas en que podía interesarse la nación”. Sin embargo, gracias a la cercanía del centenario de la consumación de la Independencia y “por una reacción de la opinión pública”, “todos los ojos de los estudiosos se vuelven al pasado, tratando de penetrar en los puntos oscuros y silenciosos de esa vida ilustre”.<sup>307</sup>

En 1921, ya establecido en México, Elguero, con el mismo espíritu católico e hispanista que lo caracterizaba, reinició la labor emprendida en Cuba. *América Española* –

---

<sup>305</sup> Como antecedente, Aimer Granados ha estudiado un interesante debate que se dio a finales del siglo (1890-1895) sobre los orígenes de la nacionalidad mexicana en donde se discutió la importancia de Hernán Cortés como padre de la patria. Francisco G. Cosmes fue uno de los implicados en esta polémica. Aimer Granados, *Debates sobre España, op.cit.*, pp. 225-250

<sup>306</sup> Francisco Banegas Galván, “Iturbide”, en Francisco Elguero, *Reliquias de “América Española”*, México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1922, pp. 7-10

<sup>307</sup> Francisco Elguero, “El camino del cadalso”, en *Ibid.*, pp. 11-12

“Revista quincenal destinada al estudio de los intereses más importantes de la patria mejicana y de la raza española, y a la propagación de todo linaje de cultura en Méjico” – circuló nuevamente durante un corto periodo (1921-1922). Para la realización de esta investigación tuvimos la fortuna de acceder a los 26 números que salieron a la luz entre el 15 de abril de 1921 y el 15 de mayo de 1922. Durante esta nueva etapa se sumaron al proyecto editorial personalidades de la intelectualidad mexicana que coincidían con los ideales defendidos por la revista: José Elguero, hijo del director, fungió como subdirector; Francisco Vaca Zavala, como administrador; y los colaboradores Perfecto Méndez Padilla, Alfonso Junco, José López Portillo y Rojas, Jesús García Gutiérrez, Juan B. Iguíniz, Alfredo Méndez Medina, Luis González Obregón, Luis García Pimentel, Jesús Galindo y Villa, Francisco Banegas Galván, Mariano Alcocer, Alberto María Carreño, Miguel Palomar y Vizcarra, Rodolfo Reyes, Nicolás León, Leopoldo Batres, Manuel Herrera y Lasso, Federico Gamboa, Querido Moheno, Manuel Romero de Terreros, entre otros, complementaron el cuadro.

En el primer número Francisco Elguero dejó testimonio de las razones y motivaciones de su revista:

Conocidos son mis principios religiosos y sociales y mi amor a la raza española, y el fin principal de mi revista tendrá por objeto propagar aquellos y estudiar y defender ésta, pero sin excluir de la colaboración materias científicas, sociales o de cualquier orden, que extrañas a mi fin principal no lo contradigan, ni embaracen mis propósitos, y sin hacer responsable a ningún colaborador de lo que yo escriba, siéndolo él solo de sus propios escritos y yo de los de todos.<sup>308</sup>

Por extraño que parezca, pensaba que *América Española* no sería una publicación de combate porque evitaría “todo lo que pueda suscitar odios y enojosas contiendas [...]”

---

<sup>308</sup> Francisco Elguero, “Prospecto”, en *América Española*, año I, número 1, 15 de abril de 1921, p. 1

dándole así vida más duradera y fácil”.<sup>309</sup> Por lo contrario, en este estudio encontraremos múltiples muestras de su combatividad. Los “fines y métodos” de la empresa editorial eran, en palabras del director, difundir en México “ideas sanas, de cultura sólida y hasta de reaparición y examen de ideales que se han creído naufragos e irremisiblemente perdidos por lo borrascoso de los vientos que corren en el mundo”.<sup>310</sup> Así, la defensa de las “tradiciones” se convertía en su *leitmotiv*:

Yo digo que en la tierra lo más estimable después de la virtud, es el buen gusto [...] Si tal cosa es exageración, perdóneseme, ya que con ella a nadie perjudico, pero reconózcase de todas maneras ese instinto delicado y fino de descubrir la verdadera belleza, es para el ingenio lo que el pudor para la castidad, lo que el honor para la honradez; que en los tiempos modernos corre grandes peligros de extinguirse, como en las mujeres el recato, como en los hombres la caballerosidad antigua, y que debemos esforzarnos porque no se pierda y sí se cultive ese fruto sabroso y santo de la cultura de los viejos [...] Por eso a la parte literaria dedicaremos estudio especial, y ya nuestros colaboradores, que no nosotros, cuidarán de buscar medicinas para ese mal pegadizo y contagioso del materialismo de los tiempos, sin otro fin que el de aprovechar todo contingente de bien y de verdad.<sup>311</sup>

Frente a la modernidad protestante, liberal, materialista, frente a la “constante conspiración contra la verdad”, Elguero proponía como baluarte el mensaje universal de la Iglesia católica. Desde esta perspectiva el estudio de la Historia debía jugar un papel preponderante:

La historia, como dijo de Maistre, ha sido desde el Protestantismo y más aún, desde la Enciclopedia, constante conspiración contra la verdad y merece por lo tanto ora la universal, ora la eclesiástica y ya especialmente la nuestra, estudios muy cuidadosos que la completen, que la purifiquen, que la hagan espejo de lo pasado, para que pueda ser maestra de lo futuro.<sup>312</sup>

Con motivo del cuarto centenario de la conquista de México y el primero de la consumación de la Independencia, el director de *América Española* hizo un llamado a

---

<sup>309</sup> *Ibid.*, p. 2

<sup>310</sup> *Ibid.*, pp. 4-5

<sup>311</sup> *Ibid.*, pp. 7-8

<sup>312</sup> *Ibid.*, p. 8

reconocer el lugar prominente de Hernán Cortés y de Agustín de Iturbide en la conformación de la nación mexicana:

Dos nombres gloriosos vienen a ligarse en el tiempo, como sus obras se han vinculado en la historia, y ansiosos nosotros de que todos los buenos mexicanos les tributen la admiración y el cariño que merecen, desde hoy comenzamos a dedicarles sendas producciones, para caldear con patriotismo ferviente, pero racional y sano, el ánimo de nuestros lectores y que así, regocijados y entusiastas, tomen calurosa participación en los festejos. PADRE DE NUESTRA NACIONALIDAD fue Cortés, PADRE DE NUESTRA INDEPENDENCIA Iturbide y así, primero agradecidos y justicieros, luego civilizados y cultos, honremos, cerrando los oídos a calumnias viles y declamaciones huecas, su gloriosa memoria.<sup>313</sup>

Aunque Elguero lo negase, es claro que esta presentación tuvo como fin primordial posicionarse frente al poder gubernamental e intelectual en México. El gobierno de Álvaro Obregón, heredero de la Constitución de 1917, defendía un nacionalismo anticlerical, mientras que un grupo importante de la intelectualidad mexicana era en algunos casos hispanófoba.

Desde 1920, con el gobierno interino de Adolfo de la Huerta, regresaron del exilio un gran contingente de católicos e hispanistas que habían salido del país con los acontecimientos revolucionarios. Con la reinserción de este grupo a las actividades académicas y culturales se formó, como ya había ocurrido a lo largo del siglo XIX y primera década del XX, una facción defensora de los intereses de la Iglesia y del llamado “imperio espiritual” cuya cabeza era España.<sup>314</sup> Muy pronto los católicos buscaron reapropiarse de los espacios públicos que el régimen revolucionario les había negado. Las fiestas y conmemoraciones religiosas fueron un pretexto idóneo para estas prácticas. En esta lógica, los festejos del primer centenario de la consumación de la Independencia y de

---

<sup>313</sup> *Ibid.*, p. 9 Mayúsculas en el original

<sup>314</sup> Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española*, México, FCE, 1992



la victoria de Hernán Cortés sobre el Imperio mexica y la toma de Tenochtitlán se sumaron a los eventos netamente religiosos.<sup>315</sup>

Aunque el gobierno de Álvaro Obregón también nombró un Comité de los Festejos del Primer Centenario de la Consumación de la Independencia que se integró por los diputados Juan de Dios Bojórquez, Carlos Argüelles y el escritor Martín Luis Guzmán,<sup>316</sup> los llamados “conservadores” fueron los más activos al defender la figura de Agustín de Iturbide. La alta jerarquía católica, mediante su “Carta pastoral colectiva con motivo del centenario de la consumación de la Independencia nacional” fechada el 12 de julio de 1921, también convocó a los fieles para que se unieran a la conmemoración.<sup>317</sup>

En el caso concreto de *América Española*, sus colaboradores, católicos fervientes, promocionaron con el mismo ahínco las fiestas del Centenario. Jesús Galindo y Villa, miembro de los Caballeros de Colón, informó a los lectores de la revista las actividades que realizarían los *Caballeros* para conmemorar “el primer centenario de la gloriosa consumación de nuestra Independencia Nacional por el egregio Caudillo de Iguala”.

Los Caballeros de Colón residentes en la ciudad de México, han iniciado una serie de trabajos encaminados a dar a las fiestas del centenario todo el brillo, toda la pompa y la solemnidad que corresponde a tan magno y trascendental acontecimiento. Una de las firmes columnas que sostienen el grandioso edificio de la Orden de los Caballeros de Colón, es el Patriotismo; y, en consecuencia, no han podido ni pueden permanecer indiferentes ante un hecho tan extraordinario en la vida política de México.<sup>318</sup>

El plan de Iguala, “ese plan tan patriótico como prudente”, también fue objeto de elogio. Se pensaba que Iturbide con ese acto “maravillosamente concebido” se había puesto

---

<sup>315</sup> Francisco Javier Tapia, “Los festejos del primer centenario de la consumación de la Independencia, nuevo impulso para el catolicismo social”, en *TzinTzun*, número 52, julio-diciembre de 2010, pp. 20-21

<sup>316</sup> *Ibid.*, pp. 29-30

<sup>317</sup> *Ibid.*, pp. 33-35

<sup>318</sup> Jesús Galindo y Villa, “El centenario de la consumación de la Independencia, será celebrado por los Caballeros de Colón”, en *América Española*, año I, número 1, 15 de abril de 1921, pp. 9-10

al nivel Washington y Bolívar.<sup>319</sup> Por otro lado, para Elguero, “de todos los movimientos encaminados a la independencia de las colonias españolas, incluso de los que Bolívar acaudilló”, sólo el Plan de Iguala se había “hecho sin odio, sin los excesos consiguientes a la pasión”. Frente a quienes habían visto en Iturbide “el símbolo del viejo Partido Conservador”, “en nombre de la Justicia Histórica”, estos autores se propusieron “luchar con la nobles armas de la Verdad y de la Razón” para “desvanecer el absurdo prejuicio” que se había arrojado “sobre la sagrada memoria del Libertador Iturbide”.<sup>320</sup>

De esta manera Iturbide se convertía, a los ojos de los hispanistas del siglo XX, en el gran defensor de la “Madre Patria”. Sin embargo, “caído el primer Imperio, los gobiernos y los partidos, con excepción de algunos hombres ilustrados y sensatos, volvieron hacer del odio a España un patriotismo y del repudio de su herencia en todos los órdenes posibles, un blasón”.<sup>321</sup> Este repudio al legado español, pensaba Elguero, estaba llevando a los mexicanos a negar la patria y la identidad nacional:

Sin religión heredada, sin literatura materna, sin lengua vernácula, sin cultura ni amor, con despego de cuanto amaron nuestros padres, ¿a qué se reduce la patria? [...] ¿A la veneración por la memoria de la civilización de razas muertas, tan incipiente que no tuvo escritura para revelarse a los postreros? España no sólo nos ha dado con su herencia la civilización, sino los elementos de la independencia misma. Si perdemos la copia de sus bienes espirituales, iremos a mendigar al extranjero.<sup>322</sup>

Como ya lo advertimos, Iturbide era visto como el padre de la Independencia y Hernán Cortés el de la nacionalidad. El número 8 de *América Española* estuvo consagrado casi en su totalidad a la memoria del conquistador. En la primera página se incluye un

---

<sup>319</sup> “El Plan de las Tres Garantías (texto realizado por La Gran Comisión del Centenario)”, en *América Española*, año I, número 2, 20 de mayo de 1921, pp. 78-81

<sup>320</sup> Fernando Iglesias Calderón, “El Libertador Iturbide”, en *América Española*, año I, número 13, noviembre de 1921, pp. 978-979

<sup>321</sup> Francisco Elguero, “Sin la herencia española, no hay patria americana”, en *América Española*, año I, número 2, 20 de mayo de 1921, p. 137

<sup>322</sup> *Ibid.*, p. 142

pequeño texto de Jesús Pallares –“catedrático de la Universidad Pontificia de Méjico” – en el que se refiere al supuesto llanto que despertó entre los indígenas la muerte de Cortés.

Después la *Dirección* hizo la siguiente aclaración a pie de página:

No hay historiador, digno de llevar el nombre de tal, que no refiera el amor de los indios a Cortés, quienes efectivamente lloraron su muerte [...] Ese cariño y gratitud del pueblo al gran conquistador, se revela bien en la honrada y sincera relación de Bernal Díaz.<sup>323</sup>

Por su parte Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, señaló que si le hubiesen dado a escoger “entre todos los conquistadores que la historia conoce [...] sin vacilación alguna hubiera señalado a Don Hernán Cortés”, porque en la conquista española se ven “palpables los designios de la Providencia que rige el Universo”. Además don Hernando –“destruyendo sus naves al arribar a México, para que nadie desmayara en la conquista del vasto imperio de los Aztecas, y marchando al frente de sus soldados recelosos”– inició la “civilización” en las tierras que posteriormente serían las mexicanas.<sup>324</sup> Para el arzobispo de Puebla, Enrique Sánchez Paredes, Cortés:

Conquistó las vastas comarcas del Anáhuac, derribando Imperios poderosos, convirtiendo en aliadas a Repúblicas valientes, abriendo a las razas cobrizas nuevos horizontes y senderos nuevos por donde habían de llegar a mejor vida social, política y religiosa. No quiso destruir al indio, sino salvarlo, por la fusión del vencido y del vencedor en un solo pueblo, en una sola familia, amparada por la Tiara y por la Corona Real.<sup>325</sup>

En opinión de José Juan de Jesús y Piña, obispo de Tulancingo, “Hernán Cortés fue el instrumento, predestinado por Dios desde toda la eternidad, para realizar los nobles propósitos de Isabel la Católica en Méjico”.<sup>326</sup> Mientras que Luis González Obregón afirmó que “los resultados de la empresa realizada por Hernán Cortés, fueron de piedad, de cultura

---

<sup>323</sup> “Opiniones de prelados y colaboradores”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, p. 535

<sup>324</sup> *Ibid.*, pp. 537-538

<sup>325</sup> *Ibid.*, pp. 539-540

<sup>326</sup> *Ibid.*, p. 540

y de organización social política”, ya que “al teocali ensangrentado de Huitzilopochtli sucedió el templo immaculado de Cristo”.<sup>327</sup> Otro comentario particularmente interesante, por su tono controversial, fue el de Alberto María Carreño:

Hernán Cortés, como conquistador provoca mi admiración, pero no mi simpatía; porque la conquista es apoderamiento del albedrío, de la riqueza, de la libertad de los conquistados. Ciro, Alejandro, Carlo Magno, Cortés, Napoleón, son tipos característicos de conquistadores; y por más que sus proezas tienen las radiaciones luminosas de la audacia y del valor, de la perseverancia y de la inteligencia, presentan siempre el fondo oscuro de la crueldad, aunque esta sea el forzoso requisito para introducir una civilización superior en los países conquistados. Pero hay un aspecto de Cortés en que todo es luz, todo alabanza, todo gloria: el del descubridor y del explorador.<sup>328</sup>

Como era costumbre en la revista, a pie de página se aclararon algunos puntos *discutibles* de lo expuesto por Carreño:

Publicamos este pensamiento, porque en puridad resulta en elogio del insigne Cortés, y por respeto al parecer del docto autor. Por lo que toca a las conquistas de Carlo Magno y a las de los españoles, las distinguimos de las otras que menciona nuestro respetable colaborador, porque las del gran Emperador y las de Don Hernando, tuvieron por objeto la cristianización de los pueblos, y así no oprimieron, sino dignificaron, como lo demuestran trabajos recientes.<sup>329</sup>

Es claro que Francisco Elguero no dejaba un resquicio abierto para la duda o la incertidumbre. Siempre alerta el director de *América Española* aclaraba, o simplemente no incluía, los textos que atentasen contra los valores esenciales de la publicación: el catolicismo y la hispanidad. Como producto de este afán redentor, Elguero llegó a defender “el derecho de conquista como medio de ensanchar el dominio de los pueblos y buscar nuevas y fáciles sendas al progreso humano”. Argumentaba que “las conquistas de Cortés y Pizarro”, aunque fuera sobre pueblos sedentarios, “fueron legítimas, porque Méjico y el Perú vivían notoriamente fuera de la ley natural, y hubiera sido imposible dados sus elementos de fuerza y sus pasiones de fanatismo y de barbarie, enseñarles la religión y la

---

<sup>327</sup> *Ibid.*, pp. 543-544

<sup>328</sup> *Ibid.*, pp. 544-545

<sup>329</sup> *Ibid.*, p. 545

cultura sin domeñarlos primero”. Por esta razón “las conquistas de las indias occidentales fueron perfectamente legítimas ante Dios y los hombres”.<sup>330</sup>

Para finalizar con este recorrido apologético, Jesús Galindo y Villa, uno de los colaboradores más fieles, declaró que no debía sorprender “la tendencia constante y sistemática” a manchar “la memoria de dos grandes figuras de la Historia Nacional, y a cubrirlas con el espeso manto del olvido: Hernán Cortés y don Agustín de Iturbide”.<sup>331</sup> Con una mirada propia del historiador, Galindo y Villa reconoció que “Cortés no era ni un santo ni un facineroso: era un grande hombre con los defectos inherentes a la humanidad”. Es por esto que para juzgarle debían tenerse “en cuenta las costumbres y las creencias de la época, el genio intrépido y aventurero de los castellanos de entonces”. No obstante, pese a sus errores, Cortés había sido el constructor de grandes ciudades y fundador de una nueva nacionalidad. Por lo tanto era legítimo merecedor de los “honorés del mármol y del bronce”.<sup>332</sup>

Al defender a Hernán Cortés se defendía a España. Algunos destacaban que “la paz virreinal duró trecientos años”, que “las leyes de Indias protegieron a los aborígenes en la forma más adecuada posible”, aunque por desgracia dejaron subsistir las castas, que “la Inquisición jamás tuvo potestad sobre los indios”, y que los aborígenes contemporáneos eran “más numerosos” y vivían “en lo general mejor, de lo que vivieron sus antepasados bajo el dominio de sus propios tecuchtlis [sic]”.<sup>333</sup> Por eso la obra de España en América y

---

<sup>330</sup> Francisco Elguero, “La obra civilizadora de las conquistas. Las conquistas españolas”, en *América Española*, número 13, noviembre de 1921, pp. 959-960

<sup>331</sup> Jesús Galindo y Villa, “Quién fue Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, p. 546

<sup>332</sup> *Ibid.*, pp. 547-551

<sup>333</sup> José López Portillo y Weber, “La República Mexicana y Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, pp. 584-591

sobretudo en México había sido “grande y gloriosa”, mientras que la conquista espiritual de los misioneros: “una empresa evangélica, una tarea mil veces santa”.<sup>334</sup>

¡Los Misioneros! Falange abnegada que gracias a su ardiente celo por llevar hasta el rincón más apartado del mundo, un destello de la luz irradiada por Cristo, y disipar las tinieblas de la cruda ignorancia.<sup>335</sup>

Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, también premió este compromiso con la Iglesia recomendando la lectura de *América Española*:

Siendo la prensa católica un elemento de bastante importancia para contener el torrente de ideas disolventes que amenaza destruir el actual orden social, ya en otras ocasiones he recomendado tanto al Clero como a los fieles de esta Arquidiócesis algunas publicaciones católicas; y por la presente, recomiendo la revista quincenal “América Española”, que se publica en México es una garantía que dicha revista propagará en forma amena las buenas ideas, que harán mucho bien en nuestra sociedad.<sup>336</sup>

Debemos tomar en cuenta que durante los años veinte la militancia católica en México empezaba a reagruparse como una fuerza opositora a los regímenes postrevolucionarios. Asociaciones como el Secretariado Social Mexicano (1920), fundado por el sacerdote Alfredo Méndez Medina S. J. (1877-1968);<sup>337</sup> la Acción Católica Mexicana (ACM); los Caballeros de Colón, entre otras, movilizaron a los seglares en un afán de recuperar los espacios perdidos y defender las tradiciones frente al embate del

<sup>334</sup> Francisco Elguero, “Los procesos de Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, p. 597

<sup>335</sup> Jesús Galindo y Villa, “Las órdenes monásticas y la obra de los misioneros en el continente americano”, en *América Española*, año I, número 15, 15 de diciembre de 1921, p. 1177

<sup>336</sup> “Circular pastoral en favor de esta revista”, en *América Española*, año I, número 6, 15 de julio de 1921, p. 387

<sup>337</sup> Sacerdote y sociólogo. Nació en Villanueva, Zacatecas. Ingresó a la Compañía de Jesús en abril de 1899 y se ordenó sacerdote en julio de 1910. Tuvo en Europa una sólida preparación en materia social católica y a su regreso a México comenzó a trabajar con gran éxito en apostolado social. Fue uno de los promotores de la Confederación de Obreros Católicos de la República Mexicana que se fundó en 1911. Fundó el primer sindicato moderno mexicano, el de Constructores de la Capital de la República y el Círculo de Estudios Sociales “León XIII” del que fue su director. Fue uno de los fundadores del Secretariado Social Mexicano (1920) y uno de los asesores de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Murió en la ciudad de México. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 2193

protestantismo norteamericano y del comunismo que, pensaban, inminentemente se introduciría en México.

En el caso concreto de Michoacán, de donde era originario Francisco Elguero, el gobierno de J. Múgica (1920-1922) y del Partido Socialista Michoacano se caracterizó por su independencia frente al poder central de Álvaro Obregón y por tratar de consolidar el control de la política local. Múgica pretendió desde el inicio de su gestión llevar a cabo una activa reforma agraria mediante la dotación de ejidos; la creación de oficinas encargadas de tramitar los asuntos burocráticos de los solicitantes de tierras, fomentar la organización de trabajadores y la formación de guardias agraristas para defender los terrenos repartidos; y puso especial énfasis en la reglamentación del artículo 123 y en la estricta aplicación del artículo 3° constitucional. Durante la década de los veinte la actividad política en Michoacán se desarrolló en el marco de la competencia entre tres grupos de poder: el muguquista, el ortizrubista (de Pascual Ortiz Rubio) y el católico.<sup>338</sup>

Entre las organizaciones católicas que surgieron en Michoacán destacan la Pía Unión de la Sagrada Familia que apareció en Morelia hacia el año de 1917, con centro en Roma; el Círculo Permanente de Propaganda Guadalupana; en 1918 la Asociación Católica de la Juventud Mexicana que, doce meses después, celebraría su primer congreso provincial en Michoacán; en 1920 el Secretariado Social Mexicano, y en 1921 se dio a conocer la formación de la Unión de Damas Católicas de Michoacán, entre otras. Durante los años de 1920 a 1922, la acción católica contaba con círculos obreros semejantes a los formados durante el Porfiriato. Bajo la promoción del obispo José Othón Núñez y Zárate la formación de círculos de obreros se incrementó en el obispado de Zamora, sólo que ahora

---

<sup>338</sup> Martín Sánchez, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso Michoacán 1920-1924*, México, INEHRM, 1994, pp. 34-35

se constituyeron con el nombre de Unión Católica Obrera. En general se buscó que estas uniones fueran fundadas en cada parroquia y tenían como objeto “procurar el bien moral, intelectual y económico de sus integrantes”.<sup>339</sup>

Como vimos, en la revista *América Española* se dieron cita colaboradores de Michoacán y otras regiones del país que se destacaron por su defensa de las tradiciones tanto españolas como católicas. Otro autor que durante el mismo periodo se dedicó al estudio de la historia desde una posición católica, hispanista y científicista (respetuosa del anhelo objetivista) fue el padre Emeterio Valverde y Téllez (1864-1948).<sup>340</sup> En 1913 escribió que el conocimiento científico debía realizarse indagando y depurando los hechos para conocer las verdaderas causas que los determinaron: “La Historia debe ser imparcial, severa, justa, y ni a los hombres, ni a los hechos puede sacarlos del lugar y tiempo en que les tocó existir”.<sup>341</sup> Sin embargo, al igual que le ocurría a Francisco Elguero, su supuesto objetivismo entraba en clara contradicción con su marcado providencialismo.<sup>342</sup> Así lo muestra en un escrito de 1921 para conmemorar el Centenario de la consumación de la Independencia:

¡La consumación de la Independencia! He aquí un acontecimiento glorioso que vino a ser síntesis y coronamiento a la vez de otros hechos. La fe y la razón enseñan de consumo, que la Providencia Divina rige y modera cuanto se realiza en el tiempo y en el espacio.<sup>343</sup>

---

<sup>339</sup> *Ibid.*, pp. 70-71

<sup>340</sup> Nació en Villa del Carbón, Estado de México. Alumno del Colegio Clerical del Señor San José y del Seminario Conciliar de México (1876-1887). En 1887 se ordenó como sacerdote. Obispo de León, Guanajuato, de 1909 a hasta el año de su muerte en 1948. Su primera gran obra fue *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México* (1896) precursora de su reconocida *Bibliografía filosófica mexicana* (1907). Su pensamiento historiográfico fue providencialista. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 3666-3667; Aimer Granados, “Emeterio Valverde Téllez y la ‘orientación católica’ en el pensamiento historiográfico mexicano”, en *Iztapalapa*, número 51, julio-diciembre del 2001, pp. 167-180

<sup>341</sup> Emeterio Valverde Téllez, “La Santísima Virgen María y la Conquista. Conferencia histórica dedicada a la Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino”, en *Discursos y algunos escritos*, León, Imprenta de la CIA, 1913, tomo I, pp. 153-156

<sup>342</sup> Aimer Granados, “Emeterio Valverde Téllez”, *op.cit.*, p. 177

<sup>343</sup> Emeterio Valverde Téllez, “Artículo sobre el Primer Centenario de la Consumación de la Independencia Nacional”, en *Discursos y algunos escritos*, León, Tipografía J. Rodríguez, 1925, tomo II, p. 63



En resumen, con el inicio de la década de los veinte la facción católica e hispanista fue una de las más activas con respecto a la Historia como disciplina. Como era de esperarse la exaltación de los valores cristianos y occidentales, de los héroes patrios como Iturbide, fueron los baluartes de este grupo sumamente combativo.

### Hispanismos

La revista *América Española* defendió un hispanismo de corte católico. Sin embargo, como comúnmente sucede, existen los matices, no todos los historiadores hispanistas se identificaron con esta línea que Isidro Sepúlveda llamó “panhispanista”. Algunos se mantuvieron neutrales, conviviendo con grupos que podríamos llamar “conservadores” y, al mismo tiempo, con los “liberales”.

Miembro de la misma generación que Luis González Obregón, Francisco A. de Icaza, pese a que vivió gran parte de su vida en el extranjero, a su regreso a México en 1919 pudo vincularse con los dirigentes intelectuales respaldados por el Estado. A finales del siglo XIX en España frecuentaría asiduamente los centros literarios como el Ateneo de Madrid en el que conocería a las “grandes figuras literarias de la Restauración” como: Clara Campoamor, Emilio Castelar, José Echegaray, Manuel Azaña, Gaspar Núñez de Arce, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Leopoldo Alas “*Clarín*”, Jesús Pereda, Marcelino Menéndez Pelayo, entre otras importantes figuras de la intelectualidad española.<sup>344</sup> Después sería Ministro Plenipotenciario en Alemania (1904-1912), en donde

---

<sup>344</sup> Rafael Castillo, “Estudio preliminar”, en Francisco A. de Icaza, *Obras*, México, FCE, 1980, tomo I, p. 32

perfeccionaría el idioma y con el pasar del tiempo conocería con amplitud sus letras, historia e instituciones.<sup>345</sup>

Al morir Justo Sierra (1912), quien fungía como ministro en España, Icaza fue designado su sustituto. Así, hacia finales de 1913, después de haber pasado casi diez años en Alemania fue nombrado jefe de la Legación mexicana en Madrid. Sin embargo la comodidad económica y emocional que le había acarreado el nuevo puesto sería efímero: en 1914 con la caída del gobierno huertista y la entrada de Carranza al poder todos los cargos diplomáticos fueron revocados. Debido a la falta de ingresos para mantener los lujos y privilegios a los que estaban acostumbrados él y su familia, se dedicó por completo a la investigación y a la escritura de artículos para periódicos españoles y mexicanos.<sup>346</sup>

Como ya se mencionó en 1919 regresó a México, después de casi veinte años de ausencia, con la esperanza de recuperar su puesto diplomático o por lo menos lograr posicionarse y hacer amistad con el grupo que ahora dirigía los destinos culturales de la nación. A su llegada inmediatamente conoció a jóvenes que, aunque estaban iniciando su carrera literaria, ya se encontraban bien posicionados en el mundo intelectual. Icaza conoció a Genaro Estrada quien en esa época era jefe del Departamento Administrativo de la Secretaría de Industria bajo la dirección de Alberto J. Pani. Estrada de inmediato se encargó de colocar al poeta e historiador recién llegado en un puesto diplomático para solventar su precaria situación económica. Finalmente logró que se le asignara la jefatura de la Comisión Mexicana de Investigaciones y Estudios Históricos establecida en Madrid que había estado a cargo de Francisco del Paso y Troncoso desde su creación en 1892 hasta

---

<sup>345</sup> Luis Garrido, "Prólogo", en Francisco A. de Icaza, *Páginas escogidas*, México, UNAM, 1958, pp. xxv-xxix

<sup>346</sup> Rafael Castillo, "Estudio preliminar", *op.cit.*, pp. 97-98

su muerte en 1916. En febrero de 1920 Icaza ocupó su nuevo cargo y se le asignaron como ayudantes a Artemio del Valle-Arizpe, a la poetisa María Enriqueta y a Alfonso Reyes.<sup>347</sup>

Mientras tanto en México, con el asesinato de Venustiano Carranza, de nueva cuenta la estabilidad en el país estaba en entredicho. Era claro que con el cambio de gobierno la Comisión encomendada a Icaza corría el riesgo de desaparecer. No obstante, gracias a las gestiones de Genaro Estrada y de José Vasconcelos, quien por aquellos años se desempeñaba como rector de la Universidad Nacional, la Comisión continuó sus labores de investigación histórica.<sup>348</sup>

Otro hispanista, quince años más joven que Icaza, Manuel Romero de Terreros, marqués de San Francisco, mostró afición por el mundo aristocrático colonial desde sus primeros trabajos. Como son los casos de su libro *Los condes de Regla. Apuntes biográficos* (1909) y su artículo “Apuntes biográficos del Ilmo. Sr. D. Juan Gómez de Parada, obispo de Yucatán, Guatemala y Guadalajara” (1911) publicado en los *Anales del Museo Nacional*. En 1912 inició sus colaboraciones en el suplemento ilustrado del *El País. Diario Católico* dirigido por Trinidad Sánchez Santos.<sup>349</sup>

Años después daría a conocer su libro *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España* (1918), en el que además de escribir el prólogo reunió una serie de textos cuyo tema principal eran los torneos y justas de armas de origen medieval que se habían

---

<sup>347</sup> *Ibid.*, pp. 99-101

<sup>348</sup> Con respecto al apoyo que le brindaron Genaro Estrada y José Vasconcelos a Icaza: *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, compilación y notas de Claude Fell, México, El Colegio Nacional, 1995, pp. 36-44, 69-74. Durante este mismo periodo también sería importante la amistad que entablaría con Miguel Alessio Robles quien tenía una estrecha relación con el grupo sonoreño que desde 1921 guiaría los destinos del país: fue secretario particular de Adolfo de la Huerta y hombre de confianza de Álvaro Obregón. Sobre las relaciones entre Alessio Robles e Icaza consúltese Miguel Alessio Robles, *Memorias. A medio Camino*, México, Gobierno del Estado de Coahuila/Instituto Coahuilense de Cultura/Comité de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución/INEHRM, 2010 (1949), pp. 213-224

<sup>349</sup> Clementina Díaz de Ovando, “Sobre algunos textos de Manuel Romero de Terreros”, *op.cit.*, p. 30

introducido a México “desde los primeros tiempos del coloniaje”.<sup>350</sup> Entre los autores a los que incluyó, pertenecientes a la época colonial y al siglo XIX, destacan Juan Suárez Peralta, Andrés Pérez de Rivas, Carlos de Sigüenza y Góngora, Manuel Orozco y Berra y Joaquín García Icazbalceta. Debemos puntualizar que el libro fue publicado por la editorial Cvltvra, fundada en el año de 1916 por los hermanos Agustín y Rafael Loera Chávez y el ateneísta Julio Torri, una de las casas editoriales más importantes de la época.

Otro de sus primeros libros fue *Ex Antiqvis. Boceto de la vida social en la Nueva España* publicado por primera vez en 1919. El prólogo de la obra fue escrito por Luis González Obregón, en el que expuso el gozo que sentía en presentar el trabajo de su “amabilísimo amigo” quien era ampliamente conocido en México y “allende los mares” por sus artículos sobre “la vida de la sociedad hispana durante la época del coloniaje”. Para él, la pluma del marqués de San Francisco transportaba a sus lectores y los hacía vivir “en aquella selecta sociedad” que había sido el virreinato:

Qué mayor alegría me puede proporcionar el Señor Romero de Terreros, que convidándome a conocer, como él lo conoce, el gran mundo colonial; edificándome con la piedad de los virreyes, muchos de ellos deudos suyos y todos amigos míos.<sup>351</sup>

Como su título lo indica, el texto es un boceto de la vida social de la clase alta colonial. La primera sección, que abarca poco menos de la tercera parte del volumen, está dedicada a “Las primeras Virreinas” y es un homenaje a las esposas de los virreyes que gobernaron en Nueva España. Cinco virreyes fueron los elegidos por Romero de Terreros para darlos a conocer a los lectores del siglo XX: Antonio de Mendoza, Gastón de Peralta, Martín Enríquez de Almansa y Lorenzo Suárez de Mendoza. Después tenemos estudios

---

<sup>350</sup> Manuel Romero de Terreros, “Prólogo”, en *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España*, México, Cvltvra, 1918, p. 9

<sup>351</sup> Luis González Obregón, “Prólogo”, en Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Ex Antiqvis. Boceto de la vida social en la Nueva España*, Guadalajara, Ediciones Jaime, 1919, pp. IX-XIII

sobre las frecuentes inundaciones que sufría la ciudad de México desde inicios del siglo XVII y las devociones que el pueblo le rendía a la Virgen de Guadalupe; sobre “la Guardia de Alabarderos” creada por Felipe II para que custodiase y cuidase a los virreyes del Perú y Nueva España en sus andanzas; sobre los paseos a caballo “con toda pompa y solemnidad” que realizaban los candidatos a recibir el grado de doctor en alguna facultad de la Universidad de México, entre otras anécdotas, datos interesantes y usos y costumbres de la época colonial escritos de forma elegante y amena.

Como reconocimiento a su arduo trabajo en pro de las letras, en aquel mismo año de 1919, la Academia Mexicana de la Lengua lo recibió como miembro de número, ocupando el lugar que le correspondía a Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916). El discurso que pronunció aquel día fue titulado “El estilo epistolar en la Nueva España” en el que realizó un estudio sobre las *Cartas de Relación* escritas por Hernán Cortes y dirigidas a Carlos V, a las que consideró “de la más grande importancia histórica, y hasta como fundamento de nuestra literatura patria”. Sin embargo, antes de entrar de lleno al tema elegido, inició su disertación evocando la figura del insigne personaje al que “por capricho del destino” sustituía como miembro de la Academia.

Si no cabe comparación entre la obra del insigne escritor y la del que tiene hoy el honor de dirigirles la palabra, hay, sin embargo, un punto de contacto entre el gigante y el pigmeo: la afición decidida que éste tiene a la historia de Méjico, especialmente en lo que se refiere a los tres siglos coloniales. Es indudable que la sangre hispana, que heredé de mis mayores, háceme ver con simpatía todo cuanto a la Madre Patria se refiere.<sup>352</sup>

Naturalmente encontramos este orgullo hacia lo español en gran parte de sus obras. Además de ser un estudioso de la cultura virreinal, Manuel Romero de Terreros se destacó por ser uno de los primeros exponentes de la historia del arte en México. En el año de 1921

---

<sup>352</sup> Manuel Romero de Terreros, “El estilo epistolar en la Nueva España”, en *Memorias de la Academia de la Lengua*, México, tomo IX, 1905-1925, México, Jus, 1954, pp. 221-222

la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional lo comisionó para que escribiera un estudio sobre la arquitectura, la pintura y demás artes que se desarrollaron durante la época virreinal. El resultado fue su *Historia sintética del arte colonial* (1922) que, “a pesar de sus errores y omisiones”, esperaba que sirviera “de estímulo para estudiar y amar el arte colonial” que debía “reputarse como el arte verdaderamente mexicano”.<sup>353</sup>

Desde este momento mantendría una estrecha relación con la Universidad Nacional, primordialmente como colaborador en los cursos de verano organizados por Pedro Henríquez Ureña y cuya finalidad fue en un principio traer estudiantes norteamericanos a México para que estudiaran la cultura, el arte y la historia del país.<sup>354</sup> En 1925 le escribió una carta a Luis González Obregón en la que manifestó lo siguiente: “Aquí nos tiene usted instalados en el vetusto Mascarones. No sé cuándo volveremos a la antiestética llamada Universidad que nos legó la llamada Dictadura”.<sup>355</sup> Además de su crítica a la Universidad, la misiva también nos muestra su velada añoranza, nada fuera de lo común en la época, al gobierno de Porfirio Díaz.

Desde ese año la Casa de los Mascarones sería ocupada por la Universidad Nacional para dar los cursos de verano, es muy probable que el marqués de San Francisco impartiera ahí alguna materia sobre el arte colonial. Posteriormente se desempeñaría como profesor en el Instituto de Investigaciones Estéticas fundado en 1936 en sustitución del Laboratorio de Arte formado un año antes por Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados y Luis MacGregor.<sup>356</sup>

---

<sup>353</sup> Manuel Romero de Terreros, *Historia sintética del arte colonial*, México, Porrúa, 1922, pp. 5-6

<sup>354</sup> Julio Jiménez Rueda, *El México que yo sentí (1896-1960). Testimonios de un espectador de buena fe*, México, CONACULTA, 2001, pp. 131-132

<sup>355</sup> AHAMH, *Expedientes de Académicos*, “Carta de Manuel Romero de Terreros a Luis González Obregón, México, agosto 27 de 1925”

<sup>356</sup> “Aniversario”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen IV, número 13, 1945; Manuel Toussaint, “Veinte años de investigaciones Estéticas”, en *Anales del Instituto de Investigaciones*

También obra destacada fue *Las artes industriales en la Nueva España* (1923) en la que se dedicó al estudio de la orfebrería, el hierro forjado, las obras trabajadas en bronce (armas, sillas, jaeces y carruajes), la madera tallada, dorada y pintada, la marquetería, la construcción del mobiliario eclesiástico y civil, la escultura en marfil, la cerámica, los tejidos y bordados y otros trabajos artesanales que se establecieron desde las primeras décadas del virreinato.<sup>357</sup>

Este amor manifiesto a la cultura española también se vería reflejado en su interés por la literatura. En *Nociones de literatura castellana* (1926) hizo un recorrido histórico por los representantes más prominentes de las letras hispánicas desde el siglo VI hasta el XX. Empresa sumamente ambiciosa que, sin embargo, pudo llevar a buen puerto. En el prefacio de la obra nos advierte que su trabajo no tuvo más objeto “que el de refrescar la memoria de los estudiantes de historia de la literatura castellana”.<sup>358</sup>

Por otro lado, el coahuilense Carlos Pereyra (1871-1942) es otro caso representativo del hispanismo –o en su caso hispanoamericanismo– tradicionalista (aunque no del todo católico) que con el pasar del tiempo se fue tornando más y más ortodoxo.<sup>359</sup> Aunque estudió derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en la capital del país, nunca

---

*Estéticas*, volumen VI, número 22, 1954, pp. 5-13; Justino Fernández, “XXV Aniversario del Instituto de Investigaciones Estéticas”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen VIII, número 30, 1961, pp. 5-7; Justino Fernández, “Manuel Romero de Terreros y Vinent, 1880-1968”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen X, número 37, 1968, pp. 8-10

<sup>357</sup> Manuel Romero de Terreros, *Las artes industriales en la Nueva España*, México, Librería de Pedro Robredo, 1923, pp. 9-10

<sup>358</sup> Manuel Romero de Terreros, *Nociones de literatura castellana*, Boston, D. C. Heath and Company, 1927 (1926), pp. III-IV. Otras obras que retratan sus intereses artístico-culturales de raíces hispánicas es *Siluetas de Antaño* (1937) que recoge una variedad de pequeños escritos sobre temas como “Don Vasco de Quiroga”; “fray Andrés de Olmos y la fundación de Tampico”; “Las campanas de Acatlán”; entre otros estudios, y su *Hernán Cortés, sus hijos y nietos, caballeros de las Órdenes Militares* (1919, 1944) en donde se interesó por la *heráldica* y la *genealogía*. Básicamente se centró en los escudos de armas de los conquistadores y en los títulos nobiliarios de las familias mexicanas.

<sup>359</sup> Un caso similar es el de José Vasconcelos a quien Luis Barrón ubica, junto a Luis Cabrera, dentro de la categoría de los “conservadores liberales”. Luis Barrón, “Conservadores liberales: Luis Cabrera y José Vasconcelos, reaccionarios y tráfugas de la Revolución”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CONACULTA, 2009, tomo II, pp. 435-466

ejerció la profesión y se dedicó a sus dos grandes pasiones que fueron la historia y las letras. Fue profesor de historia patria, sociología y lengua nacional en la Escuela Nacional Preparatoria, de la que había sido también alumno.<sup>360</sup>

Como tantos otros inició su carrera historiográfica bajo la guía de Genaro García, con el que trabajó en la elaboración del volumen *Documentos inéditos y muy raros para la historia de México* (1905-1906), y como colaborador de Justo Sierra en la realización del libro *Juárez. Su obra y su tiempo* (1905-1906). Después sería compañero de Victoriano Salado Álvarez (1867-1931)<sup>361</sup> en la embajada de México en Washington bajo las órdenes de Enrique Creel.<sup>362</sup> En Estados Unidos, además atender sus obligaciones diplomáticas, Pereyra se dedicó al estudio de los archivos y bibliotecas. Producto de aquellas investigaciones fueron sus estudios *La doctrina Monroe* (1908) y *El mito de Monroe* (1916).<sup>363</sup>

Durante el gobierno de Victoriano Huerta fue designado subsecretario de Relaciones Exteriores y después nombrado embajador en Bélgica y los Países Bajos. Desde 1915, tras la victoria de las fuerzas carrancistas, fue cesado de sus funciones y a partir de 1916 radicó de manera definitiva en España. Desde ese momento en sus trabajos historiográficos se reflejaría más claramente su interés por la influencia española en

---

<sup>360</sup> José Bravo Ugarte, “Carlos Pereyra, el historiador de la hispanoamericanidad”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Academia, op.cit.*, discurso tomado originalmente de las *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo IV, número 3, pp. 231-253

<sup>361</sup> Nació en Teocaltiche, Jal. Se trasladó a Guadalajara para estudiar la secundaria. En la misma ciudad estudió derecho y se tituló de abogado en 1890. Radicó en la ciudad de México desde 1900. Se desempeñó en cargos judiciales, ejerció el periodismo y escribió diversas obras narrativas. Fue fundador de *El Estado de Jalisco* y director de *La República Literaria*. Redactor de *El Imparcial* y de *El Mundo lustrado*. Entre 1915 y 1931 escribió intensamente para *Excelsior*, *El Universal*, *El Informador* (Guadalajara), entre otros periódicos. Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (desde 1908). *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 3055-3056

<sup>362</sup> Alberto María Carreño y Jesús Guiza y Acevedo, “Carlos Pereyra”, en José Luis Martínez (editor), *Semblanzas..., op.cit.*, pp. 429-433

<sup>363</sup> Para profundizar en el tema véase Andrés Kozel y Sandra Montiel, *Carlos Pereyra y la doctrina Monroe*, México, El Colegio de México, 2009



América. Podríamos decir que se “españolizó”, ya que para algunos es notorio un cambio de perspectiva en sus trabajos historiográficos antes y después de su traslado a la península ibérica. El liberalismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en cercana convivencia con el positivismo comtiano y spenceriano, que había influenciado sus primeros textos y primeras polémicas historiográficas, se transformó en un hispanoamericanismo antinorteamericano y hacia el final de sus días en un hispanismo de línea franquista.<sup>364</sup>

Su visión hispanoamericanista se muestra en obras como *Bolívar y Washington. Un paralelo imposible* (1917) –en la que exaltó el origen aristocrático de las repúblicas al sur del río Bravo–, *La obra de España en América* (1920), *La conquista de las rutas oceánicas* (1923), *La historia de América española* (1920-1924) y *Las huellas de los conquistadores* (1929).<sup>365</sup>

En el prólogo de *La obra de España en América* Pereyra se esmeró en dejar en claro su posición ideológica:

La tendencia del autor es esencialmente crítica. Estima que una admiración indiscreta daña tanto o más que una hostilidad cerrada, sobre todo cuando lo que se busca no es defensa de causas, sino descubrimiento de verdades. Convertir leyendas negras en leyendas blancas es tan ilegítimo para la crítica como lo contrario [...] Se afirma aquí la admiración a España, pero es una admiración que nace del objetivismo, del estudio ecuánime de los hechos, emprendido con espíritu desinteresado.<sup>366</sup>

Bajo este afán crítico y científicista, nuestro autor cuestionó el trabajo de algunos historiadores por sus inexactitudes con respecto a España, la Nueva España y América: W. Cunningham, *An Essay on Western Civilisation in its Economic Aspects: Medieval and*

---

<sup>364</sup> Priscila Pilatowsky, “Sobre historiografía americanista y un caballero de la hispanidad: Carlos Pereyra en España (1916-1942)”, artículo inédito de próxima aparición en *Revista de Indias*, citado con autorización de la autora.

<sup>365</sup> Edberto Oscar Acevedo, *Carlos Pereyra. Historiador de América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1986, pp. 13-69

<sup>366</sup> Carlos Pereyra, *La obra de España en América*, Madrid, Miguel Aguilar, 1930, pp. 5-6

*modern times* (Cambridge, 1910); James Bryce, *South America* (Londres, 1912), y M. de Launay, *La conquete minerale*, (París, 1919). También mencionó que el americanista M. Marius André (1868-1927) –amigo suyo y colaborador con Charles Maurras en *L'Action française*–, encontró “cincuenta y tantos errores en menos de media docena de páginas” en una obra de Seignobos en la que se abordaba la historia de los países hispanoamericanos. En suma pensaba que “la crítica europea”, entiéndase francesa e inglesa, dejaba pasar cuanto se refería a España “porque para ella” África comenzaba en los Pirineos.<sup>367</sup> Gracias a la rigurosidad metodológica de sus investigaciones y su habilidad literaria, Pereyra fue reconocido entre lectores de ambas orillas del Atlántico como un historiador que se apegaba a la verdad pese a la ausencia en sus trabajos de un riguroso aparato crítico.<sup>368</sup>

Aunque permaneció en el extranjero gran parte de su vida, Carlos Pereyra fue muy pronto reconocido por sus colegas mexicanos. Fue designado miembro de la Academia Mexicana de la Historia en 1933, gracias a que sus conocimientos históricos habían sido comprobados “ampliamente en sus meritísimas obras”.<sup>369</sup> Tras su muerte, Vito Alessio Robles, compañero suyo en la institución, también haría un interesante balance de su trabajo historiográfico:

En toda la obra de Pereyra campea un fuerte y arraigado sentimiento de hispanidad. Podría llamársele con toda justicia el más denodado adalid de la unión hispano-americana, de la fraternidad de todos los pueblos que arrancan del fuerte tronco español.<sup>370</sup>

Para contrastar este tipo de hispanismo tradicionalista dentro de la Academia, es importante referirnos a Genaro Estrada quien, aunque también manifestó en sus escritos interés por la literatura y cultura española, su hispanismo fue de corte liberal.

---

<sup>367</sup> *Ibid.*, pp. 9-13

<sup>368</sup> Priscila Pilatowsky, “Sobre historiografía americanista...”, *op.cit.*

<sup>369</sup> AHAMH, *Libro de Actas*, sesiones 31 de mayo y 28 de julio de 1933

<sup>370</sup> Vito Alessio Robles, “El historiador Carlos Pereyra”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, julio-septiembre de 1942, p. 286

Además de interesarse por temas historiográficos y bibliográficos, Genaro Estrada también escribió poesía y prosa de manera sobresaliente. Entre sus obras narrativas y novelas destacan *Visionario de la Nueva España. Fantasías Mexicanas* (1921) y *Pero Galin* publicada en 1926 por la editorial Cvltvra. Lo interesante de estos dos textos es que en ellos plasmó sus ideas y sentimientos con respecto a la época colonial de la que era tan afecto. Sin embargo satirizó a los “colonialistas” y con ello demostró que se encontraba lejos de defender una posición católica como la de Romero de Terreros.<sup>371</sup>

Su *Visionario de la Nueva España* es una colección de historias que retratan la época virreinal desde una mirada romántica del pasado. Nos presenta una ciudad de México que aún resguardaba, a pesar del paso del tiempo y los cambios propios de la época moderna, construcciones de antaño, mudos testigos de la herencia española.

Salíamos [...] a recorrer la ciudad, huyendo de la vida moderna, para refugiarnos en los sitios más lejanos o en los lugares más inadvertidos [...] visitamos las capillas pobres [...] detuvimos cien veces ante las portadas antiguas y cien veces recorrimos sus primores minuciosos; aprendimos de memoria las oraciones en latín embutidas en los nichos herrumbrosos; subimos a los campanarios y en más de una ocasión encontramos todavía, al volver una esquina o en la banca de un jardín solitario, a un hombre del siglo XVI. En suma, captamos una nueva pasión, aprendimos a amar esta vieja ciudad de México [...] Encontramos que la tradición de México, casi siempre libresca y fantasmagórica, es realmente bella y profundamente humana y que la ciudad encierra, íntegramente, el alma de los siglos.<sup>372</sup>

Algunos años después, desde una mirada autocrítica del género colonialista más que apologética, en *Pero Galin* (1926) volvió a manifestar su pasión por los siglos coloniales. La novela inicia con un apartado ensayístico titulado “Género” en el que, como su nombre lo indica, se examinan las características muy particulares de este tipo de literatura

---

<sup>371</sup> Para contextualizar el lugar que ocupó Genaro Estrada dentro de la novela colonialista véase María del Carmen Millán, “Genaro Estrada, literato”, en *Homenaje a Genaro Estrada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1986, pp. 37-49

<sup>372</sup> Genaro Estrada, “Visionario de la Nueva España. Fantasías Mexicanas”, en *Obras Completas*, México, Siglo XXI, 1988, tomo I, pp. 82-83

“colonizante”. Mientras que en el siguiente apartado “Ometecuhli y Habedes”, desarrolla de manera sintética las agrias disputas entre indigenistas e hispanistas por agenciarse desde el siglo XIX el derecho de expresar la mexicanidad y lo “autóctono”.<sup>373</sup>

En cuanto al género colonialista, que es el que aquí nos interesa resaltar, Estrada destacó la labor emprendida por Luis González Obregón quien desenterró toda una tradición que parecía olvidada de prelados y monjas, galeones españoles, oidores y virreyes, quemaderos inquisitoriales, hechiceras, cordobanes y escudos de armas.

Cada objeto era una evocación; cada evocación era un tema. Y para el desarrollo de cada tema se acomodó un léxico especial, hecho de giros conceptuosos y torturados, de olvidados arcaísmos, de frases culteranas, de gongorismos alambicados [...] Surgió, en una palabra, la fabla.<sup>374</sup>

La fabla era “la médula del colonialismo aplicado a las letras”. Era, en pocas palabras, desarrollar cualquier tema ubicado entre los siglos XVI al XVIII y utilizar palabras que sonasen al estilo “colonial” como en el caso de sustituir *ésta* por *aquesta*, *sucesos* por *subcesos*, etc. De forma sarcástica Estrada retrató a este tipo de escritores que durante los años veinte habían disputado a los indigenistas el lugar de privilegio en la cultura nacional:

El escritor colonialista conoce bien estas triquiñuelas y las usa con aplicada técnica. Helo aquí ya en su mesa de trabajo, con la pluma alerta, porque una sociedad “artístico-recreativa” lo ha invitado para colaborar en cierto álbum, cuyos productos se destinarán a un asilo de señores sin trabajo. Habrá en el álbum [...] artículos que, según lo anuncia el prospecto, *reflejarán fielmente los diversos aspectos de la vida nacional, en sus múltiples manifestaciones.*<sup>375</sup>

Con esta obra que rallaba en la comicidad Genaro Estrada logró tomar distancia de las prácticas literarias y nacionalistas defendidas por los colonialistas comunes. Aunque siguió interesado en las fuentes historiográficas de la época, lo hizo desde una postura

---

<sup>373</sup> Genaro Estrada, “Pero Galín”, en *Obras Completas*, México, Siglo XXI, 1988, tomo I, p. 119-122

<sup>374</sup> *Ibid.*, p. 123

<sup>375</sup> *Ídem.* Cursivas en el original.

menos romántica y apasionada, actitud que caracterizaría a las generaciones posteriores de estudiosos del pasado.<sup>376</sup>

Recapitulando lo dicho hasta ahora, tenemos que el hispanismo como corriente historiográfica en México se manifestó en tres vertientes básicas: una línea panhispanista y combativa al estilo de Francisco Elguero y algunos colaboradores de su revista *América Española*; otra tradicionalista (o liberal-conservadora) como la de Carlos Pereyra; y la liberal de Genaro Estrada quien supo desembarazarse del catolicismo doctrinario que caracterizaba a sus otros colegas.

En la Academia Mexicana de la Historia se dieron cita estas tendencias. Además del hispanismo de diferentes tonalidades, los miembros de dicha institución defendieron las tradiciones locales, la de los diferentes rincones del país, como una estrategia historiográfica/intelectual para contrarrestar el dominio homogeneizador del discurso oficial. Por ello, durante la celebración del Centenario de la consumación de la Independencia la comunidad tradicionalista y católica defendió las figuras de Hernán Cortés y de Iturbide.

Así, con el estudio de los primeros maestros de la disciplina y la conformación de estos grupos historiográficos hemos abordado sólo una parte, aunque sustancial, del gremio que se iba consolidando durante las primeras décadas del siglo XX. En los siguientes capítulos nos concentraremos en otras comunidades para entender la confrontación ideológica presente entre ellas.

---

<sup>376</sup> Otro ejemplo es el de Luis Castillo Ledón (siete años mayor que Genaro Estrada) quien en su libro *La conquista y colonización española en México. Su verdadero carácter* (1932) privilegió una visión mestiza o mediadora entre hispanistas e indigenistas. Aseveró que los estudios que se habían realizado sobre el tema que le ocupaba se habían caracterizado por ser investigaciones parciales (carentes de objetividad).

### **Capítulo III**

#### **Academización e interdisciplinaridad**

En este tercer apartado nos centraremos en algunas sociabilidades como la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, publicación que pese a su corta duración es un referente obligado para conocer los grupos y las tendencias historiográficas en el México de los años veinte. La segunda sección del capítulo la dedicamos a los Congresos de Historia Patria que se llevaron a cabo desde 1933 hasta la década de los cuarenta. Finalmente, en la tercera parte estudiamos a las editoriales y otras revistas desde donde se dieron a conocer las diferentes facciones que se iban afianzando en el país.

Como su título lo indica, en el presente capítulo buscamos abordar la compleja relación entre los grupos académicos historiográficos que fueron surgiendo en el país, primordialmente en la capital, y otras disciplinas como la arqueología, la antropología y la sociología. Además, nos interesa aclarar que hacia finales de la década de los veinte el historiador tomó conciencia de sí mismo (de los baluartes de su propio gremio) y los vínculos naturales que debía mantener con otras comunidades hermanas. ¿Quiénes eran los historiadores hacia finales de la década de los veinte y la década de los treinta? ¿En qué publicaciones daban a conocer sus trabajos y en qué instituciones enseñaban? ¿Qué otras comunidades surgieron durante este periodo y cómo disputaron su lugar dentro del gremio? ¿Cómo y cuándo se afianzaría la conciencia crítica e historiográfica que caracterizaría el proceso de profesionalización de la disciplina en México durante los años cuarenta?

¿Quiénes eran los historiadores?

Hacia 1928 la Secretaría de Relaciones Exteriores publicó un texto titulado *Señas de escritores y artistas mexicanos* en el que se efectuó un listado de los intelectuales más importantes de México en opinión del Estado. El documento está dividido en tres secciones: Escritores de México (prosistas, poetas, filósofos); Historiadores, y, por último, Pintores y dibujantes. El segundo grupo, que es el que aquí nos interesa, está conformado por 45 historiadores radicados en la ciudad de México y en el interior de la República. Gracias a una advertencia que se encuentra al inicio del apartado sabemos que dicha lista se basó en gran medida en los miembros de la Academia Mexicana de la Historia (correspondiente a la Real de Madrid) y los que se desempeñaban como profesores en la Universidad Nacional o que trabajaban en otras instituciones públicas como Manuel Gamio, Nicolás León, Alfonso Caso, quienes, como es bien conocido, se habían destacado en el terreno de la antropología y la arqueología.<sup>377</sup>

Como ya lo adelantamos, Genaro García, Luis González Obregón y Jesús Galindo y Villa fueron los tres grandes maestros de la profesión durante las dos primeras décadas del siglo. Desde instituciones como el Museo Nacional, la Escuela de Altos Estudios y el Archivo General de la Nación enseñaron las técnicas y metodologías básicas del oficio.

Al mismo tiempo, historiadores como Alfonso Toro, Genaro Estrada, José de Jesús Núñez y Domínguez, Vito Alessio Robles, Alberto María Carreño, Luis Castillo Ledón, Mariano Cuevas S.J., Francisco Fernández del Castillo, Ricardo García Granados, Federico Gómez de Orozco, Rafael Heliodoro Valle, Juan Bautista Íguiniz, Carlos Pereyra, Manuel

---

<sup>377</sup> *Señas de escritores y artistas mexicanos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928, pp. 41-53. Obra también citada por Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, op.cit., p. 166. Véase el Anexo de los 45 historiadores.

Romero de Terreros, Victoriano Salado Álvarez, Alfonso Teja Zabre, Artemio del Valle Arizpe, entre otros, se educaron en estos “laboratorios” disciplinares y muy pronto destacaron con sus primeras obras.

Con base en la investigación que hemos realizado hasta este momento, podemos puntualizar que hacia el final de esta segunda década del siglo convivían diferentes grupos o *escuelas* en el pensamiento historiográfico mexicano unidas por un mismo tronco empirista pero con ideologías en algunos casos opuestas. En primer lugar, se afianzó la tendencia hispanista y católica, que provenía desde el siglo XIX: principalmente en la Academia Mexicana de la Historia y en la revista *América Española*. Paralelamente se desarrolló una segunda facción más cercana a los intereses del estado postrevolucionario que rescató a la cultura indígena y al mestizo como raíces identitarias y se caracterizó por su posición secular, en algunos casos crítica del hispanismo y del catolicismo doctrinal. Un claro ejemplo de esta última tendencia sería Alfonso Toro quien en sus obras *Un crimen de Hernán Cortés* (1922); *Compendio de Historia de México. La dominación española* (1926) y *Compendio de Historia de México. La Revolución de Independencia y México independiente* (1926) se mostró hispanófobo.<sup>378</sup>

En una tercera vertiente, mediadora entre estos dos grupos antagónicos, ubicamos a los colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* fundada en la ciudad de México por Alfonso Caso y Manuel Toussaint y a historiadores como Genaro Estrada. Este

---

<sup>378</sup> Las obras de Alfonso Toro que consultamos pertenecían a Luis González Obregón y están resguardadas en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia. Un dato interesante es que los tres libros están dedicados. En *Un crimen de Hernán Cortés* se lee lo siguiente: “Para el más distinguido de los historiadores mexicanos, con la admiración y el respeto de Alfonso Toro” (México, junio de 1922). Mientras que en los otros dos volúmenes el autor escribió: “A don Luis González Obregón con mi afecto y mi agradecimiento” (México, 17 de junio de 1926) y “A mi querido amigo, el historiador y erudito D. Luis González Obregón cuyas observaciones y consejos fueron útiles para la formación de la obra” (México, febrero de 1927). Como vemos, pese a que existían marcadas diferencias ideológicas entre los dos historiadores, ello no impedía que se relacionaran y compartieran información como colegas del mismo oficio.



panorama se polarizaría aún más a inicios de la década de los treinta cuando apareció en escena el marxismo historiográfico.

Hacia finales de la década de los veinte surgió una publicación que pese a su corta duración puede ser un observatorio idóneo para entender la nueva figura del intelectual de transición y su impacto en la disciplina historiográfica. Nos referimos a la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* (1927-1928) del arqueólogo Alfonso Caso y del historiador del arte Manuel Toussaint. La revista muestra el ambiente académico e interdisciplinario que se respiraba en México y que poco a poco iría propiciando nuevos espacios de sociabilidad.

Caso nació el año de 1896 en la ciudad de México y estudió Leyes como la mayoría de los jóvenes de su época que se interesaban en las humanidades y las ciencias sociales. Fue profesor en la Facultad de Derecho de la UNAM. Estudió con Hermann Beyer (1880-1942) iniciándose, de esta manera, como conocedor de la disciplina arqueológica en la que destacaría enormemente en México. En 1931 comenzó sus exploraciones en Monte Albán, hecho que le daría fama internacional y en 1939 fundó el INAH, institución que lograría concretar sus más altos anhelos: la combinación de la antropología y la historia en una misma institución y afianzar los estudios prehispánicos en México con apoyo de una documentación colonial pertinente.<sup>379</sup>

Pero antes de convertirse en un afamado arqueólogo, se vinculó durante los años veinte con los grandes fundadores de la antropología mexicana. Esta “red científica”, como la ha llamado Mechthild Rutsch, estuvo conformada por antropólogos como Moisés Sáenz, Othón de Mendizábal, Manuel Gamio, Hermann Beyer –editor de la revista *México Antiguo*

---

<sup>379</sup> Marcus Winter, “Alfonso Caso y la arqueología de Oaxaca”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, pp. 71-86

surgida en 1919– Juan Enrique Palacios, Alfonso Toro y los más ligados al Museo Nacional como Jesús Galindo y Villa y Nicolás León.<sup>380</sup> La relación de Caso con Herman Beyer sería determinante para sus futuros intereses arqueológicos. Él mismo reconoció que su primer encuentro con el estudioso alemán se dio en 1924 en los cursos de arqueología mexicana que éste impartía en la Escuela de Altos Estudios.<sup>381</sup>

Efectivamente, durante ese periodo se impartían en la Universidad las asignaturas de arqueología, etnología, fonética y antropología a cargo de profesores como Herman Beyer, Rodolfo Schuller, Pablo González Casanova y Nicolás León. Mientras que la historia de España y del arte serían impartidas por Luis Vázquez Torné y Carlos Lazo; geografía por José Luis Osorio Mondragón, Pedro C. Sánchez y José G. Aguilera; historia por Jesús Galindo y Villa, meteorología por Basilio Romo, botánica y zoología por Guillermo Gándara y Alfonso L. Herrera.<sup>382</sup>

En gran medida los colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* privilegiaban disciplinas como la arqueología, la antropología y la etnología, pero sin olvidarse de la historia novohispana –principalmente con respecto al arte y la arquitectura– bajo el liderazgo de Toussaint quien durante aquella época iniciaba su importante labor como historiador del arte barroco.

---

<sup>380</sup> Mechthild Rutsch, “Ramón Mena y Manuel Gamio. Una mirada oblicua sobre la antropología mexicana en los años veinte del siglo pasado”, en *Relaciones*, número 88, otoño 2001, volumen XXII, p. 84. Entre los colaboradores de *El México Antiguo* destacaban Frederick K. Mullerried, Alfonso Caso, Pablo González Casanova, Rafael García Granados, Federico Gómez de Orozco, Nicolás León, Eduardo Noguera, Zelia Nutall, Enrique Juan Palacios, Hugo Kunike, Roque Ceballos Novelo (todos ellos colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*), Jacques Soustelle, Eric Thompson, Rudolph Schuller, entre otros. Muchos de los colaboradores de esta revista formaban parte de la Agrupación Alemano-Mexicana (Deutsch-Mexikanische Gessellschaft) fundada en México en 1920. Jaime Noyola Rocha, *op.cit.*, p. 156

<sup>381</sup> Alfonso Caso, “Herman Beyer”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1944)*, volumen 6, números 1-3, enero-diciembre de 1942, pp. 29-34

<sup>382</sup> *Memorandum* relativo a grupos de enseñanzas indispensables en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional y a profesores que las desempeñen, 1924, en Libertad Menéndez Menéndez, *Escuela Nacional de Altos Estudios... , op.cit.*, pp. 142-143

Toussaint originario también de la ciudad de México (1890), ingresó en 1907 a la Escuela Nacional Preparatoria con sede en el viejo edificio de San Ildefonso. Hacia 1910 hizo amistad con algunos miembros del *Ateneo de la Juventud* como Alfonso Reyes y José Vasconcelos y estudió en la Academia de San Carlos (Escuela Nacional de Bellas Artes). Fue profesor durante 1914 de Lengua Española en la Escuela Nacional Preparatoria y durante ese mismo año publicó, junto con Antonio Castro Leal y Alberto Vázquez del Mercado, *Las cien mejores poesías líricas mexicanas* bajo el sello de la editorial Porrúa. En 1915 fue bibliotecario del Museo Nacional, en 1916 de la Dirección General de Bellas Artes, y en 1917 de la Escuela de Altos Estudios.<sup>383</sup>

Con la publicación de su libro *Poesías escogidas de Sor Juana* (1916), su reconocimiento como crítico literario creció entre sus contemporáneos como Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal, y con algunos miembros de generaciones anteriores como la de Enrique González Martínez, con el que colaboraría en la revista *Pegaso* creada en 1917. Durante ese año, en plenas escaramuzas revolucionarias, también inició su fructífera colaboración con los hermanos Agustín y Ricardo Loera y Chávez (secretario de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*), quienes fundarían, junto al ateneísta Julio Torri (1889-1970), la editorial *Cvltvra* que se convertiría en gran impulsora de las letras mexicanas.

En 1919 inició con Agustín Loera y Chávez la editorial *México Moderno* y posteriormente sus colaboraciones en la revista del mismo nombre. Ese año también publicó *Saturnino Herrán y su obra*.<sup>384</sup> Al mismo tiempo colaboró con Castro Leal en temas relacionados con el folklore, dio conferencias sobre arte colonial en la Universidad

---

<sup>383</sup> Jorge Alberto Manrique, "Manuel Toussaint", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, p. 50

<sup>384</sup> *Ibid.*, p. 51

Popular y continuó publicando prólogos para *Cvltvra*.<sup>385</sup> Además de estas alianzas de tipo literarias, la inclinación de Toussaint hacia la historia también lo relacionaría con Luis González Obregón.<sup>386</sup>

Hacia 1928 fue nombrado director de la Escuela Nacional de Bellas Artes y organizó el Seminario de Investigaciones de Arte en México de la Secretaria de Hacienda, primeros pasos de su posterior consolidación como uno de los estudiosos más importantes del arte en México y pieza clave en la institucionalización de esta disciplina.<sup>387</sup>

Como ya lo adelantamos, estos intereses intelectuales de los dos directores marcaron el rumbo del proyecto editorial de la *Revista*. En las palabras preliminares del primer número de la publicación podemos encontrar sus objetivos inmediatos. De entrada se convocó a “todas las personas que en México” cultivaban los estudios históricos incluyendo a los extranjeros y se declaró que la revista no era “órgano ni de un grupo, ni de un criterio, ni de una época”. Dicho con otras palabras, los colaboradores no pretendían que se les vinculase “al gremio que se ha dado en llamar de *historiadores consagrados*”. Sin embargo se aceptó que, debido a la “amplitud de miras” que los animaba y haciendo caso omiso de “simpatías personales”, uno de los objetivos primordiales de la nueva empresa era que “todas las inteligencias y todas las informaciones” se unieran para un mismo fin,

---

<sup>385</sup> Serge I. Zaitzeff (compilador), *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, México, El Colegio Nacional, 1990, pp. 8-9

<sup>386</sup> Un claro ejemplo de la cercana relación entre Toussaint y González Obregón es que con motivo del cumplimiento de los cien años de la muerte de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* conmemoró esta fecha significativa con la reimpresión del “Testamento Político del Pensador” que, en palabras del grupo editorial, podía considerarse inédito, “si se atiende a su extraordinaria rareza”. Tanto el “Testamento” como la partida de defunción de Fernández de Lizardi le fueron proporcionados a Toussaint por Luis González Obregón. Alfonso Caso/Manuel Toussaint (Dir.), *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, mayo-junio 1927, número 3, pp. 129-137 y julio- agosto, número 4, pp. 184-190

<sup>387</sup> Antonio Castro Leal, “Manuel Toussaint”, en José Luis Martínez, *Semblanzas*, op. cit., pp. 567-568

evitando defender a ultranza banderas e intereses. En suma, la revista pretendió ser “el portavoz independiente de los historiadores mexicanos”.

De esta manera la redacción saludó “cordialmente a las instituciones oficiales”, a la Dirección de Arqueología, al “venerable” Museo Nacional, al Archivo General de la Nación; a la Academia Mexicana de la Historia; a las “beneméritas” Sociedades “Antonio Alzate” y de Geografía y Estadística, y a la de Historia de la Ciudad de México.<sup>388</sup> Es decir, se reconoció la herencia desde la que las nuevas generaciones hablaban y manifestaban sus ideas, los lineamientos disciplinarios que los maestros les habían legado.

Sin embargo, también se hizo hincapié en que era indispensable respetar las diferentes formas de pensar, dado que “la verdad histórica” era “algo tan relativo” en donde “el criterio personal” era “algo que cae de toda catalogación, algo que no puede separarse del individuo, como su misma idiosincrasia”.

Consideramos que pese a que se continuaron fomentando los estudios históricos de tintes científicistas, estamos ante las primeras muestras de una clara inconformidad en México hacia este tipo de estudios. Es muy probable que algunos historiadores, influidos por las investigaciones antropológicas, adquirieran un espíritu crítico muy cercano al relativismo cultural característico en algunos sectores intelectuales de las primeras décadas del siglo XX. En esta transformación el reconocimiento del indígena vivo, olvidado por el liberalismo porfirista, y las múltiples historias locales del país fueron ganando espacios ocupados únicamente por la Historia Nacional.<sup>389</sup>

La revista tuvo como lógica extender el campo disciplinar hacia aquellos conocimientos auxiliares de la Historia o derivados de ella, “que cada día adquieren más

---

<sup>388</sup> Alfonso Caso/Manuel Toussaint (Dir.), *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, México, Cvltvra, tomo I, enero-febrero 1927, número I, pp. 1-2

<sup>389</sup> Annick Lempérière, “Los dos centenarios...”, *op.cit.*

importancia y son como el complemento de la simple narración de los hechos”: la arqueología, la etnografía, la antropología, la lingüística, el folklore, la historia de las instituciones sociales, de las artes, las letras y las industrias y otras manifestaciones “que se relacionan con el pasado de un pueblo”.<sup>390</sup> Así este proyecto historiográfico involucró a diversas ciencias sociales.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX el nacimiento de la antropología como profesión implicaba que sus practicantes tendrían una especie de misión sagrada: la de sacar a la luz y preservar el patrimonio nacional. Los antropólogos postrevolucionarios proclamaron estar comprometidos no sólo con el pasado indígena sino con el mejoramiento social y económico de la población indígena contemporánea.<sup>391</sup>

El recurso utilizado por el Estado mexicano en su afán nacionalista fue exaltar el valor étnico y arqueológico de las culturas autóctonas. Estas medidas se iniciaron durante los años finales del porfiriato debido a la necesidad de llamar la atención de los países extranjeros hacia México (principalmente para atraer capital europeo o estadounidense). Con la exaltación de monumentos y ruinas arqueológicas como Teotihuacán, se inició “una constante marca de la arqueología nacional: su productividad orientada al reforzamiento ideológico estatal”. Tanto en el periodo de Porfirio Díaz como en los de Madero, Carranza, Obregón y Calles, quedó formalizado el valor histórico y social del pasado prehispánico y se consolidó el concepto que vendría a dar la pauta social, ideológica y legal de los restos arqueológicos, esto es, su status de “patrimonio cultural”.<sup>392</sup>

---

<sup>390</sup> Alfonso Caso/Manuel Toussaint (Dir.), *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, op.cit., pp. 1-2

<sup>391</sup> Guillermo de la Peña, “Nacionales y extranjeros en la historia de la Antropología Mexicana”, en Mechthild Rutsch (compiladora), *La Historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, UIA/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 42

<sup>392</sup> Ignacio Rodríguez García, “Recursos ideológicos del Estado Mexicano: el caso de la arqueología”, en Mechthild Rutsch (compiladora), *La Historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, UIA/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, p. 86

Debemos recordar que desde principios de la centuria surgieron tres instituciones clave para el desarrollo de la arqueología y la antropología en México: el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (1911-1915); la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (1910-1920), y la Dirección de Antropología y Poblaciones Regionales de la República (1919-1924). Desde estos centros de investigación, los mexicanos Cecilio Robelo (1839-1916), Nicolás León (1859-1929), Andrés Molina Enríquez (1868-1940), Manuel Gamio (1883-1960) y los extranjeros Edward Seler (1849-1922) y Franz Boas (1858-1942), fueron algunos de los más destacados representantes de la antropología en México que influenciaron a la historia como disciplina. Concretamente, con la publicación en 1922 de la obra *La población del Valle de Teotihuacán* se dio un carácter integrador de varias disciplinas como la antropología, la historia, la lingüística, la etnografía y la sociología, que fijó las pautas para el estudio de las culturas mesoamericanas y sus restos materiales. Este carácter integrador de la investigación se encuentra en la concepción de Gamio sobre la problemática de la población indígena del país desde una mirada culturalista y no biológica que retomó de su maestro Franz Boas. La influencia de Boas fue determinante para el impacto de la antropología culturalista en México ya que su pensamiento era antirracista y relativista. En general negaba la supuesta inferioridad de una raza sobre otra por razones biológicas.<sup>393</sup> Por lo menos desde 1913, con la publicación de un estudio sobre la arqueología y la etnología, Gamio dejó constancia de que su pensamiento antropológico era muy cercano al de Boas. En el texto hizo un llamado para

---

<sup>393</sup> Leticia Rivermar Pérez, “En el marasmo de una rebelión cataclísmica”, en Carlos García Mora (coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987, tomo 2, pp. 97-119

que se superaran los prejuicios raciales y la idea de una supuesta inferioridad entre los grupos humanos.<sup>394</sup>

Como lo explica Jaime Noyola Rocha, el periodo de 1917-1925, con Gamio como promotor de la antropología mexicana, estuvo marcado por las políticas estatales con respecto a la educación y el indigenismo. En cambio, en el periodo de 1925-1934, con el fortalecimiento del callismo y el populismo, Gamio fue desplazado y quedó a la cabeza del movimiento indigenista el profesor Moisés Sáenz. Tanto Moisés Sáenz como su hermano Aarón fueron figuras sobresalientes del Grupo Sonora, que derrocó a Venustiano Carranza y llevó al poder a Adolfo de la Huerta. La asociación de la familia Sáenz con los miembros del grupo en el poder no podía ser más directa: Aarón tenía una fuerte amistad con Calles, además de que el hijo de este último estaba casado con una hermana de los Sáenz. A partir de 1924 Moisés empieza a figurar en política en el cargo de subsecretario de Educación Pública, llegando a ser ministro por el breve espacio de dos meses en la última etapa del gobierno de Calles.<sup>395</sup> Es significativo que en la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* no aparece como colaborador Manuel Gamio y sí Moisés Sáenz. Esto nos muestra que la publicación, de alguna manera, se acercó al nuevo grupo que guiaba los destinos de las ciencias sociales y humanas durante el callismo.<sup>396</sup>

Dejando de lado estos aspectos políticos para volver al estudio disciplinar, durante los mismos años en otras latitudes también ocurría este contacto entre las ciencias sociales

---

<sup>394</sup> Manuel Gamio, “Los prejuicios en Arqueología y Etnología”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo V, 1913, pp. 43-49

<sup>395</sup> Jaime Noyola Rocha, “La visión integral de la sociedad nacional”, en Carlos García Mora (coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987, tomo 2, pp. 148-149

<sup>396</sup> Sin embargo, también tenemos que tomar en cuenta que algunos de los que formaron parte de la obra de Gamio *La Población del Valle de Teotihuacán* aparecen como colaboradores de la *Revista*, como son los casos de H. Beyer, José Reygadas Vértiz, Ramón Mena, Alfonso Toro, Paul Siliceo Pauer, Pablo González Casanova. Así que debemos ser cautelosos al interpretar estas posturas.



y las humanidades. Además del caso ampliamente abordado de la escuela de los *Annales* en Francia, tenemos el ejemplo de los Estados Unidos.<sup>397</sup> Peter Novick argumenta que el proceso interdisciplinar que impactó a la historia en el siglo XX se inició en esa nación por lo menos desde 1910, primordialmente bajo las prerrogativas de Frederick Jackson Turner –miembro del consejo editorial de la *American Historical Review*– quien le recomendó al fundador de la American Historical Association, Franklin Jameson, acercar la Historia a las ciencias sociales como la sociología, la psicología, la geografía, etc.<sup>398</sup> Después, durante el periodo de entre guerras, se afianzarían algunas posturas relativistas en historiadores como Carl Becker y Charles Beard quienes cuestionaron el nacionalismo norteamericano y la idea de progreso.<sup>399</sup>

En el caso de México, historiadores como Jesús Galindo y Villa y Ricardo García Granados estaban al tanto de la importancia de las ciencias sociales como apoyo teórico de la historia.<sup>400</sup> En el caso concreto del grupo de colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, bajo la batuta de Alfonso Caso, la influencia del pensamiento antropológico y sociológico norteamericano tuvo tempranamente difusión en el país. Además, no debemos olvidar que algunos miembros del Ateneo de la Juventud, como Antonio Caso, estaban también al tanto de los grandes representantes del pragmatismo en Estados Unidos como William James (1842-1910), quien propiciaría algunas posturas relativistas durante la primera mitad del siglo XX.<sup>401</sup>

---

<sup>397</sup> Un balance interesante de la escuela de los *Annales* es el realizado por François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia*, México, UIA, 2006 (1987)

<sup>398</sup> Peter Novick, *Ese noble sueño*, *op.cit.*, p. 114

<sup>399</sup> *Ibid.*, pp. 130-145

<sup>400</sup> Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, México, El Colegio de México, 1970, p. 30

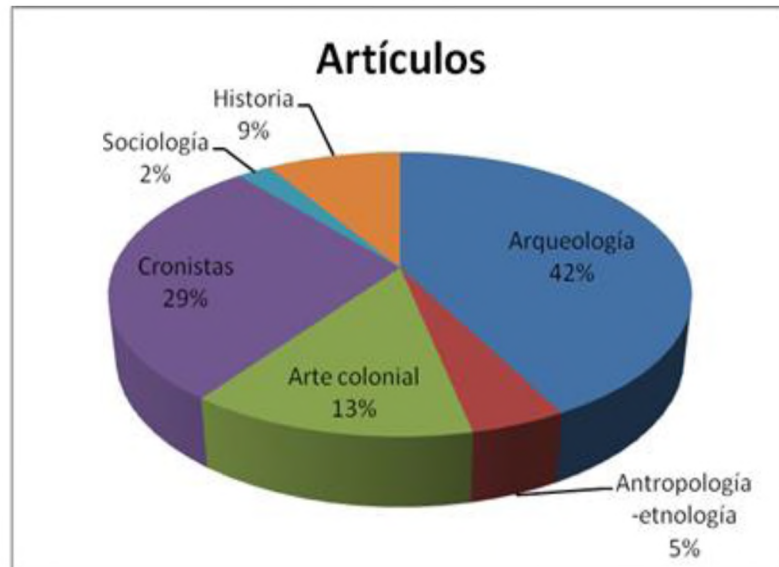
<sup>401</sup> *Ibid.*, pp. 67-86. Sobre la influencia de William James en la historiografía norteamericana véase Peter Novick, *Ese noble sueño...*, *op.cit.*, pp. 178-190

El proyecto historiográfico de Manuel Toussaint y Alfonso Caso se caracterizó por su perfil interdisciplinario y mediador entre el catolicismo mexicano extremista que por lo regular tendía a la hispanofilia y el indigenismo (o mestizofilia) oficial excluyente.<sup>402</sup> En la revista las investigaciones de historia colonial y del arte de Manuel Toussaint –y de otros investigadores como Julio Jiménez Rueda, Dorothy Schons, Victoriano Salado Álvarez y Federico Gómez de Orozco– fueron un contrapeso para las líneas arqueológicas y antropológicas propuestas por Alfonso Caso, Hermann Beyer, Pablo González Casanova, Ramón Mena, Porfirio Aguirre, Miguel O. de Mendizábal, Federico K. G. Müllerried, Georges Raynaud, Hugo Kunike, Zelia Nutall, Eduardo Noguera y José Reygadas Vértiz. Además, algunos autores también participaron con temas historiográficos: Enrique A. Fernández, José de Jesús Núñez y Domínguez, Luis Castillo Ledón, Victoriano Salado Álvarez y Luis González Obregón.

El estudio de los títulos y contenidos de los 46 artículos publicados durante los doce números aparecidos entre enero de 1927 y diciembre de 1928 nos dieron como resultado las siguientes categorías de análisis: Arqueología mexicana: **19 artículos**; Cronistas y fuentes novohispanas para el conocimiento de las culturas indígenas: **13 artículos**; Arte colonial: **6 artículos**; Historia: sobre el siglo XIX encontramos 2 artículos, 1 sobre teoría y 1 sobre el siglo XVIII dando un total de **5 artículos**; Antropología y Etnología: **2 artículos**, y Sociología: **1 artículo**. Gráficamente los resultados se muestran de la siguiente forma:

---

<sup>402</sup> Es importante apuntar que durante el mismo periodo también prevaleció una línea ideológica que exaltaba al mestizo como fuente real de la mexicanidad. Véase Agustín Basave Benítez, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano entorno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992



Con respecto a los autores con mayor participación en la *Revista*, como era de esperarse, Alfonso Caso está en primer lugar con cinco artículos; le siguen el arqueólogo alemán Hermann Beyer (1880-1942) con cuatro; Manuel Toussaint con tres; el geólogo alemán Federico K. G. Müllerried (1891-1952), el arqueólogo Eduardo Noguera (1896-1977), el lingüista y antropólogo Pablo González Casanova (1889-1936), la arqueóloga estadounidense Zelia Nutall (1857-1933) y el escritor y diplomático Victoriano Salado Álvarez (1867-1931) con dos colaboraciones cada uno.



En general, tanto Toussaint como Caso buscaron que la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* se desvinculara de las luchas gremiales que caracterizaban a la historiografía y a las ciencias sociales en México. Aunque no mencionaron concretamente las discrepancias entre indigenistas e hispanistas, es posible inferir que el objetivo primordial de la publicación fue evitar estas disputas estériles y fomentar la interdisciplinariedad entre las ciencias sociales y humanas.

Idealmente –proyecto que no llegó a concretarse por el corto periodo de vida de la publicación– los colaboradores de la revista estarían agrupados en seis grandes temáticas: Arqueología, Etnología, Lingüística, Historia de la Nueva España, Sociología Mexicana e Historia del México Independiente. Entre los investigadores que se pretendía incluir – aunque en la mayoría de los casos no logró concretarse dicha participación– se encontraban estudiosos tan disímbolos como Alberto M. Carreño, Mariano Cuevas S. J. y Jesús García Gutiérrez (Historia de la Nueva España); Vicente Lombardo Toledano y Andrés Molina Enríquez (Sociología mexicana); Hermann Beyer, Nicolás León y Miguel O. de Mendizábal (Arqueología y Antropología), entre otros.

Es claro que el *relativismo* que desde las primeras décadas del siglo XX había impactado al pensamiento occidental, principalmente debido al auge de la antropología culturalista –bajo el impulso de Franz Boas– había influenciado a un sector de los historiadores mexicanos. Pese a que se continuaron realizando estudios guiados por el rígido método científico que desde el siglo XIX dominaba el trabajo historiográfico, podemos encontrar algunas manifestaciones heterodoxas en el proyecto editorial de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*.

Primordialmente, es manifiesta la alianza entre la Historia y las ciencias sociales en un afán multidisciplinario. Sólo por mencionar algunos de los trabajos, desde el primer

número de la publicación Toussaint participó con un artículo sobre el pintor sevillano Andrés de la Concha quien llegó a América en 1568 y en donde recogió algunos comentarios sobre el artista pictórico de Bernardo de Balbuena en su *Grandeza Mexicana* (1593) y del Bachiller Arias de Villalobos en su *Canto Intitulado Mercurio* (1623). Más tarde, nos advierte Toussaint, fray Francisco de Burgoa en 1669 y Carlos de Sigüenza y Góngora en su libro *Triumpho Parthenico* (1683), también le tributaron encomios al pintor sevillano.<sup>403</sup> Llama la atención que las fuentes utilizadas en el estudio son tanto bibliográficas como de archivo, por ejemplo consultó las *Actas de Cabildo de la ciudad de México* que datan de 1610 y documentos acerca de la “Catedral vieja” que se encontraban en el Archivo General de la Nación.

En cuanto al estudio y rescate de los cronistas coloniales, tenemos el trabajo de Zelia Nutall (1857-1933)<sup>404</sup>, quien presentó un texto de fray Bernardino de Sahagún. El documento le fue otorgado a la autora poco antes de morir por el bibliófilo norteamericano Joseph Florimond mejor conocido como el Duque de Loubat (1837-1921). Anteriormente, dicho escrito sahanuniano había sido “descubierto por el padre Pascual Saura entre las misceláneas del Archivo secreto del Vaticano”.<sup>405</sup> En palabras de la autora: “la obra de Sahagún es de un valor inestimable, bajo todos aspectos, para los mexicanos y mexicanistas”. Por esta razón quiso “ponerla al alcance de todos en la Revista”.<sup>406</sup> Otra

---

<sup>403</sup> Manuel Toussaint, “Pintura Colonial. Notas sobre Andrés de la Concha”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, México, tomo I, número 1, enero/febrero 1927, pp. 27-28

<sup>404</sup> Arqueóloga y antropóloga estadounidense nacida en San Francisco. Se especializó en el estudio de manuscritos prehispánicos procedentes de Mesoamérica. Murió en la ciudad de México (en su casa de Coyoacán). <http://pueblosoriginarios.com/biografias/nuttall.html> consultada el 04 de diciembre del 2015

<sup>405</sup> Bernardino de Sahagún, *El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México*, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, julio/agosto 1927, número 4, Prólogo y notas de Zelia Nutall, p. 101

<sup>406</sup> *Ibid.*, p. 106

norteamericana, Dorothy Schons (1898-1961),<sup>407</sup> también demostró sus conocimientos de literatura novohispana presentando dos documentos inéditos relativos a la obra de Sigüenza y Góngora.<sup>408</sup> Por su parte, Nicolás León (1859-1929) realizó una nota bibliográfica y crítica de la “Relación de Michoacán”.<sup>409</sup>

Mención aparte merece el estudio de José de Jesús Núñez y Domínguez “Los métodos modernos en la enseñanza de la historia” que muestra los cambios disciplinares que hemos estado analizando. Primeramente, en materia de métodos para la enseñanza de la historia, pensaba que el avance había sido sumamente lento ya que no se había superado el “admirable libro” de Seignobos sobre “El Método histórico aplicado a las ciencias sociales” y que aún se recurría a la “clásica metodología de García Villada”, a “La Enseñanza de la Historia” de Altamira y Crevea y a la de Ernesto Lavisse. Sin embargo, había surgido un “nuevo astro” filosófico en el firmamento que estaba influenciando a la disciplina: Oswald Spengler y su obra *La Decadencia de Occidente*. En general, se refirió a la inutilidad del método “mecánico, memorista y de pura abstracción” y de la necesaria superación de la historia meramente política o que abordaba únicamente los hechos de armas.<sup>410</sup>

En este sentido, pensamos que en el oficio de historiar –para utilizar la famosa frase de Luis González y González– se fueron dando los primeros pasos para llegar a una academización que se caracterizaría, además de la conformación de comunidades historiográficas, por la utilización por parte del investigador de un adecuado “estado de la

---

<sup>407</sup> Nació en St. Paul, Minnesota y murió en Austin, Texas. Fue especialista en literatura española e hispanoamericana y profesora en la Universidad de Austin durante el periodo de 1919-1960. Principalmente destacó como estudiosa de la obra de Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora. <http://www.lib.utexas.edu/>, consultada el 10 de mayo de 2016

<sup>408</sup> Dorothy Schons, “Dos documentos inéditos relativos a Sigüenza”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, noviembre-diciembre 1927, pp. 248-251

<sup>409</sup> Nicolás León, “La Relación de Michoacán. Nota bibliográfica y crítica”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, número 5, septiembre/octubre 1927, pp. 191-213

<sup>410</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez, “Los métodos modernos en la enseñanza de la historia”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, número 6, noviembre/diciembre de 1927, pp. 229-235

cuestión” que reflejaría su conocimiento de la literatura especializada en su campo de estudio y de la parcialidad de su trabajo como historiador. Esta multiplicación de espacios de opinión, pese al poco número de lectores que seguramente atraían, es muestra de una nueva forma de entender la profesión.

Durante los años treinta se diversificarían las opciones: se afianzaría la labor educativa de la Universidad Nacional Autónoma de México (principalmente con la fundación del Instituto de Investigaciones Estéticas en 1936); el Fondo de Cultura Económica cambiaría radicalmente la producción de obras científicas y especializadas de economía, filosofía, historia y otras disciplinas afines, y hacia al final de la década y principios de la siguiente el Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México y el Instituto de Investigaciones Históricas darían sus primeros pasos para consolidar el natural proceso de academización en las ciencias sociales y las humanidades iniciado desde principios del siglo.

Como hemos insistido, la transformación del historiador en académico implicó la toma de conciencia de su papel disciplinar, de la necesidad de agruparse, de formar una *comunidad del saber* en la que ellos mismos se identificaban y la sociedad los reconocía.

### La polarización ideológica y los Congresos de Historia Patria

Desde la década más violenta del conflicto armado surgido en 1910 varios intelectuales se identificaron con las diferentes facciones revolucionarias, pero fue a partir de los años veinte cuando se afianzó la mancuerna entre el Estado y la *inteligencia* nacionalista. Javier Garciadiego piensa que lo que caracterizó a este intelectual de la primera mitad del siglo XX –que se alejaba del tipo porfiriano que buscaba ante todo la estabilidad política e

integrar a México “en el concierto de las naciones”– fue su énfasis en la lucha de clases, la justicia social y redistributiva y su nacionalismo defensivo. El revolucionario introdujo el estatismo, la reforma agraria e incorporó al obrero en los planes gubernamentales.<sup>411</sup>

Por su parte, Roderic Ai Camp y Annick Lempérière hace ya algunos años exploraron la estrecha relación entre los intelectuales y el gobierno mexicano desde la ideología nacionalista propia del régimen. Ambos afirmaron que al ser cooptado por el Estado el intelectual perdió una de sus características primordiales: su independencia y, por consiguiente, su capacidad de crítica.<sup>412</sup>

Recientemente Friedhelm Schmidt-Welle, utilizando la clásica teoría gramsciana, ha hecho hincapié en las características muy particulares del intelectual mexicano de principios del siglo XX a quien identifica como “orgánico” por su cercanía con el poder estatal. Considera que desde 1867 (a comienzos del régimen de Porfirio Díaz) hasta 1967 un año antes del “supuesto” quiebre de los intelectuales con el gobierno, es patente la estrecha relación entre los hombres de letras con las instituciones del Estado-nación que impidió en gran medida el desarrollo de la crítica política.<sup>413</sup>

Sin embargo, al mismo tiempo, otros sectores de la *inteligencia* mexicana alzaron la voz para oponerse –directa o veladamente– al régimen emanado del movimiento armado de 1910. Por ejemplo, en su obra *Influencia de España y de los Estados Unidos sobre México*

---

<sup>411</sup> Javier Garciadiego, “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Carlos Altamirano (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Madrid, Katz, 2010, tomo II, pp. 34-35 [pp. 31-44]

<sup>412</sup> Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, FCE, 1988 (1985) y Annick Lempérière, *Intellectuels, état, et société au Mexique: les clercs de la nation (1910-1968)*, París, L’Harmattan, 1992. Para una visión latinoamericana (o hispanoamericana) de este proceso véase Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, London, Verso, 1999

<sup>413</sup> Friedhelm Schmidt-Welle, “Letrados e intelectuales...”, *op.cit.*, p. 31



(1918) Toribio Esquivel Obregón (1864-1946), exhuertista e hispanista comprometido, dirigió sus ataques al movimiento revolucionario y sus postulados:

La revolución preconiza la libertad y entroniza la más feroz dictadura militar, en cada jefe se permite los mayores desahogos. Proclama la emancipación económica del pueblo y le sume en la mayor miseria, produciendo el hambre con sus despojos. Proclama la igualdad y niega a los hombres civiles el derecho de discutir los asuntos públicos; habla de ideales y destruye las imprentas, persigue a los escritores e incendia los archivos y las obras de arte; disuelve los tribunales y deroga todas las leyes y todos los principios del derecho público y privado que había conquistado la civilización.<sup>414</sup>

Esta “pasión antirrevolucionaria” –como la ha llamado Beatriz Urías Horcasitas– caracterizó a varios miembros de la intelectualidad hispanista y católica de la primera mitad del siglo XX. Así, paradójicamente, podríamos decir que los llamados “conservadores” se convertirían en intelectuales críticos (por lo menos frente al régimen político imperante en México).

Dentro de esta misma tendencia, entre los historiadores tenemos los ejemplos de los sacerdotes Mariano Cuevas S. J. y Jesús García Gutiérrez. El primero ante el conflicto entre el gobierno callista y los cristeros manifestó abiertamente su oposición. Como producto de una exhaustiva investigación publicó en 1921 el primer volumen de su *Historia de la Iglesia en México* que concluiría en 1928 con cinco gruesos tomos. En el quinto libro –que por cierto lo imprimió en el exilio en El Paso, Texas– terminó su largo recorrido histórico en 1910.<sup>415</sup> El volumen tiene una osada dedicatoria a los “Mártires de Cristo Rey” que levantó controversia en México.<sup>416</sup>

---

<sup>414</sup> Citado por Beatriz Urías Horcasitas, “Una pasión antirrevolucionaria: el conservadurismo hispanófilo mexicano (1920-1960)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, vol. 72, número 4, octubre diciembre de 2010, p. 613

<sup>415</sup> El tomo V está compuesto por el “Libro Primero. La Iglesia y la Independencia Nacional, 1800-1821”; “Libro Segundo. De la Independencia y la Reforma, 1821-1855”; y “Libro Tercero. De la Reforma al Centenario, 1855-1910”.

<sup>416</sup> Mariano Cuevas, S.J., “Al lector”, en *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa 1992, tomo V, p. 12

En 1933, gracias a su trayectoria, la Academia de la Lengua lo recibiría como miembro de número, concretándose, de esta manera, su consolidación intelectual. En los primeros párrafos de su discurso de aceptación el padre Cuevas declaró humildemente que él sólo “era un historiador sin más trabas ni respetos que los de la verdad” y que por tal razón tenía muchos enemigos: “recibís a un escritor que con cada libro o artículo levanta en torno suyo una tormenta, más o menos despreciable, pero al fin tormenta”.<sup>417</sup> El mismo 21 de junio de 1933, Ezequiel A. Chávez, encargado de dictar el discurso de bienvenida, expresó las cuatro aptitudes que todo historiador debía tener:

La de *descubrir* los ignorados vestigios de los sucesos pasados; la de *estimar* el valor y la significación de sus vestigios, e inferir de ellos los acontecimientos que revelen; la de *organizar* lo que de lo pasado se sepa, y colmar, por el razonamiento, los huecos que en la agrupación de los hechos persistan, sin dar, empero, a este trabajo mayor importancia que la que en rigor debe atribuírsele; y la de *exponer* cada una de estas arduas operaciones, así como los lógicos resultados a los que las mismas conducen.<sup>418</sup>

En su opinión Mariano Cuevas S.J. era de los pocos en México que poseía estas cualidades. Además, “la psicología característica” del nuevo integrante de la Academia destacaba por la búsqueda de la verdad, “por darla a conocer tal como él tiene la certeza de que es”. También hizo hincapié en que esa “pasión” por escudriñar los hechos del pasado y su “independencia de criterio” lo habían puesto, en algunas ocasiones, “en situaciones difíciles”.<sup>419</sup>

También fiel al método científico y crítico del régimen fue el padre García Gutiérrez, quien desde sus primeras obras defendió la herencia católica como raíz de la

---

<sup>417</sup> Mariano Cuevas, S.J., “Orígenes del humanismo en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XI, 1932-1939, México, Editorial Jus, 1955, p. 129

<sup>418</sup> Ezequiel A. Chávez, “Contestación al anterior discurso”, en *Ibid.*, pp. 164

<sup>419</sup> *Ibid.*, pp. 165-166

mexicanidad.<sup>420</sup> En su libro *Apuntamientos de Historia Eclesiástica Mejicana* publicado en 1922 realizó un estudio monográfico de la historia de la Iglesia en México que sirviese como apoyo educativo en los seminarios. Manuel Fulcheri y Pietrasanta, obispo de Zamora, fue quien le hizo notar “la necesidad imperiosa” de que los estudiantes tuviesen a su alcance un texto de historia adecuado a las necesidades eclesiológicas.

Los *Apuntamientos* se conforman de dos extensas secciones: en la primera se abordan, de manera sintética, el desarrollo del catolicismo durante los tres siglos de la época colonial y en la segunda al México Independiente. Para los fines de nuestra investigación, primordialmente nos interesa destacar el capítulo seis titulado “La Persecución religiosa” que retrata de manera clara el pensamiento pro-católico del autor.

Para el padre García Gutiérrez, desde que México obtuvo su independencia “comenzaron los gobernantes a mezclarse en los negocios de la Iglesia, ora con un pretexto, ora con otro, pero tratando siempre de sojuzgarla y oprimirla”.<sup>421</sup> Más concretamente, consideraba que la “persecución religiosa” había iniciado en el año de 1847 cuando el gobierno presentó al Congreso General un proyecto de ley “con el fin de proporcionarse recursos para continuar la guerra contra los Estados Unidos,”<sup>422</sup> hasta llegar a la Constitución de 1857 y sus posteriores secuelas. En cuanto al imperio de Maximiliano, pensaba que “un grupo de mejicanos notables por su ciencia y sincero patriotismo”, creyendo que de esa manera acabarían con “el cúmulo de revoluciones” que amenazaban a

---

<sup>420</sup> Sacerdote, periodista e historiador. Nació en Huixquilucan, edo. de México. Fue hecho canónigo honorario de Guadalupe y miembro de la Academia Mexicana de la Historia. Escribió entre otras obras, *La persecución religiosa en México desde el punto de vista jurídico. Colección de leyes y decretos relativos a la reducción de sacerdotes* (1935). Murió en Mixcoac, DF. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 1400. Para más detalles sobre su vida y obra véase Rebeca Jovita García, *Jesús García Gutiérrez: su vocación por la historia*, Tesis de Licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2007

<sup>421</sup> Jesús García Gutiérrez, *Apuntamientos de Historia Eclesiástica Mejicana*, México, Imprenta Victoria, 1922, p. 137

<sup>422</sup> *Ibid.*, p. 138

México, decidieron traer a “un príncipe católico extranjero” para que gobernase al país.<sup>423</sup> Es significativo que para documentarse para esta sección, aunque su obra no contiene un aparato crítico adecuado, utilizó algunos comentarios de Ignacio Montes de Oca y Obregón quien como ya lo advertimos colaboró de manera cercana con el Emperador austriaco.

En el periodo de gobierno conocido como el porfiriato, “no igualado por otro gobernante”, la Iglesia, que aunque había gozado de “cierta tranquilidad aparente”, tuvo en su opinión “siempre sobre su cabeza la espada de Damocles” de las leyes establecidas por el gobierno liberal. Sostenía que con Porfirio Díaz, la Iglesia nunca pudo “ejercitar libremente sus derechos, ni desenvolver con libertad sus actividades” en el ramo educativo y en la prensa.

Y mientras tanto, a la sombra del gobierno y con su protección decidida crecieron y florecieron la escuela, oficialmente neutra, pero en la práctica atea y aun sectaria, y la prensa liberal, que debajo de las sencillas apariencias de noticierismo [sic] malsano, fue infiltrando lenta pero seguramente el veneno de la irreligiosidad, y juntos el periódico y la escuela amamantaron esta generación indiferente y fría, primer fruto de las leyes anticristianas. Nunca permitió el General Díaz que el orden público fuera gravemente alterado, y siempre reprimió con mano férrea cuanta intentona se hizo en este sentido, pero al amparo de las libertades malsanas otorgadas por las leyes, comenzaron a infiltrarse en nuestro pueblo las doctrinas subversivas del socialismo que hoy están dando fruto.<sup>424</sup>

En consecuencia, entendía que la Constitución de 1917 había sido claramente antirreligiosa y cercana al socialismo soviético. Este tono combativo, contra los “enemigos del catolicismo”, continuó siendo su carta de presentación historiográfica. En obras como *La lucha del Estado contra la Iglesia*, publicada originalmente en el año de 1935, y en su *Acción anticatólica en México* de 1939, arremetió contra la masonería y el socialismo como los “enemigos” jurados del catolicismo.

---

<sup>423</sup> *Ibid.*, p. 158

<sup>424</sup> *Ibid.* pp. 164-165

Después de 1910 la estrecha relación entre el Estado y la cultura dio como resultado las alianzas políticas entre el sector intelectual con el poder. David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Gerardo Murillo (Dr. Atl), Roberto Montenegro, Jorge Enciso, Gabriel Fernández Ledesma, Xavier Guerrero, Fermín Revueltas, entre otros, fueron los artistas más influyentes en la creación de obras cuyo fin primordial era crear la representación de “la mexicanidad” en un sentido práctico y popular. En general, este plan educativo-artístico impulsó un desarrollo social y el reconocimiento de las culturas indígenas.<sup>425</sup>

En los primeros años de la década de los treinta se reafirmaron los mecanismos políticos y las estrategias culturales y educativas que desde la década anterior buscaron consolidar el dominio y legitimidad del Estado postrevolucionario sobre las masas. Se inició la “reconstrucción de las conciencias”, del “imaginario social” estatal desde una mirada nacionalista que continuaba, a grandes rasgos, las políticas culturales del porfiriato: las virtudes civilizatorias de la escuela y la unificación del saber bajo la dirección de símbolos patrios de raíz secular.<sup>426</sup>

Además de estas posturas nacionalistas, las ideas socialistas y en algunos casos comunistas también tomarían mucha fuerza en ciertos grupos de la intelectualidad mexicana. La polémica entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano de 1933 en torno a la libertad de cátedra en la Universidad Nacional es un ejemplo idóneo del

---

<sup>425</sup> Alicia Azuela de la Cueva, *Arte y poder. Renacimiento artístico y revolución social*, Zamora, El Colegio de Michoacán/FCE, 2005, pp. 27-65

<sup>426</sup> Guillermo Palacios, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del “problema campesino” en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 13-16; Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in México, 1930-1940*, Tucson, University of Arizona Press, 1997. Para el caso de Latinoamérica véase Rebeca Earle, *The Return of Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*, Durham, Duke University Press, 2007

enfrentamiento de dos de los proyectos educativos más influyentes de la época: el liberal y el socialista/marxista.<sup>427</sup>

En el terreno estrictamente historiográfico, Gilberto Loyo publicó en 1930 el folleto titulado *Sobre la enseñanza de la historia*, texto cuyo fin primordial era resaltar que la historia debía preparar a los jóvenes para la vida, instruyéndolos en las problemáticas nacionales y mundiales pero desde una perspectiva fundamentalmente económica sin llegar a una defensa del marxismo. Dos años después Rafael Ramos Pedrueza, éste sí desde el materialismo histórico como postura teórica, dio a conocer *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia*, investigación que demuestra su militancia de izquierda y su compromiso con la revolución socialista mundial. Ambos textos, desde diferentes posicionamientos, responden a un pragmatismo político propio de la época.<sup>428</sup>

En este contexto de lucha de bandos irreconciliables, el Primer Congreso de Historia Patria, celebrado en Oaxaca en el año de 1933, fue el escenario en el que se presentaron los temas y las preocupaciones que habían permeado a la disciplina y que a la postre guiarían algunas de las discusiones y polémicas dentro del gremio. Aunque era la primera vez que se realizaba un encuentro de estas características –en la que la historia era la invitada de honor–, con anterioridad los Congresos de Americanistas ya habían reunido a una gran cantidad de investigadores del pasado y otras disciplinas afines en tierras nacionales.<sup>429</sup> Sin duda, la realización de este tipo de encuentros académicos reafirmaría las añejas alianzas pero también acentuaría las diferencias ideológicas.

---

<sup>427</sup> Antonio Caso, “Polémica sobre la orientación ideológica de la Universidad de México, en *Obras completas*, México, UNAM, 1971, tomo I, pp. 169-197

<sup>428</sup> Álvaro Matute, “La Revolución y la enseñanza de la historia: dos actitudes”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM, volumen V, 1976, pp. 119-131

<sup>429</sup> El primer Congreso Internacional de Americanistas realizado en México fue el celebrado en 1895, posteriormente se llevarían a cabo los de 1910 (coincidente con el centenario) y el de 1939. Véase Juan

En el Primer Congreso, José de Jesús Núñez y Domínguez, miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1932,<sup>430</sup> además de participar con una ponencia titulada “Reformas a la enseñanza de la historia de México”, realizó un balance del encuentro y los temas tratados que nos permite vislumbrar sus futuras implicaciones.

El trabajo presentado por Núñez y Domínguez en Oaxaca giró en torno a los problemas inherentes de enseñar una “historia belicista” y “patriotera” que para él empequeñecían las miras analíticas del investigador del pasado. Para solventar esto, de acuerdo con las preocupaciones de la época, propuso que se tomaran en cuenta especialmente la historia económica y el problema agrario. Entre las obras que recomendó por su carácter teórico se encontraban las de Alfonso Teja Zabre, Gilberto Loyo y las de los extranjeros Louis Verniers (historiador belga) y Bertrand Russell.<sup>431</sup>

En dicha reunión se declaró que la enseñanza de la Historia en México debía estar orientada hacia los “nuevos derroteros” abiertos por la Revolución: el nacionalismo y la problemática social.<sup>432</sup> Por ejemplo, la situación del indígena y su inserción también estuvo presente en Oaxaca con la ponencia del abogado poblano José Mariano Pontón.<sup>433</sup> Otros participantes en el Congreso de Oaxaca fueron Alfonso Toro y Jorge de Castro Cancio, ambos defensores de la postura postrevolucionaria.

---

Comas, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo histórico-crítico y bibliográfico*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 1974

<sup>430</sup> La Academia Mexicana de la Historia reanudó oficialmente sus sesiones el 17 de noviembre de 1930 después de un largo receso (desde diciembre de 1921). En la sesión de inauguración, bajo la dirección de Genaro Estrada se dieron cita en la Secretaría de Relaciones Exteriores Manuel Romero de Terreros, Juan B. Iguíniz, Ignacio de Villar Villamil, Mariano Cuevas S.J., Jesús García Gutiérrez, Atanasio G. Saravia, Miguel Salinas Alanís, Francisco Pérez Salazar, Victoriano Salado Álvarez y Federico Gómez de Orozco.

<sup>431</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez, “Reformas a la enseñanza de la historia de México”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, quinta época, tomo II, 1934, pp. 221-236

<sup>432</sup> José de Jesús Núñez y Domínguez, “Resumen del Congreso”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etología*, quinta época, tomo II, 1934, p. 236

<sup>433</sup> José Mariano Pontón, “Razas indígenas de México. Su pasado, su presente, su porvenir”, en *Ibid.*, pp. 361-526. Sobre la vida y obra de Pontón consúltese Alejandro Mayagoitia, “Don José Mariano Pontón y Ponce: un jurista en época de crisis. Notas para su bibliografía”, en *Anuario de Historia del Derecho*, México, UNAM, volumen XV, 2003, pp. 357-407

Como lo explicó Josefina Z. Vázquez, el indigenismo propio de la Revolución se había caracterizado por plantear diversas teorías para salvar al indio (hispanizándolo) y de esta manera integrarlo a la vida nacional dominada por el mestizo. Además, no siempre el indigenismo lo fue en realidad, ya que en algunos casos se caracterizó sólo por su antihispanismo y su anticlericalismo como en el caso del historiador Alfonso Toro y su obra *Compendio de historia de México* (1926).<sup>434</sup>

Para el Segundo Congreso de Historia Patria realizado en Mérida (1935) –el mismo año en el que se dio a conocer el *Programa de educación* con su giro socialista– la defensa de la Revolución como guía de la enseñanza y difusión de la historia levantó encendidas polémicas. Bajo el gobierno del general Lázaro Cárdenas, en el *Programa* se afirmó el anhelo de la formación de una conciencia nacional bajo el estudio de una historia que mostrase que en la “base de todo acontecimiento social existe un factor económico que en gran parte lo determina”.<sup>435</sup>

Uno de los primeros requerimientos de los organizadores del Congreso fue que debían asistir especialistas en historia y no sólo en literatura, en otras palabras, los congresistas debían tener obras con reconocimiento dentro de la disciplina. El Congreso estuvo integrado por cuatro comisiones: *Arqueología*, compuesta por Enrique Juan Palacios, Miguel Othón de Mendizábal, Sylvanus G. Morley, Alonso Villarojas y los suplentes Waldimiro Rosado Ojeda y Wigberto Jiménez Moreno; *Historia Colonial*, formada por Alfonso Toro, David Alberto Cossío, Ricardo Molina Hubbe, Mario Mariscal y los suplentes José Mariano Pontón y Perfecto Baranda; *Historia Contemporánea*, integrada por José Romero Torres, Vito Alessio Robles, Rafael Ramos Pedrueza, Germán

---

<sup>434</sup> Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación*, *op.cit.*, pp. 182-185 y 201-206

<sup>435</sup> *Ibid.*, pp. 187-188



List Arzubide y los suplentes López de Nava y Paula Alegría, y, por último, *Diversos* compuesta por Octavio Rojas Avendaño, Enrique E. Schulz, Eva Martínez de Ceballos y los suplentes Alejandro Topete del Valle y Adrián Correa.<sup>436</sup>

Vito Alessio Robles nos cuenta en sus memorias que viajó con Núñez y Domínguez a Yucatán para estar en la inauguración que se celebraría el 20 de noviembre, fecha icónica que demuestra el posicionamiento ideológico de los organizadores. Muy pronto Alessio Robles tuvo sus diferencias con uno de los participantes: Germán List Arzubide, escritor “estridentista” y militante de izquierda, “un mequetrefe ignorante”, aseveraría Robles, que se opuso al nombramiento del periodista yucateco Carlos Ricardo Menéndez González “como presidente honorario de una de las sesiones plenarias”.<sup>437</sup> Después, el 22 de noviembre, declaró:

Desde ayer, antes de que se iniciasen las sesiones, siguiendo la táctica comunista de agitar con cualquier pretexto, comenzó su labor List Arzubide, protestando porque no se dejaba entrar a los trabajadores, lo cual era una mentira.<sup>438</sup>

Los grupos de izquierda reunidos en el Congreso protestaron ante el cuerpo organizador por la decisión “clasista” de no dejar entrar a los trabajadores “en mangas de camisas” y se pronunciaron contra el presidente Rosado Vega quien, a petición del secretario Jorge Ignacio Rubio Mañé, ordenó que se retiraran del salón de exposiciones del Teatro los cartelones que la facción revolucionaria había colocado contra los grupos “derechistas” a los que se les tachó de fascistas.<sup>439</sup>

Rafael Ramos Pedrueza fue otro de los intelectuales que al parecer motivaron el debate historiográfico desde una posición de izquierda o “comunista”. Además de acusar a

---

<sup>436</sup> Melchor Campos García, “300 años de pensar y escribir...”, *op.cit.*, pp. 125-126

<sup>437</sup> Vito Alessio Robles, *Memorias y diario*, *op.cit.*, pp. 571-572

<sup>438</sup> *Ibid.*, p. 573

<sup>439</sup> Melchor Campos García, “300 años de pensar y escribir...”, *op.cit.*, pp. 127-128

Rubio Mañé de católico y reaccionario –entre otras razones por ser miembro de los Caballeros de Colón– en las mesas de discusión se enfrentó al licenciado Pontón y al general Juan Manuel Torrea quienes aunque defendían una posición revolucionaria se alejaban de las propuestas marxistas. Por su parte, a los que se retiraron y no quisieron participar en aquellos dimes y diretes como el propio Alessio Robles, los llamaron “congresistas anodinos, reaccionarios y burgueses”.<sup>440</sup> Así se expresó Ramos Pedrueza de los católicos:

Ataco a los traficantes de las creencias, al alto clero, a los Caballeros de Colón que luchan contra el pueblo y piden la intervención al Vaticano, ese antro nefasto; ataco a los curas que bendicen a los cañones con que se ametralla a los pueblos: a los cristeros que infames asesinan a los maestros rurales, esos humildes apóstoles.<sup>441</sup>

Lejos de este catolicismo que consideraba derechista, afirmó que el Congreso debía dedicarse a estudiar las necesidades de la clase trabajadora:

La historia no ha sido hecha, vivida, por los historiadores, sino por las masas. Las masas son las protagonistas ciertas de todas las gestas históricas. Se han guardado silencios respetuosos en homenaje a la memoria de los historiadores muertos y se han dejado de otorgar a los trabajadores –no un minuto de silencio– que esos son homenajes negativos por cuanto tienen de pasividad. Sino un saludo cordial a los campesinos caídos en la lucha de clases por conducto de sus representantes.<sup>442</sup>

Tan intenso fue el descontento que ocasionó entre algunos historiadores de la época lo sucedido aquel año de 1935, que tiempo después en la revista *Divulgación Histórica* de Alberto María Carreño el Congreso de Mérida siguió comentándose:

Fue sede para el segundo [Congreso] la ciudad de Mérida; por desgracia, como oportunamente fue sabido, un grupo de personas más amantes de la política que de la Historia, hicieron fracasar la reunión, cuando se

---

<sup>440</sup>Vito Alessio Robles, *Memorias y diario*, op.cit., pp. 573-574

<sup>441</sup> *Diario del Sureste*, 26 de noviembre de 1935, citado por Melchor Campos García, “300 años de pensar y escribir...”, op.cit., p. 137

<sup>442</sup> *Diario del Sureste*, 23 de noviembre de 1935, citado por *Ibid.*, p. 133

empeñaron en darle un carácter COMUNISTA, siguiendo las conveniencias del momento.<sup>443</sup>

Las siguientes reuniones se realizaron en Monterrey (1937), Morelia (1940), Guadalajara (1942), Xalapa (1943), Guanajuato (1945) y Hermosillo (1949) en donde, al parecer, los desencuentros entre facciones disminuyeron de intensidad. De los realizados a partir de 1942 –bajo la organización del historiador guanajuatense Antonio Pompa y Pompa– José A. Ortega y Medina recordó en 1986 su participación como ponente en dichos eventos y constató “los alcances y resultados que se obtuvieron del diálogo” entre los historiadores de las diferentes regiones del país con los que provenían de la capital.<sup>444</sup>

Para el realizado concretamente en el estado de Veracruz, Robert A. Potash explica que en aquella ocasión los temas que antes incitaban al faccionalismo pudieron discutirse serenamente y prevaleció “el espíritu científico” entre indigenistas e hispanistas. Es interesante constatar que la Comisión organizadora del evento en Xalapa estuvo conformada por historiadores como José de Jesús Núñez y Domínguez, Rafael García Granados y Silvio Zavala, todos ellos reconocidos investigadores ya afianzados en instituciones como la UNAM y El Colegio de México.<sup>445</sup>

Como podemos apreciar, esta polarización del campo historiográfico mexicano durante los años treinta enfrentó a dos grupos de contendientes acostumbrados a la

---

<sup>443</sup> Alberto María Carreño (dir.), *Divulgación Histórica*, número 4, 15 de febrero de 1940, p. 109. Mayúsculas en el original

<sup>444</sup> José A. Ortega y Medina, “Respuesta al discurso de nombramiento como Miembro Corresponsal del maestro Antonio Pompa y Pompa de la Academia Mexicana de la Historia”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 1979-1989, pp. 255-259. Para profundizar sobre la participación de Ortega y Medina en dichos Congresos consúltese María Cristina González Ortiz, *José A. Ortega y Medina. Entre andrenios y robinsones*, México, INAH/UNAM, 2004

<sup>445</sup> Para el caso del Congreso de Monterrey consúltese Manuel Ceballos, “Monterrey”, *op.cit.*, pp. 76-77; para el de Morelia, Gerardo Sánchez, “Las voces del exilio español en Morelia. Científicos y humanistas en la Universidad Michoacana, 1938-1943”, en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coord.), *De Madrid a México*, Morelia, UMSNH, 2001, pp. 277-328, y para el de Xalapa Robert A. Potash, “Historiografía del México independiente”, *op.cit.*, p. 380 y Josefina Lomelí Quirarte de Correa, “La influencia de los Congresos en la enseñanza de la Historia”, en *La enseñanza de la historia en México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1948, pp. 297-328

polémica: los que defendían una idea tradicional de la historia (empirista y nacionalista) y los que se identificaban con la corriente marxista de moda. Más allá de las evidentes diferencias ideológicas, queremos hacer hincapié, como ha sido la constante en la presente investigación, en los cambios disciplinares que el intelectual de transición, como nueva figura crítica, ocasionó en la historiografía y sus prácticas.

Consideramos que es importante detenernos en las prácticas académicas, en los encuentros y sociabilidades que estos estudiosos del pasado propiciaron. Como lo mencionamos al principio del estudio, siguiendo a Susana Quintanilla, las actividades literarias y humanísticas realizadas por los miembros del *Ateneo de la Juventud* y posteriores generaciones fueron permeando un espíritu crítico, construyendo una nueva forma de enseñar y transmitir el conocimiento histórico. Los Congresos de Historia, las nuevas instituciones educativas y editoriales, las publicaciones, son algunos de los indicadores que nos hacen pensar en la especialización del quehacer historiográfico en México.

#### Instituciones y saber historiográfico

Como hemos explicado hasta el momento, la conformación de la comunidad de historiadores se fue gestando en México desde finales del siglo XIX con obras colectivas como el *México a través de los siglos*; con encuentros celebratorios como el IV Centenario del descubrimiento de América, los de 1910 y 1921 y académicos como los de Americanistas y los Congresos de Historia Patria en la década de los treinta y cuarenta; con la formación de instituciones como el Museo Nacional, la Escuela de Altos Estudios (desde 1924 Facultad de Filosofía y Letras), el Archivo General de la Nación, la Academia

Mexicana de la Historia, y con publicaciones periódicas como los Anales y Memorias, *Revista de Revistas*, *América Española*, *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, todas ellas instituciones y comunidades del saber en las que el historiador creó las bases estructurales que sustentarían al profesional de la disciplina años después.

A principios de la década de los treinta en la Universidad Nacional Autónoma de México se fundó la *Revista de la Universidad* como un órgano de difusión intelectual, particularmente de los académicos cercanos a la Institución educativa. Es notable que las nuevas figuras de la historiografía mexicana, muchos de ellos colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, continuaron con su labor de difusión. Pero también, para beneficio de la disciplina, algunos especialistas extranjeros como el norteamericano Frank Tannenbaum, el chileno Moisés Poblete Troncoso, el español Américo Castro y el francés Robert Ricard colaboraron con la publicación.

Así los antiguos maestros como Luis González Obregón compartieron el espacio editorial con alumnos aventajados de las nuevas generaciones como Genaro Fernández MacGregor, Pablo Martínez del Río, Rafael García Granados, Silvio Zavala y otros historiadores y practicantes de las ciencias sociales.<sup>446</sup>

Entre los artículos que revisamos nos interesa destacar el del arqueólogo e historiador mexicano Pablo Martínez del Río (1892-1963)<sup>447</sup> quien en un texto titulado “Sobre el horizonte de la historia” declaró que quien pretendiese dedicarse al estudio “de los hombres en épocas pasadas” no podía desentenderse de las enseñanzas de los

---

<sup>446</sup> Particularmente se consultaron en línea los ejemplares correspondientes del número 1 (noviembre 1930-abril 1931) al número 16 (febrero de 1932). [www.revistadelauniversidad.unam.mx](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx)

<sup>447</sup> Nació en la ciudad de México. Estudió en Inglaterra en los Colegios de Stonyhurst, Eton y Oriel de la Universidad de Oxford. A su regreso a México fue profesor en la Escuela de Verano y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y desde 1939 en el Departamento de Antropología de la misma institución. Fue director de la ENAH desde 1944 hasta su muerte y del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM desde 1956. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, pp. 2140-2141

arqueólogos, de los antropólogos, de los etnólogos y de los lingüistas, como parte de un plan de trabajo interdisciplinar.<sup>448</sup>

Este mismo espíritu multidisciplinar sería uno de los ejes del Instituto de Investigaciones Estéticas fundado en 1936 en sustitución del Laboratorio de Arte formado un año antes por Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Rafael García Granados y Luis MacGregor. Un año después aparecería el primer número de sus *Anales* cuyo fin sería “clasificar los hechos, los fenómenos” con el objeto de “darles universalidad y contribuir a una verdadera tradición fundada en el conocimiento de lo nuestro”.<sup>449</sup> Además de los fundadores del Instituto, la revista tuvo entre sus colaboradores a Vicente T. Mendoza, Gabriel Méndez Plancarte, Justino Fernández, Mario Mariscal, Samuel Ramos, Manuel Moreno Sánchez, Arturo Arnaiz y Freg, Vicente T. Mendoza, Salvador Toscano, Juan de la Encina, Antonio Castro Leal, Edmundo O’Gorman, Francisco de la Maza, José Rojas Garcidueñas, Manuel Romero de Terreros, quienes contribuyeron con trabajos y reseñas originales sobre historia del arte, filosofía, literatura, música y otras ramas del saber humanístico.

Es importante destacar, que otra de las funciones de los *Anales* fue también darle seguimiento a los eventos y congresos que paulatinamente irían fortaleciendo a la disciplina. Por ejemplo, en 1937 (del 5 al 14 de julio) se celebró en la ciudad de Buenos Aires el Segundo Congreso Internacional de Historia de América, evento al que asistieron como representantes de México Alfonso Reyes, en ese momento embajador en la Argentina, y varios estudiosos del pasado nacional. En su reseña del evento Rafael García

---

<sup>448</sup> Pablo Martínez del Río, “Sobre el horizonte de la historia”, en *Revista de la Universidad Autónoma de México*, tomo III, número 15, enero de 1932, pp. 281-286

<sup>449</sup> Rafael López, “Estos Anales”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 1, 1937, pp. 1-2

Granados apuntó que entre los beneficios que se obtenían al realizar este tipo de reuniones era “el mutuo conocimiento de los hombres de distintos países que se dedican a la misma actividad” mediante la presentación de trabajos, la discusión de temas de interés común y los acuerdos a los que podrían llegar.

Gran número de historiadores americanos concurrió a Buenos Aires y en ciertos aspectos la labor del Congreso fue francamente fructífera. Como consecuencia de las relaciones entre nuestros Delegados y de otros países de América, las publicaciones históricas mejicanas llegarán a aquellos y serán conocidas y comentadas por los historiadores que a su vez enviarán a Méjico sus estudios, contribuyendo de esa manera a establecer vínculos de amistad y mutuo conocimiento que se traducirán en un acercamiento espiritual.

Los trabajos presentados por investigadores mexicanos fueron los siguientes: Justino Fernández, “Santa Brígida de México”; Manuel Romero de Terreros, “Los principales pintores de Nueva España”; Atanasio G. Saravia, “La catedral de Durango”; Manuel Toussaint, “Plano de la ciudad de México atribuido a Alonso de Santa Cruz”, Juan Manuel Torrea, “Los combates de Cimatarío”; Alfonso Reyes, “Contribuciones al estudio de las relaciones diplomáticas entre México y Brasil”, y José María Quintana, “El doctor Nicolás León, historiador y bibliógrafo mexicano”.<sup>450</sup> Otro de los logros del encuentro, bajo la iniciativa de Manuel Toussaint, fue la propuesta de fundar un *Instituto Americano de Arte*, con sede en Buenos Aires y secciones en cada país de América, con el objeto de resguardar y estudiar las obras y los monumentos artísticos.<sup>451</sup>

Durante el mismo periodo, el Fondo de Cultura Económica bajo el liderazgo de Daniel Cosío Villegas se convertiría desde 1934 en una de las casas editoriales más importantes de México y posteriormente de América Latina. Pese a que en un principio la

---

<sup>450</sup> Rafael García Granados, “Notas y libros. La Universidad Nacional de México y su Instituto de Investigaciones Estéticas en el Congreso de Historia de Buenos Aires”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 2, 1938, pp. 55-56

<sup>451</sup> Manuel Toussaint, “Notas y libros. El II Congreso Internacional de Historia de América”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 2, 1938, pp. 62-63

empresa estuvo centrada a la producción de libros sobre temas económicos, muy pronto diversificó su oferta académica hacia propuestas literarias, humanísticas, sociológicas y políticas que ampliaron las posibilidades de acción de la intelectualidad nacional y los historiadores, por supuesto, se vieron beneficiados con estas nuevas posibilidades de dar a conocer sus investigaciones.<sup>452</sup>

En 1935, desde el ala católica, se fundó la revista *Christus* que aunque se dedicó casi por completo a la difusión de la fe y la doctrina también incluyó en sus primeros números trabajos sobre temas histórico/sociales. Destacan los textos de Jesús García Gutiérrez, “México y la Revolución mundial” –en el que analiza la historia del término “revolución” y su adopción en México después de 1910 y 1917– y el de Alfonso Junco, “El problema social”, una disertación sobre el comunismo de raíz soviética y el agrarismo surgido del movimiento armado de 1910.<sup>453</sup>

Como parte de la misma tendencia católica, aunque menos confesional y combativa, surgieron en 1937 y 1939, respectivamente, las revistas *Ábside* de los hermanos y sacerdotes Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, y *Divulgación Histórica* de Alberto María Carreño. Entre los colaboradores de ambas revistas sobresalieron por sus trabajos historiográficos Jesús García Gutiérrez, Juan B. Iguíniz, José Bravo Ugarte S. J, Luis Medina Ascencio S. J., Jesús Guisa y Acevedo, José Fuentes Mares, Federico Gómez de Orozco, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Primo Feliciano Velázquez, Vito Alessio Roles, José de Jesús Núñez y Domínguez, José López Portillo y Weber, José Ignacio Dávila Garibi,

---

<sup>452</sup> Véase Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1996*, México, FCE, 1996

<sup>453</sup> Jesús García Gutiérrez, “México y la Revolución mundial”, en *Christus*, año 1, número 3, 1936, pp. 189-192; Alfonso Junco, “El problema social”, en *Christus*, año 1, número 4, 1936, pp. 231-233



Manuel Romero de Terreros, Rafael García Granados, Francisco Pérez Salazar, Pablo Martínez del Río, Atanasio G. Saravia y el francés Robert Ricard.<sup>454</sup>

De estos autores, Alberto María Carreño (1875-1962)<sup>455</sup> puede considerarse uno de los más “tradicionalistas” y por ello un importante representante de la pugna entre la historia conservadora y la oficial. En la opinión de Carreño, la historia era “obra más de simpatías o antipatías que de estudio de antecedentes y de datos fehacientes [...] porque las fuentes están adrede adulteradas: ora sean documentos, ora sean monumentos o simples inscripciones”,<sup>456</sup> sin embargo, esto no impedía que el historiador llegara a conocer la “Verdad”. Entre los autores que consideraba con más autoridad se encontraba Francisco Bulnes con sus obras *Las grandes mentiras de nuestra historia* (1903) y *El verdadero Juárez* (1904) que fueron de gran importancia para la crítica de la historia oficial. Además, consideró que después de Bulnes él, “desde hace treinta años”, era uno de los que con más ahínco se había preocupado por dar a conocer la verdad aunque por ello haya tenido que “sufrir desahogos y ataques”.<sup>457</sup>

Carreño también fue un importante defensor de la obra cultural del catolicismo en México. Consideraba que la Iglesia era la “protectora universal de las ciencias y de las artes” y afirmaba que “aun cuando sus enemigos” solían aprovechar “errores aislados de algunos de sus miembros para acusarla de retardataria y oscurantista”, nadie que fuese “culto verdaderamente, ni sus propios enemigos”, podían “sinceramente hacerle ese

---

<sup>454</sup>Véase Jesús Iván Mora Muro, *La modernidad repensada. Gabriel Méndez Plancarte y la revista Ábside, 1937-1949*, Tesis de Maestro en Historia, México, Universidad Iberoamericana, agosto de 2010, y *Divulgación Histórica*, volumen I, número 1, noviembre de 1939

<sup>455</sup> Nació en Tacubaya, DF. Estudió en el Seminario Metropolitano y en la Escuela de Comercio. Entró a la Academia de la Lengua en 1918 y fue de número desde 1924. Durante varios años fue secretario perpetuo de esta institución. Entró a la Academia de Historia y de ella fue director hasta su muerte. Dirigió y publicó varios años una revista de investigación llamada *Divulgación Histórica*. Murió en la ciudad de México. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 619

<sup>456</sup> Alberto María Carreño, “Breves comentarios sobre la Historia”, en *Ábside*, 1937/noviembre, p. 30

<sup>457</sup> *Ibid.*, p. 36

reproche”.<sup>458</sup> De hecho, para él, “el México actual” todavía era “el resultante de la obra de cultura realizada por la Iglesia durante siglos”.<sup>459</sup>

Otro estudioso de la obra cultural de la Iglesia fue el sacerdote Jesús García Gutiérrez, ya mencionado con antelación en el presente estudio. Entre otras actividades historiográficas, durante todo el año de 1940 publicó en *Ábside* una serie de textos titulados “Cuestiones históricas disputadas” en donde estudió algunos temas controversiales de la historia de México. En estos artículos abordó la figura del padre Hidalgo, esclareciendo algunos mitos sobre él y en otras ocasiones desvirtuando la imagen benévola que la historia oficial había erigido.<sup>460</sup> Concretamente en su texto “Los clérigos y el ejercicio de las armas” concluyó que “por más vueltas que se le dé al asunto”, la causa de Hidalgo no tenía defensa posible y era preciso confesar que “conforme a la doctrina de la Iglesia hicieron mal en empuñar las armas y acaudillar tropas armadas”.<sup>461</sup>

Después, en otro trabajo continuó estudiando la figura de Miguel Hidalgo, pero ésta vez se concentró en la toma de la Virgen de Guadalupe como estandarte de la insurgencia. Básicamente, opuso los testimonios de Lucas Alamán, Manuel Abad y Queipo (gobernador del obispado de Michoacán) y Antonio Bergosa y Jordán (obispo de Oaxaca), con los de Carlos María Bustamante. Mientras que Alamán y los dos representantes de la jerarquía católica fueron críticos severos de la acción revolucionaria del padre Hidalgo, Bustamante justificó la rebelión y la toma de la imagen guadalupana como baluarte “sagrado de su libertad y suspirada emancipación”. Ante estos “juicios contradictorios”, Jesús García

---

<sup>458</sup> Alberto María Carreño, “La obra cultural de la Iglesia en México”, en *Ábside*, 1940/febrero, p. 27

<sup>459</sup> *Ibid.*, p. 28

<sup>460</sup> Con respecto a los diversos usos políticos que de la figura de Miguel Hidalgo hicieron las facciones revolucionarias y postrevolucionarias consúltese Omar Fabián González Salinas, “Fiesta cívica y culto al ‘Padre de la Patria’ en el Estado Revolucionario”, en *Secuencia*, número 93, septiembre-diciembre del 2015, pp. 162-193

<sup>461</sup> Jesús García Gutiérrez, “Cuestiones históricas disputadas. Los clérigos y el ejercicio de las armas”, en *Ábside*, 1940/enero, p. 97

Gutiérrez recomendó como historiador que en estos casos era preferible tomar en cuenta las palabras de los testigos de los hechos, porque éstos estaban más cerca de la verdad.<sup>462</sup>

Como hemos visto, este tipo de afirmaciones eran muy comunes en historiadores formados hacia finales del siglo XIX y principios del XX. La búsqueda de la verdad historiográfica y de la objetividad eran los dos baluartes de la disciplina. Se puede afirmar, que los postulados de Leopold Von Ranke eran los más defendidos en la historiografía nacional.<sup>463</sup>

Debemos aclarar que la opinión de este historiador no debe tomarse como la única postura de la revista, como el título de sus artículos lo indica eran “cuestiones históricas disputadas”.<sup>464</sup> Entre los colaboradores de *Ábside* encontramos a quienes apoyaban el uso de las armas por parte de los sacerdotes y los fieles, y los que, como García Gutiérrez, se oponían a estas prácticas. Lógicamente el conflicto cristero de la década de los veinte levantó toda esta polémica. Por ejemplo, José Bravo Ugarte S.J. en su artículo “El clero y la Independencia” realizó un listado en orden alfabético de los clérigos y religiosos que militaron durante la guerra independentista. De la misma manera, el director de la publicación, el padre Gabriel Méndez Plancarte, al presentar dicho artículo, comentó que ante “la moda de ciertos círculos derechistas de renegar de nuestra Independencia [...] publicamos con gusto el excelente estudio acerca de la participación del clero católico en

---

<sup>462</sup> Jesús García Gutiérrez, “Hidalgo y la Virgen de Guadalupe”, en *Ábside*, 1940/febrero, pp. 41-45

<sup>463</sup> Para Guillermo Zermeño, en la primera mitad del siglo XX, desde Ricardo García Granados se incorpora en México el discurso rankeano que se propone “investigar lo que realmente ha existido”. Sin embargo, desde el siglo XIX, el propósito de una historia metódica, imparcial y objetiva que lucha en contra de toda clase de prejuicio, también penetró en el mundo católico, por ejemplo en el pensamiento de Joaquín García Icazbalceta (1825-1894). Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia*, *op.cit.*

<sup>464</sup> Del mismo autor, sobre Miguel Hidalgo tenemos los siguientes textos en *Ábside*: “La excomunión del padre Hidalgo”, en *Ábside*, 1940/marzo, “¿Hidalgo fue masón?”, en *Ábside*, 1940/abril, “Hidalgo y la Inquisición”, en *Ábside*, 1940/mayo

las gloriosas jornadas de 1810 a 1821”.<sup>465</sup> Y sobre el caso concreto del padre Hidalgo, en una nota de presentación de un documento inédito del llamado “padre de la patria”, afirmó que:

Ocupados nuestros historiadores –con excesivo apasionamiento partidista– en exaltar o en denigrar al iniciador de nuestra Independencia, han descuidado casi por completo la investigación serena de sus antecedentes psicológicos, de su formación literaria y de su labor intelectual como profesor y rector del insigne y más antiguo Colegio de San Nicolás en la antigua Valladolid.<sup>466</sup>

Otra veta historiográfica explorada por *Ábside* fue la historia de ciudades o regiones de México olvidadas por la historia oficial. Como es el caso de Atanasio G. Saravia quien dedicó varios artículos a la “Nueva Vizcaya” y el papel de la devoción a la Virgen María en la conformación de estas zonas geográficas alejadas de lo que fue la Nueva España.<sup>467</sup> También tenemos un artículo de discusión en torno a la fecha de fundación de Zamora, Michoacán (1540 o 1541). Ante la duda, Perfecto Méndez Padilla solicitó “la autorizada opinión” de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.<sup>468</sup> Como estos ejemplos, se publicaron otros artículos sobre estados del país como Zacatecas,<sup>469</sup> Guadalajara, Michoacán, Veracruz, etc., así como poemas dedicados al terruño de los autores. Aquí la frase “cada quién lleva agua a su molino” es idónea para ilustrar la forma en que la revista se conformó de autores de diversas latitudes del país.

Con una visión diametralmente diferente a la de *Ábside*, alejada del catolicismo doctrinal, en 1938 surge bajo la dirección de Silvio Zavala la *Revista de Historia de*

<sup>465</sup> José Bravo Ugarte, “El clero y la Independencia”, en *Ábside*, 1941/octubre, p. 612

<sup>466</sup> Miguel Hidalgo Costilla, “Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica”, Nota de Gabriel Méndez Plancarte, en *Ábside*, 1940/septiembre, p. 3

<sup>467</sup> Atanasio G. Saravia, “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya” en *Ábside*, 1940/octubre, “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya”, en *Ábside*, 1940/noviembre, “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya”, en *Ábside*, 1940/diciembre, y sobre estos trabajos véase Luis Medina Ascencio, “Notas críticas”, en *Ábside*, 1941/agosto

<sup>468</sup> Perfecto Méndez Padilla, “El IV Centenario de la fundación de Zamora”, en *Ábside*, 1940/octubre, p. 35

<sup>469</sup> Daniel Kuri Breña, “Mi Casa”, en *Ábside*, 1944/julio-septiembre, y sobre el libro: Daniel Kuri Breña, *Zacatecas, Civilizadora del Norte. Pequeña biografía de una rara ciudad*, México, 1944. José Rojas Garcidueñas, “Notas críticas”, en *Ábside*, 1944/julio-septiembre.

*América*, órgano del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y uno de los primeros espacios especializados dedicados a la historia desde una perspectiva profesional.

Como su título lo indica, en la publicación se privilegiaron los artículos sobre América (principalmente la española) haciendo énfasis en la historia colonial. En este sentido, la influencia de Zavala fue determinante en los destinos y propuestas de la *Revista*. Entre los propósitos de la nueva publicación destaca el interés por fomentar el estudio del pasado del Continente desde una mirada más amplia sobrepasando los límites impuestos por las fronteras políticas actuales, para puntualizar las similitudes culturales, económicas e institucionales de los territorios que antaño formaron parte del imperio español, sin olvidarse de Brasil y Estados Unidos que también presentaban “atractivos temas comunes de historia de límites, relaciones comerciales e influencias del espíritu”. En suma, la publicación deseaba “contribuir al acercamiento de los investigadores” ofreciendo “estudios, documentos, informaciones científicas, reseñas de libros y revistas y bibliografía sobre historia del Continente”.<sup>470</sup>

Como todo proyecto que inicia, la publicación también sufrió para consolidarse como un producto de calidad. Por lo menos esa era la opinión del propio Zavala, quizá perfeccionista en demasía, tras el primer año de vida de la revista. Así se expresó en una carta dirigida a Alfonso Reyes después de invitarlo a participar (15 de abril de 1939):

Advierto algunos defectos en la obra que hemos realizado hasta aquí en la *Revista*, pero es difícil obtener colaboraciones impecables en el primer año de vida. Mi programa para el año próximo creo que será mejor. Parece que las bases de la investigación moderna hispanoamericana descansan en Argentina y los Estados Unidos, pero es preciso animar otros ambientes.<sup>471</sup>

---

<sup>470</sup> “Propósitos”, en *Revista de Historia de América*, número 1, marzo de 1938, pp. V-VI

<sup>471</sup> *Fronteras conquistadas. Correspondencia. Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1998, pp. 40-41

Sin duda, con el pasar del tiempo, esta labor emprendida por Zavala rendiría frutos logrando un acercamiento entre los investigadores americanos y europeos quienes muy pronto colaborarían de manera conjunta para el fortalecimiento de la disciplina en México y otros países del subcontinente.<sup>472</sup>

Entre los primeros colaboradores encontramos a Rafael Altamira y Crevea, Lewis Hanke, Ricardo Levene, Alfonso Reyes, Rafael Heliodoro Valle, José Moreno Villa, Francisco Monterde y Javier Malagón, y desde 1947 a Ernesto de la Torre Villar. Entre los americanistas ilustres que desde los primeros años colaboraron en el proyecto podemos también mencionar a Marcel Bataillon, Agustín Millares Carlo, Robert Ricard, Ignacio Rubio Mañé, entre muchos más.<sup>473</sup>

Como sabemos, estos avances hacia la profesionalización disciplinar se verían complementados con la edificación de recintos como el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1938), El Colegio de México (1940) y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM (1945). En este proceso la Academia Mexicana de la Historia también iniciaría en 1942 la publicación de sus *Memorias* como un medio necesario para dar a conocer las investigaciones de sus miembros y de otros historiadores de renombre.

Pese a que por lo regular se olvide, los vínculos entre las ciencias sociales y la Historia han sido estrechos desde que estas disciplinas iniciaron su camino en México. Un ejemplo de ello, es la Sociedad Mexicana de Antropología (SMA), fundada en el año de

---

<sup>472</sup> Otras revistas americanas de prestigio similares a la de Zavala y que funcionaron durante el mismo periodo fueron la de Federico de Onís, *Revista Hispánica Moderna* (1934-1953) publicada en Nueva York, y la de Amado Alonso, *Revista de Filología Hispánica* (1939-1946) editada en Buenos Aires. Ambas fueron reconocidas por Alfonso Reyes quien en una carta dirigida a Zavala (3 de enero de 1940) expresó la necesidad de crear una revista de humanidades en México similar a las de los dos intelectuales españoles. *Ibid.*, pp. 47-48

<sup>473</sup> Lewis Hanke, "Silvio Zavala, 1933-1949: algunos recuerdos al azar", en *Historia Mexicana*, volumen XXXVIII, número 4, abril-junio de 1989, pp. 601-607; Roberto Heredia Correa, "Reseña", en *Historia Mexicana*, volumen 18, número 4, abril-junio de 1969, pp. 627-628

1937, que agrupó entre sus filas a muchos investigadores que desde tiempo atrás habían incursionado en la arqueología y en la historia de las culturas indígenas de México. Dos fueron sus secretarios: Rafael García Granados (1893-1955) y Daniel Rubín de la Borbolla (1907-1990). El primero historiador, fundador junto a Manuel Toussaint del Instituto de Investigaciones Estéticas (1936) y posteriormente, desde 1945, uno de los iniciadores del Instituto de Históricas de la misma UNAM; el segundo arqueólogo y antropólogo miembro desde 1939 del Instituto Nacional de Antropología e Historia.<sup>474</sup>

Entre los historiadores –incluyendo a los que intercalaban sus saberes con la arqueología y la antropología– miembros de la SMA y que ese mismo año de 1937 formaron la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* sustituta de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, destacan Alfonso Caso, Manuel Gamio, Rafael Aguilar y Santillán, Marcos E. Becerra, Luis Castillo Ledón, Luis Chávez Orozco, Jorge Ignacio Dávila Garibi, Federico Gómez de Orozco, Eulalia Guzmán, Wigberto Jiménez Moreno, Pablo Martínez del Río, Miguel O. de Mendizábal, Eduardo Noguera, Rafael Heliodoro Valle y José Reygadas Vértiz.<sup>475</sup>

En 1938 el presidente de la República Lázaro Cárdenas presentó al Congreso de la Unión una propuesta para transformar el Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos de la Secretaría de Educación Pública (SEP) en un Instituto que tuviese “personalidad jurídica propia” y que contara con recursos proporcionados por el gobierno federal y los estatales, como por particulares. Así, el 3 de febrero de 1939 se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) para desempeñar, entre otras

---

<sup>474</sup> Véase Eusebio Dávalos Hurtado, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, volumen 17, número 1 (1954), pp. 143-146; Enrique Arechavaleta, “Sociedad Mexicana de Antropología”, en Carlos García Mora/Mercedes Mejía Sánchez (coordinadores), *La antropología en México. Panorama histórico. Las organizaciones y las revistas*, México, INAH, 1988, pp. 124-140, y Josefina Muriel, “Rafael García Granados”, en Gisela von Wobeser (coord.), *Discursos de ingreso...*, *op.cit.*

<sup>475</sup> Alfonso Caso (director), *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, número 1, 1937

funciones, la exploración de zonas arqueológicas en el país; la vigilancia, conservación y restauración de monumentos, y la realización de investigaciones científicas y artísticas y la subsiguiente publicación de las mismas. Alfonso Caso como primer director y con el apoyo de un selecto grupo de arqueólogos, historiadores y antropólogos como Ignacio Marquina, Jorge Enciso, Eduardo Noguera, José de Jesús Núñez y Domínguez, Daniel F. Rubín de la Borbolla, entre otros, inició el camino de la nueva asociación y también comenzó la publicación de sus *Anales*. En 1940 con el propósito de formar “cuadros profesionales” de científicos debidamente capacitados se fundó la Escuela Nacional de Antropología (ENA) – que en 1946 tomaría su nombre actual– con el apoyo de la SEP y de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM en donde ya se impartían las clases de historia, de arqueología y filología.<sup>476</sup>

Hacia finales de la década de los treinta y principios de los cuarenta, la enseñanza de la Historia en la FFyL ya daba muestras de su rigurosidad académica. Guadalupe Borgonio alumna de la licenciatura durante aquellos años y posteriormente colaboradora en el Instituto de Investigaciones Históricas, dejó un interesante testimonio sobre sus maestros y sus prácticas historiográficas:

En tiempos de don Rafael García Granados, éste tenía como alumno al licenciado Fernando Anaya, que dominaba el náhuatl. Anaya se ponía a platicar en esta lengua con el maestro Dávila Garibi [...] Estudié paleografía con el maestro Federico Gómez de Orozco. Él nos llevaba documentos a la clase para que nosotros hiciéramos la transcripción [...] Fueron don Rafael, don Pablo [Martínez del Río] y don Alberto María [Carreño] quienes nos enseñaron a hacer bien las fichas bibliográficas.<sup>477</sup>

Otra destacada alumna de historia en la Facultad durante el mismo periodo fue

Josefina Muriel:

---

<sup>476</sup> Julio César Olivé Negrete, *INAH. Una historia. Antecedentes, organización, funcionamiento y servicios*, México, INAH, volumen I, 2003 (1988), pp. 33-34

<sup>477</sup> Laura Espejel, “Guadalupe Borgonio. Editar la historia”, en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 19-20



En la Facultad de Filosofía y Letras poco a poco descubrí lo que más interés tenía para mí, porque estudiamos historia de todo el mundo y de México. La carrera era muy amplia y daba una visión que invitaba a elegir con conocimiento de causa las distintas especializaciones que se ofrecían [...] Todos mis maestros fueron magníficos. De los maestros mexicanos recuerdo a don Rafael García Granados, y por supuesto a don Antonio Caso; al arquitecto Carlos Lazo, al doctor Oswaldo Robles y a don Manuel Toussaint en historia del arte [...] Con don Federico Gómez de Orozco estudiamos la época colonial; con Rafael Heliodoro Valle estudié historia de América. Ellos nos dieron hermosas clases y nos enseñaron a investigar.<sup>478</sup>

En este proceso de profesionalización de la disciplina el arribo a México de los exiliados españoles durante y después de finalizada la guerra civil es un momento histórico coyuntural para el desarrollo de las ciencias sociales y humanidades en el país. Primeramente, debido a la necesidad de incorporar a los intelectuales recién llegados a la vida académica, se creó en 1938 la Casa de España en México, una iniciativa que tuvo como modelos a la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas de 1907 y al Centro de Estudios Históricos de Madrid fundado en 1910. Con el apoyo del gobierno del general Lázaro Cárdenas, Daniel Cosío Villegas junto con Alfonso Reyes y el patronato conformado por Eduardo Villaseñor (Subsecretario de Hacienda), Gustavo Baz (rector de la UNAM) y Enrique Arreguín (de la SEP) serían los artífices del proyecto.<sup>479</sup>

Posteriormente, en 1940, la Casa se transformó en El Colegio de México, institución académica que inició sus labores con tres Centros de estudio: Históricos (creado en 1941), Sociales y Filológicos. Es evidente la influencia de los “transterrados” en las líneas teóricas y metodológicas adoptadas por la nueva central educativa. Doce profesores españoles se desempeñaron desde el inicio: Jesús Bal y Gay, Juan de la Encina, Enrique Díaz-Canedo, José Gaos, Ramón Iglesia, José Medina Echevarría, Agustín Millares Carlo, José Moreno Villa, Luis Recasens Siches, Juan Roura Parella, Adolfo Salazar y Joaquín Xirau.

---

<sup>478</sup> Alicia Olivera, “Josefina Muriel. Una vida de amor a la verdad y a la justicia”, en *Historia e historias...*, p. 35

<sup>479</sup> Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 31-45

En el Centro de Estudios Históricos (CEH), dirigido por Silvio Zavala desde 1941 hasta 1950, se insistió en que el “nuevo historiador” debía contribuir a la ampliación del conocimiento que se destacara por su originalidad.<sup>480</sup> En las propias palabras de Zavala, antes de la formación del CEH, su plan era crear un Instituto de Historia que debía “ser simultáneamente docente y de investigación” y que tuviera como principal objetivo mejorar la calidad en la “producción histórica” de México para elevarla “al rango que le corresponde por la dignidad e interés de su materia”. Así, con la edificación de dicho recinto educativo se procuraría “la introducción de métodos modernos y rigurosos para sustituir, por medio del ejemplo y el valor propio de los trabajos, la producción anárquica, espontánea y de ficción desconcertada”.<sup>481</sup>

Los baluartes del historiador como futuro profesional en ciernes eran la investigación rigurosa con materiales novedosos obtenidos en los archivos y bibliotecas, la interpretación precisa y cuidadosa de las fuentes y el “reconocimiento de las deudas intelectuales” y el deslinde de “la paternidad de las ideas y de los datos”.<sup>482</sup> También se buscó superar las añejas posturas dicotómicas y partidarias que habían caracterizado a los historiadores mexicanos que defendían las trincheras del liberalismo o del conservadurismo, del hispanismo o el indigenismo.<sup>483</sup>

Entre 1941 y 1949 algunas de las asignaturas que se impartieron en el Centro fueron las de Ramón Iglesia (Historiografía), Juan B. Iguíniz (Bibliografía), Agustín Millares Carlo (Paleografía y Diplomática), Paul Kirchhoff (Métodos y doctrinas etnológicas),

---

<sup>480</sup> Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México...*, *op.cit.*, pp. 115-116. Además del fortalecimiento de la disciplina, bajo la batuta de Zavala el CEH tendió puentes con otras instituciones educativas. Por ejemplo, desde 1942 se gestionaron posibles intercambios académicos entre El Colegio de México e instituciones norteamericanas y canadienses por intermediación de Lewis Hanke y James Thompson Shotwell. *Fronteras conquistadas*, *op.cit.*, pp. 104-105, pp. 107-108

<sup>481</sup> *Fronteras conquistadas*, *Ibid.*, pp. 307-310

<sup>482</sup> Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México...*, *op.cit.*, pp. 115-116

<sup>483</sup> *Ibid.*, p. 117

Ignacio Dávila Garibi (Náhuatl), Silvio Zavala (Historia de las instituciones indianas), Francisco Barnes (Historia de España), José María Miquel (Independencia de México), Manuel Toussaint (Historia del Arte), Pablo Martínez del Río (Prehistoria), Daniel Cosío Villegas (Historia Económica), José Miranda (Historia de las Instituciones).<sup>484</sup> Un selecto grupo de profesores mexicanos y extranjeros –de diversas tendencias ideológicas– que conjugaron sus experiencias historiográficas para formar a los nuevos historiadores en el país. Llama la atención que con el plan de estudios elegido se hizo hincapié, como se venía haciendo desde las primeras décadas del siglo XX, en la importancia de las ciencias auxiliares de la historia y en la interdisciplinariedad con la inclusión de la etnología.

Muchos años después, Ernesto de la Torre Villar, uno de los primeros alumnos del CEH, además de reconocer las valiosas enseñanzas de sus maestros apuntó que una de las virtudes de El Colegio de México había sido colocar a sus alumnos en instituciones adecuadas para su desenvolvimiento profesional:

Así fue que unos fueron a trabajar a la Biblioteca Nacional u otras instituciones, y que yo fui a parar al Archivo General de la Nación [...] Fue una distribución que siento que fue benéfica, no solamente para nosotros sino para las instituciones, porque, realmente, con la metodología que nosotros habíamos adquirido por nuestra preparación, por nuestra especialización, pudimos orientar esas funciones y ordenar el trabajo que se realizaba en ellas.<sup>485</sup>

Después añadió que la metodología que les habían enseñado en el Colegio era de muy buena calidad: “porque allí aprendimos a hacer notas, reseñas bibliográficas, a saber establecer las fichas, a organizar los ficheros”.<sup>486</sup> Al respecto, Luis González y González reconocería que el baluarte educativo primordial del CEH había sido desde un principio su rigor académico. Con “un plan de pocas materias” en donde se abordaban la historia

---

<sup>484</sup> *Ibid.*, pp. 117-122

<sup>485</sup> Alicia Olivera y Salvador Rueda, “Ernesto de la Torre Villar. Entre bibliotecas, archivos y aulas”, en *Historia e historias*, *op.cit.*, p. 52

<sup>486</sup> *Ibid.*, p. 57

universal y de América, los alumnos se ejercitaban en técnicas como la paleografía y en idiomas clásicos y modernos. El Seminario fue el medio idóneo para que germinasen estas enseñanzas: en “donde un profesor expone, los alumnos contraponen y ambos arriban a una síntesis”. Así, “sólo con tales planes y métodos se podía aprender haciendo breves trabajos de investigación semestrales y una tesis gorda y madura al final de la carrera”.<sup>487</sup> Profesores como José Gaos, Wenceslao Roces, Javier Malagón, José Miranda, José Medina Echevarría, fueron algunos de los más comprometidos con el sistema de seminario como método didáctico.<sup>488</sup>

De entre estos grandes maestros del oficio José Gaos fue sin duda uno de los más influyentes. El propio Gaos en dos cartas fechadas el 1 de noviembre de 1939 y el 19 de marzo de 1940 y dirigidas a Alfonso Reyes –respectivamente presidente de la Casa de España y del El Colegio de México– informó de las actividades docentes e intelectuales realizadas en el país desde su llegada. Entre otros méritos, destacó la fecundidad y rápida asimilación de sus ideas entre sus alumnos: como fueron los casos de Leopoldo Zea con la publicación en *Tierra Firme* de su texto sobre Heráclito (1940); Antonio Gómez Robledo y su trabajo sobre la “Teodicea de Aristóteles” publicado en la revista *Ábside* (1940), y por último “el soberbio prólogo” de Edmundo O’Gorman para la edición de la *Historia Natural y Moral de las Indias* del padre Acosta. Sobre este último caso aclaró que pese a que

---

<sup>487</sup> Luis González y González, “La pasión del nido”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002 (1976), pp. 260-261

<sup>488</sup> Sobre el sistema de seminario de origen alemán y su introducción en el ámbito español véase Guillermo Zermeno, *La cultura moderna de la historia, op.cit.*, pp. 174-178, y con respecto a los seminarios y su relevancia didáctica en México con la llegada de los exiliados españoles consúltese Eva Elizabeth Martínez Chávez, *España en el recuerdo, México en la esperanza. Juristas republicanos exiliados en México*, Tesis de Doctorado en Ciencia Jurídica: Teoría, Historia y Comparación, Universidad Internacional de Andalucía/Universidad de Huelva, noviembre del 2015, pp. 268-288

O’Gorman no era su alumno oficial, éste no había dejado de reconocer “privadamente lo que en punto a filosofía y metodología” encontró como oyente en su cátedra.<sup>489</sup>

Aunque es de una época posterior a nuestro periodo de estudio, es interesante traer a colación el testimonio de Andrés Lira quien rememoraría la *presencia* del profesor en el aula, el impacto de su discurso hablado durante el curso de ingreso a la maestría en historia en El Colegio de México:

A finales de ese primer semestre de 1964, se nos anunció que Gaos impartiría una clase de Filosofía de las ciencias humanas a varios grupos de estudiantes [...] Nos asustamos un poco pero nos resignamos a escuchar al dificultoso autor de las “Notas sobre historiografía”. Pero lo que no sabíamos y fuimos viendo y aprendiendo gratamente, era que el Gaos expositor complementaba y justificaba al Gaos escritor de manera admirable. En efecto, los textos que leídos por nosotros resultaban difíciles de entender, eran perfectamente comprensibles en el fraseo con los que reproducía su autor. La palabra, el acento, la modulación de la voz y el ademán servían a Gaos para entregarnos en clase verdaderas piezas acabadas.<sup>490</sup>

En este contacto cara a cara entre maestro y alumno, la labor docente de Silvio Zavala es otro referente obligado para entender esos primeros años del CEH. María del Carmen Velázquez, una de sus muchas alumnas, recordó en una ocasión el método historiográfico del maestro, ya que les enseñaba a:

Proceder en su trabajo como los aprendices en un taller. Debían empezar por conocer sus herramientas: esto es, los documentos [...] saber de qué época eran. Fiarse y familiarizarse con [...] el tipo de papel, la forma de la escritura, antes de querer analizar el contenido del documento [...] Esto es, se empezaría por hacer un análisis de materiales como si se tratara de una ciencia exacta.<sup>491</sup>

---

<sup>489</sup> *Itinerarios filosóficos: correspondencia José Gaos-Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968*, compilación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1999, pp. 54-64, pp. 67-69

<sup>490</sup> Andrés Lira, “Recuerdos del seminario de José Gaos”, en Andrés Lira, *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 91-92

<sup>491</sup> Citado por Guillermo Zermeño, “Rafael Altamira o el final de una utopía modernista”, en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 192-193

En este recorrido, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM es el otro referente obligado para entender la paulatina institucionalización de la Historia y del inicio de la etapa profesional. Sus fundadores fueron Pablo Martínez del Río, Rafael García Granados, Julio Jiménez Rueda y Salvador Toscano (1912-1949).<sup>492</sup> Con el apoyo del rector Genaro Fernández McGregor (1883-1959), estos estudiosos del pasado mexicano inauguraron el referido centro de estudios el 15 de mayo de 1945. Entre los primeros investigadores del nuevo órgano educativo sobresalen Alberto María Carreño, Jorge Ignacio Rubio Mañé, Manuel Mestre Ghigliazza, Pedro Bosch Gimpera, José Fernando Ramírez, Víctor Rico y José C. Valadés.<sup>493</sup>

En el presente capítulo hemos realizado un rápido pero sustancioso recorrido por las tendencias historiográficas más influyentes desde finales de los años veinte hasta llegar a la fundación de instituciones educativas fundamentales para la enseñanza de la historia en el país. En este trayecto, debido a su corto tiempo de vida, la propuesta interdisciplinaria de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* se vio cuartada muy pronto. Sin embargo, su herencia dio frutos durante los años treinta en recintos educativos como el *Instituto de Investigaciones Estéticas* animado por Manuel Toussaint. Durante esta misma década, las luchas entre marxistas, católicos e historiadores empiristas, fueron recurrentes en los primeros Congresos de Historia, reuniones que demuestran la lenta consolidación de la academización en México. La multiplicación de publicaciones periódicas y el surgimiento de otras instituciones abonarían el camino para advenimiento durante los años cuarenta de los primeros historiadores profesionales.

---

<sup>492</sup> Nació en la ciudad de México. Estudió derecho titulándose en 1937 con el trabajo *Derecho y organización social de los aztecas*. Fue colaborador de la revista *Universidad de México* y miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Su obra más representativa fue *Arte precolombino de México y de la América central* (1944). *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 3559

<sup>493</sup> Gisela von Wobeser, "Presentación", en *Historia e historias, op.cit.*, pp. 7-11

## **Capítulo IV**

### **La transición hacia el profesional de la historia**

En este último apartado concluiremos la explicación del proceso de academización y especialización que se inició en México a finales del siglo XIX y daremos paso al esclarecimiento del nacimiento del profesional de la historia. Como lo adelantamos desde el inicio, el profesional es aquel que vive de la disciplina, escribe para sus pares y que se desempeña en instituciones educativas que otorgan un título universitario. En la primera sección del capítulo estudiamos la famosa polémica de 1945 protagonizada por los llamados positivistas (o científicistas) y los historicistas cuyos fundamentos historiográficos se sustentaban en las enseñanzas del exiliado español José Gaos heredero, a su vez, de la filosofía de José Ortega y Gasset y seguidor del pensador alemán Martin Heidegger. En una segunda parte puntualizamos que hacia finales de la década de los cuarenta los primeros alumnos graduados de El Colegio de México y otros historiadores formados en la UNAM con sus prácticas y obras especializadas dan testimonio de la profesionalización de la Historia que se estaba fraguando en el país. Por último, nos centraremos en la figura de Daniel Cosío Villegas y la construcción, con el apoyo de algunos de sus alumnos y colegas, del primer tomo de su obra *Historia moderna de México*.

Algunas de las preguntas que nos planteamos en este último capítulo son ¿En qué medida las enseñanzas de los antiguos maestros (los de tradición empírica) son el sustento de la profesionalización de la historia en México? ¿Qué instituciones arrojaron a las dos comunidades en polémica? Y por último, ¿Qué alianzas y distanciamientos encontramos dentro del campo historiográfico mexicano a partir de los primeros pasos hacia la profesionalización?

Comunidades en polémica: positivistas contra historicistas

Con la llegada a México de importantes representantes de la intelectualidad española en el exilio como José Gaos, la Historia que se practicaba en el país dio un vuelco hacia la teoría circunstancionalista de origen orteguiano desde una mirada hispanoamericanista. Como es bien conocido, este giro hacia la historia de las ideas tuvo en Edmundo O’Gorman a uno de sus más comprometidos defensores.<sup>494</sup> Como consecuencia de esta influencia española, O’Gorman muy pronto también se acercó a las filosofías de Wilhelm Dilthey y Martin Heidegger para fortalecer su posición historicista contraria a las líneas científicas que se practicaban en el país.<sup>495</sup>

Estas dos maneras de entender la historia: la empirista (llamada erróneamente positivista) representada por Silvio Zavala y la historicista (que tendía al relativismo) defendida por Edmundo O’Gorman, muy pronto se enfrentaron con el objetivo de discutir temas tan espinosos como la “verdad” y la posibilidad o imposibilidad de la “objetividad” en los estudios sobre el pasado.

Como lo hemos propuesto desde los primeros apartados de esta investigación, la llamada historiografía positivista –que, en pocas palabras, se ha caracterizado por proponer el estudio objetivo de los documentos de archivo para posteriormente extraer la “Verdad” de ellos– desde inicios del siglo XX tuvo en Genaro Estrada y en los colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* sus primeros inconformes. De igual manera, Silvio Zavala, aunque continuó respetando este método tradicional de indagar los hechos pretéritos, renovó el empirismo de tintes decimonónicos. Él iniciaría la historiografía

---

<sup>494</sup> Guillermo Zermeño, “La historiografía en México...”, *op.cit.*, pp. 1708-1710

<sup>495</sup> Conrado Hernández López, *Edmundo O’Gorman. Idea de la historia, ética y política*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2006, pp. 13-14



tradicional de tendencia crítica –o “descriptivo crítica” como la llamó Miguel León-Portilla– durante los años treinta.<sup>496</sup>

Silvio Zavala estudió Derecho en su natal Yucatán durante los años de 1927 y 1928 y después se trasladaría a la ciudad de México en donde concluiría sus estudios universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1931 se trasladó a España como becario del gobierno español –probablemente con recursos del Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario y la Junta para Ampliación de Estudios– para estudiar el Doctorado en Derecho en la Universidad Central de Madrid en donde se tituló en 1933 con la tesis *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (Estudio Histórico-Jurídico)* bajo la dirección de Rafael Altamira y Crevea.<sup>497</sup>

Definitivamente debemos tener en cuenta que en la formación de Zavala como historiador fue determinante su cercanía con investigadores españoles como el propio Altamira pero también con Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Dámaso Alonso y Benito Sánchez Alonso, quienes lo dotaron metodológicamente de un conocimiento de la disciplina ajeno o poco común en la realidad mexicana de aquellos años.<sup>498</sup>

Estos autores, miembros –entre otras instituciones– del Centro de Estudios Históricos de Madrid en donde Zavala también trabajaría (1933-1936), eran conocedores

---

<sup>496</sup> Miguel León-Portilla, “Tendencias en las investigaciones históricas de México”, *op.cit.*, pp. 104-105

<sup>497</sup> Andrés Lira, “Introducción”, en Silvio Zavala, *Primeras Jornadas, 1931-1937*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 9-22 y del mismo autor “El ‘tiempo español’ de Silvio Zavala: la vocación. Notas sobre un diálogo epistolar (1934)”, en Aurelia Valero Pic (coord.), *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México, 1940-1950*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 77-94; María de los Ángeles Yáñez de Morfín, *Datos biográficos y profesionales del Dr. Silvio Zavala*, México, El Colegio Nacional, 1982, p. 9. Con respecto a la posibilidad de que Silvio Zavala haya recibido recursos del Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario (IHMIU) y la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) consúltese Aimer Granados, “La corriente cultural de la JAE en México: el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931”, en *Revista de Indias*, volumen LXVII, número 239, pp. 103-124

<sup>498</sup> “Conversación autobiográfica de Silvio Zavala con Jean Meyer”, en Silvio Zavala, *Vivencias y conversación sobre Historia*, México, Condumex, 1993, pp. 27-56

puntuales de la historiografía y filosofía alemana, francesa e italiana que circulaba desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX por las universidades y academias europeas.<sup>499</sup> Este bagaje intelectual, directa o indirectamente, fue transmitido al historiador mexicano quien a su regreso a México llevó a la práctica estas enseñanzas como director de la *Revista de Historia de América*, fundada en 1938 y órgano de El Instituto Panamericano de Geografía e Historia que desde 1928 había iniciado en la ciudad de México su labor unificadora entre los países americanos<sup>500</sup> y posteriormente en instituciones como El Colegio de México, en donde fungiría como director del Centro de Estudios Históricos, en la Academia Mexicana de la Historia desde 1946, en El Colegio Nacional, en la UNAM y otros centros educativos y culturales a nivel nacional e internacional.<sup>501</sup>

En el ámbito historiográfico, que es el que aquí nos interesa de forma particular, desde sus primeras obras encontramos un marcado profesionalismo y, por consiguiente, una concientización de la metodologías propias del oficio. En su ya mencionada tesis doctoral, publicada en 1933, Zavala realizó un importante análisis histórico “para reconstruir las formas jurídicas” en donde se “movían las huestes españolas conquistadoras” y sus motivaciones institucionales y particulares. En esta primera investigación de gran alcance el historiador mexicano demostró que la Conquista (con la primera colonización en tierras americanas) había tenido como fundamentación jurídica el “viejo ramaje medieval del Derecho español” que había pasado a las Indias en diversas instituciones y que con el pasar del tiempo tomaron características propias.<sup>502</sup>

---

<sup>499</sup> José María López Sánchez, *Heterodoxos*, *op.cit.*

<sup>500</sup> Véase Silvio Zavala, *El Instituto Panamericano de Geografía e Historia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952

<sup>501</sup> Véase *Datos biográficos y profesionales...*, *op.cit.*

<sup>502</sup> Silvio Zavala, “Nota al lector”, en *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (Estudio histórico-jurídico)*, Tesis de Doctorado en Derecho, Madrid, Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, 1933, s/p

En opinión de Rafael Altamira y Crevea, este tema, pese a que era conocido y su relato se encontraba “en las fuentes principales de la Historia de la Conquista”, no había sido estudiado con profundidad por “ningún americanista” ni por los “profesionales del Derecho”. Dicho con otras palabras, pese a que existían las fuentes bien conocidas por los especialistas, como la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, no se había realizado un análisis historiográfico/jurídico de las mismas. Para Altamira y Crevea el valor intrínseco de los documentos no era su “rareza”, sino el método y la teoría con la que el historiador los abordaba y los presentaba al lector.<sup>503</sup>

Llama la atención que Silvio Zavala además de citar algunas fuentes primarias, también se valió de varias obras que habían sido publicadas en el propio siglo XX: como las de Francisco A. de Icaza, *Diccionario Autobiográfico de Conquistadores y Pobladores de la Nueva España* (Madrid, 1923); Ricardo Levene, *Introducción al estudio del Derecho Indiano* (Buenos Aires, 1924); Carlos Pereyra, *Historia de la América Española* (1925); José María Ots Capdequí, “El Derecho de Propiedad en las Indias”, en *Anuario de Historia del Derecho Español* (Madrid, 1925); Merriman Roger Bilow, *The Rise of the Spanish Empire* (New York, 1925), Carmelo Viñas Mey, *El estatuto obrero del indígena en la colonización española* (Madrid, 1931) y varias más que hacen de su estudio un ejemplo de historiografía moderna por su conocimiento de la tradición científica que le precedía.

Esta enumeración de obras, sin ser exhaustiva, nos demuestra su actualizado y extenso conocimiento sobre el tema de su interés. Gracias a su estadía en el extranjero, en donde las instituciones educativas estaban más consolidadas que en México, Zavala había adquirido las herramientas y el bagaje de la historia académica en donde los investigadores escribían primordialmente para sus pares.

---

<sup>503</sup> Rafael Altamira, “Opinión”, en *Ibid.*

En su siguiente obra, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* publicada en 1935, realizó un estudio de la influencia de la teoría europea en las leyes de la Corona española dictadas para sustentar la penetración colonial en las indias. Además de contar con un extenso “estado de la cuestión”, puntualizó que los tratados del siglo XVI se estudiaban con diversos fines dependiendo los intereses del historiador: para “reivindicar la cultura de la época” o “establecer la relación entre el Derecho de gentes y el Derecho internacional moderno”.<sup>504</sup>

Después de su fructífera experiencia española, en 1936 regresaría a un México que empezaba a dar muestras de una profunda transformación producto de los esfuerzos de individuos como José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Genaro Estrada, Manuel Toussaint, Alfonso Caso y muchos otros que poco a poco habían iniciado la construcción de instituciones que con el paso del tiempo serían los cimientos culturales y científicos del nuevo régimen: primordialmente en la Secretaría de Educación Pública, en la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, y en el Fondo de Cultura Económica.

Silvio Zavala no fue ajeno a este impulso renovador. Muy pronto se relacionó con Genaro Estrada, Manuel Toussaint y con Alfonso Reyes quien sería a lo postre uno de sus amigos más cercanos y cómplice –junto a Daniel Cosío Villegas– en la fundación de El Colegio de México en 1940.<sup>505</sup> Además de estos primeros contactos con la intelectualidad nacional, entre 1937 y 1942 se vinculó con escritores e historiadores tanto de Norteamérica como de América del Sur como los argentinos Victoria Ocampo, quien dirigía la revista

---

<sup>504</sup> Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935, p. V

<sup>505</sup> Véase Clara E. Lida, et. al., *La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000

*Sur*; Ricardo Levene, editor de una *Historia de América* (1941) –en la que Zavala participó– y los historiadores estadounidense y canadiense Lewis Hanke y James Thompson Shotwell.<sup>506</sup>

Interesantes rasgos de estas redes historiográficas se muestran en la correspondencia que mantuvo con algunos de ellos. Por ejemplo, en unas cartas fechadas el 26 de enero y el 20 de febrero de 1942 Shotwell –en ese momento director de la Division of Economics and History de la Carnegie Endowment for International Peace– lo invitó a Estados Unidos con todos los gastos pagados para que visitara las universidades de Columbia, Princeton y Harvard y colaborara en el mencionado volumen dedicado a la historia de América Latina.<sup>507</sup>

Entre el 25 de febrero de 1944 y el 2 de febrero de 1945, ya como profesor de El Colegio de México, realizó un viaje a Suramérica para recopilar información valiosa sobre el estado de las artes en el continente, dar a conocer lo realizado en México en el Instituto de Investigaciones Estéticas e indagar en qué circunstancias se encontraban los estudios históricos. Primordialmente se preguntó si se dedicaban a ellos aficionados o profesionistas. Sobre este último aspecto, a continuación transcribimos sus impresiones que fueron enviadas por vía postal a Alfonso Reyes (presidente de El Colegio de México):

El cultivo de la historia es en buen número de los países visitados un placer o rendimiento de aficionados, comenzando a figurar, en posición por lo común difícil, la clase de los historiadores que desempeñan profesionalmente la cátedra, [que] ocupan los escasos cargos de

---

<sup>506</sup> *Fronteras conquistadas.*, *op.cit.*, pp. 33-111. Sobre el afianzamiento de Zavala como intermediario entre la historiografía mexicana y la internacional consúltese los *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951, que reúne los trabajos de varios historiadores provenientes de los diversos países de América: como Walter Prescott Webb, John Francis Murphy, Charles F. Griffin, Alfonso Reyes, Rafael Heliodoro Valle, German Arciniegas, Ricardo Donoso, Gilberto Freyre, entre otros, y *Estudios Históricos Americanos: Homenaje a Silvio Zavala*, México, El Colegio de México, 1953

<sup>507</sup> (BNAH), Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 2, fs. 11-13

investigación o ingresan en los empleos públicos de carácter cultural (museos, archivos, bibliotecas, etcétera).<sup>508</sup>

Entre los países más avanzados en el proceso de profesionalización de la disciplina Zavala identificó a Argentina que ya contaba con un Instituto de Investigaciones Históricas en la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Emilio Ravignani (1886-1955) y a Perú en donde el padre Rubén Vargas Ugarte impartía un seminario en la Universidad Católica de Lima. Sin embargo, más allá de estos casos aislados, en su opinión en Suramérica la formación de los historiadores profesionales no era una finalidad por lo que abundaban los aficionados:

Los aficionados trabajan usualmente en sus casas, con bibliotecas privadas, sin obligaciones públicas. Los profesionales acuden a los archivos y bibliotecas oficiales, enseñan e investigan para ganarse la vida y en suma desarrollan toda su labor en medio de la sociedad que los sustenta. Cuando se ha logrado cierto progreso en este sentido, los jóvenes que aspiran a la misma carrera tienen dónde formarse y las cátedras y cargos de investigador sirven de aliciente a los propios egresados.<sup>509</sup>

Este primer contacto con la realidad americana sería crucial para identificar las carencias y proyectar a futuro las medidas a seguir para elevar el desempeño de la disciplina en México y los demás países del subcontinente. En un estudio publicado originalmente en 1952 Zavala hizo hincapié en dos eventos que fomentaron las relaciones internacionales entre los historiadores después de la Segunda Guerra Mundial: la realización de la Historia Científica y Cultural de la Humanidad (patrocinada por la Unesco en 1948) y el Programa de Historia de América bajo la iniciativa de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia que había sido constituida en 1947.

En el primer caso se realizaron alianzas académicas entre prestigiosos investigadores de las humanidades y ciencias sociales que buscaron como objetivos

---

<sup>508</sup> *Fronteras conquistadas, op.cit.*, A p. 121

<sup>509</sup> *Ibid.*, p. 123

primordiales el estudio del “desarrollo progresivo de la humanidad” y el reconocimiento de la “obra común” (un pasado común) entre todos los pueblos. Entre los miembros del comité organizador se encontraban los franceses Paul Rivet y Lucien Febvre, el norteamericano Ralph Turner, y el mexicano Jaime Torres Bodet. Entre las influyentes ideas que se discutieron aquel año Zavala destacó de manera particular las propuestas de Turner quien propuso como eje rector su término “World Community” que a grandes rasgos planteaba la interdependencia global entre los pueblos del mundo, la superación de la historia netamente nacionalista por una historia de la humanidad.

Por otro lado, en el segundo caso, el historiador mexicano dio a conocer los planteamientos esbozados por Mariano Picón Salas, historiador venezolano que había dictado un seminario en El Colegio de México en 1950. En resumen, para Zavala era sumamente importante inculcar en las nuevas generaciones de historiadores latinoamericanos la pronta elaboración de estudios que tuviesen como objetivo una mirada continental y no únicamente local.<sup>510</sup>

Sin lugar a dudas, este espíritu americanista característico en don Silvio a lo largo de su vida profesional fue en gran medida producto de su cercanía con Rafael Altamira y Crevea y después con los exiliados españoles como José Miranda; con historiadores franceses como Jean Sarrailh, Marcel Bataillon, Robert Ricard, François Chevalier y Jean Pierre Berthe; con el norteamericano Lewis Hanke, a quien conoció desde los años treinta y con quien organizaría desde 1949 los famosos congresos entre historiadores mexicanos y norteamericanos.<sup>511</sup>

---

<sup>510</sup> Silvio Zavala, “Proyectos internacionales de historia”, en *Silvio Zavala en la Memoria de El Colegio Nacional*, compilación y prólogo de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009, pp. 191-235

<sup>511</sup> Véase Javier Malagón/Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, UNAM, 1986; *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-*

Por estas razones, podemos apuntar que con él México encontraría a uno de los primeros historiadores formados profesionalmente y maestro de futuros especialistas como Luis González y González y latinoamericanos como Julio Riverend (cubano), Isabel Gutiérrez del Arroyo (puertorriqueña), Eduardo Arcila Farías (venezolano), Luis Muro (peruano), entre muchos otros discípulos formadores, a su vez, de decenas de historiadores de renombre internacional.

Además de renovar y transformar la historiografía de corte tradicionalista que se practicaba en México, buscó ampliar las miras de la investigación hacia horizontes más amplios que concernían a la América entera, y superar, de esta manera, las tendencias nacionalistas que aun en la actualidad permean a la disciplina. No obstante, a pesar de estos esfuerzos, las historias nacionales y regionales siguen dominando al gremio de historiadores mexicanos.

Después de este recorrido por la figura de Silvio Zavala entenderemos de mejor manera la famosa polémica entre los llamados positivistas y los historicistas (1945). Existen algunos antecedentes puntuales de las diferencias historiográficas entre estos dos grupos. Desde 1937 protagonizaron algunas discusiones en la *Revista Historia de América* (bastión del primer grupo) y en publicaciones como *Alcancia*, *Letras de México*, *Cuadernos Americanos*, y *Filosofía y Letras*. Primordialmente, se discutió sobre la obra de Silvio Zavala, *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*. Empero, fue posteriormente cuando las posturas se radicalizaron debido a una discusión que sostuvieron Zavala y Edmundo O’Gorman en una reunión llevada a cabo dentro del marco del *Primer Seminario*

---

1946), edición y estudio preliminar de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2012; Rafael Diego-Fernández, “Silvio Zavala: una vida dedicada a la construcción de una visión panamericana de la historia”, en Lilia V. Oliver Sánchez (coord.), *Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI y XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/El Colegio de Michoacán, 2006, pp. 295-306; y Silvio Zavala, *Vivencias y conversación sobre Historia*, op.cit.



*para el estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia* celebrado del 16 al 21 de marzo de 1945, con el objetivo de complementar los trabajos realizados en la *Primera Conferencia de Mesa Redonda para el Estudio de la Técnica de la Enseñanza de la Historia* (mayo de 1944).<sup>512</sup>

En el Seminario se acordó que era necesario convocar a una junta “para discutir libremente los problemas filosóficos implícitos en la actividad del historiador”:

Se convino entre el doctor Zavala y E. O’Gorman que cada uno escribiera una breve ponencia sobre el tema “Consideraciones sobre la verdad en Historia” y que, además de invitar a los más distinguidos historiadores y filósofos para que participasen en los debates, tanto el doctor Zavala como O’Gorman invitarían especialmente cada uno a dos intelectuales cuyas opiniones coincidirían con las de ellos. El doctor Zavala designó a los señores Rafael Altamira y Barnés; O’Gorman, a José Gaos y Ramón Iglesia.<sup>513</sup>

Durante el mes de junio de 1945 se llevaron a cabo en El Colegio de México tres sesiones dedicadas a debatir “el problema de la verdad histórica”,<sup>514</sup> debate para algunos “fallido” ya que Zavala, el interlocutor más esperado, no pudo asistir.<sup>515</sup> Sin embargo, sabemos que Ernesto de la Torre Villar se encargó de informarle y tenerlo al tanto de lo que ocurría en México mediante una carta del 2 de julio de 1945 que le envió a la Universidad de Puerto Rico en donde se encontraba laborando con motivo de una estancia académica. En el informe se lee lo siguiente:

El Lic. Caso ante las discusiones de Gaos que nuevamente se salía del tema propuso una limitación y replanteó el problema afirmando que la verdad que la historia nos va a entregar será una verdad relativa, no absoluta, la cual dependerá del tipo de historiador que la cultive, de su capacidad, inteligencia, preparación y buena fe que posea.<sup>516</sup>

<sup>512</sup> Abraham Moctezuma Franco, “El camino de la historia hacia su institucionalización”, en *Historia y Grafía*, número 25, 2005, pp. 45-78

<sup>513</sup> Edmundo O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, *op.cit.*, pp. 179-180

<sup>514</sup> Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, México, FCE, 2015 (1973), p. 93

<sup>515</sup> Conrado Hernández López, *Edmundo O’Gorman*, *op.cit.*, pp. 49-50; Abraham Moctezuma Franco, “El camino de la historia”, *op.cit.*

<sup>516</sup> BNAH, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 3, Exp. 53, fs. 16-18

De cualquier manera, pese a esta importante ausencia, las reuniones y los textos que se discutieron en ellas son determinantes para entender las dos posiciones en pugna. La primera sesión fue inaugurada por Jorge Ignacio Rubio Mañé –digno portavoz de la historiografía de viejo cuño y en aquel momento secretario de la Sociedad Mexicana de Historia– y el ya ampliamente mencionado Rafael Altamira y Crevea quien además de fungir como presidente de la reunión también comentó la ponencia presentada por Edmundo O’Gorman titulada “Consideraciones sobre la verdad en Historia”.<sup>517</sup>

El objetivo de O’Gorman era claro: contrastar la postura tradicional cientificista con la contemporánea historicista. La primera, en su opinión, empeñada en parecerse a las ciencias físicas y naturales, mientras que la segunda dedicada al reconocimiento de la parcialidad del trabajo historiográfico. Arremetió contra el “fetichismo” por descubrir documentos inéditos y siguiendo a Ortega y Gasset declaró que el estudio del pasado nunca debía desvincularse de las preocupaciones del presente. La verdad, debido a la fragmentación y destrucción natural de las fuentes, era “absolutamente inalcanzable”.

Hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales, en suma que es un conocimiento producto de una selección [...] Las preferencias del historiador son las que comunican sentido pleno y significatividad a ciertos hechos que, por eso mismo, son efectivamente los más importantes, los más históricos, y en definitiva los más verdaderos.<sup>518</sup>

Después concluyó, desde una posición claramente pragmática, que la “verdad en Historia no es otra cosa sino la adecuación del pasado humano (selección) a las exigencias

---

<sup>517</sup> Altamira y Crevea llegó al país hacia finales de 1944 y muy pronto se incorporó a la vida intelectual e institucional. Para mayores detalles de su recepción en México y su legado historiográfico véase Guillermo Zermeño, “Rafael Altamira...”, *op.cit.*, y Rafael Diego Fernández, “La huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica”, en *Rafael Altamira y Crevea, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, México, UNAM, número 15, septiembre-diciembre de 1990, pp. 398-401

<sup>518</sup> Álvaro Matute, *La teoría de la historia...*, *op.cit.*, pp. 99-100

vitales del presente”. Pensaba que por esta razón cada generación estaba llamada a escribir su propia historia desde su propio punto de vista o circunstancia.<sup>519</sup>

Dos años después, en su *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), O’Gorman afianzó su posición al respecto y afinó sus críticas a la historiografía tradicional dominante. Para él, desde finales del siglo XVIII la misión utilitaria de la Historia, desde una visión “pragmático política”, había sido el fundamento por antonomasia de la Nación moderna. Así, la historiografía se convirtió en “un alegato descarado en pro de esta o aquella causa”. Aunque se hablaba de imparcialidad, “los mismos hechos servían a opuestas contenciones”.<sup>520</sup> En este contexto, la ciencia de la historia, surgida en Alemania, se caracterizó por “un supuesto desmedido amor a la verdad”:

El método de la historiografía científica es, ni más ni menos, la objetivación del pasado humano al modo de que las ciencias objetivan las realidades física y natural. El método convierte a la historia en esa cosa separada y ajena a nosotros que, como tal, efectivamente no tiene, ni puede tener influencia sobre nuestra vida. Esta primacía del método explica que se pueda encontrar a tantos hombres inteligentes echados de bruces ante lo que, embobados, llaman “elevantar la historia a la dignidad de ciencia”.<sup>521</sup>

En realidad, esta historia a favor de intereses particulares y nacionalistas tenía para O’Gorman un sentido netamente utilitario y dotaba “a las verdades históricas de la máxima eficacia posible en cuanto instrumentos al servicio de intereses prácticos de la vida”.<sup>522</sup>

El historicismo contemporáneo no era para él “una corrección a la historiografía tradicional, en el sentido de que la prive de su carácter científico”, sino que se conformaba con quitarle “las pretensiones”. A diferencia de la historiografía-naturalista (rankeana) que entendía el pasado como lo ajeno:

---

<sup>519</sup> *Ibid.*, p. 101

<sup>520</sup> Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947, pp. 28-34

<sup>521</sup> *Ibid.*, pp. 72-73

<sup>522</sup> *Ibid.*, p. 83

El historicismo ha revelado que “el pasado humano no es un pasado cualquiera, sino el nuestro entrañablemente; que lejos de ser lo extraño o diverso a nosotros, a nuestra época, a nuestro ser, es lo homogéneo, lo propio, y lo muy propio nuestro.”<sup>523</sup>

El pasado en sí era “fácil de comprender en cuanto nos dice cosas de inmediata aplicación a nuestra vida”:

Del pasado se echa mano con el mismo gesto con que el joven salvaje empuña el arco y la flecha, o con que nosotros miramos el reloj de la cita [...] Armas, reloj y pasado son, por igual, útiles de que nos servimos para la satisfacción de urgencias de la vida, sin que nos preocupe mucho, ni poco, ni nada que sean esas cosas, ni en que consiste su verdad. Como todo, pues, el pasado, antes de ser historia es uno de tantos aprovechables, y se aprovecha; es útil y se utiliza.<sup>524</sup>

Es claro que con esta propuesta O’Gorman hacía hincapié en que el estudio de la historia tenía como finalidad la “acción” en el presente, la indagación del pasado se convertía en “un útil del cual se sirve el hombre”, en “un *depósito de experiencia*”.<sup>525</sup> Así el objetivo de la historia era “mostrar a la existencia su historicidad”, que el conocimiento del pasado era en realidad el conocimiento de uno mismo.<sup>526</sup> En palabras de Heidegger: “Las cosas no contienen verdad. La verdad radical es la verdad de nuestra existencia misma, de tal suerte que la existencia es quien constituye la verdad de las cosas”.<sup>527</sup>

Posteriormente, en *La invención de América* (1958) defendió la tesis de que América no había sido *descubierta* sino, por el contrario, que había sido *inventada*. Argumentaba que si aceptásemos el descubrimiento del continente, indudablemente, defenderíamos una idea sustancialista del mundo en la que las cosas son algo en sí mismas, algo *per se*. Es decir, inmutables y no contingentes. Para el historiador mexicano, gracias a

---

<sup>523</sup> *Ibid.*, pp. 87-109

<sup>524</sup> *Ibid.*, p. 141

<sup>525</sup> *Ibid.*, pp. 143-144

<sup>526</sup> *Ibid.*, p. 223

<sup>527</sup> *Ibid.*, p. 225

los planteamientos filosóficos de pensadores como Dilthey, Heidegger y Husserl, el *ser* de las cosas era el sentido o significación que se les atribuye dentro del amplio marco de la imagen de la realidad vigente en un momento dado.<sup>528</sup>

Definitivamente, para la época de su enunciación, el discurso de O’Gorman se nos presenta como una opción sumamente novedosa de entender la práctica historiográfica. Sin embargo, como lo apuntó Conrado Hernández, él mismo no aplicaría del todo en sus investigaciones este enfoque teórico, sus últimos trabajos se caracterizaron por el eclecticismo apegado a los lineamientos de la academia. Llama la atención de que el historiador mexicano propuso como requisito fundamental para iniciar el trayecto hacia la “ciencia auténtica de la historia” una ruta muy similar a la defendida por las ciencias exactas: la acumulación de conocimiento en un afán de revelar verdades o certezas y la crítica cuidadosa de las fuentes documentales.<sup>529</sup> En general, la disciplina continuó dirigiéndose por los métodos tradicionales de indagación de fuentes y valorando la imparcialidad como su mayor atributo.<sup>530</sup>

De cualquier manera, es claro que desde la llegada de los “transterrados” españoles los historiadores mexicanos tomaron mayor conciencia de su oficio y las prácticas que la determinaban. En el marco de la profesionalización de la disciplina, la polarización entre positivistas e historicistas nos habla de comunidades historiográficas que se asumían como tales. Desde el siglo XIX la facción científicista, con algunas mutaciones desde los años

---

<sup>528</sup> Edmundo O’Gorman, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y el sentido de su devenir*, México, FCE, 1977 (1958)

<sup>529</sup> Conrado Hernández López, *Edmundo O’Gorman...*, *op.cit.*, p. 65-66

<sup>530</sup> Para profundizar en estas cuestiones véase el interesante artículo de Alfonso Mendiola, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia? El caso O’Gorman”, en *Historia y Grafía*, número 25, 2005, pp. 79-104, en donde comprueba que O’Gorman no logró defender sin tropiezos su idea antiesencialista de la historia, y Alejandro Cheirif Wolosky, “La metodología de Edmundo O’Gorman y su contexto disciplinario”, en Pablo Avilés, Adrien Delmas y Alejandro Cheirif (coord.), “L’Invention d’Edmundo O’Gorman”, *Nouveau Monde-Mondes Nouveaux*, 2006, recurso en línea: <http://nuevomundo.revues.org/>, consultada el 28 de marzo del 2016

veinte, era la única vía de acceso al conocimiento del pasado. El historicismo, por su parte, influenciado por la escuela alemana introducida a México por la escuela orteguiana cuyo representante más distinguido sería José Gaos, constituyó la apertura necesaria de nuevos enfoques teóricos que con el pasar del tiempo darían fruto, por ejemplo, en la llamada historia de las ideas. En las próximas décadas, desde instituciones como El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, estos dos grupos en pugna, pero no divorciados del todo, se afianzarían desde el aula, con publicaciones y encuentros académicos que constituyeron el nuevo andamiaje del oficio.

Antes de 1945, año en el que se llevaron a cabo las sesiones para discutir el problema de la verdad histórica, otros historiadores como Américo Castro (1885-1972)<sup>531</sup> habían cuestionado el cientificismo historiográfico de Silvio Zavala.

El 21 de abril de 1941, Zavala le escribió al historiador español –quien había sido profesor suyo y después colega en Madrid y que tras la Guerra Civil se encontraba exiliado en Estados Unidos– para contarle con beneplácito que él y otros colegas habían fundado en El Colegio de México un Centro de Estudios Históricos, y también para agradecerle el envío de su trabajo *The Meaning of Spanish Civilization* y hacerle algunos comentarios sobre el mismo. Primordialmente, le sorprendió que –tomando en cuenta que España era un “país apegado a los hechos y a la civilización material”– en su libro se mostraba “demasiado desprendido” al asegurar que los iberos no se habían caracterizado por sus

---

<sup>531</sup> Aunque nació en Brasil, desde los cinco años de edad sus padres –originarios de España– lo trasladaron a la ciudad de Granada. Después de finalizar en esa misma ciudad sus estudios en Derecho y Letras en 1904, entre 1905 y 1908 se matriculó en la Sorbona en París. A su regreso a España entabló amistad con Ramón Menéndez Pidal y con varios profesores del Instituto Libre de Enseñanza, posteriormente Centro de Estudios Históricos (CEH) de Madrid fundado en 1910, como Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío. En el CEH fundó la Sección de Estudios Latinoamericanos. Fue el director de la revista *Tierra Firme* (1935-1938) antecedente de la *Revista de Indias*. Salvador Bernabé Albert, “Un señor que llegó del Brasil’. Américo Castro y la realidad histórica de América”, en *Revista de Indias*, volumen LXII, número 226, 2002, pp. 651-674

avances técnicos. Para Zavala, por el contrario, era indudable que existía un “magnífico” sustento material que sirvió de asiento al imperio español.<sup>532</sup>

Algunos días después, en una carta fechada el 30 de abril de 1941 –escrita desde el Department of Modern Languages and Literatures de la Universidad de Princeton en donde se desempeñaba como profesor–, Castro además de felicitar al mexicano por la inauguración del Centro de Estudios Históricos, le agradeció “sus observaciones acerca de la civilización española”, pero, sin embargo, también discrepó con algunas de sus interpretaciones al respecto:

España, su civilización, en lo que se refiere [al] “dominio racional del mundo” no ha aportado nada original, porque le tuvo sin cuidado esa forma de actividad. Los moros cultivaron las artes y los oficios en la Edad Media y los cristianos continuaron en esa línea que servía para el arte y para la guerra, como una mera aplicación. Las ciencias racionales no deben nada a España [...] A España le ha tenido sin cuidado el progreso material, e importó de otras partes lo que necesitaba desde el siglo XV hasta ahora (ingenieros y artefactos...)<sup>533</sup>

A este cuestionamiento de la forma en que Zavala entendía el desarrollo material de España, le siguió otro comentario con respecto al amor desmedido por los documentos de archivo que en su opinión le caracterizaba:

A mí me interesa construir la historia de España sobre una base firme, sobre un “continuum” vital, y tengo que buscar el eje de ese proceso sin detenerme en anécdotas que en nada cambian el perfil de la estructura hispánica [...] Creo esencial que los jóvenes que hacen historia superen las actitudes empíricas para construir algo que vaya más allá de las visiones fragmentarias [...] En suma, la historia se hace con ideas o no se hace [...] Lo hispánico es de tal modo singular, salta tan a la vista su “unicidad” en el grupo de las civilizaciones occidentales, que no cabe acudir a una interpretación basada en que se conozca este [u] otro detalle. Sabemos ya bastante para enjuiciar y valorar la civilización nuestra. La vida hispana consiste en lo vivido y en lo expresado. Desde el Poema del Cid hasta Unamuno corre un hilo de

---

<sup>532</sup> BNAH, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 2, f. 24

<sup>533</sup> BNAH, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 2, f. 23

continuidad más elocuente que todo lo que encierra el Archivo Histórico Nacional, el de Indias y todos los otros.<sup>534</sup>

El historiador yucateco, en una carta firmada el 6 de mayo de 1941, respondió a las inquietudes de su antiguo maestro:

No sólo la construcción, sino la conservación de América embargaron energías, vidas, pensamientos y acciones de españoles que tenemos que considerar. Ya sé que ahí está Quiroga y con él otros; pero hay muchos que sin serlo sirven a la obra del dominio natural y material de América [...] Si todo esto es espejismo de archivos y miopía de juicio por lo menos es “algo” tan visible y grande que yo me resisto a abandonar su peso en la cuenta de los valores hispánicos.<sup>535</sup>

La polémica entre los dos historiadores continuó en los meses siguientes, concentrándose en temas como el Imperio y los valores hispánicos.<sup>536</sup> Con respecto a la crítica al empirismo historiográfico destaca particularmente lo aseverado por Américo Castro en su carta del 13 de mayo de 1941:

Lo que ocurre es que partimos de distintos puntos de vista y es difícil entenderse. Mientras los historiadores sigan teniendo ese desdén por lo que llaman “filosofía” y esa sobreestima por los datos, el problema no tendrá solución.<sup>537</sup>

En la reseña del libro de Américo Castro, *Iberoamérica. Su presente y su pasado* (1941), Zavala hizo públicos algunos de los cuestionamientos que ya en privado había manifestado:

En varios lugares que Castro enfrenta lo español a lo angloamericano, admite ampliamente las deficiencias materiales de aquel esfuerzo, explicándolas por las preferencias que el espíritu hispánico concedía a los valores de religión, arte, letras, sentido de la dignidad humana, grandiosidad monumental, jerarquía social e ilusiones. Sin embargo, no compara los detalles de una y otra cultura material. De hacerlo hallaría españoles, como Hernán Cortés, dedicados, después de las batallas, a empresas agrícolas,

---

<sup>534</sup> *Ídem.*

<sup>535</sup> BNAH, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 2, f. 25

<sup>536</sup> Véase Exp. 2, fs. 25-31

<sup>537</sup> BNAH, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General, Caja 1, Exp. 2, f. 27



mineras, al arrendamiento de tiendas de mercaderías y a la explotación de molinos de trigo.<sup>538</sup>

Después, para finalizar su comentario, comentó que:

Aceptado su criterio, el desarrollo que lleva a cabo es magnífico. Más no faltará quien desee completar su visión, marcada por un sello renacentista de aristocracia cultural y de admiración por los hombres superiores, con otras investigaciones sociales [...] Es cierto, según lo demuestra Castro en varios lugares y especialmente cuando destaca la grandeza humana y poética de Rubén Darío sobre el escenario político de Centroamérica, que una entidad de cultura puede salvarse o puede hundirse independientemente de la riqueza y del progreso material; pero así mismo es indudable que el estilo de la vida social forma parte inseparable de las responsabilidades históricas de los pueblos de Hispanoamérica.<sup>539</sup>

Es claro que la historiografía nuevamente se había polarizado en dos grupos: unos defendiendo la teoría y el estudio de las ideas; mientras que los otros, por lo menos en opinión de los primeros, empeñados sólo en narrar “anécdotas” y acontecimientos obtenidos en los acervos documentales.

Ramón Iglesia (1905-1948)<sup>540</sup>, otro importante “transterrado” en México, también dejó constancia de su posicionamiento al respeto. En su artículo titulado “La historia y sus limitaciones” –producto de una serie de conferencias dictadas en la Universidad de Guadalajara durante el mes de mayo de 1940 y publicadas originalmente en su obra *El*

---

<sup>538</sup> Silvio Zavala, “Reseña de Américo Castro, *Iberoamérica. Su presente y su pasado*”, en *Revista de Historia de América*, número 12, agosto de 1941, p. 137

<sup>539</sup> *Ibid.*, p. 138

<sup>540</sup> Nació en Santiago de Compostela, España. Historiador. Obtuvo la licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid (1926). En su país de origen trabajó en la Biblioteca Nacional de Madrid y dirigió la sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid dirigida por Américo Castro desde 1933. Fue secretario de la revista *Tierra Firme* (1935-1936). En México, fue profesor de la Escuela de Verano, UNAM (1939-1943) y en El Colegio de México (1941-1945). Colaboró en revistas como *Letras de México*, *Filosofía y Letras*, *Cuadernos Americanos* y *Revista de Historia de América*. Murió en Madison, Wisconsin, E.U. *Diccionario Porrúa*, op. cit., pp. 1772-1773. Para mayores referencias sobre su vida y obra consúltese Álvaro Matute, “Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica”, en *Historiografía española y norteamericana sobre México (coloquio de análisis historiográfico)*, México, UNAM, 1992, pp. 99-104; Andrés Lira, “El hombre Ramón y otros papeles (nota sobre un expediente)”, en Andrés Lira, *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015 (1997), pp. 209-223, y Salvador Bernabéu Albert, “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)”, *Revista de Indias*, volumen LXV, número 235, pp. 755-772

*hombre Colón y otros ensayos* (1944)– explicó su experiencia con la historiografía mexicana.

Declaró que en el Congreso de Historia celebrado en Morelia (1940) pudo apreciar que en la mayoría de los casos las investigaciones presentadas se caracterizaban por ser monografías sobre “cuestiones muy precisas y limitadas, con gran riqueza de datos”. Mientras que otro sector de los historiadores, al parecer de menor tamaño, seguía pensando que en la Historia podía establecer leyes que permitieran “conocer el porvenir de la misma manera que pueden predecirse eclipses de Sol”.<sup>541</sup>

Para él, el problema de los historiadores mexicanos era que seguían pensando que la disciplina debía concebirse como conocimiento científico, siguiendo un método similar a las ciencias naturales y físico-matemáticas. Sin embargo, como ya lo había explicado desde 1898 Heinrich Rickert, en realidad la Historia debía ubicarse dentro de las ciencias culturales o, como se les llamó posteriormente, sociales. Así, quedaba establecido que el método naturalista (de las ciencias llamadas duras) generaliza, mientras que el método histórico individualiza.<sup>542</sup>

En cuanto a la pretensión de que el historiador dejara hablar a los documentos sin ninguna intervención, aclaró que el investigador “selecciona entre los hechos del pasado humano los que le parecen más importantes, más significativos”. Es por esta razón que la supuesta imparcialidad u objetividad absoluta era prácticamente imposible: “Una de las ideas que hay que desechar como más perturbadoras para el estudio de la Historia es la de que ésta se escribe sin prejuicios”. El historiador escribía siempre “desde un punto de vista

---

<sup>541</sup> Ramón Iglesia, “La historia y sus limitaciones”, en Álvaro Matute, *La teoría...*, *op.cit.*, pp. 38-39

<sup>542</sup> *Ibid.*, pp. 40-45

determinado”.<sup>543</sup> Además, “cada hombre ve una sola porción de la realidad, es decir, su visión es siempre parcial”.<sup>544</sup>

Por último, ante el historiador obsesionado con la acumulación de documentos cuyo ideal era agotar toda fuente, que pretendía no dejar ningún cabo suelto, declaró que “en los trabajos históricos la excelencia” no estaba en la amplitud “sino en la manera de tratar el tema”. Este fetichismo llevó a una “excesiva especialización”, a una atomización “grotesca” del conocimiento que convirtió a los investigadores “en bárbaros que de nada se enteran fuera de lo referente a su especialidad”. Así, en su opinión, los historiadores se habían convertido “en coleccionistas de datos perfectamente inútiles”.<sup>545</sup>

Como hemos visto, la posición historicista –crítica acérrima del positivismo y de las posturas esencialistas– traída a México por los intelectuales españoles y recogida por escritores como Edmundo O’Gorman transformó, aunque no con la rapidez que se esperaba, a la disciplina.<sup>546</sup> Como ya lo expresamos en apartados anteriores, la antropología y la sociología jugaron un papel preponderante en la lenta renovación de la manera en que se estudiaba el pasado. Sin embargo, el carácter cerrado del gremio no permitió que se extendieran los enfoques interdisciplinarios. En realidad, fue hasta después de la década de los cuarenta cuando se inició esta necesaria apertura de enfoques teóricos.

La comunidad de historiadores, como había ocurrido con anterioridad, se polarizó en camarillas que defendían desde su propia trinchera su idea de la historia. Como lo ha dejado asentado Pierre Bourdieu, el campo literario o en nuestro caso historiográfico se

---

<sup>543</sup> *Ibid.*, pp. 46-48

<sup>544</sup> *Ibid.*, p. 58

<sup>545</sup> *Ibid.*, pp. 50-55

<sup>546</sup> Véase Álvaro Matute, “Estudio introductorio”, en *El historicismo en México: historia y antología*, México, UNAM, 2002, pp. 13-69. Con respecto a la amistad y similitudes historiográficas entre Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia, consúltese Fermín del Pino-Díaz, “Edición de crónicas de indias y hermenéutica historiográfica como empresa vital: Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia”, en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español, op.cit.*, pp. 143-175

construye a constantemente con la lucha de grupos antagónicos que buscan posicionarse ganando espacios las prebendas otorgadas por el Estado. Es por esta razón, que en la polémica iniciada por Silvio Zavala y O’Gorman, con el apoyo de sus respectivos *escuderos*, estamos ante la pugna entre dos sectores inmersos en las dos instituciones más influyentes del momento: El Colegio de México y la UNAM, por agenciarse un lugar de privilegio dentro de la disciplina.

Una posición que podríamos llamar intermedia fue la de Alfonso Caso. En su ponencia titulada “Notas acerca de la verdad histórica” presentada durante la segunda sesión llevada a cabo en El Colegio de México, Caso dejó claro que el problema de la verdad no era una cuestión que debiese responderse desde la historia, sino desde la filosofía ya que era un problema epistemológico. En su opinión, desde una postura claramente kantiana, las preguntas claves para determinar el grado de objetividad que podía alcanzar el historiador eran: ¿Puede el hombre conocer lo que pasa en su propio espíritu? ¿Puede conocer lo que pasa fuera de él?

Por supuesto, lo que el investigador podía conocer eran los fenómenos: los hechos históricos. Sin embargo, puntualizó que se caía en el error cuando se pensaba “que el historiador es puramente pasivo ante el hecho histórico” ya que “selecciona” *a priori* su objeto de estudio. Así, reconoció que los intereses personales del sujeto conocedor siempre debían tomarse en cuenta. Pero, finalmente, aunque aceptaba estas implicaciones que en realidad no eran tan novedosas, hizo hincapié en que la importancia del trabajo historiográfico radicaba en el análisis acucioso de las fuentes para valorarlas y reconocer las verdaderas de las falsas. Aunque no lo aceptase del todo, seguía creyendo que la

obtención de la “Verdad” (con mayúscula) seguía siendo el principal objetivo de la disciplina.<sup>547</sup>

### Nuevos horizontes historiográficos

Hacia finales de la década de los cuarenta la historiografía mexicana –que desde principios del siglo XX ya había sentado las bases disciplinares de la profesión y posteriormente enriquecido con el contacto de teorías y metodologías europeas traídas por los “transterrados” españoles– contaba, por lo menos en el centro del país, con instituciones y asociaciones académicas más sólidas. Además de la educación historiográfica que desde los años treinta se impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, también en El Colegio de México desde 1941 iniciaron su formación académica varios futuros historiadores. Entre los primeros encontramos a Ernesto de la Torre Villar, Carlos Bosch Gimpera y Manuel Carrera Stampa. Después ingresarían Pablo González Casanova, Gonzalo Obregón y Luis González y González.

Como ya se apuntó, uno de los más influyentes maestros de la nueva generación de profesionistas de la historia fue el español José Gaos, quien desde instituciones como la UNAM y El Colegio de México logró impulsar una historia de las ideas cuyo objeto primordial sería el pensamiento latinoamericano. Fue en sus primeros cursos sobre filosofía y en el “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” iniciado en 1943 en el COLMEX y posteriormente en la Universidad Nacional, en donde sus primeros alumnos –como Antonio Gómez Robledo, Justino Fernández y Edmundo O’Gorman– escucharon sus enseñanzas e iniciaron sus propias investigaciones. Sin

---

<sup>547</sup> Álvaro Matute, *La teoría...*, *op.cit.*, pp. 106-116

embargo, fue con el trabajo de Leopoldo Zea (1912-2004), *El positivismo en México* (1943), tesis dirigida por el propio Gaos, con el que su magisterio dio sus primeros grandes frutos.<sup>548</sup>

El *circunstancialismo* de origen orteguiano estuvo detrás de esta innovadora investigación. En el prefacio de la edición de 1943 así explicó el propio Zea los motivos de su incursión en la filosofía positivista desde el muy particular contexto mexicano:

En nuestros días [...] los diversos países americanos han sentido la necesidad de buscar en su historia, en sus tradiciones, los elementos para realizar una cultura que les sea propia [...] De mucha importancia es tratar cualquiera de los grandes temas de la filosofía europea, pero no lo es menos el tratar alguno de nuestros temas filosóficos, siempre y cuando no se siga viendo en ellos “malas copias” de la gran filosofía europea, sino productos de una experiencia humana, en esto no puede ser menos humana que la de cualquier europeo [...] En este ser *nuestro* está precisamente expresada una experiencia personal, propia, y por lo mismo, original.<sup>549</sup>

En palabras de José Gaos, las ideas como tales “no son puro sentido abstracto y exento que se sostenga a sí mismo”, “sino que una idea es siempre reacción de un hombre a una determinada situación de su vida”: “la idea es *una acción* que el hombre realiza en vista de una determinada circunstancia y con una precisa finalidad”.<sup>550</sup>

Para Andrés Lira, esta veta abierta por Gaos muy pronto tuvo otros exponentes que diversificaron las opciones historiográficas en el país. Dentro de la historia de las ideas no sólo se exploraron temas filosóficos sino que también se trabajaron tópicos que podríamos ubicar en las mentalidades.<sup>551</sup> Entre los trabajos que fueron apareciendo desde la década de los cuarenta, los de Victoria Junco, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra* (1944); Monelisa Lina Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México* (1945),

---

<sup>548</sup> Aurelia Valero Pie, *José Gaos en México. Una biografía intelectual 1938-1969*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 343-351

<sup>549</sup> Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE/SEP, 1985, p. 9

<sup>550</sup> José Gaos, “En torno a la filosofía mexicana”, en *Obras completas*, México, UNAM, 1996, tomo VIII, pp. 277-278

<sup>551</sup> Andrés Lira González, “José Gaos y los historiadores”, en *Revista de la Universidad de México*, tomo XXIV, número 9, mayo de 1970, pp. 28-32

quien estudió documentos inquisitoriales; la tesis de Bernabé Navarro, *La introducción de la filosofía moderna en México* (1948), y el famoso libro de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950), son algunos ejemplos de la trascendencia y diversidad de esta línea investigativa.<sup>552</sup>

Además de la aparición de estos novedosos trabajos, se fundaron espacios para difundir la historiografía. En 1940 se creó el Centro de Estudios Filosóficos, asociado a la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la iniciativa de Eduardo García Máynez convirtiéndose en un hito fundamental para la profesionalización de la filosofía en México.<sup>553</sup> Un año después surgió la revista *Filosofía y Letras*, órgano de la Facultad homónima, con la dirección del propio García Máynez y las colaboraciones de los filósofos españoles José Gaos, Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, Luis Recaséns Siches, Juan Roura Parella, Ramón Iglesia, Agustín Millares y de los mexicanos Antonio Caso, Juan David García Bacca, Alfonso Reyes, Edmundo O’Gorman, Julio Jiménez Rueda, Leopoldo Zea, entre muchos otros.<sup>554</sup>

En 1942 inició la circulación de *Cuadernos Americanos*, publicación que agrupó a un importante contingente de la intelectualidad nacional, enriquecida por los hispanos radicados en México y algunos otros colaboradores de diferentes latitudes.

El primer número de la revista apareció durante el primer bimestre de 1942. Su primer Director fue Jesús Silva Herzog (1892-1985) y como Secretario fungió el español y ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Madrid, Juan Larrea (1895-1980). La junta

---

<sup>552</sup> *Ídem.*, y Aurelia Valero Pie, *José Gaos...*, *op.cit.*, pp. 354-358. Concretamente para el estudio de la obra de Luis Villoro véase Aurelia Valero Pie, “Diálogos entre filosofía e historia: Luis Villoro, 1922-2014”, en *Historia Mexicana*, vol. LXIV, número 2, octubre-diciembre del 2014, pp. 713-735

<sup>553</sup> Alejandro Estrella González, “La profesionalización de la filosofía y el *ethos* del exilio español en México”, en *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, número 52, enero-junio de 2015, p. 232

<sup>554</sup> Aurelia Valero Pie, “Puentes de papel: Eduardo Nicol en la revista *Filosofía y Letras*”, en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español*, *op.cit.*, pp. 17-41

de gobierno estuvo compuesta por Pedro Bosch Gimpera (1891-1974), ex Rector de la Universidad de Barcelona; Alfonso Caso (1896-1970), Dir. del Instituto Nacional de Antropología e Historia; Daniel Cosío Villegas (1898-1976), Dir. del Fondo de Cultura Económica y fundador de El Colegio de México; Mario de la Cueva (1901-1981), Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; Eugenio Ímaz (1900-1951), Profesor de la Universidad Autónoma de México; Manuel Márquez Rodríguez (1872-1962), ex Decano de la Universidad de Madrid; Manuel Martínez Báez (1894-1987), Presidente de la Academia de Medicina de México; Agustín Millares Carlo (1893-1980), Catedrático de la Universidad de Madrid, y Alfonso Reyes (1889-1959), Presidente de El Colegio de México.

Como lo ha afirmado Liliana Weinberg, estudiar una revista desde su momento fundacional nos permite contar con un mirador clave para entender de qué manera los procesos intelectuales de un periodo determinado se traducen en proyectos culturales con mayor o menor grado de estabilidad.<sup>555</sup>

La publicación, desde los primeros números, tuvo como hilo conductor un marcado americanismo que postulaba, como valor dominante, la urgencia del autoconocimiento y el reconocimiento de su papel como “continente de la esperanza”. De esta forma, el propósito primordial de *Cuadernos Americanos* fue desde su nacimiento favorecer el conocimiento de América y con ello satisfacer sus “ansias de superación”.<sup>556</sup> Este autoconocimiento, por lo menos en teoría, también incluiría a las culturas indígenas que serían pieza clave para construir una nueva cultura. Sobre todo si se tenía en cuenta que la cultura no era una

---

<sup>555</sup> Liliana Weinberg, “*Cuadernos Americanos*: la política editorial como política cultural”, en Carlos Altamirano (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Montevideo, Katz, 2010, volumen II, p. 235

<sup>556</sup> “Conocimiento de América”, en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio 1942, número 3, p. 117



categoría exclusiva del hombre occidental, “su dominador, sino como cosa de los hombres todos”.<sup>557</sup> Además, se hizo un llamado a todos los países de América para que se creara un “andamiaje técnico”: museos para familiarizarse con formas arqueológicas de otros países, bibliotecas en donde se hallasen libros y revistas de América entera, e intercambios educativos de alumnos y profesores. En general, el propósito de la revista no fue “realizar una obra meramente literaria o académica” sino construir “un instrumento apto para responder a las exigencias creadoras de un humanismo continental”.<sup>558</sup>

Durante los primeros años de vida, la publicación se consagró tanto a la literatura, a las humanidades (la filosofía y la historia) y a las ciencias sociales.<sup>559</sup> *Cuadernos Americanos* también se interesó por los acontecimientos bélicos europeos y la paulatina decadencia de los valores occidentales. Esta supuesta idea de declive abrió un abanico de posibilidades para reconstruir la cultura moderna en tierras americanas. Para muchos de los colaboradores de la publicación, el continente americano se convirtió en el último reducto civilizatorio.

Alfonso Reyes manifestó estas ideas con motivo de la presentación del primer número de *Cuadernos*, el 30 de diciembre de 1941. Reyes dirigió un discurso alentando a los americanos a tomar la batuta del mundo occidental frente a la catástrofe europea:

La empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano [...] Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre. La

---

<sup>557</sup> *Ibid.*, p. 119

<sup>558</sup> *Ibid.*, p. 120

<sup>559</sup> Octavio Paz declaró en una ocasión que *Cuadernos Americanos* era, en su opinión, una revista demasiado sociológica, con una idea preconcebida de lo que era América Latina y una filosofía más bien vaga. Es por esto que la formación de *El Hijo Pródigo* (1943-1946), una publicación más literaria, puede considerarse como un proyecto editorial con objetivos opuestos a los de la revista de Jesús Silva Herzog. “Nosotros, diría Paz, queríamos imaginación y libertad”. Diana Ylizarriturri, “Entrevista con Octavio Paz, editor de revistas”, en *Letras Libres*, julio 1999, año I, número 7, pp. 53-55

cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia.<sup>560</sup>

En su opinión, los pueblos europeos, “fascinados satánicamente por la sangre”, habían olvidado su añejo liderazgo como defensores de los más altos valores culturales. Es por esta razón que en los americanos debía depositarse la apremiante labor de “preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios”, es decir, la cultura occidental en su conjunto.<sup>561</sup>

Para José Luis Martínez (1918-2007)<sup>562</sup>, quien muy pronto se sumaría a este proyecto cultural americanista, frente a la destrucción europea y el desmoronamiento de sus más “sagrados recintos” y la muerte de sus hombres preclaros, América se había encontrado inesperadamente “con la abrumadora nueva” de que era la esperanza del mundo.<sup>563</sup>

Aunque en *Cuadernos Americanos* fue claro el apoyo que se le brindó al exilio español tras la victoria de Francisco Franco, no podemos declarar que la publicación fuera abiertamente de izquierda, ya que conjugó una variedad de posturas que coincidían, quizá únicamente, en su repudio a la Guerra y su marcado americanismo. Por ejemplo, Agustín Yáñez (1904-1980)<sup>564</sup>, más cercano al pensamiento católico, fue asiduo colaborador de la revista.

---

<sup>560</sup> Alfonso Reyes, “América y los Cuadernos Americanos”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, pp. 7-8

<sup>561</sup> *Ídem.*

<sup>562</sup> Nació en Atoyac Jalisco. Destacó como ensayista, académico y diplomático. Director del Fondo de Cultura Económica 1977-1982 y de la Academia Mexicana de la Lengua 1980-2002. Miembro de la Academia Mexicana de la Historia desde 1993. <http://www.academia.org.mx/Jose-Luis-Martinez>, consultada el 8 de enero del 2016

<sup>563</sup> José Luis Martínez, “América y el Testamento de Zweig”, en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio 1942, número 3, pp. 107-108

<sup>564</sup> Nació en Guadalajara, Jalisco. Abogado y escritor. Figura clave en el desarrollo de la narrativa mexicana, sobre todo por su novela *Al filo del agua*. Realizó estudios en Guadalajara. Posteriormente viajó a la capital

Después de guerras fratricidas y de desigualdades sociales galopantes, el optimismo en el hombre había menguado considerablemente. Así pensaba el filósofo español Eugenio Ímaz (1900-1951), quien aseguraba que después de la Guerra Civil Española “las esplendidas posibilidades humanas nunca fueron más precarias ni menos probables”.<sup>565</sup>

*Cuadernos Americanos* no fue el único espacio en el que se mostraron estos intereses internacionalistas, esta apertura de miras. Los esfuerzos que Silvio Zavala venía realizando para bien de la disciplina desde la creación en 1938 de la *Revista de Historia de América* y como profesor y director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, se complementaron con la apertura en 1947 de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Desde 1941 se había acordado la conveniencia de crear Comisiones que intensificaran y ampliaran las labores que el Instituto venía realizando desde 1929 en el continente americano. La primera que se organizó fue la de Cartografía en Washington, la segunda de Geografía en Río de Janeiro y la tercera de Historia en la ciudad de México.<sup>566</sup>

En propias palabras de Zavala, la Comisión había sido creada para estimular, coordinar y difundir los estudios de historia de América “en su sentido más amplio” por lo que aceptaba las cuatro lenguas “oficiales del Nuevo Mundo”: el español, el portugués, el francés y el inglés. De esta manera, se ocupaba de las “cuatro áreas culturales de las Américas, procurando lograr por encima de sus fronteras un mayor conocimiento mutuo”. Se abogaba por una historia americanista:

---

del país para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma. Participó activamente en política y desempeñó importantes puestos públicos, entre ellos gobernador de Jalisco entre 1953 y 1959, y secretario de Educación Pública de 1964 a 1970. Este último cargo le permitió realizar valiosas reformas en el sistema educativo mexicano. *Diccionario Porrúa, op. cit.*, p. 3798

<sup>565</sup> Eugenio Ímaz, “El destino del Homo Sapiens”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, p. 51

<sup>566</sup> Silvio Zavala, “La Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en *Revista de Historia de América*, número 29, junio de 1950, pp. 85-86

Cada historiador americano conoce la historia de su propio país y suele tener en cuenta los orígenes europeos que han influido en el desarrollo de ella. Pero no puede decirse que exista en cada uno la costumbre de considerar las experiencias paralelas de los demás pueblos del Nuevo Mundo. Por eso la Historia de América, en su sentido más amplio, se encuentra apenas en estado de formación.<sup>567</sup>

Así, la propuesta abarcaba a toda la América, sin distinción de idioma y tradiciones culturales, pero respetando las particularidades:

El estudio persistente de la historia paralela de los pueblos americanos no debe abordarse, a nuestro juicio, con el sólo objeto de establecer semejanzas o diferencias. Importa asimismo crear el hábito de la contemplación y la meditación de los fenómenos históricos del Nuevo Mundo dentro de un marco más amplio y a la vez más preciso, pues la historia de cada nación aparecerá enriquecida por la luz derivada de las experiencias contiguas [...] Es decir, que cada historiador americano de un área dada pueda manejar la experiencia general del Continente para enfocar sus problemas con mejor perspectiva. Esto es lo que vienen haciendo, entre otros, los antropólogos que se dedican al negro en América, ya que la experiencia haitiana o brasileña es de indudable significación para quien estudia semejante tema en los Estados Unidos.<sup>568</sup>

Con este mismo espíritu americanista, del 4 al 9 de septiembre de 1949 se celebró en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos bajo la organización del propio Zavala y Lewis Hanke y el patrocinio conjunto de tres instituciones culturales: la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey, la American Historical Association y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). En palabras de Silvio Zavala:

El programa de la reunión no ha tenido por objeto el estudio exclusivo de las relaciones entre ambos países, sino que con una visión de mayor perspectiva se propuso examinar el desarrollo paralelo de México y los Estados Unidos, tratando de presentar problemas característicos de una y otra civilización. El temario se ajustó a un concepto amplio de la historia, abarcando temas tan variados como la Enseñanza de la Historia, la Historia de las Provincias Fronterizas, la Historia Económica, Intelectual, Literaria, Agraria, y el problema de las Fuentes Históricas [...] Cada sesión, dirigida por un experto de la rama a que la misma estuvo dedicada, se desarrolló a base de la lectura

---

<sup>567</sup> *Ibid.*, pp. 85-86

<sup>568</sup> *Ibid.*, p. 87

de ponencias [...] Siguió invariablemente un comentario a cargo de otro experto.<sup>569</sup>

Entre los participantes del evento destacan por el lado mexicano Rafael García Granados, Ignacio Rubio Mañé, Antonio Pompa y Pompa, Ildefonso Villarello, Jorge Espinosa de los Reyes, Carlos Bosch García, Edmundo O’Gorman, Vito Alessio Robles, Daniel Cosío Villegas, José Luis Martínez, Alfonso Reyes y Leopoldo Zea; mientras que entre los estadounidenses Luther H. Evans, William H. Cartwright, France V. Scholes, Edward Kirkland, Clarence H. Haring, Paul V. Murray, Lyle Saunders, Paul W. Gates, Stow Persons, Merle E. Curti y John Higham.<sup>570</sup>

Algo característico del evento fue la pluralidad de tendencias y enfoques que se dieron cita en la sultana del norte. Muchos años después, en 1989, Lewis Hanke recordaría la insistencia de Zavala para que el congreso tuviese una amplitud de miras y destacó que para llevar a cabo dicha empresa habían tenido la suerte de contar con el sobresaliente apoyo de Alfonso Reyes.<sup>571</sup> Más allá del soporte logístico que seguramente les proporcionó en su tierra natal, Reyes tuvo una participación destacada como expositor. En su ponencia “Mi idea de la historia”, que después se publicaría en la *Memoria* del Congreso, mostró sus dotes de mediador político y cultural.

Nos honra y complace singularmente –no sólo a los hijos de esta ciudad, sino a todos los mexicanos– la presencia de los sabios amigos, mensajeros de la inteligencia y de la justicia histórica, cuya visita viene a sellar con autoridad superior el desarrollo de los sentimientos amistosos que cada vez nos enlazan con mejor armonía, mitigando el ardor de viejas cicatrices, felizmente ensalmadas así al término de cien años cumplidos.<sup>572</sup>

---

<sup>569</sup> Silvio Zavala, “Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos”, en *Revista de Historia de América*, número 28, diciembre de 1949, pp. 436-437

<sup>570</sup> José Almoína, “Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos”, en *Revista de Historia de América*, número 31, junio de 1951, pp. 210-215

<sup>571</sup> Lewis Hanke, “Experiencias...”, *op.cit.*, pp. 604-605

<sup>572</sup> Alfonso Reyes, “Mi idea de la historia”, en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México*, *op.cit.*, p. 131

En cuanto a la disciplina de la historia, tema que le ocupaba en ese momento, supo abordar con tacto el escabroso tema de la objetividad, asunto que todavía levantaba opiniones encontradas. Un peligro latente de la profesión era el “confundir la obra histórica con el mero hacinamiento de materiales para la Historia”, ya que los documentos no hablaban por sí mismos:

El clima industrial ha aficionado la mente de los escritores. Han dado éstos en creer que el solo descubrimiento de la materia prima y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de meras insignificancias o redundancias [...] Y aunque sin materia prima no hay Historia, tampoco y mucho menos la habría sin la interpretación y la narración. De cada mil datos nuevos, queda uno que verdaderamente importe, y los demás o repiten lo ya entendido o son amenidades biográficas en el mejor de los casos.<sup>573</sup>

En suma hizo hincapié en que el historiador seleccionaba e interpretaba los documentos y huellas del pasado, era el “ventrílocuo” o “mago” que hacía hablar a los vestigios. Como vimos, estos temas se pusieron sobre la mesa en la polémica de 1945. Alfonso Reyes, con la autoridad y prestigio intelectual que le precedía, buscó ser un interlocutor neutral para los bandos en conflicto. Primero aseveró que “Quienes se conforman con acumular noticias ‘a la pata la llana’ –meros artesanos, muy dignos de nuestra gratitud– no están trabajando para ellos ni son aún historiadores”, sino que “juntan motivos para el verdadero historiador que habrá de explotarlos”, para después aclarar que no desdeñaba “las técnicas eruditas en la labor previa de la Historia” que en realidad eran “los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas”.<sup>574</sup> Indudablemente, estos y otros esfuerzos por ampliar los horizontes del historiador mexicano fueron dando los frutos esperados.

---

<sup>573</sup> *Ibid.*, pp. 134-135

<sup>574</sup> *Ibid.*, pp. 137-138

Otro ejemplo fue la celebración en Guanajuato del Congreso de Historia Patria (1948).<sup>575</sup> En él, nos relata Luis González y González, “en vez del tradicional pleito entre conservadores y liberales, entre antiguos y modernos, entre izquierdas y derechas, hubo un diálogo muy comedido entre narradores, historiógrafos y filósofos de la historia”.<sup>576</sup> En este nuevo panorama, aunque no ocurriera en todos los rincones del país con la misma frecuencia, la disciplina encontró nuevos caminos para la discusión profesional:

Estuvieron allí presentes y actuantes los que peleaban en los congresos anteriores por Cortés o por Cuauhtémoc, los alumnos del doctor Silvio Zavala que defendíamos el saber científico y los hiperiones encabezados por Leopoldo Zea y con tres mosqueteros muy aguerridos: Ricardo Guerra, Emilio Uranga y Luis Villoro. Fue aquello una especie de lucha sin golpes, una torre de Babel en la que se confundieron tres lenguas y despuntó la aurora de una nueva época de la historiografía mexicana en la que iban a convivir tres modos diferentes de abordar el pasado.<sup>577</sup>

Así, estas tres escuelas historiográficas –los viejos anticuarios, los empiristas discípulos de Zavala y los miembros del grupo Hiperión defensores de la filosofía y discípulos de José Gaos– se disputaron el lugar de privilegio en el gremio.<sup>578</sup> Finalmente, los filósofos de la historia no vencieron como ellos esperaban a la “Clío científica” que seguía “robusta en el ámbito académico” algunas décadas después.<sup>579</sup>

En todo caso, lo que aquí nos interesa destacar es el nuevo panorama que se abrió para la disciplina durante estos años. Además de la discusión constante de ideas y posturas,

---

<sup>575</sup> En otras fuentes encontramos que el Congreso que se llevó a cabo en Guanajuato se efectuó en 1945 y en 1949 en Hermosillo, Sonora.

<sup>576</sup> Luis González y González, “Fórmulas para armar historiadores”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002, tomo I, p. 241

<sup>577</sup> *Ídem*.

<sup>578</sup> El grupo Hiperión estuvo conformado por algunos profesores y alumnos de la UNAM como Emilio Uranga (1921-1988), Jorge Portilla (1918-1963), Luis Villoro (1922-2014), Ricardo Guerra Tejada (1927-2007), Joaquín Sánchez McGregor (1925-2008), Salvador Reyes Nevares (1922- 1993), Fausto Vega y Gómez (1922-2015) y Leopoldo Zea (1912-2004). Entre 1948 y 1952 las actividades intelectuales de estos pensadores se caracterizaron por el estudio del existencialismo francés y lo que se llegó a llamar como la filosofía de lo mexicano. Véase Guillermo Hurtado, “Introducción”, en *El Hiperión*, México, UNAM, 2006, pp. IX-XL; Ana Santos Ruiz, “Leopoldo Zea: historia y mestizaje en la filosofía de lo mexicano”, en Aurelia Valero Pie (coord.), *Los empeños de una casa*, *op.cit.*, pp. 315-328

<sup>579</sup> Luis González y González, “Fórmulas...”, *op.cit.*, p. 242

los profesores de El Colegio de México publicaron varias investigaciones de peso: entre otras, Silvio Zavala dio a conocer *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* (1939-1946), *De encomiendas y propiedad particular en algunas regiones de la América Española* (1940), *Ideario de Vasco de Quiroga* (1941), *Servidumbre natural y libertad cristiana* (1944), *La filosofía política en la conquista de América* (1947), *Estudios indios* (1948), *América en el espíritu francés del siglo XVII* (1949); Rafael Altamira y Crevea sacó a la luz en 1948 el *Proceso histórico de la historiografía humana* y *Manual de investigación de historia del derecho indiano*; Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México* (1942) y *El hombre Colón y otros ensayos* (1944); José Miranda, *El método en la ciencia política* (1945) y *Vitoria y los intereses de la conquista de América* (1947), y José Gaos escribió diversos estudios filosóficos.<sup>580</sup>

Varios de ellos también dieron clases en la UNAM, dictaron conferencias en congresos y reuniones académicas, en fin, se dedicaron de tiempo completo a la investigación, a la docencia y a la difusión del pensamiento histórico en la capital y en otras regiones del país. En cuanto a sus alumnos, muy pronto también presentaron sus trabajos en congresos como el realizado en Guanajuato o en publicaciones como *Revista de Historia de América*.<sup>581</sup>

Al terminar sus estudios estos jóvenes historiadores viajaron al extranjero para seguir con su formación académica. Por ejemplo, el español Carlos Bosch Gimpera, el cubano Julio Le Riverend, el peruano Luis Muro y el venezolano Eduardo Arcila pasaron

---

<sup>580</sup> Luis González y González, “La pasión...”, *op.cit.*, p. 265

<sup>581</sup> *Ibid.*, p. 268



una estancia en Estados Unidos, y Ernesto de la Torre Villar, Pablo González Casanova y Luis González y González en Francia.<sup>582</sup>

El contacto con esas historiografías marcaría el rumbo de muchos de aquellos jóvenes historiadores. Con respecto a su experiencia en París (entre 1948 y 1952), Ernesto de la Torre Villar comentó que tuvo “la suerte de tratar y escuchar, de seguir y aprovechar la amistad de personas muy relevantes” como Marcel Bataillon, al que escuchó en los cursos que dictaba en el Colegio de Francia, Robert Ricard, quien desde tiempo atrás había mantenido una estrecha relación con la intelectualidad mexicana, Lucien Fèbvre, Georges Lefebvre, Pierre Renouvin y Fernand Braudel.

En Francia conocí todos los sistemas de interpretar la historia que estaban en boga y fue formándose en mí lo que quizá podría ser una especie de eclecticismo; al aprovechar lo mejor de todas las corrientes, no me encandilé con ninguna de las tantas maneras de ver la historia. Recuerdo que en los cursos de Braudel él nos dio un tema para estudiar y a mí me tocó trabajar sobre la explotación del bacalao en la época medieval. Entonces necesite conocer de remesas, precios, etcétera, y todo eso lo aprendíamos, pero sin considerar que esto fuera el *summum* de la historiografía ni del sentido de la historia moderna.<sup>583</sup>

Además de la posibilidad de estudiar los sistemas y las metodologías francesas, tuvo contacto también con profesores ingleses, españoles y alemanes que le permitieron multiplicar sus enfoques. De hecho, nos advierte Ernesto de la Torre, en la misma Francia había una pluralidad de escuelas “muy atacadas por los seguidores de los Annales”.

Había unas escuelas muy importantes de antropología, todo lo que dirigía el doctor Paul Rivet desde el Museo del Hombre, con trabajos sobre arqueología, sobre lingüística, en fin. Así que no había una homogeneidad reunida en torno de los Annales, sino que había una gran diversidad de corrientes de pensamiento [...] Levi Strauss, por ejemplo [...] También la existencia de los viejos maestros como Bataillon o Ricard [...] Marrou, que no se puede decir que haya estado dentro de los Annales.<sup>584</sup>

---

<sup>582</sup> *Ibid.*, pp. 269-270

<sup>583</sup> Alicia Olivera y Salvador Rueda, “Ernesto de la Torre Villar...”, *op.cit.*, p. 62

<sup>584</sup> *Ibid.*, pp. 62-63

En suma, las primeras generaciones formadas por El Colegio de México tuvieron acceso directo a las últimas tendencias historiográficas del momento que se desarrollaban tanto en el propio país como en el extranjero. Bajo este mismo impulso renovador, en 1949 Daniel Cosío Villegas –bajo los auspicios económicos de la Fundación Rockefeller, el Banco de México y el propio Colegio– proyectó la realización de una Historia moderna de México que fuera el fiel reflejo de la historiografía profesional:

Don Daniel, que se había labrado las famas de sociólogo, economista, crítico independiente y empresario cultural [...] llamó como ayudantes a una media docena de jóvenes [...] y hacerse acompañar de gente no sólo del CEH; también del Centro de Estudios Sociales, como Moisés González Navarro, y de egresados y pasantes de la Universidad, como los economistas Francisco Calderón, Edmundo Flores, Consuelo Meyer y Fernando Rosenzweig. En suma, formó su taller con oficiales y aprendices [...] Cosío Villegas tuvo una doble meta al diseñar su seminario: pulir investigadores e investigar exhaustivamente lo que no podía hacer solo y en corto plazo.<sup>585</sup>

El primer tomo de la *Historia moderna de México* se tituló *La república restaurada. Vida social* (1955). La obra fue un laboratorio historiográfico en el que los que ya tenían las bases metodológicas las afianzaron y los nuevos prospectos aprendieron sobre la marcha. Daniel Cosío Villegas pensaba que la investigación colectiva era el medio idóneo para formar al historiador:

El jefe de cada volumen presenta al director del seminario un proyecto inicial de investigación y una lista de posibles fuentes. Todo ello se examina en reunión plenaria [...] Hecho esto, el jefe del grupo se reserva uno o varios temas para su estudio personal, y los otros se distribuyen entre los ayudantes para acopiar material mediante una lectura de cinco horas diarias [...] Los trozos importantes de publicaciones o documentos, así como la fuente de su procedencia, se transcriben a máquina en tarjetas o fichas de tamaño uniforme que se acumulan en archiveros [...] La redacción de un tema se emprende en cuanto se han juntado todas las fichas respectivas. Aun los miembros más jóvenes e inexpertos del seminario han recibido un tema y la invitación a redactarlo [...] Cuando se tiene el primer borrador, el director lo ve, lo examina con el autor y con el jefe de grupo, lo corrige y lo manda copiar para crítica del seminario.<sup>586</sup>

---

<sup>585</sup> Luis González y González, “La pasión por el nido”, *op.cit.*, pp. 272-273

<sup>586</sup> Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La república restaurada. Vida social*, México, Hermes, 1955, citado por *Ibid.*, p. 274

Los primeros frutos del seminario, nos advierte Luis González, se dieron a conocer en artículos publicados en *Historia Mexicana* fundada en 1951.<sup>587</sup> La revista fue en muchos sentidos una prueba fehaciente de la profesionalización de la disciplina en México.<sup>588</sup>

### Los historiadores: una comunidad de especialistas

El Consejo de Redacción de la revista *Historia Mexicana* –órgano del Instituto de Investigaciones Históricas de El Colegio de México y financiada por el Fondo de Cultura Económica– estuvo formado por Arturo Arnaiz y Freg (1915-1980),<sup>589</sup> Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala.

El propio Cosío Villegas relató en sus memorias los motivos académicos de la elección de este grupo de historiadores:

No quise singularizarme aparte de este grupo, digamos como director, para no darle a la revista un sello personal mío. Además porque todos estos caballeros, con la excepción quizá de Yáñez, tenían un cartel bien sentado de historiadores, o de antropólogos, como Caso y Jiménez Moreno, pues necesariamente incursionaban en la historia antigua de México.<sup>590</sup>

Durante el periodo de 1951 a 1955 (año en el que finaliza nuestra investigación) también destacan las colaboraciones de José Miranda, José Gaos, François Chevalier, Pablo

---

<sup>587</sup> *Ibid.*, p. 275

<sup>588</sup> Javier Garcíadiego, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”, en *Historia Mexicana*, tomo LI, número 2, 2001, pp. 221-231

<sup>589</sup> Nació en la ciudad de México. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Escuela Nacional de Medicina sin llegar a obtener el título (1932-1933) y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (1936-1942). Fue becario de la John Simmon Guggengheim Memorial Foundation para matricularse en algunos cursos de Historia en la Universidad de Austin, Texas (1943). Fue miembro de la Comisión Revisora de Planes, Programas y Textos Escolares, de la Secretaría de Educación Pública (1944-1945), Director de Publicaciones del Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (1945-1952). Fue miembro de la Academia Mexicana de Historia (1956-1980). Desde 1936 se desempeñó como profesor de Historia de México en la UNAM y en otras instituciones educativas. *Homenaje a Arturo Arnaiz y Freg. En ocasión de su sexagésimo aniversario*, México, 1978, pp. 15-29

<sup>590</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986 (1976), p. 196

González Casanova, Catalina Sierra Casasús, Leopoldo Zea, Moisés González Navarro, Manuel Gamio, Manuel Toussaint, José Bravo Ugarte, Germán List Arzubide, Antonio Gómez Robledo, J. Ignacio Dávila Garibi, Pablo Martínez del Río, Alfonso Teja Zabre, Manuel Romero de Terreros, José Fuentes Mares, Luis Villoro, Ismael Cavazos Garza, Carlos Bosch García, Luis González y González, entre otros sobresalientes investigadores del pasado mexicano.

En el primer número, Daniel Cosío Villegas, con su texto titulado “Historia y prejuicio”, propició una interesante polémica que es significativa para conocer los enfrentamientos entre los bandos historiográficos con presencia en México. El escrito es una reseña de la obra titulada *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y Documentos*, México, Elade, 1947-1951, compuesta por IX volúmenes de documentos del archivo personal del expresidente Díaz, inéditos hasta ese momento, seleccionados y prologados por Alberto María Carreño. Es importante apuntar que entre las instituciones que participaron en el proyecto se encontraba el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Primeramente, para Cosío Villegas el papel que había desempeñado la Universidad en el proyecto editorial era dudoso o poco claro ya que la comisión editorial estaba compuesta por cinco personas de las cuales únicamente dos pertenecían a la institución educativa. Después aseguró que el hijo de Porfirio Díaz “no autorizó la publicación del archivo de su padre hasta que alguien lo interesó económicamente”, declaración que como veremos más adelante molestó a las autoridades universitarias.

Una de las principales molestias que la novedad editorial despertó en Cosío Villegas fue que Alberto María Carreño era el único autorizado por la familia del general para acceder al archivo. En su opinión, ante estos privilegios, don Alberto María se veía

perjudicado porque se privaba “de la única satisfacción del investigador, la de que otros comprueben la limpieza de su trabajo”. Así, “negando al historiador independiente el acceso al archivo, hacen inevitable dudosa su veracidad e integridad”.<sup>591</sup> Después de mencionar pormenorizadamente los erros de edición que apreciaba en la publicación, declaró que la empresa en cuestión adolecía de dos cualidades básicas:

Una exquisita imparcialidad de criterio y una gran sabiduría. Estoy seguro de que el señor Carreño carece en absoluto de la primera, y me temo que sólo a medias tenga la segunda. En cuanto a criterio imparcial, poco se necesita decir, pues los prejuicios “históricos”, llamémosle así, del señor Carreño son bien conocidos.<sup>592</sup>

Más allá de detenernos en los ejemplos que Cosío Villegas presenta para ilustrar los prejuicios que determinaban la apreciación histórica de Alberto María Carreño con respecto a un personaje tan polémico como Porfirio Díaz, nos interesa destacar a las dos comunidades enfrentadas en esta polémica. Por un lado, la católica/tradicionalista de Carreño y por el otro, la liberal/crítica del miembro fundador de El Colegio de México.

Ofendido, como era de esperarse, Carreño contestó a la reseña con un escrito titulado “Crítica y perjuicio” aparecido en *El Universal* el 13 de julio de 1951. En dicha réplica el autor catalogó a *Historia Mexicana* como una revista de “mal gusto” y que estaba destinada a “atormentar a la historia mexicana”.<sup>593</sup>

Como portavoz del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad, también Pablo Martínez del Río se sintió agraviado. En una carta enviada a Alfonso Reyes (presidente de El Colegio de México) dio su versión de los hechos. Primeramente, puntualizó que el artículo de Cosío Villegas no sólo había agraviado “a todas las personas que han intervenido en el asunto y al Instituto de Historia de la Universidad” sino que se

---

<sup>591</sup> Daniel Cosío Villegas, “Historia y prejuicio”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 1, julio-septiembre de 1951, p. 126

<sup>592</sup> *Ibid.*, p. 128

<sup>593</sup> Citado por Javier Garciadiego, “Revistas revisitadas...”, *op.cit.*, p. 221

basaba en una serie de inexactitudes. Pensaba que la reseña daba “la impresión de que la publicación del Archivo del General Díaz se emprendió *desde un principio con rigurosos* fines de lucro tanto por parte de los herederos del gobernante cuanto del editor”, el licenciado Miguel Lanz Duret, y que “un espíritu de notoria parcialidad” había caracterizado la empresa. Vale la pena transcribir uno de los fragmentos que relata el papel de los implicados:

Hace ya algún tiempo, cuando ocupaba yo la dirección del Instituto de Historia de la Universidad Nacional, me dijo el director de la Academia de la Historia [Atanasio G. Saravia] que se habían acercado a él los deudos del general don Porfirio Díaz con relación a la publicación del archivo personal del citado gobernante y que él, a su vez, deseaba conocer mi opinión sobre el particular. Le contesté que, a mi entender, y dada la importancia de la expresada documentación, la Universidad Nacional, por medio de su Instituto de Historia, era el organismo indicado para emprenderla.

Tanto el rector de la Universidad, Genaro Fernández McGregor, como profesores del Instituto como Rafael García Granados y José María Lujan de la Facultad de Filosofía y Letras, acogieron “con beneplácito el proyecto”. Así, desde un principio se había decidido “que la publicación del archivo porfiriano se haría con la más exquisita imparcialidad y que por ningún motivo se omitiría un solo documento de importancia, fuese favorable al General Díaz o lo contrario”. En un principio el ordenamiento de los documentos corrió a cargo de José María Lujan, quien sería sustituido por Alberto María Carreño:

Al fijarnos en el señor Carreño tuvimos presente no sólo su gran conocimiento de los archivos nacionales, sino también la calidad y cantidad de sus trabajos publicados.

Sin embargo, como explicamos anteriormente, la mayor molestia de Cosío Villegas era que Carreño había acaparado, con el beneplácito de la familia Díaz, el archivo sólo para él. El propio Martínez del Río reconoció que se le había negado el acceso a Cosío y que en realidad “no tenía el menor derecho a que se le dieran esas primicias, máxime si se

considera que la publicación, ordenamiento y anotación del señor Carreño se ha venido haciendo con una rapidez sorprendente”.<sup>594</sup>

Estamos ante un conflicto de intereses, frente a comunidades enfrentadas que se disputaban el privilegio de las primicias documentales y el derecho a la información. Como ya lo advertimos en la introducción, una de las características del campo historiográfico es que los agentes (historiadores) que lo componen compiten, en menor o mayor grado, por la obtención y mantenimiento del poder, por el privilegio de publicar o rechazar una publicación, de realizar una reseña elogiosa o, por el contrario, negativa del trabajo de un colega que se inicia en la profesión. En estas pugnas el reconocimiento y la adquisición de prestigio es el objetivo primordial.

En su réplica a los comentarios que su primer artículo había propiciado, el fundador del FCE hizo hincapié en que sus intenciones de acceder al Archivo del general Díaz eran únicamente de estudio y no, como se había declarado, para publicar documentos sin autorización. Además, insistió en que era lamentable que se “secuestraran” los “instrumentos de estudio” indispensables para el trabajo histórico que deberían entenderse como públicos.<sup>595</sup> Sería hasta finales de los años sesenta cuando Cosío Villegas podría consultar directamente los documentos resguardados en el Archivo, sin encontrar los grandes hallazgos que él esperaba.<sup>596</sup>

Es evidente el liderazgo de Cosío como un historiador que se asume como profesional, que está mejor posicionado en el campo historiográfico por contar con el apoyo institucional de sus colegas, en este caso, de El Colegio de México. Al mismo tiempo,

---

<sup>594</sup> Pablo Martínez del Río, “Una carta”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 2, octubre-diciembre de 1951, pp. 335-339

<sup>595</sup> Daniel Cosío Villegas, “Entrega inmediata”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 2, octubre-diciembre de 1951, pp. 340-353

<sup>596</sup> Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, pp. 189-190

debemos tomar en cuenta la presión ejercida por otros grupos relacionados con la Universidad que desde principios de los cuarenta se disputaban el capital cultural dentro del gremio.

El prestigio como historiador que había adquirido como profesor en aumentó considerablemente con su primera obra historiográfica: *Porfirio Díaz en la revuelta de La Noria* (1953), con la que se dio a conocer en el medio y demostró sus aptitudes como investigador del pasado nacional.

La recepción del libro fue entusiasta. El padre José Bravo Ugarte apuntó que el autor que se había distinguido como economista, ahora se presentaba con su “excelente obra sobre Porfirio Díaz” como un historiador “escrupulosamente objetivo”. Alabó la cantidad y calidad de las fuentes consultadas y su amplio conocimiento sobre el tema que, en su opinión, desde tiempo atrás había quedado demostrado con su “magistral” reseña del *Archivo del general Porfirio Díaz*.<sup>597</sup>

También Silvio Zavala no perdió la oportunidad de destacar la aparición del libro en cuestión. Reconoció que la obra estaba elaborada “con gran honestidad”, “cuidado en la investigación”, “abundancia de fuentes primarias” y un “estilo sobrio y correcto para exponer los resultados en una narración fluida”.<sup>598</sup> Por otro lado, José Fuentes Mares apuntó que el *Porfirio Díaz* de Cosío Villegas era una obra “ajena a todo politicismo, con la exclusiva pretensión de precisar hechos y definir responsabilidades en torno al primer levantamiento porfirista”. Pero además lamentó que por privilegiar la objetividad se había

---

<sup>597</sup> José Bravo Ugarte, “El Porfirio Díaz de Cosío Villegas”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 3, enero-marzo de 1954, pp. 439-441

<sup>598</sup> Silvio Zavala, “Cosío Villegas, historiador”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 4, abril-junio de 1954, pp. 606-608



perdido el estilo ensayístico o literario que constituía “la mayor garantía de supervivencia de una obra histórica”.<sup>599</sup>

Luis González y González celebró la obra de quien hasta ese momento “nada había escrito que le diera derecho a competir con los grandes de la historiografía mexicana”. Sin embargo, después aclaró que en realidad Cosío Villegas era “el más acucioso de los investigadores”, ya que llevaba “seis años viviendo entre ruinas”. “Acompañado de una docena de discípulos”, venía “trabajando, sin treguas, en la reconstrucción de la historia moderna de México”.<sup>600</sup>

Otros ejemplos, fuera del gremio de los historiadores, que opinaron sobre el libro de Cosío fueron los de Germán Arciniegas y Antonio Gómez Robledo. El primero escribió lo siguiente:

He estado leyendo con provecho y entusiasmo un libro muy raro en la literatura histórica de nuestra América. Lo ha escrito un ensayista de primer orden, que por primera vez pasa del ensayo a la historia [...] El tema, el libro y el autor son mexicanos, pero la moraleja es hispanoamericana.<sup>601</sup>

Por su parte Gómez Robledo resaltó el espíritu de imparcialidad que guiaba la investigación:

La historia, cuando es historia de hechos, ha de ser pura y simplemente visión de los hechos, con la más radical extirpación que pueda ser de todo subjetivismo. A este propósito responde cumplidamente este libro, al punto de que por su sola lectura no sabríamos si su autor es porfiriano o antiporfiriano. Don Daniel ha sabido guardar inflexiblemente la rigurosa castidad de la historia, y éste es para mí –amén de los muchos otros que verán los eruditos– el mérito principal de su obra.<sup>602</sup>

---

<sup>599</sup> José Fuentes Mares, “Cosío Villegas, historiador”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 4, abril-junio de 1954, p. 609

<sup>600</sup> Luis González y González, “Reseña”, en *Revista de Historia de América*, números 35 y 36, junio-diciembre de 1953, pp. 243-245

<sup>601</sup> Germán Arciniegas, “Un autor y un libro”, en *Historia Mexicana*, volumen IV, número 1, julio-septiembre de 1954, p. 133

<sup>602</sup> Antonio Gómez Robledo, “Un autor y un libro”, en *Historia Mexicana*, volumen IV, número 1, julio-septiembre de 1954, p. 136

El reconocimiento de esta primicia historiográfica y la calurosa bienvenida que le dieron algunos de sus colegas, muy pronto colocaron a Cosío Villegas bajo los reflectores del medio historiográfico. Su biógrafo, Enrique Krauze, ha rastreado las primeras huellas e indicios del nacimiento de su vocación como historiador en 1926 cuando presentó un trabajo con claros intereses históricos titulado “El comercio del azúcar en el siglo XVI”.<sup>603</sup> Mientras que el propio Cosío Villegas data su primer acercamiento a la historia un poco después. Para él fue en 1929, cuando con el apoyo de Antonio Espinosa de los Monteros, Miguel Palacios Macedo, Eduardo Villaseñor y Manuel Gómez Morín, que en la Escuela de Derecho se abrió una sección de estudios económicos que después se independizaría para convertirse en la Escuela Nacional de Economía y posteriormente en la Facultad de Economía. Sería en estas instituciones educativas en las que impartiría la clase de historia económica de Europa y los Estados Unidos durante los años treinta, experiencia que en su opinión despertaría su interés por la disciplina.<sup>604</sup>

Sin embargo, como sabemos, fue hasta su participación como profesor en El Colegio de México cuando se afianzaría su interés por el pasado nacional para entender los problemas del presente. En su texto “La crisis de México” (1949) puntualizó que las metas revolucionarias se habían agotado ocasionando una severa crisis en el sistema político.<sup>605</sup> Esta inquietud del presente le permitiría, posteriormente, buscar en el pasado la clave para entender la situación en la que se encontraba el país. En este sentido, para Cosío Villegas la historia tenía una función práctica.<sup>606</sup>

---

<sup>603</sup> Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, op.cit.*, pp. 177-178

<sup>604</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias, op.cit.*, pp. 198-199

<sup>605</sup> Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México”, en *Extremos de América*, México, Tezontle, 1949, pp. 11-43

<sup>606</sup> Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas, op.cit.*, pp. 177-178

Como ya se adelantó, la *Historia moderna de México* se realizó bajo la batuta de Daniel Cosío Villegas y el apoyo de un grupo sobresaliente de colaboradores. El plan de trabajo estaba ideado para producir seis libros: tres sobre la República Restaurada (1867-1876) y tres sobre el Porfiriato (1876-1911). En cada periodo se abordarían los aspectos políticos, sociales y económicos. El propio Cosío Villegas se dedicó a lo político, Francisco Calderón y Fernando Rosenzweig a lo económico, y Luis González y González y Moisés González Navarro a lo social. La organización de la empresa editorial, cuyos primeros ensayos se realizaron en el Seminario impartido por el propio Cosío en El Colegio de México, fue en muchos sentidos un ejemplo de metodología de trabajo en equipo. Al frente estaba el director, inmediatamente debajo de él los cuatro historiadores “gerentes” que contaban con experiencia en la escritura, un escalón más abajo un grupo de colaboradores encargados de recolectar materiales (tarea que no era ajena al director y los gerentes) y realizar monografías, por último, en la base laboraban los lectores de periódicos y otras fuentes que después eran vertidas en fichas bibliográficas. El proyecto intentaba emular “las glorias” del *México a través de los siglos* y *México y su evolución social* pero con una distribución del trabajo más equitativa o democrática para convertirse en una “fábrica de la historia”.<sup>607</sup>

El primer tomo de *Historia moderna de México* (1955) estuvo dedicado a la vida política durante la República Restaurada (1867-1876). En él, Cosío realizó, con la ayuda de sus colaboradores, una titánica labor de investigación de archivos personales e institucionales, boletines y periódicos, en México y Estados Unidos, y de una gran cantidad de fuentes secundarias. En esta labor, los aspectos empíricos y heurísticos serían los mayores atributos de la obra, pero, también para algunos críticos, razones de su aridez y

---

<sup>607</sup> *Ibid.*, pp. 178-183

dificultad de lectura.<sup>608</sup> Para Cosío Villegas los críticos más acérrimos de la obra fueron algunos profesores de historia de la Facultad de Filosofía y Letras como Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea, Justino Fernández, Luis Villoro, Agustín Yáñez y Arturo Arnaiz y Freg, quienes lo importunaron con objeciones “de filósofos y no de historiadores”.<sup>609</sup> Pero a pesar de ello, el liderazgo y capacidad de Cosío Villegas para realizar la obra en equipo continuó siendo uno de los atributos más celebrados de la *Historia moderna*. Algunos años después González y González seguiría reconociendo la labor de su maestro como líder y la deuda que tenía él:

Algunos creyentes en la investigación histórica individual y no en equipo desaprobaron la costumbre danielesca de hacer búsqueda colectiva. Otros historiadores tenían fe ciega en los manuscritos como fuentes de verdad histórica, pero descreían de los impresos utilizados mayoritariamente en la confección de la *Historia Moderna* [...] Los dirigidos trabajamos a nuestro entero gusto con ideas previas, prejuicios y métodos aprendidos de Gaos, Zavala, Iglesia, Medina, Marrou, Braudel, Weber y alguno más. Cada quien vio aquella época desde su propio mirador [...] En el equipo, el maestro se llevaba los campeonatos de laboriosidad, inteligencia, acopio de materiales, número de páginas escritas, lucidez y eficacia en la exposición. Los que habíamos estudiado para historiadores hubimos de reconocer la superioridad de Cosío. Como superaba a los profesionales sin siquiera haber cursado ninguna materia del curriculum de historia dimos en pensar que para ser buen clionauta lo de menos era una licenciatura, maestría o doctorado de historia y lo verdaderamente importante, un poco de seso, de sensibilidad y de otra cosita.<sup>610</sup>

En este último capítulo exploramos los primeros pasos hacia el profesional de la Historia en México. Como vimos, desde instituciones educativas como la UNAM, ENAH y El Colegio de México, surgieron los primeros exponentes de la disciplina con una formación historiográfica sólida y con posibilidades de dedicarse de tiempo completo al oficio. En ese trayecto, polémicas como la de 1945 en donde se enfrentaron los positivistas y los historicistas, trastocaron los fundamentos y certezas que habían sustentado a la labor

---

<sup>608</sup> *Ibid.* pp. 188-192

<sup>609</sup> Daniel Cosío Villegas, *Memorias, op.cit.*, pp. 203-204

<sup>610</sup> Luis González y González, *Daniel Cosío Villegas*, México, Tierra Nova/CRAJ, 1985, pp. 19-20

historiográfica. Sin duda, las discusiones entre estas comunidades de especialistas que se posicionaron desde la década de los cuarenta, eran diferentes de las clásicas disputas que protagonizaron desde el siglo XIX los conservadores y liberales, los hispanistas e indigenistas. A lo largo de la primera mitad del siglo XX el historiador fue tomando conciencia de sus objetos de estudio y el dominio de sus prácticas, y entendió que la obtención de dichos saberes debía realizarse en comunidad. Así, el taller y el seminario se convirtieron en las formas idóneas para transmitir los conocimientos de maestro a alumno y la continua discusión de las ideas entre colegas.

Como lo apuntó Luis González y González, pese a que es cierto que historiadores de la talla de Daniel Cosío Villegas no necesitaron títulos universitarios (relativos a la historia) para desempeñarse con éxito en sus labores, es claro que estamos ante el nacimiento de un nuevo tipo de especialista dentro del gremio que a la postre dominaría los espacios y los discursos disciplinares.<sup>611</sup>

---

<sup>611</sup> Es significativo que el propio Daniel Cosío Villegas en una entrevista realizada en 1964 aseveró que todavía en México el tipo de historiador que predominaba era el autodidacto: “el hombre que se ha formado a sí mismo, que no se ha formado en la escuela, que es un aficionado, que incluso puede ser un aficionado inteligente y que se las arregla para producir una buena obra”. *Daniel Cosío Villegas: un protagonista de la etapa constructiva de la Revolución Mexicana*, entrevistas de James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, México, El Colegio de México, 2011, p. 84

## Consideraciones finales

¿Qué transformaciones disciplinares ocurrieron entre 1884 y 1955? ¿Por qué al finalizar el recorrido de estos setenta y un años encontramos que la Historia es otra, diferente en sus discursos y prácticas, en sus discusiones y preocupaciones?

Con sus continuidades y coyunturas, en la presente investigación hemos explorado el nacimiento de la Historia como disciplina en México. En primer lugar, acordamos que para hablar de una práctica disciplinar debemos estar frente a comunidades o grupos que se dedican al mismo oficio y por consiguiente comparten similares conocimientos y técnicas que les permiten dominar su objeto de estudio. Grupos formados por académicos (todavía no profesionales) que se especializan en un saber.

Como vimos, desde finales del siglo XIX el trabajo en equipo lo encontramos en publicaciones como *México a través de los siglos* y en la transmisión del conocimiento entre maestros, alumnos y colegas en conmemoraciones centenarias con objetivos nacionalistas, congresos académicos, agrupaciones y asociaciones científicas y literarias. Con la explicación de este proceso rastreamos las prácticas y sociabilidades que darían sustento a los primeros profesionales de la disciplina después de 1940. En este sentido, la obra también colectiva dirigida por Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México* nos muestra el paso del historiador autodidacto al profesional de Clío.

Este proceso de academización, como lo hemos llamado, se caracterizó por la aparición de una *comunidad del saber* compuesta por especialistas. Aunque fueron casos aislados, con las clases impartidas por Genaro García en el Museo Nacional y posteriormente con la apertura de la Escuela de Altos Estudios se afianzaron los historiadores expertos en su materia, formados para investigar y no sólo para repetir datos

del pasado. Después en el AGN, bajo la guía de Luis González Obregón, continuaron estas labores investigativas en donde se privilegió el estudio del documento, de la fuente original.

La vigorización de las prácticas académicas en los miembros del Ateneo de la Juventud fue otro factor importante que transformó la disciplina. En este contexto, el discurso hablado y escrito, dirigido a un público cada día más enterado de lo que pasaba con la filosofía, las letras y la historia, fue determinante para conformar grupos de estudio que se posicionaron rápidamente en la recién fundada Universidad Nacional. Este “intelectual de transición”, o nuevo sabio, se caracterizó por sus conocimientos especializados y por construir sociabilidades idóneas para la transmisión y discusión de dichos saberes humanísticos y sociales: como las publicaciones periódicas, revistas, academias, institutos, congresos y encuentros.

En esta labor emprendida, utilizamos la noción de campo de Pierre Bourdieu como herramienta conceptual para entender las alianzas y disputas entre los agentes en la historiografía mexicana para agenciarse los bienes culturales, muchos de ellos proporcionados por el Estado, y lograr posicionarse disciplinalmente. Mientras que con la ayuda de la propuesta de Randall Collins entendimos los vínculos o redes entre maestros, alumnos y colegas desde el contacto cara a cara mediante rituales de interacción en donde el prestigio acumulado y la energía emocional que se trasmite es determinante para constituir grupos de estudio que dominan el campo. También, sin olvidarnos del todo de la constante sustitución de generaciones y su impacto en la construcción del conocimiento, recurrimos a la categoría de “constelación” para estudiar las características particulares de los grupos historiográficos quienes se conforman por alianzas entre individuos de diferentes edades.

En general, el abordaje de la investigación desde los postulados de la historia intelectual y de los intelectuales nos permitió acceder a las comunidades de historiadores desde una perspectiva sociológica que para el caso de México no había sido utilizada por otros investigadores para estudiar el nacimiento de la disciplina. Salvo algunas excepciones que en su momento comentamos, se han privilegiado los estudios sobre las figuras más influyentes en la historiografía nacionalista y en las escuelas de pensamiento de los siglos XIX y XX (después de 1940), exclusivamente desde el análisis del discurso histórico sin tomar en cuenta, o muy poco, las sociabilidades y comunidades que sustentaban dicho discurso.

De igual manera, buscamos ampliar el panorama de la historiografía mexicana incluyendo a los diferentes estados o regiones del país. Desde una mirada incluyente, comprobamos que pese a los esfuerzos individuales de historiadores del interior el proceso académico y la construcción de instituciones fundamentales para llevar a cabo la profesión histórica se dio de manera intermitente y raquítica, sin el apoyo y sustento económico de los gobiernos estatales. Fue hasta la década de los cuarenta en donde surgieron los primeros grupos disciplinares y se edificaron algunas instituciones duraderas.

En la capital del país desde poco antes de 1884 nacieron las primeras comunidades y sociabilidades formadas por autodidactos interesados por las ciencias y las artes. Los historiadores se reunieron en recintos como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y convivieron con otros estudiosos del pasado en los festejos de los centenarios de 1892, 1910 y 1921. Como ya lo mencionamos, con el paso del hombre de letras al “intelectual de transición” aparecieron las prácticas académicas necesarias para transmitir el conocimiento historiográfico especializado.



Es importante recalcar que pese a que el historiador mexicano continuó defendiendo la objetividad como uno de sus más preciados atributos, también aparecieron investigadores como Genaro Estrada, primer eslabón hacia la historiografía crítica, quien, siguiendo la historiografía europea y norteamericana del periodo, cuestionó, aunque no explícitamente, los valores cientificistas que satanizaban la aparición de la opinión personal del estudioso cuando explicaba lo que “realmente había ocurrido”. Otros ejemplos de estos cambios ocurridos al interior del discurso historiográfico, los encontramos en algunos de los colaboradores de la *Revista Mexicana de Estudios Históricos* quienes influenciados por la antropología norteamericana mostraron ideas más cercanas al relativismo culturalista de Franz Boas que a las ideas cientificistas duras.

Al mismo tiempo, dentro del campo historiográfico mexicano prevalecieron las ideas hispanistas que desde el siglo XIX habían caracterizado a algunos sectores de la intelectualidad. Detectamos que el hispanismo como corriente historiográfica en México se manifestó en dos corrientes básicas: desde un línea panhispanista y combativa al estilo de Francisco Elguero y algunos colaboradores de su revista *América Española* y otra más liberal como la de Genaro Estrada quien se alejó del catolicismo doctrinario que caracterizó a sus otros colegas.

En la Academia Mexicana de la Historia se dieron cita las dos tendencias. Además del hispanismo de diferentes tonalidades, los miembros de dicha institución defendieron las tradiciones locales, la de los diferentes rincones del país, como una estrategia historiográfica/intelectual para contrarrestar el dominio homogeneizador del discurso oficial. De esta manera el historiador hispanista/tradicionalista, y en algunos casos católico, ante el vacío dejado por intelectual progresista cooptado por el régimen, tomó el papel de intelectual crítico.

Estamos ante varias comunidades historiográficas que no siempre tenían contacto entre ellas. Por esta razón las polémicas y reuniones entre líneas ideológicas contrapuestas son sumamente valiosas para entender la conformación de dicho campo y las luchas de poder que se presentan en su interior.

Con el estudio de los primeros maestros de la disciplina y la trasmisión de su capital cultural a las generaciones siguientes para la conformación de nuevos grupos historiográficos nos acercamos a las prácticas que permitieron durante los años treinta la creación de recintos educativos como el *Instituto de Investigaciones Estéticas* animado por Manuel Toussaint, historiador que se caracterizó por su espíritu conciliador. Desde entonces la historia del arte se convirtió rápidamente en una de las vertientes más productivas dentro de la disciplina, cuyos protagonistas se esmeraron en superar las añejas disputas entre hispanistas e indigenistas.

Sin embargo, durante esta misma década, las luchas entre marxistas, católicos e historiadores simplemente empiristas, fueron recurrentes en los primeros Congresos de Historia, reuniones que pese a su fuerte carga ideológica son un indicador más del desarrollo de la especialización historiográfica en México y la proliferación de espacios académicos idóneos para la discusión de las ideas.

También hicimos hincapié en la relevante labor emprendida por Silvio Zavala como artífice profesionalizante dentro de la disciplina. Con su *Revista de Historia de América* logró crear un valioso recinto para que los expertos en la historia americana dieran a conocer sus trabajos e investigaciones. La construcción de una red americana a lo largo y ancho del continente es otra de las virtudes del trabajo realizado por Zavala. Logró establecer relaciones y vínculos que sin lugar a dudas después se consolidarían en el Centro

de Estudios Históricos de El Colegio de México y que con el pasar del tiempo seguirían dando dividendos para la institución.

En este contexto, la polémica entre positivistas e historicistas se dio en un marco distinto de las disputas que protagonizaban los historiadores de principios de siglo: más cercanas a la política que a los principios de la profesión. Por el contrario, en 1945 los propios fundamentos de la disciplina se pusieron en entredicho. Más allá de pensar en ganadores y perdedores, lo cierto es que con estos y otros enfrentamientos, con la multiplicación de publicaciones periódicas y el surgimiento de otras instituciones se abonaría el camino para el advenimiento durante los años cuarenta de los primeros historiadores con estudios profesionales y dedicados exclusivamente a las labores disciplinares.

Daniel Cosío Villegas, entre otros maestros como José Gaos, vio en el seminario de investigación la estrategia idónea para la transmisión del conocimiento historiográfico y la formación de futuros profesionales. Como vimos en nuestra investigación, con las clases impartidas por Genaro García en el Museo Nacional se dieron los primeros pasos para la instrucción de historiadores interesados en la investigación y no sólo en la repetición de hechos históricos. Sin embargo, con la llegada de los transterrados españoles y la rápida asimilación de sus técnicas de enseñanza por parte de los profesores mexicanos, las técnicas y procedimientos investigativos se complejizaron dando como resultado rigurosas indagaciones del pasado que aun hoy en día son ejemplo de profesionalismo. Así, el primer tomo de la *Historia moderna de México* se ideó y construyó con la laboriosidad y empeño del artesano que trabaja en su taller.

## Anexo

## Lista de historiadores de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1928)

1- Alba, Pedro de (1887-1960). San Juan de los Lagos, Jal.	24- Mendizábal, Miguel Othón de (1890-1945). Ciudad de México
2- Alessio Robles, Vito (1879-1957). Saltillo, Coah.	25- Menéndez, Carlos Ricardo (1872-1961). Tixkokob, Yucatán
3- Carreño, Alberto María (1875-1962). Ciudad de México	26- Mestre Ghigliaza, Manuel (1870-1954). Villahermosa, Tabasco
4- Caso, Alfonso (1896-1970). Ciudad de México.	27- Montes de Oca, José G. (1895- ?). Guadalajara, Jal.
5- Castillo Ledón, Luis (1879-1944). Tepic, Nayarit	28- Núñez y Domínguez, José de Jesús (1887-1959). Papantla, Veracruz
6- Cuevas, Mariano, S. J. (1879-1949). Ciudad de México	29- Palacios, Juan Enrique (1883-1953). Ciudad de México
7- Estrada, Genaro (1887-1937). Mazatlán, Sinaloa	30- Pereyra, Carlos (1871-1942). Saltillo, Coahuila
8- Fernández del Castillo, Francisco (1864-1936). Ciudad de México	31- Prida y Arteaga, Ramón (1862-1933). Ciudad de México
9- Galindo y Villa, Jesús (1867-1937). Ciudad de México	32- Puga y Acal, Manuel (1860-1930). Guadalajara, Jal.
10- Gamio, Manuel (1883-1960). Ciudad de México	33- Ramírez Cabañas, Joaquín (1886-1945). Coatepec, Veracruz
11- García Granados, Ricardo (1851-1930). Durango, Dgo.	34- Rangel, Nicolás (1864-1935). León, Gto.
12- García Gutiérrez, Jesús (1875-1958). Huixquilucan, Edo., de México	35- Robledo, Juan de Dios (1894-1941) Guadalajara, Jal.
13- Godoy, José J. [posiblemente Jorge de Godoy (1894-1950) Ciudad de México]	36- Romero de Terreros y Vinent, Manuel (1880-1968). Ciudad de México
14- Gómez de Orozco, Federico (1891-1962). Ciudad de México	37- Salado Álvarez, Victoriano (1867-1931) Teocaltiche, Jal.
15- González Obregón, Luis (1865-1938). Guanajuato, Gto.	38- Salinas Alanis, Miguel (1858-1938). Toluca, Edo., de México
16- González Roa, Fernando (1880-1936). Ciudad de México	39- Santibáñez, Enrique (1869-1931). Oaxaca, Oaxaca
17- Heliodoro Valle, Rafael (1891-1959) Tegucigalpa, Honduras	40- Teja Zabre, Alfonso (1888-1961). San Luis de la Paz, Gto.
18- Iglesias Calderón, Fernando (1856-1942). Ciudad de México	41- Toro, Alfonso (1873-1952). Zacatecas, Zacatecas
19- Iguíniz, Juan Bautista (1881-1972). Guadalajara, Jal.	42- Toussaint, Manuel (1890-1955). Ciudad de México
20- Lanuza, Agustín (1870-1936). Guanajuato, Gto.	43- Valle Arizpe, Artemio de (1884-1961). Saltillo, Coahuila
21- León, Nicolás (1859-1929). Quiroga, Mich.	44- Velázquez, Primo Feliciano (1860-1953). Santa María del Río, SLP
22- Mariscal, Federico (1881-1971). Santiago de Querétaro, Qro.	45- Villar Villamil, Ignacio de (1856-1946). Ciudad de México
23- Mena, Ramón (1874-1957). Córdova, Veracruz	

## Siglas

(BNAH) Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Archivo Incorporado Dr. Silvio Zavala, Sección Instituciones, Serie Correspondencia General

(AHGE) Archivo Histórico “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores, *Correspondencia de Genaro Estrada*

(AHAMH) Archivo Histórico de la Academia Mexicana de la Historia, *Libro de Actas y Expedientes de académicos*

## Bibliografía general

-Abbott, Andrew, *The System of Professions. An Essay on the Division of Expert Labor*, Chicago, University of Chicago Press, 1988

-Abellán, José Luis, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, FCE, 1998

-Aboites Aguilar, Luis, “José Fuentes Mares y la historiografía del norte de México. Una aproximación desde Chihuahua (1950-1957)”, en *Historia Mexicana*, volumen XLIX, número 3, 2000, pp. 477-448

-Abreu Gómez, Ermilo, “Prólogo”, Francisco A. de Icaza, *Lope de Vega. Sus amores y sus odios, y otros estudios*, México, Porrúa, 1962, pp. IX- XXXIV

-----, “Semblanza”, en Juan Francisco Molina Solís, *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán*, México, Ediciones Mensaje, 1943 (1896), Tomo I, pp. XIX-XXIV

-Acevedo, Edberto Oscar, *Carlos Pereyra, historiador de América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1986

-Achim, Miruna, “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas. O, cómo construir un museo nacional, México, 1828”, en Miruna Achim y Aimer Granados (comp.), *Itinerarios e intercambios en la historia intelectual de México*, México, CONACULTA/UAM-Cuajimalpa, 2011, pp. 31-60

-*Actas y Memorias del Primer Congreso Científico Mexicano organizado por la Sociedad Científica “Antonio Alzate” y celebrado en la ciudad de México, del 9 al 14 de diciembre de 1912*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913

-Adame Goddard, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, México, UNAM, 1981

- Agüeros, Victoriano (dir.), *El Tiempo*, México
- Aguilhon, Maurice, *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1848*, París, Librairie Armand Colin, 1977
- Alessio Robles, Miguel, *Memorias. A medio Camino*, México, Gobierno del Estado de Coahuila/Instituto Coahuilense de Cultura/Comité de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución/INEHRM, 2010 (1949)
- Alessio Robles, Vito, “El historiador Carlos Pereyra”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, julio-septiembre de 1942, pp. 283-287
- Almoína, José, “Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos”, en *Revista de Historia de América*, número 31, junio de 1951, pp. 210-215
- Altamirano, Carlos, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005
- Anderson, Benedict *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2007 (1983)
- Angenot, Marc, *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, México, Siglo XXI, 2010
- “Aniversario”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen IV, número 13, 1945, pp. 5-13
- Ankersmit, Frank, *La experiencia histórica sublime*, México, UIA, 2010
- Arce Gurza, Francisco, “El inicio de una Nueva Era, 1910-1945”, en *Historia de las profesiones en México*, México, El Colegio de México/SEP, 1982, pp. 225-394
- Arciniegas, Germán, “Un autor y un libro”, en *Historia Mexicana*, volumen IV, número 1, julio-septiembre de 1954, pp. 133-135
- Arechavaleta, Enrique, “Sociedad Mexicana de Antropología”, en Carlos García Mora/Mercedes Mejía Sánchez (coordinadores), *La antropología en México. Panorama histórico. Las organizaciones y las revistas*, México, INAH, 1988, pp. 124-140
- Arenal Fenochio, Jaime del, “Derecho natural versus Estado revolucionario: el iusnaturalismo en tres juristas “conservadores” del siglo XX”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CONACULTA, II tomos, 2009, pp. 648-680
- , “El nacionalismo conservador mexicano del siglo XX”, en Cecilia Noriega Elio (ed.), *El nacionalismo en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 329-353

-----, “La otra historia: La historiografía conservadora”, en Conrado Hernández (coord.) *Tendencias y corrientes de la Historiografía mexicana del Siglo XX*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2003, pp. 63-90

-Ávila Hernández, Julieta, *Luis Castillo Ledón (1879-1944). De savio a historiógrafo ateneísta*, Tesis de Maestro en Historia, México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 2010

-Azuela Bernal, Luz Fernanda, *Tres Sociedades Científicas en el Porfiriato. Las disciplinas, las instituciones y las relaciones entre la ciencia y el poder*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y de la Tecnología/ Universidad Tecnológica Nezahualcóyotl/UNAM, 1996

-Azuela de la Cueva, Alicia, *Arte y poder. Renacimiento artístico y revolución social*, Zamora, El Colegio de Michoacán/FCE, 2005

-Barrón, Luis, “Conservadores liberales: Luis Cabrera y José Vasconcelos, reaccionarios y tráfugas de la Revolución”, en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CONACULTA, 2009, tomo II, pp. 435-466

-Banegas Galván, Francisco, “Iturbide”, en Francisco Elguero, *Reliquias de “América Española”*, México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1922, pp. 7-10

-Baños Ramírez, Othón, “Algunas reinterpretaciones recientes. Breve revisión de la historiografía sobre el Yucatán de los siglos XIX y XX”, *Secuencia*, número 41, mayo-agosto de 1998, pp. 149-160

-Bazant, Jan, “Puebla: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 19, número 3, junio-marzo de 1970, pp. 432-437

-Bazant, Milada, “La República Restaurada y el porfiriato”, en *Historia de las profesiones en México*, México, El Colegio de México, SEP, 1982, pp. 131-222

-Basave Benítez, Agustín, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano entorno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992

-Betancourt, Ignacio, “Estudio introductorio”, en Ignacio Montes de Oca y Obregón, *Poesía*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2002, pp. 5-14

-Betancourt Mendieta, Alexander, “La escritura de la historia en San Luis Potosí”, en Renzo Ramírez Bacca y Alexander Betancourt Mendieta (eds.), *Ensayos sobre historia y cultura en América Latina*, Medellín, La Carreta Editores/Universidad Nacional de Colombia/Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2008, pp. 9-27

-----, “Un relato nacional en un espacio local: la revolución mexicana en San Luis Potosí”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias*

*sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, número 87, septiembre-diciembre 2013, pp. 129-152

-Bernabé Albert, Salvador, “La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)”, *Revista de Indias*, volumen LXV, número 235, pp. 755-772

-----, “‘Un señor que llegó del Brasil’. Américo Castro y la realidad histórica de América”, en *Revista de Indias*, volumen LXII, número 226, 2002, pp. 651-674

-Bernal, Ignacio (ed.), *Correspondencia de Nicolás León con Joaquín García Icazbalceta (1883-1894)*, México, UNAM, 1982

-----, *Correspondencia entre los historiadores William H. Prescott y Joaquín García Icazbalceta*, México, Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, 1984

-Berri, Jr., León, “Chihuahua y su cultura a través de los siglos”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 3, enero-marzo de 1954, pp. 432-438

-Beuchot, Mauricio, *El tomismo en el México del siglo XX*, México, UIA, 2004

-Birrichaga Gardida, Diana, “La *Historia Patria* de Alfonso Toro: análisis de un libro de enseñanza de la historia de México”, en *Cuicuilco*, volumen 7, número 18, enero-abril del 2000, pp. 1-13

-Blanco, Mónica, *Historia de una utopía: Toribio Esquivel Obregón (1864-1946)*, México, El Colegio de México/UNAM, 2012

-Bonfil, Guillermo, “Del indigenismo de la Revolución a la antropología crítica”, en *De eso que llaman Antropología Mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970, pp. 39-65

-Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988

-----, *Homo academicus*, México, Siglo XXI, 2008 (1984),

-----, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995

-Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, SEP, 1973

-----, *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1998 (1991)

-Bravo Ugarte, José, “El clero y la Independencia”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, octubre de 1941, pp. 612-630



-----, *El Excmo. Revmo. Sr. Dr. D. Emeterio Valverde Téllez*, Guanajuato, Talleres Lumen, 1951

-----, “El Porfirio Díaz de Cosío Villegas”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 3, enero-marzo de 1954, pp. 439-441

-Brambila Paz, Rosa, y Rebeca de Gortari, “La arqueología mexicana en las revistas científicas del porfiriato”, en Mechthild Rutsch y Carlos Serrano Sánchez (edit.), *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, México, UNAM, 1997, pp. 103-125

-Bruno, Paula, “Introducción. Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930”, en Paula Bruno (directora), *Sociabilidades y vida cultural en Buenos Aires, 1860-1930*, Bernal, Universidad de Quilmes, 2014, pp. 9-26

-Camp, Roderic Ai, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, México, FCE, 1988 (1985)

-Campos García, Melchor, “300 años de pensar y escribir la historia en Yucatán”, en Melchor Campos García, *Teorías y litigios sobre la historia y su escritura en Yucatán*, México, Senado de la República/Instituto de Cultura de Yucatán, 2011, pp. 21-144

-Campos de la Rosa, Rosa (coord.), *Bibliografía de Silvio Zavala*, México, El Colegio Nacional, 1999

-Candia P., Ricardo, “Sociedad y Política en México según Luis García Pimentel”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid*, tomo LII, 2011, pp. 75-115

-Cano Andaluz, Aurora, y Joel Estudillo García, “Juan Bautista Iguíniz y la historia de la profesión bibliotecaria en México (1915-1971)”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, volumen XII, números 1-2, 2007, pp. 153-197

-Carabarán Gracia, Alberto, “Bulnes, Pereyra, Salado, Sierra. La historiografía porfirista ante el enigma de Juárez”, en Alberto Carabarán Gracia (editor), *Siluetas y generaciones en la historiografía mexicana de Bulnes a Chávez Orozco*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011, pp. 15-57

-Carreño, Alberto María, “Breves comentarios sobre la Historia”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, noviembre de 1937, pp. 29-37

-----, (dir.), *Divulgación Histórica*, México, Editorial Elios

-----, *La Academia Mexicana*, México, SEP, 1945

-----, “La obra cultural de la Iglesia en México”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.) *Ábside, revista de cultura mexicana*, febrero de 1940, pp. 27-39

-----, *El cronista Luis González Obregón (viejos cuadros)*, México, Botas, 1938

-*Cartas a Genaro Estrada, 1921-1931*, Serge Zaitzeff (ed.), México, UNAM, 2001

-*Cartas y otros documentos de Hernán Cortés novísimamente descubiertos en el Archivo General de Indias de la ciudad de Sevilla e ilustrados por el padre Mariano Cuevas, S. J.*, Sevilla, Tipografía de Francisco de P. Díaz, 1915

-Casasús Arzú, Marta, y Teresa García Giráldez, *Las redes intelectuales centroamericanas: un siglo de imaginarios nacionales (1820-1920)*, Guatemala, FyG, 2005

-----, y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890-1940*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004

-Caso, Alfonso, “Herman Beyer”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1944)*, volumen 6, números 1-3, enero-diciembre de 1942, pp. 29-34

-----, (director), *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología

-----, Manuel Toussaint (directores), *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, México, Cvltvra, tomos I y II, enero-febrero 1927 a noviembre-diciembre de 1928

-Caso, Antonio, “Polémica sobre la orientación ideológica de la Universidad de México, en *Obras completas*, México, UNAM, 1971, tomo I, pp. 169-197

-Castañeda, Carmen, “La difusión de la historia: el padre Luis Medina Ascensio y la revista Estudios Históricos”, en *Estudios Históricos*, cuarta época, número 71, junio de 1998, pp. 1942-1946

-Castillo, Rafael, “Estudio preliminar”, en Francisco A. de Icaza, *Obras*, México, FCE, 1980, tomo I, pp. 7-111

-Castillo Ledón, Luis, *La conquista y colonización española en México. Su verdadero carácter*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1932

-Castro Leal, Antonio, “Una Prosa de Genaro Estrada”, en *Ábside*, volumen XXIII, número 4, 1959, pp. 468-474

-Cavazos Garza, Israel, "Nuevo León: la historia y sus instrumentos", en *Historia Mexicana*, volumen 1, número 3, junio-marzo de 1952, pp. 494-515

-Ceballos, Manuel, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum Novarum, la "cuestión social y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991

-----, "Monterrey: realidades y posibilidades historiográficas", en Manuel Ceballos (coord.), *Monterrey 400. Estudios históricos y sociales*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1998, pp. 65-90

-*Centenario de Atanasio G. Saravia*, México, Premio Banamex Atanasio G. Saravia de Historia Regional Mexicana, 1989

-Certeau, Michel de, "La operación historiográfica", en *La escritura de la Historia*, México, UIA, 2006, pp. 67-118

-"Circular pastoral en favor de esta revista", en *América Española*, año I, número 6, 15 de julio de 1921, p. 387

-Clark de Lara, Belem, "¿Generaciones o constelaciones?", en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (editoras), *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, Volumen I, pp. 11-46

-Clavijero, Francisco Javier, "Prólogo del autor", en *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1991, pp. XXI-XXXVII

-Cockcroft, James D., *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo XXI/SEP, 1985

-Collins, Randall, *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos/UAM-Azcapotzalco/UNAM/Universidad Nacional de Colombia, 2009 (2005)

-Comas, Juan, *Cien años de Congresos Internacionales de Americanistas. Ensayo histórico-crítico y bibliográfico*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 1974

-*Concurso de Bibliografía y Biblioteconomía convocado por la Biblioteca Nacional*, México, Departamento de aprovisionamientos generales, Dirección de talleres gráficos, 1918

-*Conmemoración del bicentenario del Congreso de Anáhuac. Autógrafos de Morelos y otros documentos*, México, Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, 2013, Tomo I

-Covarrubias, Ricardo, *Datos biográficos. Héctor González, Celedonio Junco de la Vega*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2002

-“Conocimiento de América”, en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio 1942, número 3, pp. 117-121

-Cosío Villegas, Daniel, “Entrega inmediata”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 2, octubre-diciembre de 1951, pp. 340-353

-----, “Historia y prejuicio”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 1, julio-septiembre de 1951, pp. 124-142

-----, “La crisis de México”, en *Extremos de América*, México, Tezontle, 1949, pp. 11-43

-----, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz/SEP, 1986 (1976)

-Cuevas, Mariano, S.J., “Al lector”, en *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa 1992, tomo V, pp. 11-16

-----, *Historia de la Nación Mexicana*, México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940

-----, “Orígenes del humanismo en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XI, 1932-1939, México, Editorial Jus, 1955, pp. 129-155

-Curiel Defossé, Fernando, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, 1999

-----, “Letrados centenarios: 1910, 1921”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910-1921)*, México, UNAM/FCE, 2009, pp. 283-369

-Charle, Christophe, *El nacimiento de los intelectuales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009

-----, *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000

-Chartier, Roger, *El mundo como representación, historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1999

-Chávez, Ezequiel A., “Contestación al anterior discurso”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XI, 1932-1939, México, Editorial Jus, 1955, pp. 156-169

-----, “El Dr. Nicolás León. Su vida y su obra”, en *Revista de la Universidad*, junio 1937, pp. 7-13

Datos

-Daniel Cosío Villegas: *un protagonista de la etapa constructiva de la Revolución Mexicana*, entrevistas de James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, México, El Colegio de México, 2011

-Dávalos Hurtado, Eusebio, “La Sociedad Mexicana de Antropología”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, volumen 17, número 1 (1954), pp. 143-146

-Dávila González, Hermenegildo, *Biografía del doctor José Eleuterio González*, Monterrey, Ediciones “Al voleo”, 1975 (1888)

-*Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, selección y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977

-Díaz Arciniega, Víctor, *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1996*, México, FCE, 1996

-----, *Querrela por la cultura “revolucionaria” (1925)*, México, FCE, 2010 (1989)

-Díaz de Ovando, Clementina, “El Primer Centenario: 1906”, en *Revista de la Universidad de México*, número 32, octubre de 2006, pp. 62-68

-----, *Memoria de un debate (1800). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, UNAM, 1990

-----, “Sobre algunos textos de Manuel Romero de Terreros”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, volumen X, número 38, 1969, pp. 21-44

-Diego-Fernández, Rafael, “La huella de Altamira en la historia de Hispanoamérica”, en *Rafael Altamira y Crevea, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, México, UNAM, número 15, septiembre-diciembre de 1990, pp. 398-401

-----, “Los precursores. Cincuenta años de historiografía colonial en México” en Gisela Von Wobeser (coord.) *Cincuenta años de investigación histórica en México*, México UNAM, 1998, pp. 93-126

-----, “Silvio Zavala: una vida dedicada a la construcción de una visión panamericana de la historia”, en Lilia V. Oliver Sánchez (coord.), *Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI y XIX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/El Colegio de Michoacán, 2006, pp. 295-306

-Dosse, François, *La historia en migajas. De Annales a la nueva historia*, México, UIA, 2006 (1987)

-----, *La marcha de las ideas, historia de los intelectuales historia intelectual*, Valencia, Universitat de Valencia, 2007

- Dromundo, Baltasar, *Vito Alessio Robles, Un Hombre*, México, Imprenta Arana, 1971
- Earle, Rebeca, *The Return of Native: Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930*, Durham, Duke University Press, 2007
- Elguero, Francisco, “El apóstol obrero”, en *Memoria de la Segunda Gran Dieta de la Confederación Nacional de los Círculos Católicos de Obreros*, Zamora, Tipografía de la Escuela de Artes, 1913, pp. 94-102
- , “El camino del cadalso”, en Francisco Elguero, *Reliquias de “América Española”*, México, Escuela Tipográfica Salesiana, 1922, pp. 11-18
- , “La Casualidad en los Acontecimientos Humanos”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo II, número 1, enero-marzo de 1943, pp. 5-16
- , “La obra civilizadora de las conquistas. Las conquistas españolas”, en *América Española*, número 13, noviembre de 1921, pp. 957-962
- , “Los procesos de Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, pp. 592-597
- , “Prospecto”, en *América Española*, año I, número 1, 15 de abril de 1921, pp. 1-9
- , “Sin la herencia española, no hay patria americana”, en *América Española*, año I, número 3, 20 de mayo de 1921, pp. 137-142
- Elguero, José *Ayer, Hoy y Mañana*, México, Polis, 1941
- “El Plan de las Tres Garantías (texto realizado por La Gran Comisión del Centenario)”, en *América Española*, año I, número 2, 20 de mayo de 1921, pp. 78-81
- Escalante Gonzalbo, Pablo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, México, CONACULTA, 2011, tomo II
- Espejel, Laura, “Guadalupe Borgonio. Editar la historia”, en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 19-28
- Estrada, Genaro, *Obras completas*, compilación, notas y bibliografía de Mario Schneider, México, Siglo XXI, 1988, tomos I-II
- Estrella González, Alejandro, “Antonio Caso y las redes filosóficas mexicanas: sociología de la creatividad intelectual”, en *Revista Mexicana de Sociología*, volumen 72, número 2 (abril-junio del 2010), pp. 311-342

-----, “La profesionalización de la filosofía y el *ethos* del exilio español en México”, en *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*, número 52, enero-junio de 2015, pp. 221-244

-----, *Libertad, progreso y autenticidad. Ideas sobre México a través de las generaciones filosóficas*, México, Editorial Jus, 2014

-*Estudios Históricos Americanos: Homenaje a Silvio Zavala*, México, El Colegio de México, 1953

-*Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951

-Estudillo García, Joel, *Juan Bautista Iguíniz Vizcaino: su contribución a la formación de bibliotecarios en México (1915-1964)*, tesis de Maestría en Historia de México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2008

-Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del Águila*, México, UNAM, 1989

-Fernández, Justino, “Manuel Romero de Terreros y Vinent (1880-1968) y su obra”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, volumen X, número 38, 1969, pp. 9-19

-----, “Manuel Romero de Terreros y Vinent, 1880-1968”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen X, número 37, 1968, pp. 9-10

-----, “XXV Aniversario del Instituto de Investigaciones Estéticas”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen VIII, número 30, 1961, pp. 5-7

-Fernández de Córdova, Joaquín, “Michoacán: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 2, número 1, julio-septiembre de 1952, pp. 135-154

-Fernández Duro, Cesáreo, “Reseña”, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 39, 1901, pp. 399-411.

-Figueroa Esquer, Raúl, “Historiografía de las relaciones entre México y España durante el siglo XIX”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, UNAM, 1990, pp. 344-351

-Florescano, Enrique, *Historia de las historias de la Nación Mexicana*, México, Taurus, 2002

-----, y Ricardo Pérez Montfort (comp.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995

-Franco Ponce, José, *Ipandro Acaico o Monseñor Montes de Oca y Obregón, Arzobispo de Cesarea del Ponto, Obispo de San Luis Potosí. Homenaje a su memoria*, México, Agencia Eclesiástica Mexicana, 1921

-*Fronteras conquistadas. Correspondencia. Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1998

-Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, México, FCE, 2006

-----, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 2007, (1970)

-Fuentes Mares, José, “Cosío Villegas, historiador”, en *Historia Mexicana*, volumen III, número 4, abril-junio de 1954, pp. 608-611

-Gadamer, Hans-Georg, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos, 1993

-Galeana de Valdés, Patricia, “La historiografía mexicana del Segundo Imperio”, en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, UNAM, 1990, pp. 163-172

-Galindo y Villa, Jesús, “Apertura de las clases de Historia y Arqueología”, en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo I, número 2, agosto de 1911, pp. 22-26

-----, “El centenario de la consumación de la Independencia, será cebrado por los Caballeros de Colón”, en *América Española*, año I, número 1, 15 de abril de 1921, pp. 9-13

-----, *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Breve Reseña*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1922

-----, “Las órdenes monásticas y la obra de los misioneros en el continente americano”, en *América Española*, año I, número 15, 15 de diciembre de 1921, pp. 1176-1186

-----, “Quién fue Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, pp. 546-559

-Gallegos C., José Ignacio, “Durango: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 11, número 2, octubre-diciembre de 1961, pp. 314-320

-Gamio, Manuel, “Los prejuicios en Arqueología y Etnología”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo V, 1913, pp. 43-49

-Gaos, José, “En torno a la filosofía mexicana”, en *Obras completas*, México, UNAM, 1996, tomo VIII, pp. 267-392



-García, Genaro, *Carácter de la conquista española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901

-----, (director), *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911

-García, Rebeca Jovita, *Jesús García Gutiérrez: su vocación por la historia*, Tesis de Licenciatura en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, 2007

-García Barragán, María Guadalupe, “Estudio preliminar”, en *Victoriano Salado Álvarez crítico de Federico Gamboa*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2004, pp. 11-40

-García Granados, Ricardo, “El concepto científico de la historia”, en Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, México, UNAM, 1970, pp. 311-370

-García Gutiérrez, Jesús, *Apuntamientos de Historia Eclesiástica Mejicana*, México, Imprenta Victoria, 1922

-----, “Cuestiones históricas disputadas. Los clérigos y el ejercicio de las armas”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, enero de 1940, pp. 92-97

-----, “Hidalgo y la Virgen de Guadalupe”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, febrero de 1940, pp. 41-45

-----, “¿Hidalgo fue masón?”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, abril de 1940, pp. 50-54

-----, “Hidalgo y la Inquisición”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, mayo de 1940, pp. 63-66

-----, “La excomunión del padre Hidalgo”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, marzo de 1940, pp. 42-49

-----, “México y la Revolución mundial”, en *Christus*, año 1, número 3, 1936, pp. 189-192

-García Icazbalceta, Joaquín, “Reseña histórica. Academia Mexicana”, en *Memorias de la Academia Mexicana*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, Tomo I, pp. 11-20

-García Mora, Carlos, Mercedes Mejía Sánchez (coordinadores), *La antropología en México. Panorama histórico. Las organizaciones y las revistas*, México, INAH, 1988

-----, (coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987

-García Martínez, Bernardo, y Andrés Lira, “Querétaro: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 18, número 2, octubre-diciembre de 1968, pp. 286-292

-García Naranjo, Nemesio, “Don Luis González Obregón”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XIII, 1955, pp. 46-59

-----, *Memorias*, Monterrey, El Porvenir, s/a, tomo IV

-García Pimentel, Joaquín, “Elguero”, en José Elguero, *Ayer, Hoy y Mañana*, México, Polis, 1941, pp. 19-29

-Garcíadiego, Javier, “Los intelectuales y la Revolución Mexicana”, en Carlos Altamirano (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Madrid, Katz, 2010, tomo II, pp. 31-44

-----, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX”, en *Historia Mexicana*, tomo LI, número 2, 2001, pp. 221-231

-----, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México, 1996

-Garrido, Luis, “Prólogo”, en Francisco A. de Icaza, *Páginas escogidas*, México, UNAM, 1958, pp. VII-XXXIV

-Geertz, Clifford, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 19-40

-Genaro Estrada: *Diplomático y escritor. Miembro de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1978

-Gómez Galvarriato Freer, Aurora, “Prólogo”, en *La Constitución de 1812 en la Nueva España*, obra dirigida por Luis González Obregón, Edición Facsimilar, México, UNAM/AGN, 2012, pp. XI-XIV

-Gómez Robledo, Antonio, “Un autor y un libro”, en *Historia Mexicana*, volumen IV, número 1, julio-septiembre de 1954, pp. 135-137

-González Calzada, Manuel, “La figura de Manuel Mestre Ghigliazza en la historia política de Tabasco”, en *De la historia. Homenaje a Jorge Gurria Lacroix*, México, UNAM, 1985, 385-394

-González y González, Luis, *Daniel Cosío Villegas*, México, Tierra Nova/CRAJ, 1985

-----, *De maestros y colegas*, México, El Colegio Nacional/Clío, 2000

-----, “Fórmulas para armar historiadores”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002, tomo I, pp. 241-255

-----, “La pasión del nido”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002 (1976), pp. 257-318

-----, *La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución mexicana*, México, SEP-Cultura, 1984

-----, “Historia de la historia”, en *Historia Mexicana*, volumen 15, números 2 y 3, octubre 1965-marzo 1966, pp. 196-228

-----, “Reseña”, en *Revista de Historia de América*, números 35 y 36, junio-diciembre de 1953, pp. 243-245

-----, “Un siglo de aportaciones mexicanas a la historia patria”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 2002, tomo I (Segunda parte), pp. 57-75

-González Navarro, Moisés, *Sociología e Historia en México*, México, El Colegio de México, 1970

-González Obregón, Luis, *La Biblioteca Nacional de México 1833-1910. Reseña histórica*, México, 1910

-----, *México Viejo. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, París/México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1900

-----, “Prólogo”, en Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Ex Antiquis. Boceto de la vida social en la Nueva España*, Guadalajara, Ediciones Jaime, 1919, pp. IX-XIII

-González Ortiz, María Cristina, *José A. Ortega y Medina. Entre andrenios y robinsones*, México, INAH/UNAM, 2004

-González Salinas, Omar Fabián, “Fiesta cívica y culto al ‘Padre de la Patria’ en el Estado Revolucionario”, en *Secuencia*, número 93, septiembre-diciembre del 2015, pp. 162-193

-Gortari, Elí de, *La ciencia en la historia de México*, México, Grijalbo, 1980

-Granados, Aimer, “Alfonso Reyes en Sur América: Diplomacia y campo intelectual en América Latina, 1927-1939”, en *Historia y espacio*, Universidad del Valle, número 38, 2012, pp. 6-22

-----, “Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860”, en Aimer Granados y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2009 (2004), pp. 39-69

-----, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa, 2010

-----, “Emeterio Valverde Téllez y la ‘orientación católica’ en el pensamiento historiográfico mexicano”, en *Ixtapalapa*, número 51, julio-diciembre de 2001, pp. 167-180

-----, “Imaginario culturales sobre España en la celebración del centenario de la independencia de Colombia”, en Tomás Pérez Vejo (coord.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana 1810-1910*, México, El Colegio de México, pp. 245-272

-----, “Introducción”, en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM-Cuajimalpa/Juan Pablos Editor, 2012, pp. 9-20

-----, “La corriente cultural de la JAE en México: el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931”, en *Revista de Indias*, volumen LXVII, número 239, pp. 103-124

-----, “La emergencia del intelectual en América Latina y el espacio público: el caso de Alfonso Reyes, 1927-1939”, en *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, número 41 (enero-junio de 2015), pp. 173-199

-----, “La literatura mexicana durante la Revolución: entre el nacionalismo y el cosmopolitismo”, en Carlos Illades, Georg Leidenberger (coord.), *Polémicas intelectuales del México moderno*, México, UAM, 2008, pp. 157-185

-----, “Monterrey. Correo literario de Alfonso Reyes. Campo literario y red intelectual en América Latina”, en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM/Juan Pablos, 2012, pp. 85-100

-----, y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2009 (2004)

-García Granados, Rafael, “Notas y libros. La Universidad Nacional de México y su Instituto de Investigaciones Estéticas en el Congreso de Historia de Buenos Aires”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 2, 1938, pp. 55-56

-Gringoire, Pedro, “Utopías del Renacimiento y Renacimiento de la Utopía”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, pp. 153-158

-Guedea, Virginia (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, UNAM, 1997

-----, “La historia en los centenarios de la Independencia: 1910-1921”, en Virginia Guedea (coord.), *Asedios a los centenarios (1910-1921)*, México, UNAM/FCE, 2009 pp. 21-107

-Guerra, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, FCE, 2000 (1985)

-----, y Annick Lempérière, “Introducción”, en François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, *et al*, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, FCE, 1998, pp. 5-24

-Guisa y Azevedo, Jesús, *Doctrina política de la Reacción*, México, Polis 1941

-Gumbrecht, Hans Ulrich, “¿Quiénes fueron los philosophes?”, en Valentina Torres Septién, *Producciones de sentido. El uso de las fuentes en la historia cultural*, México, UIA, 2002, pp. 229-351

-Gurría Lacroix, Jorge, “La obra del Dr. Manuel Mestre Ghigliazza”, en *Trabajos sobre historia mexicana*, México, INAH, 1964, pp. 67-83

-Gutiérrez Casillas, Jesús, “Introducción”, en Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa, sexta edición preparada por José Gutiérrez Casillas, S. J., 1992 (1921), tomo I, pp. IX-LII

-Gutiérrez Girardot, Rafael, “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX”, en *El intelectual y la historia*, Caracas, La Nave va, 2001, pp. 57-106

-Guzmán Monroy, Virginia, *Trabajos inéditos del profesor Federico Gómez de Orozco en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*, México, BNAH/ENAH, 1978

-Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002

-Hanke, Lewis, “Silvio Zavala, 1933-1949: algunos recuerdos al azar”, en *Historia Mexicana*, volumen XXXVIII, número 4, abril-junio de 1989, pp. 601-607

-Henestrosa, Andrés, “Prólogo”, en Francisco A. de Icaza, *Estudios Cervantinos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1947, pp. V-VII

-Heredia Correa, Roberto, “Reseña”, en *Historia Mexicana*, volumen 18, número 4, abril-junio de 1969, pp. 627-628

-Hernández López, Conrado, *Edmundo O’Gorman. Idea de la historia, ética y política*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2006

-Hernández Madrid, Miguel J., José Lameiras Olvera (edit.), *Las ciencias sociales y humanas en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000

-Herrera Zapién, Tarsicio, *Historia del humanismo mexicano*, México, Porrúa, 2000

-Hidalgo Costilla, Miguel, “Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología Escolástica”, Nota de Gabriel Méndez Plancarte, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.) *Ábside, revista de cultura mexicana*, septiembre de 1940, pp. 3-27

-Hirschman, Albert O, *Retóricas de la intransigencia*, traducción de Tomás Segovia, México, FCE, 2004 (1991)

-Hobsbawn, Eric, “Introducción: la invención de la tradición”, en Eric Hobsbawm y Terrence Ranger (comp.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2015 (2002), pp. 7-21

-----, *La era del Imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2007

-*Homenaje a Arturo Arnaiz y Freg. En ocasión de su sexagésimo aniversario*, México, 1978

-*Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades Mexicanas. Publicada por la Junta Colombina de México en el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América*, México, Secretaría de Fomento, 1892

-*Homenaje a Genaro Estrada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1986

-*Homenaje a Pablo Martínez del Río*, México, INAH, 1961

-*Homenaje a Silvio Zavala: decano de El Colegio Nacional*, México, El Colegio de México, 1997

-Honderich, Ted, *El conservadurismo. Un análisis de la tradición anglosajona*, traducción de José Manuel Álvarez Flórez, Barcelona, Ediciones Península, 1993

-Hurtado, Guillermo, “Introducción”, en *El Hiperión*, México, UNAM, 2006, pp. IX-XL

-Iglesias Calderón, Fernando, “El Libertador Iturbide”, en *América Española*, año I, número 13, noviembre de 1921, pp. 978-985

-Iguíniz, Juan B., “Don Genaro Estrada, elogio leído en la sesión que consagrada a su memoria celebró la Academia el 4 de enero de 1938”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, volumen I, 1942, pp. 336-346

-----, “D. Jesús Galindo y Villa. Elogio leído en la sesión que consagrada a su memoria celebró la Academia el 28 de enero de 1938”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, 1942, pp. 234-241

-Illades, Carlos, “Ciencia y metafísica en el siglo XIX”, en *Polémicas intelectuales del México moderno*, México, Conaculta/UAM, 2008, pp. 69-114

-Ímaz, Eugenio, “El destino del Homo Sapiens”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, pp. 81-95

-*Itinerarios filosóficos: correspondencia José Gaos-Alfonso Reyes, 1939-1959 y textos de José Gaos sobre Alfonso Reyes, 1942-1968*, compilación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1999

-Iturrubarría, Jorge Fernando, “Oaxaca: la historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen 2, número 3, junio-marzo de 1953, pp. 459-476

-Jiménez Marce, Rogelio, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003

-Jiménez Moreno, Wigberto, “50 años de historia mexicana”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 3, enero-marzo de 1952, pp. 449-455

-Jiménez Rueda, Julio, “El habla de los conquistadores”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XIV, 1955, pp. 181-197

-----, *El México que yo sentí (1896-1960). Testimonios de un espectador de buena fe*, México, CONACULTA, 2001

-----, “Respuesta al discurso de recepción de Jorge Ignacio Dávila Garibi”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XV, 1956, pp. 120-124

-Junco, Alfonso, “El problema social”, en *Christus*, año 1, número 4, 1936, pp. 231-233

-Koselleck, Reinhart, “Espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Dos categorías históricas”, en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 333-357

-Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 2008 (1976)

-----, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980

-Kuhn, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 2007 (1962)

-Kuri Breña, Daniel, “Mi Casa”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, julio-septiembre de 1944, pp. 316-322

-*La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, compilación y notas de Claude Fell, México, El Colegio Nacional, 1995

-Lameiras, José, “La Antropología en México. Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo”, en *Ciencias Sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 109-180

-Lempérière, Annick, *Intellectuels, état, et société au Mexique: les clercs de la nation (1910-1968)*, París, L'Harmattan, 1992

-----, “La opinión pública en una sociedad corporativa. México, primera mitad del siglo XIX”, en Elisa Cárdenas/Annick Lempérière (coord.), *Una ausencia que convoca. Homenaje a François-Xavier Guerra*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 337-359

-----, “Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural”, en *Historia Mexicana*, volumen 45, número 2, octubre-diciembre de 1995, pp. 317-352

-León, Nicolás, “La Relación de Michoacán. Nota bibliográfica y crítica”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, número 5, septiembre/octubre 1927, pp. 191-213

-----, “Prólogo”, en *Anales del Museo Michoacano*, Morelia, año I, 30 de enero de 1886, pp. 1-2

-----, “Origen, progresos y estado actual del Museo Michoacano”, en *Anales del Museo Michoacano*, año III, 1890, pp. 1-5

-León Portilla, Miguel (Dir.), *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Porrúa, 1995 (sexta edición), 4 tomos

-Lida, Clara E., *La Casa de España en México*, México, El Colegio de México, 1988

-----, *et. al., La Casa de España y El Colegio de México: memoria 1938-2000*, México, El Colegio de México, 2000

-----, José E. Matesanz, *El Colegio de México una hazaña cultural 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990

-Lira, Andrés, “El hombre Ramón y otros papeles (nota sobre un expediente)”, en Andrés Lira, *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015 (1997), pp. 209-223



-----, “El ‘tiempo español’ de Silvio Zavala: la vocación. Notas sobre un diálogo epistolar (1934)”, en Aurelia Valero Pie (coord.), *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México, 1940-1950*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 77-94

-----, “Introducción”, en Silvio Zavala, *Primeras Jornadas, 1931-1937*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 9-22

-----, “José Gaos y los historiadores”, en *Revista de la Universidad de México*, tomo XXIV, número 9, mayo de 1970, pp. 28-32

-----, “Justo Sierra: la historia como entendimiento responsable”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comp.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE/CONACULTA, 1995, pp. 22-40

-----, “Recuerdos del seminario de José Gaos”, en Andrés Lira, *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 91-101

-Loaeza, Soledad, “Conservar es hacer patria (La derecha y el conservadurismo mexicano en el siglo XX)”, en *Nexos*, 64, abril de 1983, pp. 29-39

-Lobjeois, Eric, “Los intelectuales de la derecha mexicana y la España de Franco, 1939-1950”, en Clara E. Lida (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 163-192

-Lomelí Quirarte de Correa, Josefina, “La influencia de los Congresos en la enseñanza de la Historia”, en *La enseñanza de la historia en México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1948, pp. 297-328

-Lomnitz, Claudio, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución”, en Jorge Myers (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Madrid, Katz, 2013 (2008), tomo I, pp. 441-464

-López, Rafael, “Estos Anales”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 1, 1937, pp. 1-2

-López Caballero, Paula, “De cómo el pasado prehispánico se volvió el pasado de todos los mexicanos”, en Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, México, CONACULTA, 2011, tomo II, pp. 137-151

-López Portillo y Weber, José, “La República Mexicana y Hernán Cortés”, en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, pp. 577-591

-López Sánchez, José María, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2006

- Luckacs, John, *El futuro de la historia*, Madrid, Turner, 2011
- Mabille, Pierre, “Afloramiento del Alba”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, pp. 33-45
- MacGregor, Josefina, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, INEHRM, 1992
- Malagón, Javier, y Silvio Zavala, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, UNAM, 1986; *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*, edición y estudio preliminar de Andrés Lira, México, El Colegio de México, 2012
- Maldonado Olea, Pedro, “La historia maestra de la humanidad”, *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, tomo V, número 5, julio de 1912, pp. 260-268
- Méndez Padilla, Perfecto, “El IV Centenario de la fundación de Zamora”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, octubre de 1940, pp. 27-35
- Mannheim, Karl, *Essays on the Sociology of Knowledge*, London, Routledge and Kegan Paul, 1964 (1952)
- Manrique, Jorge Alberto, “Manuel Toussaint”, en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, pp. 49-59
- Martínez, José Luis, *Literatura Mexicana Siglo XX 1910-1949*, México, CONACULTA, 2001
- , “América y el Testamento de Zweig”, en *Cuadernos Americanos*, mayo-junio 1942, número 3, pp. 107-110
- , (editor), *Semblanzas de académicos. Antiguas, recientes y nuevas*, México, FCE, 2004
- Martínez Baracs, Rodrigo, “Recuperación del pensamiento indígena e idea de la antigua sabiduría”, en Pablo Escalante Gonzalbo (coord.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural*, México, CONACULTA, 2011, tomo II, pp. 166-181
- Martínez Carrizales, Leonardo, “Una amistad en el contexto del clasicismo”, en Alfonso Reyes/Enrique González Martínez, *El Tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, México, FCE, 2002, pp. 7-18
- Martínez Chávez, Eva Elizabeth, *España en el recuerdo, México en la esperanza. Juristas republicanos exiliados en México*, Tesis de Doctorado en Ciencia Jurídica: Teoría, Historia

y Comparación, Universidad Internacional de Andalucía/Universidad de Huelva, noviembre del 2015

-Martínez del Río, Pablo, "Sobre el horizonte de la historia", en *Revista de la Universidad Autónoma de México*, tomo III, número 15, enero de 1932, pp. 281-286

-----, "Una carta", en *Historia Mexicana*, volumen I, número 2, octubre-diciembre de 1951, pp. 335-339

-Matute, Álvaro, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, UNAM, 2002

-----, *Estudios historiográficos*, Cuernavaca, Gobierno del Estado de Morelos/Secretaría de Bienestar Social/Centro de Investigación y Docencia en Humanidades, 1997

-----, "Estudio introductorio", *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX: la desintegración del positivismo 1911-1935*, México, UNAM/FCE, 1999, p. 13-48

-----, "Galindo y Villa y los inicios de la profesionalización de la historia en México", en Alberto Carabarrín Gracia (editor), *Temas de la cultura historiográfica de México*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego", 2008, 19-39

-----, "La aventura intelectual de Alfonso Teja Zabre y la Revolución Mexicana", en Alberto Carabarrín Gracia (editor), *Siluetas y generaciones en la historiografía mexicana de Bulnes a Chávez Orozco*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vález Pliego"/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2011, pp. 97-126

-----, "La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX", en *México en el siglo XX*, México, Archivo General de la Nación, 1999, pp. 415-440

-----, "La Revolución y la enseñanza de la historia: dos actitudes", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM, volumen V, 1976, pp. 119-131

-----, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*, México, FCE, 2015 (1973)

-----, "Los fundadores de la Academia Mexicana de la Historia y sus correspondientes de la Real de Madrid (1919-1936)", texto inédito proporcionado por el autor

-----, "Notas sobre la historiografía positivista mexicana", *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número 21, septiembre-diciembre de 1991, pp. 49-64

-----, “Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica”, en *Historiografía española y norteamericana sobre México (coloquio de análisis historiográfico)*, México, UNAM, 1992, pp. 99-104

-----, “Victoriano Salado Álvarez y la historiografía conservadora”, en *Cuestiones de historiografía Mexicana*, México, UNAM/Seminario de Cultura Mexicana, 2014, pp. 94-113

-Mayagoitia, Alejandro, “Don José Mariano Pontón y Ponce: un jurista en época de crisis. Notas para su bibliografía”, en *Anuario de Historia del Derecho*, México, UNAM, volumen XV, 2003, pp. 357-407

-Mayer Celis, Leticia, *Entre el infierno de una realidad y el ciclo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1999

-Mazín, Oscar, “Gente de saber en los virreinos de Hispanoamérica (siglos XVI a XVIII)”, en Jorge Myers (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Madrid, Katz, 2013 (2008), tomo I, pp. 53-78

-Medina Ascencio, Luis, “Notas críticas”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, agosto de 1941, pp. 537-540

-Medina Peña, Luis, *Invencción del sistema político mexicano. Forma de gobierno y gobernabilidad en México en el siglo XIX*, México, FCE, 2004

-Medina de la Torre, Francisco, *San Miguel El Alto, Jalisco, Biografía de un municipio*, tercera edición corregida y adicionada por Luis Medina Ascencio, México, Jus, 1967 (1909)

-Mediz Bolio, Antonio, “Prólogo a la segunda edición”, en Juan Francisco Molina Solís, *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán*, México, Ediciones Mensaje, 1943 (1896), Tomo I, pp. VII-XVIII

-Méndez Hernández, Socorro, y Rosario Franco Guadarrama, *Propuesta de catalogación del semanario Revista de Revistas: publicaciones comprendidas de 1910 a 1940*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2005

-Mendiola, Alfonso, “¿Es posible el diálogo entre filosofía e historia? El caso O’Gorman”, en *Historia y Grafía*, número 25, 2005, pp. 79-104

-Menéndez Menéndez, Libertad, *Escuela Nacional de Altos Estudios y Facultad de Filosofía y Letras. Planes de Estudios, títulos y grados. 1910-1994*, tesis de Doctorado en Pedagogía, UNAM/ Facultad de Filosofía y Letras/ División de Estudios de Posgrado/ Departamento de Pedagogía, 1996

-----, “La formación de los humanistas en la Escuela Nacional de Altos Estudios”, en David Piñera Ramírez (coord.), *La educación superior en el proceso histórico de México. Siglo XIX y XX*, Tijuana, SEP/Universidad Autónoma de Baja California/ANUIES, tomo II, 2001, pp. 324-345

-Menéndez y Pelayo, Marcelino, “Cartas Inéditas a Francisco Sosa”, en *Ábside, revista de cultura mejicana*, volumen XXIII, número 3, julio-septiembre de 1959, pp. 327-352

-Millán, María del Carmen, “Genaro Estrada, literato”, en *Homenaje a Genaro Estrada*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1986, pp. 37-49

-Miller, Nicola, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, London, Verso, 1999

-Moctezuma Franco, Abraham, “El camino de la historia hacia su institucionalización”, en *Historia y Grafía*, número 25, 2005, pp. 45-78

-Moguel Pasquel, María Carolina, *Luis García Pimentel: auge y caída de un empresario agrícola morelense (1855-1930)*, tesis de Doctorado en Economía, México, Facultad de Economía, UNAM, 2013

-Montejano y Aguiñaga, Rafael, *Elogio in memoriam del Sr. Lic. D. Primo Feliciano Velázquez*, San Luis Potosí, Taller Litográfico “Evolución”, 1966

-Monsiváis, Carlos, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en Ignacio Bernal, Pedro Carrasco, Daniel Cosío Villegas, *et. al.*, *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 957-1075

-Mora L., Miguel de la, y Moisés González Navarro, “Jalisco. La historia y sus instrumentos”, en *Historia Mexicana*, volumen I, número 1, julio-septiembre de 1951, 143-163

-Mora Muro, Jesús Iván, “Antonio Caso: un cristiano sin Iglesia”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, número 87, septiembre-diciembre de 2013, pp. 155-173

-----, “El catolicismo frente a la modernidad. Gabriel Méndez Plancarte y la revista *Ábside*”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, volumen XXXII, número 126, primavera 2011, pp. 139-170

-----, “Entre el humanismo y el nacionalismo. Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte: mediadores culturales”, en Laura Alarcón Menchaca y Estrellita García Fernández (coord.), *Cambios sociales y construcción de imaginarios en México durante el siglo XX*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2013, pp. 85-103

-----, *La modernidad repensada. Gabriel Méndez Plancarte y la revista *Ábside*, 1937-1949*, Tesis de Maestro en Historia, México, Universidad Iberoamericana, agosto de 2010

-Muriá, José María, “El IV centenario del ‘descubrimiento de América’”, *Secuencia*, número 3, septiembre-diciembre de 1985, pp. 123-136

-----, “Notas sobre la historiografía regional jalisciense en el siglo XX”, en *Relaciones* volumen III, número 10, primavera de 1982, pp. 69-85

-----, “Semblanza del autor”, en José López Portillo y Weber, *Guadalajara, el Hospicio Cabañas y su fundador*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1982, pp. 15-39

-----, *Un panorama de la historia de la historiografía mexicana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, s/a

-Myers, Jorge, “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América”, en Jorge Myers (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Madrid, Katz, 2013 (2008), tomo I, pp. 121-144

“Noticia Bibliográfica de la Labor Literaria de Jesús Galindo y Villa de 1887 a 1937”, en *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, tomo 45, números 11 y 12, 1937, pp. 521-654

-Noyola, Leopoldo, “Las comunicaciones en la Reforma”, en *Elementos*, número 99, 2015, pp. 23-30

-Noyola Rocha, Jaime, “La visión integral de la sociedad nacional”, en Carlos García Mora (coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987, tomo 2, pp. 135-220

-Novick, Peter, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Instituto Mora, 1997

-Núñez y Domínguez, José de Jesús, “Los métodos modernos en la enseñanza de la historia”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, número 6, noviembre/diciembre de 1927, pp. 229-235

-----, “Reformas a la enseñanza de la historia de México”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, quinta época, tomo II, 1934, pp. 221-236

-----, “Resumen del Congreso”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etología*, quinta época, tomo II, 1934, p. 236

-Ochoa Serrano, Álvaro, Martín Sánchez Rodríguez, *Repertorio Michoacano 1889-1926*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004

-O'Dogherty, Laura, *De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco*, México, CONACULTA, 2001

-O'Gorman, Edmundo, "Cinco años de historia en México", en *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, tomo IX, número 17, México, UNAM, 1945, pp. 147-183

-----, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, UNAM, 1947

-----, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y el sentido de su devenir*, México, FCE, 1977 (1958)

-Oikión Solano, Verónica, "El nuevo pasado michoacano. Una centuria historiográfica", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, volumen XVI, número 60, otoño de 1994, pp. 41-74

-Olivé Negrete, Julio César, *INAH. Una historia. Antecedentes, organización, funcionamiento y servicios*, México, INAH, volumen I, 2003 (1988)

-Olivera, Alicia, "Josefina Muriel. Una vida de amor a la verdad y a la justicia", en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 29-50

-----, y Salvador Rueda, "Ernesto de la Torre Villar. Entre bibliotecas, archivos y aulas", en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 51-74

-"Opiniones de prelados y colaboradores", en *América Española*, año I, número 8, 13 de agosto de 1921, pp. 535-545

-Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/FCE, 2004

-Ortega y Medina, José A., "Respuesta al discurso de nombramiento como Miembro Corresponsal del maestro Antonio Pompa y Pompa de la Academia Mexicana de la Historia", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 1979-1989, pp. 255-259

-Pacheco, José Emilio, "Nota preliminar", en Victoriano Salado Álvarez, *Memorias. Tiempo viejo-Tiempo nuevo*, México, Porrúa, 1985, pp. IX-XIV

-Pacheco Rojas, José de la Cruz, "Introducción", en Atanasio G. Saravia, *¡Viva Madero!*, México, Universidad Juárez de Estado de Durango, 1992, pp. 7-14

-Palacios, Guillermo, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México, 1999

-Palou, Pedro Ángel, *La Casa del Silencio. Aproximación en tres tiempos a Contemporáneos*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1997

-Palti, José Elías (coord.), *"Giro lingüístico" e historia intelectual*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998

-----, "From ideas to concepts to metaphors: the german tradition of intellectual history and the complex fabric of language", en *History and Theory*, volume 49, number 2, mayo 2010, pp. 194-211

-Pani, Erika, "Derribando ídolos: el Juárez de Francisco Bulnes", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Juárez: historia y mito*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 43-58

-----, "Las fuerzas oscuras: El problema del conservadurismo en la historia de México", en Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/CONACULTA, II tomos, 2009, pp. 11-42

-Pecourt, Juan, *Los intelectuales y la transición política. Un estudio del campo de las revistas políticas en España*, Madrid, CIS, 2008

-Peña, Guillermo de la, "Nacionales y extranjeros en la historia de la Antropología Mexicana", en Mechthild Rutsch (compiladora), *La Historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, UIA/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 41-81

-Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM, 1957

-Pereyra, Carlos, *La obra de España en América*, Madrid, Miguel Aguilar, 1930

-Pérez Montfort, Ricardo, "Entre la historia patria y la búsqueda histórica de "lo mexicano". Historiografía mexicana, 1938-1952", en Gisela Von Wobeser (coord.), *Cincuenta años de investigación histórica*, México, UNAM/Universidad de Guanajuato, 1998, pp. 279-294

-----, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992

-----, "Indigenismo, hispanismo y panamericanismo en la cultura popular mexicana de 1920 a 1940" en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional*, México, FCE, 1994, pp. 516-577

-----, "Por la Patria y por la Raza". *La Derecha secular en el sexenio de Lázaro Cárdenas*, México, UNAM, 1993

-Pérez San Vicente, Guadalupe, "Introducción", en Atanasio G. Saravia, *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, México, UNAM, 1978



-Pérez Vejo, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México/ENAH/INAH, 2008

-----, “Hispanófobos vs. Hispanófilos. La historia como arma de lucha política en México, 1821-1867”, en Agustín Sánchez Andrés, Juan Carlos Pereira Castañares (Coord.), *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810-2010*, Morelia, UMSNH/Instituto de Investigaciones Históricas/ Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, 2010, pp. 125-165

-Pino-Díaz, Fermín del, “Edición de crónicas de indias y hermenéutica historiográfica como empresa vital: Edmundo O’Gorman y Ramón Iglesia”, Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 143-175

-Pita González, Alexandra, y José Manuel de la Mora Cuevas, “De la historia de México a la historia patria. Representaciones en los manuales de enseñanza”, en Alexandra Pita González (coord.), *Historia y representaciones sociales*, Colima, Universidad de Colima, 2015, pp. 87-115

-----, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009

-----, Carlos Marichal (coord.), *Pensar el antimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*, México, El Colegio de México, 2012

-Pi-Suñer, Antonia, “Introducción”, en *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 2011 (1996), volumen IV, pp. 9-30

-Pontón, José Mariano, “Razas indígenas de México. Su pasado, su presente, su porvenir”, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, quinta época, tomo II, 1934, pp. 361-526

-Postash, Robert A., “Historiografía del México independiente”, en *Historia Mexicana*, volumen 10, número 3, enero-marzo de 1961, pp. 361-412

-Prado, Gustavo H., *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e Historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008

-“Propósitos”, en Silvio Zavala (dir.), *Revista de Historia de América*, número 1, marzo de 1938, pp. V-VI

-Quintanilla, Susana, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets/Fundación Azteca/Círculo Editorial Azteca/Proyecto 40, 2008

-Quirarte, Martín, *Carlos Pereyra, caballero andante de la historia*, México UNAM, 1952

-Rama, Carlos M., *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, México, FCE, 1982

-Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2002

-Ramos Escandón, Carmen, “Genaro García, historiador feminista de fin de siglo”, en *Signos históricos*, número 5, enero-junio del 2001, pp. 87-107

-Rangel Camacho, Manuel, *Ipandro Acaico y el cardenal Miranda*, Cuernavaca, edición de autor, 1972

-*Reseña de la Segunda Sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas efectuada en la ciudad de México durante el mes de septiembre de 1910 (Congreso del Centenario)*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1912

-*Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, Imprenta de la Secretaría de Fomento, tomo II, 1889

-Reyes, Alfonso, “América y los Cuadernos Americanos”, en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril 1942, número 2, pp. 7-8

-Rhi Sausi G., María José, “Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* (1909)”, en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coord.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, México, UAM/Siglo XXI, 2012, pp. 102-125

-Rivas Mata, Emma (ed.), *Entretenimientos literarios. Epistolario entre los bibliógrafos Joaquín García Icazbalceta y Manuel Remón Zarco del Valle, 1868-1886*, México, INAH, 2003

-----, “Estrategias bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta”, en *Istor*, año VIII, número 31, invierno del 2007, pp. 118-148

-Rivermar Pérez, Leticia, “En el marasmo de una rebelión cataclísmica”, en Carlos García Mora (coordinador), *La Antropología en México. Panorama histórico. Los hechos y los dichos (1880-1986)*, México, INAH, 1987, tomo 2, pp. 91-131

-Robles, Vito Alessio, *Memorias y diario*, México, Gobierno del Estado de Coahuila/Centro Cultural Vito Alessio Robles/ Miguel Ángel Porrúa, 2013

-Rodríguez Ávila, Nuria, *Manual de Sociología de las profesiones*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2008

-Rodríguez García, Ignacio, “Recursos ideológicos del Estado Mexicano: el caso de la arqueología”, en Mechthild Rutsch (compiladora), *La Historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, UIA/Plaza y Valdés/Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 83-115

-Rojas Garcidueñas, José, “La obra literaria del Marqués de San Francisco”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, volumen X, número 38, 1969, pp. 45-55

-----, “Notas críticas”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, julio-septiembre de 1944, pp. 333-334

-Roldán Vera, Eugenia, *Conciencia histórica y enseñanza. Un análisis de los primeros libros de texto de historia nacional, 1852-1894*, Tesis de Licenciatura en Historia, México, UNAM, 1995

-----, “Los libros de texto de historia de México”, en Antonia P-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 2011 (1996), pp. 491-524

-Romero de Terreros, Manuel, “El estilo epistolar en la Nueva España”, en *Memorias de la Academia de la Lengua*, México, tomo IX, 1905-1925, Jus, 1954, pp. 221-233

-----, *Historia sintética del arte colonial*, México, Porrúa, 1922

-----, *Las artes industriales en la Nueva España*, México, Librería de Pedro Robredo, 1923

-----, *Nociones de literatura castellana*, Boston, D. C. Heath and Company, 1927 (1926)

-----, “Prólogo”, en *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España*, México, Cvltvra, 1918, pp. 3-9

-----, *Siluetas de Antaño*, México, Botas, 1937

-Rubio Mañé, Jorge Ignacio, *La personalidad de Juan Francisco Molina Solís como historiador*, Mérida, Talleres de la Compañía Tipográfica Yucateca, 1933

-Ruíz Cervantes, Francisco José, “La resistencia oaxaqueña ante la intervención francesa”, en Patricia Galiana (coord.), *La resistencia republicana en las entidades federativas de México*, México, Siglo XXI/Senado de la República/Gobierno del Estado de Puebla, 2012, pp. 563-585

-Ruiz Gaitán, Beatriz, “Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, número 64, volumen 16, abril-junio de 1967, pp. 541-564

-Rutsch, Mechthild, “...Escribirle cuando siento mi corazón cerca de estallar. La concepción de ciencia, ética y educación en la correspondencia de Ezequiel A. Chávez y Franz Boas”, en *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, México UNAM, 1997, pp. 127-166

-----, “Ramón Mena y Manuel Gamio. Una mirada oblicua sobre la antropología mexicana en los años veinte del siglo pasado”, en *Relaciones*, número 88, otoño 2001, volumen XXII, pp. 81-118

-Quiñonez Melgoza, José, “Traductores mexicanos de los clásicos grecolatinos en el siglo XIX”, en *Suplementum IV, Nova Tellus*, 2012, pp. 59-77

-Sahagún, Bernardino de, *El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México*, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo I, julio/agosto 1927, , número 4, Prólogo y notas de Zelia Nutall, pp. 101-106

-Salinas, Miguel, *Bosquejo biográfico del Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, geógrafo, historiador y arqueólogo*, México, Imprenta del Asilo “Patricio Sanz”, 1923

-Sánchez, Gerardo, “Las voces del exilio español en Morelia. Científicos y humanistas en la Universidad Michoacana, 1938-1943”, en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coord.), *De Madrid a México*, Morelia, UMSNH, 2001, pp. 277-328

-Sánchez, Martín, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso Michoacán 1920-1924*, México, INEHRM, 1994

-----, Gabriela Díaz Patiño, “Francisco Elguero Iturbide, un historiador católico frente al positivismo”, en *Iztapalapa*, número 51, julio-diciembre de 2001, pp. 151-166

-Sánchez Quintanar, Andrea, “El pensamiento histórico de Alfonso Teja Zabre”, en *Anuario de Historia*, México, UNAM, número VI-VII, 1966-1967, pp. 65-90

-----, “Tres socialistas en la historiografía mexicana contemporánea”, en *Anuario* de la Escuela de Historia, Universidad Michoacana, número 2, Morelia, 1977, pp. 37-52

-Santos Ruiz, Ana, “Leopoldo Zea: historia y mestizaje en la filosofía de lo mexicano”, en Aurelia Valero Pie (coord.), *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México, 1940-1950*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 315-328

-Saravia, Atanasio G., “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya” en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, octubre de 1940, pp. 15-26

-----, “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, noviembre de 1940, pp. 30-38

-----, “Nuestra señora y la Nueva Vizcaya”, en Gabriel Méndez Plancarte (dir.), *Ábside, revista de cultura mexicana*, diciembre de 1940, pp. 56-65

-*Señas de escritores y artistas mexicanos*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1928

-Sepúlveda, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Fundación Carolina/Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/ Marcial Pons, 2005

-Sheridan, Guillermo, *México en 1932: La polémica nacionalista*, México, FCE, 1999

-Schmidt-Welle, Friedhelm, “Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas”, en Friedhelm Schmidt-Welle, *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México/Cátedra Guillermo y Alejandro von Humboldt, 2014, pp. 15-34

-Schons, Dorothy, “Dos documentos inéditos relativos a Sigüenza”, en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, noviembre-diciembre 1927, pp. 248-251

-*Silvio Zavala en la memoria de El Colegio Nacional*, compilación y prólogo de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009

-Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986

-Suárez Cortes, Blanca Estela, “Las interpretaciones positivas del pasado y el presente (1880-1910)”, en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH, 1987, tomo II, pp. 15-77

-Sudo, Takako, y Aureliano de los Reyes, “Xalapa: la historia y sus instrumentos”, *Historia Mexicana*, volumen 24, número 4, abril-junio de 1975, pp. 607-621

-Tapia, Francisco Javier, “Los festejos del primer centenario de la consumación de la Independencia, nuevo impulso para el catolicismo social”, en *TzinTzun*, número 52, julio-diciembre de 2010, pp. 11-46

-Tapia Méndez, Aureliano, *Ipandro Acaico en las letras españolas*, Monterrey, Ediciones Al Voleo, 1979

-----, *José Antonio Plancarte y Labastida. Profeta y Mártir*, México, JUS, 1973

-Tapia Santamaría, Jesús, *Campo religioso y evolución política en el Bajío zamorano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986

-Trejo, Evelia, *La historiografía del siglo XX en México. Recuentos, perspectivas teóricas y reflexiones*, México, UNAM, 2010

-----, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión en México*, México, UNAM/FCE/INAH, 2001

-Teja Zabre, Alfonso, "Discurso pronunciado en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, tomo III, 1925, pp. 113-117

-Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE, 1998

-Tollebeek, Jo, "A Stormy family. Paul Fredericq and the formation of an academic historical community in the nineteenth century", en *Storia della Storiografia*, número 53, 2008, pp. 59-73

-Toro, Alfonso, *Compendio de Historia de México. La dominación española*, México, Sociedad de Edición/Librería Franco-Americana, 1926, tomo II

-----, *Compendio de Historia de México. La Revolución de Independencia y México independiente*, México, Sociedad de Edición/Librería Franco-Americana, 1926, tomo III

-----, *Un crimen de Hernán Cortés*, México, Librería de Manuel Mañón, 1922

-Toussaint, Manuel, "Notas y libros. El II Congreso Internacional de Historia de América", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen I, número 2, 1938, pp. 62-63

-----, "Pintura Colonial. Notas sobre Andrés de la Concha", en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, México, tomo I, número 1, enero/febrero 1927, pp. 27-28

-----, "Veinte años de investigaciones Estéticas", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, volumen VI, número 22, 1954, pp. 5-13

-Urías Horcasitas, Beatriz, "Una pasión antirrevolucionaria: el conservadurismo hispanófilo mexicano (1920-1960)", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, vol. 72, número 4, octubre diciembre de 2010, pp. 599-628

-Urteaga, Eguzki, "Sociología de las profesiones: una teoría de la complejidad", en *Lan Harremanak. Revista de Relaciones Laborales*, Universidad del País Vasco, número 18, 2008, pp. 169-198

-Valle-Arizpe, Artemio de, *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*, México, JUS, 1944

-Valverde Téllez, Emeterio, "Artículo sobre el Primer Centenario de la Consumación de la Independencia Nacional", en *Discursos y algunos escritos*, León, Tipografía J. Rodríguez, 1925, tomo II, pp. 63-69

-----, “La Santísima Virgen María y la Conquista. Conferencia histórica dedicada a la Academia Filosófico-Teológica de Santo Tomás de Aquino”, en *Discursos y algunos escritos*, León, Imprenta de la CIA, 1913, tomo I, pp. 153-169

-Vaughan, Mary Kay, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in México, 1930-1940*, Tucson, University of Arizona Press, 1997

-Vázquez, Josefina Zoraida, “Cincuenta y tres años de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*”, en *Historia Mexicana*, volumen L, número 4, abril-junio, 2001, pp. 709-718

-----, “Juárez: nacionalismo e historia oficial”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Juárez: historia y mito*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 33-42

-----, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975 (1970)

-----, *75 años de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Academia Mexicana de la Historia, 1994

-Vázquez Cano, Maricruz, *El pensamiento de Emeterio Valverde Téllez*, tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, 1995

-Vázquez León, Luis, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, México, Ciesas/Porrúa, 2003 (1996)

-Velasco Moreno, Eva, “Nuevas instituciones de sociabilidad: las Academias de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII”, en *Cuadernos Dieciochistas*, Universidad de Salamanca, número 1, 2000, pp. 39-55

-Valero Pie, Aurelia, “Diálogos entre filosofía e historia: Luis Villoro, 1922-2014”, en *Historia Mexicana*, vol. LXIV, número 2, octubre-diciembre del 2014, pp. 713-735

-----, *José Gaos en México. Una biografía intelectual 1938-1969*, México, El Colegio de México, 2015

-----, “Puentes de papel: Eduardo Nicol en la revista *Filosofía y Letras*”, en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 17-41

-Vélez, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid, Iberoamericana, 2007

-Villar Villamil, Ignacio de, “Don Luis de Castilla”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo I, número 2, abril-junio de 1942, pp. 105-111

-Vital, Alberto, "Introducción", en Victoriano Salado Álvarez, *Narrativa breve*, México, UNAM/UdeG/El Colegio de Jalisco, 2012, pp. XIX-XCVII

-Weinberg, Liliana, "*Cuadernos Americanos*: la política editorial como política cultural", en Carlos Altamirano (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la "ciudad letrada"* en el siglo XX, Montevideo, Katz, 2010, volumen II, pp. 235-258

-Winock, Michel, *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010 (1997)

-Winter, Marcus, "Alfonso Caso y la arqueología de Oaxaca", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (compiladores), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, FCE, 1995, pp. 71-86

-Wobeser, Gisela von (coord.), *Academia Mexicana de la Historia. Discursos de ingreso y bienvenida, 1919-2009*, CD ROM, México, 2009

-----, "Presentación", en *Historia e historias. Cincuenta años de vida académica del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1998, pp. 7-11

-Yáñez de Morfin, María de los Ángeles, *Datos biográficos y profesionales del Dr. Silvio Zavala*, México, El Colegio Nacional, 1982

-Ylizarriturri, Diana "Entrevista con Octavio Paz, editor de revistas", en *Letras Libres*, julio 1999, año I, número 7, pp. 53-55

-Zahar Vergara, Juana, *Historia de las librerías en la ciudad de México: evolución y presencia*, México, UNAM, 2000

-Zaïtzeff, Serge I. (compilador), *De casa a casa. Correspondencia entre Manuel Toussaint y Alfonso Reyes*, México, El Colegio Nacional, 1990

-Zavala, Silvio, "Cosío Villegas, historiador", en *Historia Mexicana*, volumen III, número 4, abril-junio de 1954, pp. 606-608

-----, *El Instituto Panamericano de Geografía e Historia*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952

-----, "La Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia", en *Revista de Historia de América*, número 29, junio de 1950, pp. 85-93

-----, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1935



-----, *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (Estudio histórico-jurídico)*, Tesis de Doctorado en Derecho, Madrid, Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, 1933

-----, “Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos”, en *Revista de Historia de América*, número 28, diciembre de 1949, pp. 436-440

-----, “Proyectos internacionales de historia”, en *Silvio Zavala en la Memoria de El Colegio Nacional*, compilación y prólogo de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009, pp. 191-235

-----, “Reseña de Américo Castro, *Iberoamérica. Su presente y su pasado*”, en *Revista de Historia de América*, número 12, agosto de 1941, pp. 136-138

-----, *Vivencias y conversación sobre Historia*, México, Condumex, 1993

-Zea, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985

-Zermeño, Guillermo, “Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la Nación en México”, en Guillermo Palacios (coord.), *La Nación y su historia. Independencias, relato historiográfico y debates sobre la Nación: América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 81-112

-----, “El concepto intelectual en Hispanoamérica: génesis y evolución”, en *Historia Contemporánea*, número 27, 2003, pp. 777-798

-----, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2004

-----, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, en *Historia Mexicana*, volumen LXII, número 4, abril-junio de 2013, pp. 1695-1742

-----, “Rafael Altamira o el final de una utopía modernista”, en Antolín Sánchez Cuervo y Guillermo Zermeño Padilla (editores), *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 177-210

### **Medios electrónicos**

<http://dle.rae.es/?w=diccionario>

<http://www.uc3m.es/diccionariodecatedraticos>

<http://www.revistasociologica.com.mx/>

<http://www.uady.mx/universidad/historia.html>

<http://pueblosoriginarios.com/biografias/nuttall.html>

<http://www.lib.utexas.edu/>

[www.revistadelauniversidad.unam.mx](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx)

<http://nuevomundo.revues.org/>

<http://www.academia.org.mx/Jose-Luis-Martinez>